La isla de Róbinson



Arturo Úslar Pietri

Nació en Caracas, en 1906, donde morirá en 2001. Como descendiente de un edecán de Simón Bolívar y de dos presidentes de Venezuela —baste añadir que su abuelo materno, el general Juan Pietri, fue presidente del consejo de Gobierno— se crio en un ambiente de honda impronta política, que se verá plasmada en la multitud de cargos que ocupó: tres veces ministro —de Educación, de Hacienda y de Interior—, secretario de la Presidencia de la República, diputado y senador, y hasta candidato a la Presidencia de la República, en 1963.

Sin embargo, no es menor su importancia literaria, su otra vocación que se remonta a 1928, cuando en enero apareció el único número de la revista *Válvula*, donde publicó el editorial «Somos» y el artículo «Forma y Vanguardia», considerados como las directrices del movimiento vanguardista venezolano. Esta vocación se verá fortalecida al año siguiente con su marcha a París, para ocupar el puesto de agregado civil en la Embajada. Durante su lustro parisino (1929-1934) no solo trabará su duradera amistad con Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier, sino que frecuentará a Paul Valéry, a Robert Desnos, a André Breton, a Ramón Gómez de la Serna… Lo que determinará su creación literaria y la convertirá en una de las más relevantes del continente americano. Cabe solo añadir que fue el formulador del término «realismo mágico», en su ensayo *Letras y hombres en Venezuela* (1948).

Su obra literaria aborda todos los géneros, en especial el ensayo periodístico, donde es copiosa, pero a la que hay que adjuntar siete novelas; la primera y más conocida es *Las lanzas coloradas* (1931), pero no conviene olvidar las siguientes: *El camino de el Dorado* (1947), *Un retrato en la geografía* (1962), *Estación de máscaras* (1964), o las reeditadas por Drácena *Oficio de difuntos* y *La visita en el tiempo*, más sus nueve recopilaciones de cuentos. Entre los múltiples reconocimientos que recibió, destaca el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, que se le concedió en 1990.

La isla de Róbinson

Arturo Úslar Pietri



Drácena
ficciones y relatos

Madrid
2018

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© Del texto: Fundación Casa Arturo Úslar Pietri
Foto de cubierta: Fotomontaje sobre un original
de Berber Ormeling
© Retrato de A. Úslar Pietri: Pablo Vázquez, 2017
© De la edición: Drácena Ediciones, 2017

ISBN: 978-84-946483-8-0
Depósito Legal: M-9221-2018

Drácena Ediciones S.L.
Felipe IV, 9,1º Izq.
28014 Madrid

Ha llegado el tiempo
de enseñar a las gentes a vivir.
Simón Rodríguez.

Todo empezó con un barbero. Un sargento rapabarbas que iba a domicilio a afeitar ciertos clientes importantes. Con la guerrera de dos colores, la polaina apretada, las bocamangas con botones de cobre. Una pequeña corona real en cada botón. El tricornio sobre la mesa y la navaja en la mano erguida, inclinado sobre el cuello peludo y jabonoso del cliente. Don Francisco o don Bernardo. Canario comerciante, enriquecido en la tienda, con casa de tres patios. Patios, corredores, cuartos y corral de arboleda. Zaguán profundo con ladridos de perro. En el silencio de la tarde, silencio de siesta, se oía el rasguear, como de pluma en papel, de la rasura. Mientras pasaba la hoja en el asentador oía la espumosa confidencia del cliente. Hablaba del descontento de muchos, del malestar de todos. Hablaba de que había mucha injusticia y privilegio chocante. Desde el testero de la sala una hinchada y rojiza semblanza del rey parecía bufar en silencio. «El rey, nuestro señor», que debía a aquella hora, del otro lado del mundo, desde uno de aquellos palacios nunca vistos, pasear su majestuosa panza sobre sus gordas pantorrillas. «El señor don Carlos IV, rey de España», allá en Madrid, o en Aranjuez, o en La Granja o Dios sabe dónde y con quién. La peluca blanca en rulos y los dos ojillos negros de roedor. Los tiempos han cambiado. Eso decía el cliente. Es la hora de que los pueblos hagan respetar sus derechos. Sonaron lentamente en la cercanía las campanas de la iglesia de san Mauricio. La mano del sargento rapabarbas se detuvo con la navaja quieta. Aquí se prepara algo. Era sargento de las milicias

reales acantonadas en el Principal. Caserón con tres puertas sobre la Plaza Mayor de la pequeña villa indiana. Le había bastado caminar cuatro cuadras para llegar a la casa del rico cliente. Canario con tienda de géneros. Ya ahora no se piensa como antes. ¿Sabe usted lo qué pasó en Francia? Había oído el sargento de aquel gran alboroto. La gente en las calles, las fortalezas asaltadas, y la cabeza del rey cortada en el cadalso. Ya no se puede pensar lo mismo. Ahora estamos en las luces. Aquí mismo se preparan cosas. El sargento oía y parecía imponerle silencio el siseo de la hoja de acero. Se va a proclamar la igualdad. Todos seremos iguales. No el capitán, el teniente y los cabos, no el obispo y el arcediano, no el gobernador y capitán general, con sus borlas de seda, sus maceres de plata y su bastón de mando. No los del chocolate en tachuelas de plata, sobre los almohadones del estrado y los del guarapo desabrido en los pocillos de mal barro. No los esclavos en recua por las calles detrás de las pomposas señoras de mantilla. Iba a haber libertad. Lo decía el canario. Hay mucha gente de acuerdo, mucha. Ya esto no lo detiene nadie.

Apenas salido de la casa el sargento se fue al principal y se lo dijo a su teniente y el teniente al capitán y el capitán al secretario del Gobernador.

Fue allí donde todo cambió para él. Pensaba el hombre atezado y rugoso que veía ahora el mundo del otro lado del tiempo y del otro lado del mar. No hubiera estado allí, no estaría con aquellos contertulios dicharacheros y alegres. No estaría en aquellas arcadas de piedra, entre aquel gentío vestido de seda, con altos sombreros de copa, entre aquellas mujeres de abombada pechuga y contoneado movimiento. Frente a las tiendas de los joyeros, las cantinas y los garitos. No estaría oyendo hablar aquel francés cantarino y resonante, lejos del español rodado y estallante de su lejana tierra.

Todo empezó con un libro. Era la verdad. Un libro en varios tomos, envuelto en trapos como un contrabando,

metido en el más apartado rincón de la alcoba, para ser leído a pedazos en lo profundo de la noche debajo de la vela chisporroteante y olorosa a sebo. «¿Qué estás leyendo a estas horas, Simón?» No hubiera podido decirlo. Contestaba con un gruñido. Leía lentamente, con la ayuda de un diccionario. «Todo está bien al salir de las manos del autor de las cosas: todo degenera entre las manos del hombre». Mientras traducía lentamente se detenía sobre la significación de las palabras. No lo llamaba Dios sino el autor de las cosas. Era mucho más que un cambio de palabras. El mal estaba en lo que el hombre había hecho. «Fuerza una tierra a dar los productos de otra». No decía dar, decía alimentar. «Mutila su perro, su caballo, su esclavo. Todo lo trastrueca, lo desfigura todo, con la disformidad, los monstruos». Toda la villa dormía en sueño de apariciones, pero él estaba en vela leyendo aquel libro que lo dejaba perplejo. *Emilio o de la Educación*. Había sido necesario esperar a que llegara aquel hombre y escribiera esos libros para que de repente todo se hiciera claro. Las más respetadas instituciones no eran sino medios de deformar y pervertir la bondad natural del hombre. La escuela. Aquella escuela donde él dirigía todos los días la salmodiada lectura de los niños era un laboratorio de monstruos. No mejor sino hasta peor que aquellas clases de lectura a gritos que retumbaban en las tiendas de los barberos.

Fue entonces cuando comenzó a ver las gentes y las cosas como si de pronto hubieran cambiado. No eran ya los rostros familiares y ordinarios que había conocido de toda su vida. Ahora habían adquirido otra dimensión, otro carácter, otra significación. Ahora veía que estaban los unos sobre los otros como carga añadida sobre carga. Sobre el lomo del esclavo, sobre el lomo del capataz, sobre el lomo del amo, sobre el lomo del corregidor, sobre el lomo del gobernador. Hasta llegar a aquel rey, a tres meses de barco, a seis días de diligencia, a semanas de antesala y reverencia. Ahora veía cómo se deformaba a los niños. Era la escuela

una cueva de brujas, les torcían los ojos, les cambiaban el gesto, les cortaban los impulsos, y les repetían todo el día aquellas viejas mentiras desteñidas. Todo eso para matar en el niño al hombre natural que trataba de asomar.

Empezó a comprender. Todo aquel fárrago de latines de los doctores de sacristía nada tenía que ver con las verdades elementales que estaban en la naturaleza. Era mejor olvidar que aprender todas esas mentiras. Cuando la vela se acababa interrumpía la lectura de *Emilio*. *Emilio* llegó a olerle a esperma y a pabilo quemado.

Todo estaba cambiando. Todo iba a cambiar en el mundo y él estaba como alelado, como muerto, en aquella pequeña ciudad muerta, oyendo campanas, mirando procesiones, quitándose el sombrero delante de los erguidos caballeros que pasaban en sus finas mulas lustrosas. «Su merced», «mi señora», «ilustrísimo y reverendísimo señor». Allá lejos, en Francia, habían cambiado las cosas. Habían descubierto las grandes verdades ocultas, las que habían permanecido sepultadas debajo de avalanchas de ignorancia, de superstición, de mentiras. Ahora se empezaba a saber. Los hombres eran libres y les habían arrebatado la libertad. Los hombres eran iguales y los habían colocado en una escalera sin término donde siempre había uno más arriba.

Pero ahora leía aquellos libros que transformaban el mundo. Aquellos esclavos, aquellos pardos, aquellos indios acobardados e ignorantes no sólo eran iguales a él sino mejores que él. Estaban más cerca de la naturaleza.

En aquellas arcadas de París no se sabía lo que era la naturaleza. «Esta gente de aquí no conoce sino de jardines». Los jóvenes criollos que lo rodeaban, entre miradas a las cortesanas y a la gente conocida, reían de sus ocurrencias. «No han visto nunca lo que es una selva del trópico». El crecimiento agresivo de las plantas. La invasión de los insectos. Describía entonces las impenetrables soledades del pájaro, la fiera y el indio. Pero eran ellos, aunque pareciera mentira, los que habían descubierto al hombre

natural. Los que primero se habían dado cuenta de que aquellos indios salvajes, aquellos negros primitivos, estaban llenos de más resplandecientes y puras virtudes que todas las condecoraciones que caían en cascada sobre la barriga de los cortesanos.

La cosa empezó por el otro libro. Tal vez. *Emilio* lo llevó a Róbinson. Por más de veinte años dejó de llamarse Rodríguez y se llamó Róbinson. Fue entonces cuando descubrió la isla. Cuando se metió en ella para no salir más nunca. La isla de soledad donde sólo llegaban los naufragios. Había que volver a aprender, como aprendió Róbinson, a vivir solo y a valerse de sus propios medios. Hacerlo todo para no depender de nadie. Con restos de naufragio. Lo poco que podía salvarse de su vieja vida, de las engañosas formas, de los saberes inútiles, para llegar al hombre puro que estaba enterrado dentro de él.

Una isla salvaje rodeada de mares desconocidos, donde llegaban náufragos, barcos perdidos, extraños visitantes y recuerdos. Había pasado días enteros metido en el libro. Defoe había puesto su isla imaginaria (todas las islas eran imaginarias) próxima de la tierra donde él había visto el día. En el Caribe, cerca del Orinoco y la Tierra Firme. La Tierra Firme era la capitanía de Caracas. Era aquella villa, aquel monte hirsuto, aquel camino de culebra que trepaba entre barrancos hasta asomarse al mar, aquellas calles empedradas, con su hilo de agua turbia por en medio, aquellas puertas cerradas y aquellas ventanas de celosía por donde atisbaban ojos. Había descubierto entonces que él también era Róbinson. En mitad de la ciudad, o en mitad del mundo. Solo en su isla aprendiendo a ser hombre y a valerse. Tan perseguido por la mala suerte. En una aventura continua que siempre terminaba mal. Solo, en medio de la intemperie amenazante. Teniendo que hacérselo todo. Aprender su nombre, su sitio, el sentido y las posibilidades de lo que lo rodeaba. Espiando extrañas e improbables apariciones y visitantes. Lo primero era

conocer la naturaleza, lo primero era conocerse así mismo. Tan larga vida no le había servido. Empezaba apenas ahora. ¿Cuándo era ahora? En la escuelita de Caracas, en las arcadas de París, en el puente del Támesis, en las murallas de Cartagena, en la puna andina, viento, vicuñas y ruanas, o en aquella balsa que bajaba por el río hacia el Pacífico, de viejas tablas crujidoras, con su toldo sucio, palanqueada por indios silenciosos, rodeada de caimanes y de troncos. Róbinson en la aventura sin término.

¿O todo había empezado cuando llegaron los reos de Estado a La Guaira? Cuando los bajaron, en una tarde, del oscuro bergantín que había atravesado el océano hacia el chato amontonamiento de piedras grises que era la prisión de Las Bóvedas. Entraba en el mar como un promontorio arrasado. Las gentes del solitario puerto comenzaron a ver la prisión de otro modo. Adentro estaban ahora aquellos tres hombres que habían querido derrocar al rey en Madrid y proclamar la república. Eran todo aquello que más podía erizar las fibras del miedo y de la curiosidad. Masones, librepensadores, filósofos, conocedores asiduos de los libros prohibidos. Habían estado en contacto con el París de la revolución y habían visto la libertad, el pueblo en las calles, la escandalosa tormenta de la Convención, los tribunales de Salud Pública y la plataforma de la guillotina con su relámpago breve y su golpe seco cayendo sobre cabezas y cabezas. Después de los primeros días comenzaron a hacerse visitas y contactos. Junto al ruido del mar, en la humedad de las salas oscuras de la bóveda, se cuchicheaba. Pasaban papeles. Una copia de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Se oían canciones asordinadamente. Era aquello el *Ça ira* y la *Carmañola*. Era lo que resonaba en las calles de París mientras caían las cabezas. Cambiaron la letra e hicieron una *Carmañola americana*; «Bailen los sin camisa y viva el son del cañón», repetía el estribillo. En la letra hubo que poner otras cosas distintas. Cosas en que no pudieron pensar los franceses. Ahora lo veía mirando desfilar

por las arcadas del Palais Royal aquella muchedumbre de comerciantes, curiosos, compradores, sirvientes, mendigos y putas. Todos oran blancos. Todos del mismo color. Pero la *Carmañola americana* era para otra gente.

Fraternidad amable
estrecha entre tus brazos
los nuevos pobladores
indios, negros y pardos.

Todo aquel mundo diverso de pieles, pelos, vestimentas y situaciones. Los negros, los indios, los cuarterones, los quinterones, los saltoatrás, los zambos, los mulatos, los trigueños, los lambelanza, los bachacos, los pardos todos, las castas. La infinita mezcla de razas y los blancos arriba. Los peninsulares, funcionarios y comerciantes y los blancos criollos, dueños de tierras, señores de esclavitudes y haciendas, con casa de cuatro ventanas y asiento en el Cabildo.

Del presidio a la calle, al puerto y, al través del cerro, a la ciudad, pasaban papeles y recados. Lo que no se había podido hacer en la noche de san Blas en Madrid podía hacerse allí.* Se fue sumando gente. Comerciantes,

* **Nota del editor:** Se trata de la conspiración para instaurar los principios de la Revolución francesa en España, descubierta la noche del tres de febrero de 1795, día de san Blas. La encabezaba el mallorquín Juan Picornell y Gomilla, traductor de *La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*; su objetivo era dar un golpe de Estado apoyado por las clases populares madrileñas para «salvar a la Patria de la entera ruina que la amenaza». Tras el triunfo de los sublevados se formaría una Junta Suprema, que actuaría como gobierno provisional en representación del pueblo y, tras la elaboración de una constitución, se convocarían elecciones, aunque no era evidente si su intención era la proclamación de una república u optarían por una monarquía constitucional de corte británico.
Picornell y los otros detenidos fueron condenados a morir en la horca, pero la pena fue conmutada por la de cadena perpetua en la prisión de La Guaira, de la Capitanía General de Venezuela. De allí consiguieron escapar el tres de junio de 1797, y se ocultaron entre los miembros de la masonería disconformes con la Monarquía metropolitana, donde Picornell con los

hacendados, empleados del Gobierno, criollos, españoles, canarios. Hasta militares. Se iba a prender al gobernador y a proclamar la república. Hasta que el sargento fue a afeitar al canario y el canario se puso a hablar.

Estaba todavía joven. Tendría entonces veintiocho años. Y hubo que cambiar de vida. Dejar la escuela, dejar la mujer, dejar la casa. Irse en un barco por el mundo. Si se pusiera ahora a ver todo lo que le había pasado le parecería un torbellino. Ahora era en Baltimore, o en París, o en San Petersburgo, o en Cartagena, o en lo más alto de la cordillera andina. Siempre llegando, siempre saliendo. Más viejo, más pesado. Sin anteojos, con anteojos, con los anteojos sobre la frente. Con aquel aspecto irremediable de hombre que no pertenecía a nada.

¿O todo empezó con aquel niño? Hijo de ricos, huérfano. Voluntarioso, violento e inteligente. Lo había conocido en la enorme casa del abuelo, el señor Palacios. El niño Bolívar. Servía de secretario al abuelo y de preceptor del niño. Iba a ser rico y era inteligente. Iba a heredar grandes casas en la ciudad y extensas fincas de cacao, de caña de azúcar, de añil, en numerosos valles y montes cercanos y lejanos. Y cantidades de esclavos de la familia que por tantas generaciones como las suyas propias habían nacido en las tierras de los Bolívar. Algo lo atrajo hacia el niño. Algo de su arisca personalidad, de su difícil carácter, de su agresiva y desdeñosa manera. Se llevaba mal con los hermanos y con los tíos. Sobre todo con un tío joven que pretendía dirigirlo. Entre la vela de la noche sobre el *Emilio* y las horas del día junto al niño se estableció una estrecha relación. Era la ocasión increíble de vivir en la realidad la aventura de *Emilio*. De permitir que un ser humano se formara a sí mismo en la pura experiencia y en el contacto

criollos Manuel Gual y José María España tramaron un nuevo pronunciamiento en Venezuela, para la emancipación de los Virreinatos americanos. También fracasó, pues fue descubierto el doce de julio de 1797.

con lo natural. Juegos, paseos, conversaciones sin término y sin orden, discusiones acaloradas, rabietas. También se llamaba Simón, como él. El resto del día era para la escuela, con su amontonamiento de chicos y su sonsonete adormecedor de la lectura en coro.

Se había empeñado en cambiar la escuela. En hacerla distinta, en extenderla a todos. A los blancos y a los pardos. Los vecinos y el Cabildo no veían con buenos ojos aquellas novedades. Enseñar con el juego, con la experiencia, con la discusión, en lugar de ponerlos en fila a recitar frases de memoria.

Fue entonces cuando le llevaron el niño Simón a su casa. A aquella casa grande donde vivían él y su hermano Cayetano, con sus esposas, con los hijos, con las suegras, y con los niños encomendados. Una casa de patios con árboles y de mucho vocerío en el día. Gentes que entraban y salían, recados y muchachos castigados de pie en un rincón. Fue cuando el niño Simón, refugiado en la casa de su hermana casada, se negó a volver a vivir con su tío.

El niño Simón llegó a la isla de Róbinson. Entonces todavía no había resuelto llamarse Róbinson. Era Simón Rodríguez o Simón Carreño. Fue después cuando comprendió que su destino era el de Róbinson, el del hombre solitario en la isla de naufragios. Todos irían llegando a la isla. El salvaje Viernes, los cabildantes, la familia Bolívar, los reos de Estado de la Güaira, la mujer de Caracas, aquel hermano Cayetano con el que nunca se entendió. Cayetano era músico. Se sabía que estaba en la casa porque del fondo de su cuarto, como un olor penetrante, brotaba aquella melodía de violín mil veces interrumpida y repetida.

Llegaban a la isla los hombres y las ciudades, los continentes y los paisajes. No había naufragado. Cuando atravesó el Atlántico en aquel gran velero que crujía entre el viento y el agua, pensó muchas veces que podía naufragar. Pero no sería en una isla. La isla era él mismo. Allí llegaban

todos. Los años y las gentes. Llegaban y partían. Nadie más que él era Róbinson. Todo se lo había tenido que hacer él mismo. Con lo que encontraba al azar, con lo que lograba rescatar de los naufragios, con las manos, con la imaginación. Solo la mayor parte del tiempo.

Al niño Simón lo habían traído a la fuerza. Casi arrastrado por dos alguaciles. Acompañado por un cabildante, por su cuñado y por su joven tío. El cuñado y el tío se miraban con odio. Rojo de furia el niño pataleaba y gritaba. «Se me trata como no se debe tratar ni a un esclavo». Qué cosas dijo ese día. Entró aquella tromba a la casa de la escuela. Rodríguez esperaba a la puerta con su mujer. Su hermano Cayetano se había encerrado en su cuarto. Los niños de pensión asomaban asustados al patio. El niño lo miró, lo reconoció y comenzó a tranquilizarse. «Vas a quedarte aquí conmigo. Por un tiempo». Se firmaron actas y papeles. Puso su rúbrica en arabesco el cabildante. Al fin se marcharon todos y la casa de Rodríguez se fue cerrando sobre sí misma en la noche, como una isla.



La isla había sido también la casa del cura Carreño. En un callejón estrecho, frente al muro del convento de las Mercedes. Las campanas resonaban dentro de la pequeña casa a toda hora. En un cuarto estrecho dormía con Cayetano. En otro estaba la vieja. La criada, la que los levantaba, los hacía lavar en la pila del patio, preparaba las comidas y servía al padre Carreño. La llamaban con muchos nombres. Según los casos. Con diminutivos de cariño para pedir golosinas y permisos. Con remoquetes de bruja y de fantasma para injuriarla y huir de ella. Poco paraba el cura en la casa. Entraba, comía, se amodorraba en un sillón para la siesta hasta que el campaneo de la iglesia lo despertaba.

A veces hablaba con él. Con él más que con Cayetano, que era más silencioso y tranquilo. Por la mañana les enseñaba la lectura, la escritura y la doctrina. Sobre la mesa de comer, espantando moscas, adquirió aquella letra fina, exacta y cuidada que fue su orgullo toda la vida. Unas *oes* y *des* redondas como un aro de correr sobre las palabras. Después la lectura de las vidas de santos. Entre los pocos libros que tenía el cura, en un cajón en su alcoba, había encontrado un ejemplar raído y deshilachado del *Lazarillo*. Lo leyó de un tirón y lo volvió a leer muchas veces. Eran dos doctrinas que le andaban por la cabeza. La de las virtudes del Catecismo y aquellas vivezas ingeniosas de la vida de picardía. Lázaro y el ciego iban y venían por su memoria con sus juegos de engaño.

Poco a poco fue dándose cuenta de quién era él y dónde estaba. En las casas vecinas había muchachos de su edad con quienes jugaba. En todas ellas había un padre y una madre. Pero no en la de él. En aquella no había sino el cura, la vieja criada y algunas mujeres familiares o recogidas.

Desde muy temprano empezó a oír aquella palabra extraña. Como otro apellido: expósito. Simón Carreño Rodríguez, expósito. Carreño era el cura, él era expósito. Como Cayetano. Una criatura dejada en un amanecer a la puerta de un convento o de una casa. Envuelto en trapos y en llanto. Abandonado por una sombra que huye.

Hijo de nadie. Hijo de la piedra, como decían los viejos españoles. Hijo de todo el pueblo, de toda la gente, parecido a todos los rostros.

Más tarde, cuando leyó a Róbinson, se dio cuenta de que su llegada al mundo había sido parecida al naufragio del inglés. Lanzado, abandonado, expelido en tierra desconocida. Un barco que naufraga en los arrecifes de una costa, o una mujer que deja un niño en la noche ante una puerta cerrada. Eso significaba que podía llamarse de cualquier manera. Con cualquiera de los nombres de la ciudad. Su madre podía ser cualquiera de aquellas mujeres vestidas de oscuro que

llenaban las iglesias para las ceremonias. Una mujer de clase alta. Suficientemente alta para no atreverse a guardar un hijo natural. Las gentes modestas, de cabaña y tenducho, no abandonaban niños. Conservaban los hijos aunque los padres los hubieran abandonado.

El papel de padre lo hacía el cura Carreño. A veces pensaba que, a lo mejor, también había sido su padre según la carne. Que después, de acuerdo con la madre oculta, lo había recogido.

No dejó de decirlo en ocasiones. Con aquella manera cruel y abrupta de burlarse de sí mismo. De su aspecto, de su cara, de sus desventuras.

Un naufragio lo había llevado a la isla. Sin ningún sobreviviente de los que lo habían conducido hasta allí. Tiempo le tomó darse cuenta de todo lo que significaba aquella situación. Nada contenía su nombre, era un mero juego del azar. Le habían llamado Carreño o Rodríguez como hubieran podido llamarlo otra cosa. Nada tenía que ver el secreto torrente de su sangre con aquellos nombres. No eran esas las sílabas que palpitaban en las venas de sus sienes.

Al mismo tiempo esa situación peculiar le daba como una ilimitada sensación de espacio. No pertenecía a una sola familia, a una sola casa. Toda la dudad era su casa. Todas las gentes podían ser sus parientes. Así como estaba en la casa del cura Carreño podía hallarse en cualquier otra. Todas le eran iguales. Todas podían ser la suya. Cualquier niño de la ciudad podía ser su hermano. Cuando le preguntaban su nombre a veces tardaba en responder. Era que pensaba que podía decir cualquier nombre, en lugar de aquel que el hábito le hacía dar. Nadie podía decirle: «Te pareces a tu padre o a tu abuelo». Nadie podía saber a quién se parecía. Y él mismo, a veces, se perdía buscando, por vagas semejanzas con otras personas, imaginarias posibilidades de parentesco.

Los que podían estar más cerca de él eran los que en realidad estaban más lejos. Los otros niños que en la escuela

estaban inscritos, igual que él, como expósitos. Hijos de todos y de nadie, con un apellido de pega, flotando sueltos entre todos los nombres, las sangres y los parecidos.

¿Quién se asomaba por aquella cara extraña que él miraba en los espejos en las raras ocasiones en que se detenía a mirarse? La cara de un hombre desconocido que no había querido ser su padre, que lo había engendrado clandestinamente en una mujer desconocida. Sin iglesia, ni bautizo, ni padrino, ni bendiciones. Nueve meses oprimido en una preñez oculta, en una casa amenazada por la vergüenza de una hija, una hermana, una viuda, que iba a tener un hijo que no podía tener. Debió ser en una de aquellas casas grandes de zaguán espacioso, anchos corredores y alcobas profundas. Alguna de aquellas casas situadas en el centro de la ciudad ante cuya puerta él ha debido pasar muchas veces, donde acaso había entrado alguna vez sin poder saber si aquella madre desconocida, oculta en el cuarto más oscuro, lo había concebido allí. Hasta el día de dar a luz. Entre las mujeres de la casa y la comadrona venida de otro pueblo. Por una de aquellos zaguanes de piso de huesitos lo sacaron sigilosamente en un lío de trapos, lo llevaron por la ciudad, entregada a los fantasmas y a las soledades de la noche, para dejarlo a la puerta de otra casa. Portón cerrado al que golpearon fuertemente antes de huir y perderse en la sombra. Con un papel prendido con alfileres: «Se llama Simón Narciso de Jesús, nació el veintiocho de octubre. No ha sido bautizado». Vinieron de adentro, oyeron el llanto, abrieron la puerta y lo recogieron. El cura Carreño se lo había ido contando a retazos. Preguntas sin respuesta. Silencios. Así había llegado. Después el cura lo recibió en su casa. Hijo de nadie, hijo de la piedra, aparecido en la calle, don de la noche y el miedo.

Más tarde, cuando leyó la historia de Róbinson Crusoe, se dio cuenta de que él también, a su manera, había sido un náufrago aventado a una isla. Una isla grande y

desconocida. A Róbinson le tomó tiempo descubrir la isla. Años y años y no llegó a conocerla bien nunca, a recorrer todos sus montes y sus valles, sus cursos de agua y sus bosques, ni siquiera sus playas y las corrientes marinas.

¿Qué había salvado él del naufragio? Las cosas que el marino infortunado había sacado del barco le permitieron establecerse en la isla y sobrevivir. Los instrumentos, las maderas, los metales, las semillas. Hasta el ron. Lo que de su naufragio se había salvado estaba en aquella pobre casa del cura Carreño. Las cosas que más le habían durado y que más lo habían condicionado. El habla, las costumbres, aquel mal vestir sin remedio, aquellos zapatazos enormes que parecían agobiarlo. De él no era sino aquella cara, aquel corpachón áspero y aquellas manazas de alfarero. Las cosas que le habían quedado del padre y la madre desconocidos.

Una cara que tampoco tenía edad. En su juventud le parecía una cabeza de viejo que le habían colocado sobre los hombros. Siempre había parecido mayor de lo que era en realidad. O era que lo veían siempre como un extraño, como alguien que no pertenecía o que no podía pertenecer enteramente al juego de los otros. Era aquel otro niño un poco apartado, aquel otro hombre aislado y salido de madrina, aquel que callaba cuando los otros reían, o que se distraía en sus pensamientos cuando los demás hablaban, o que no sabía reír de los chistes ajenos, o que soltaba de pronto una rudeza inesperada, un sarcasmo violento, una frase hiriente. Era como una innata falta de proporción y equilibrio. En la medida en que la isla se le fue ampliando su condición extraña se acentuó. Su primer mundo fue el de la casa del cura Carreño, de las viejas y de su hermano Cayetano. Cuatro años menor. Y podía no ser su hermano. Expósito como él debía venir de otro hombre y otra mujer de la ciudad desconocida. Pero el destino los había llevado a aquella casa y a aquel nombre. El azar de la casa y el azar de la fecha. Había aparecido en la noche entre el veintiocho y el veintinueve de octubre. Entre la festividad

de san Simón y la de san Narciso. El otro había aparecido el día de san Cayetano. En la lotería celeste del santoral su destino había caído en aquel cruce de nombres.

Cuando, en tantas andanzas como tuvo, miraba en las ferias pueblerinas girar las ruedas de suerte de los fulleros, pensaba que representaban su vida. Un azar de hallazgo, de nombre, de casa. Todo ha podido ser distinto. Encontrarlo otra noche, ponerle otro nombre, llevarlo a otra casa. Y acaso hubiera sido diferente.

El mundo se lo fue ampliando en ondas concéntricas. De la casa del cura en el callejón de las Mercedes, con su vecindario de gritos de buhoneros y de juegos de niños, se fue extendiendo a la ciudad. A las cuatro cuadras que lo separaban de la Plaza Mayor, a las ocho o diez que llegaban hasta las vegas del río, o a las cortas calles oscilantes que se disolvían trepando hacia el alto cerro en busca del camino que llevaba hasta el mar.

En la lista de la escuela, junto al nombre, estaba el inescapable calificativo: expósito. Puesto a la puerta, dejado, encontrado. Más que en el recorrido de las calles de tierra había conocido la ciudad en las conversaciones de la casa del cura. Se hablaba de los vecinos y de la gente conocida. De los que eran blancos y de quienes no lo eran. De los que tenían sangre de negro o de indio. Cuarterones, quinterones, zambaigos. De los que eran y los que no eran buenos cristianos. De los descendientes de conversos, de los que tenían de moros o de judíos, de los que no cumplían con los preceptos de la Santa Madre Iglesia. Había que confesarse y comulgar por lo menos una vez al año. En vísperas de la Pascua de Resurrección venía un fraile de casa en casa a averiguar cuántos de los habitantes habían cumplido con el precepto. Había que presentar aquel pedazo de papel firmado por un sacerdote que decía «confesó» o «comulgó». Quienes no podían presentarlo se verían en situación difícil. Miradas de recriminación, sospechas de descreimiento. «Casa de herejes». En un muro

de la Iglesia Catedral estaba el cuadro de la ciudad con todas sus calles y sus techos, con sus torres blancas y con un cielo de nubes claras que sostenían a la Virgen rodeada de sus ángeles. Sobre la ciudad estaba el cielo y en sus calles la vigilancia de los preceptos. Y en la noche los fantasmas. Los aparecidos, los diablos, las ánimas en pena. Todo un mundo sobrenatural en incesante actividad. Había que tener el papel firmado. Podía esconderse alguien no muy conocido. Podía cerrarse la puerta, pero los vecinos lo sabrían y lo comentarían. Se escondieron. No abrieron. Casa de herejes y de malos cristianos. O se podía ocurrir a una de aquellas viejas de pañolón que entraban de iglesia en iglesia, de confesionario en confesionario, repitiendo la misma ristra de desabridos pecados para recibir cada vez un nuevo papel firmado «confesó». Cada papel podía venderse por un peso fuerte. Para aquel don o aquella doña perezosos u olvidadizos que dejaban las cosas para última hora. Él había visto el ir y venir de las viejas empañolonadas y de las criadas de señores, en los atrios del atardecer, mercando los papeles de confesión.

A veces iba a confesarse a la iglesia vecina de las Mercedes. Otras lo hacía en la propia casa con el padre Carreño. «Tienes que confesarte. Ven y arrodíllate aquí». Sobre el enladrillado desigual ponía las rodillas, inclinaba la cabeza sobre el pecho y junto a la silla del cura comenzaba a recitar sus pecados. Con él iban creciendo los pecados. Al principio eran pequeñas desobediencias que el cura oía distraídamente y con desgano, pero más tarde fueron apareciendo aquellas faltas ocultas que el confesor le extraía con preguntas insistentes. «Te has hecho toques con las manos». Le venía el recuerdo de los sueños de las madrugadas en el lecho. De las conversaciones con los condiscípulos, de las miradas a las pantorrillas de las mujeres arrodilladas, de los perros apareados en la calle. Pasaban cosas detrás de las puertas cerradas de las casas. Detrás de las celosías tupidas que ocultaban las personas asomadas a

las ventanas. Pasaban cosas en la noche. A veces, trepado a un alto guayabo del patio, veía en el corral de la casa vecina a la hija del pintor Juan Pedro López, besarse y abrazarse a escondidas con su novio, aquel Bartolomé Bello que tocaba la flauta entre los músicos de la capilla de la Catedral. Un día, a fuerza de empinarse para mirar a la casa vecina, se le partió la rama. Hubo ruido, los novios se sobresaltaron y él dio en tierra con alboroto de las gallinas del patio.

Lo supieron las viejas, lo supo el padre Carreño. «¿Qué estabas haciendo?» «Cogía guayabas». «¿Qué estabas viendo?» Con palabras entrecortadas, sacadas a la fuerza, reconstruyó algo de lo que había visto. Un revoloteo de faldas, de pantorrillas asomadas, de manos perdidas entre telas, de rostros enrojecidos y acezantes. Le pusieron una penitencia más larga y más pesada que las de otros días.

«Simón Narciso, tienes que defenderte de las debilidades de la carne». La sotana del cura olía a sudor viejo. Estuvo varios días palpándose brazos y piernas. Buscando aquella debilidad escondida y peligrosa.

Nunca supo cómo hablar a las mujeres. No lograba disimular una especie de brusquedad defensiva. Había siempre otros que lograban entenderse con ellas, caerles mejor. Desde los tiempos de la adolescencia. Con aquella cara ajena y dura, con aquel atropellado orgullo, con aquel invencible miedo de ser despreciado o rechazado. Eso no había cambiado nunca. Ahora lo veía claro. Cuando se casó con María Ronco. El tenía veintidós años y ya era maestro de escuela. Con aquella cara de viejo que le veían los niños. Siempre tuvo cara de viejo para los otros. Para los discípulos, para los compañeros; para las mujeres. No sabía hablar con las mujeres. Se enredaba en discusiones apasionadas con los compañeros y a las mujeres parecían ignorarlas. A la humilde y sometida María Ronco la mandaba a callar. «Nadie te está pidiendo tu opinión». María callaba y se entregaba a sus quehaceres. Mientras él andaba dando voces entre los párvulos, poniendo orden en los alborotos

del recreo, o vigilando la comida de los pensionados de la casa, María hacía las camas, limpiaba los corredores o andaba en la cocina dirigiendo a la criada. Para Róbinson no había habido mujeres. Todos aquellos años largos de la isla pasaron sin la presencia de una sola mujer. Róbinson vivía consigo mismo y con la naturaleza. En el caso de Emilio fue distinto. Hubo Sofía. El despertar del sentimiento en dos seres refinados.

Ahora podía ver que, en cierto modo, había sido como Róbinson. No había papel para las mujeres en su vida. Apenas para el cuidado de la casa, para la tarea diaria, para la breve y pasajera llamada de la naturaleza. Un poco a la zaga y a la sombra. Era como si siempre hubiera sido la misma mujer que había ido cambiando de cara y de aspecto. María en Caracas, las criadas de posada con las que había vivido en Filadelfia, algunas francesas. Nunca habían sido sino aquellas borrosas acompañantes. Hasta Manuela Gómez, borrada en el humo de la cocina y la niebla del páramo, en pulperías y rancherías, entre «gente de ruana y mostrador», como tuvo que ser al fin.

Al cura Carreño le habían oído contar las secretas historias de la pequeña ciudad. Las violaciones, los estupros, las mancebías, los incestos. Las preñeces de otro padre, los partos de otra sangre, los secretos de alcoba. Nombraba las gentes más conocidas. Contaba la increíble historia del rico señor amancebado en secreto con su joven cuñada. Tres veces la había preñado. El obispo ordenó prenderlos. En medio del escándalo, por las calles llenas de miradas curiosas y asustadas, fueron el hombre y la mujer hasta la prisión. De la prisión se escaparon. El obispo hizo prender a una hermana del fugitivo y la paseó desnuda, a la cola de un asno, por toda la villa. No hubo quien no la viera. Todas las puertas cerradas, todas las alcobas oscuras, todos los parentescos por afinidad, todas las protecciones, todas las criadas jóvenes y las esclavas niñas se hicieron sospechosos. La ciudad ardía de lujuria escondida.

Era como una brasa cubierta entre ceniza que había permanecido viva en el fondo de los caserones amodorrados y que al tacto quemaba. Él no había visto el desfile escandaloso pero lo había imaginado muchas veces. Cada mujer hermosa y emperifollada que topabas en la calle la imaginaba marchando desnuda a la reata de la acémila. Las primeras aproximaciones fueron con criadas viejas o con muchachas medio salvajes de la cuesta del monte. En juegos violentos con agarrones y caídas, en escondrijos estrechos de monte o de desván. Pero nunca era él el más favorecido. Había siempre otro de mejor cara, de más simpatía. Así había sido toda su vida. Venía a quedarse al fin con una mujer resignada y no con la que había deseado. Así fue con María. Poco agraciada, algo torpe, muy ignorante. La había conocido al salir de la adolescencia. Su casa quedaba cerca de la escuela pública e iba a ella con frecuencia en cortas visitas, con la cabeza llena del alboroto de los escolares.

Era por el tiempo en que pareció soplar la tempestad sobre el mundo lejano. Por el tiempo en que, en secreto y cuchicheo, se pasaban aquellas increíbles noticias de Francia. Entonces para él Francia era apenas un nombre hueco. Un país pintado de color en el mapa. Cerca de España, en la otra remota ribera del océano. Él tenía veinte años cuando comenzaron a llegar las noticias. Un motín en aquella ciudad inmensa, en aquella Babilonia moderna que era París, había dado al traste con las más sólidas y venerables instituciones. Habían tomado fortalezas, habían reunido una asamblea. Habían proclamado la libertad y la igualdad entre todos los hombres.

Fue cuando comenzó a buscar libros, folletos y conversaciones clandestinas. Había gentes que venían de las Antillas o que regresaban de aquel país increíble que había surgido de las colonias inglesas del Norte. Se llamaba los Estados Unidos, no tenía rey, todos eran iguales y libres y todo se decidía por discusión, reuniones y leyes. Habían eliminado los títulos, los privilegios y la nobleza. Tenían la

libertad de cultos. Cuando se casó con María Ronco hacía poco que había ocurrido el tremendo e inconcebible suceso. Habían cortado la cabeza del rey de Francia. Luis XVI, el ungido de Dios, el primo de Carlos IV, el representante de la legitimidad de los Borbones había sido decapitado. En una cesta cayó la cabeza bendita y por entre las tablas de la tarima corrió la sangre sagrada. Lo habían desnudado del título, del nombre, de la pompa, del poder. En el momento de caer su cabeza no era sino Luis Capeto. Un hombre como los otros. Menos que los otros. El pueblo de París había alzado un inmenso clamor de asombro que había resonado en el mundo entero. En los más tenues murmullos que arrastraba la brisa del valle de Caracas él podía distinguir algo de ese eco.

Fue el tiempo de leer en lo oculto. De pasar la noche desvelada en su cuarto sobre el *Emilio*. Podía restituirse al hombre su bondad natural, podía hacérsele de nuevo bueno y justo y despojarlo de todos los engaños, los errores, y los prejuicios que le inculcaba la educación tradicional. Cuando todos los hombres pudieran educarse como Emilio, una nueva humanidad tomaría posesión de la tierra para instaurar la justicia y el bien. Al valle de Caracas llegaría la oleada incontenible de la renovación. De las puertas de las nuevas escuelas saldrían nuevos hombres sin errores y sin supersticiones. No se les enseñaría más todo aquel fárrago de convenciones falsas y de costumbres torcidas, de vanidades y mentiras, con que se les deformaba en la casa y en la enseñanza. Iban a recuperar la virtud y la libertad originales que la sociedad había desfigurado y destruido.

Todo iba a parecer nuevo y distinto. Todos iban a saber ser buenos y útiles, a aprender en la naturaleza, en la vida, en el trabajo, en la práctica del bien. Mil Emilios, un millón de Emilios, el mundo corrompido salvado por un nuevo hombre.

Fue entonces cuando escribió aquella memoria para el Cabildo atreviéndose a proponer, por primera vez, una nueva forma de escuela.

Lo habían nombrado maestro de la escuela de primeras letras. Le habían confiado, sin darse cuenta, el gran instrumento de transformación. Después de reflexionarlo mucho, de escribir borradores, de romper apuntes, con su letra limpia y pareja, terminó de recopiar aquel manuscrito. *Estado actual de la escuela demostrado en seis reparos*. Seis objeciones que destilaban toda la angustia de su reflexión y toda la fe de su esperanza. Ponía las palabras que se habían ido forjando en su mente en las continuas vigilias. La Escuela no podía tener otros objetos que «disponer el ánimo de los niños para recibir las mejores impresiones y hacerlos capaces de todas las empresas». No la tienda de los rapabarbas con niños recitando a gritos la lección de lectura por sobre la cabeza hirsuta de los clientes, sino la misión transformadora de un Prometeo. La Escuela estaba menospreciada. Se tenía a los maestros por gente vieja o inútil. Había que ponerla al día en los adelantos de la ciencia. Enseñar a los hijos de los artesanos a ser mejores artesanos y a los de los agricultores. Había que enseñar a los hijos de los pardos y de los morenos. Se atrevió a escribir: «Yo no creo que son menos acreedores a ella que los niños blancos». Cuánta cara arrugada de cabildante iba a provocar aquella frase. Todas aquellas ideas que se apartaban de todo lo aceptado y practicado. No había misión más delicada y preciosa que la del maestro. ¿Cuál otra podía comparársele? No podía exagerarse «el cuidado y la delicadeza que. deben observarse en dar al hombre las primeras ideas de una cosa».

Pasa entonces a trazar el cuadro completo de su proyecto. Como si el destino hubiera puesto en sus manos la formación de todo un pueblo. No para mientes en los obstáculos, en las resistencias, en las insuperables oposiciones que la tradición va a alzar en su proyecto. Poco parece importarle. Él dice su verdad y la dice completa. No a medias. No para lograr un mezquino comienzo. Traza el plan entero sin cuidarse de otra cosa que de su convicción.

Todo lo previene y detalla. El número de casas, el funcionamiento, las atribuciones y el número de los maestros, la admisión y deberes de los discípulos, los gastos, los pagos, los muebles, los horarios, los actos públicos, los asuetos, los recreos, los premios.

Fue la primera vez que lo puso por escrito. Lo va a seguir haciendo por años y años. Lo va a hacer en todas las partes donde el destino lo lleva. En Caracas, en las ciudades de Europa, en los Andes, en la costa del Pacífico. Rodeado de gentes distintas. Repitiendo e insistiendo en aquellas ideas que él sabe que van a salvar el mundo. Ha llegado un nuevo tiempo. Todo va a cambiar en bien o en mal y los hombres no se dan cuenta aferrados a sus inmemoriales costumbres y caducos privilegios. Él lo sabe y lo siente. Y lo va a decir, lo está diciendo aquí y allá, ayer y hoy. Cambian los tiempos y las gentes pero la prédica no puede concluir. Ha llegado un nuevo tiempo y hay que preparar una nueva humanidad.



Era lenta la lectura a la luz de la vela. Había que aguzar los ojos sobre la página que se llenaba de sombras. Era una lectura cortada, a cada momento, por la necesidad de consultar el diccionario. Había palabras que podía adivinar pero, a veces, se engañaba. Veía el diccionario, lo hojeaba nerviosamente y volvía a la lectura. *Le clinquant de la parure est incomode a mille egards*. Ya sabía lo que significaba *parure*: adorno, gala. Había visto los encajes, los bordados de las damas de la clase alta en las ocasiones de las grandes fiestas religiosas. Con su séquito de esclavas negras llevando la alfombra y el reclinatorio. *Clinquant* le sonaba a ruido metálico, a casquillo sobre piedra. Los hermosos caballos de lujo sobre los empedrados de la Plaza Mayor. Un sonido como de cascabel o de pandero.

Tenía que buscar el diccionario. Era cosa de brillo, de reflejo, de dorados y luces, como de pasamanería. Avanzaba con extraordinaria lentitud y se extraviaba en los torcidos caminos de la comprensión. ¿Por qué escribiría tan enrevesadamente el ginebrino? Podía haberlo hecho de manera más simple y directa. Con frases cortas, con afirmaciones, con llanas enumeraciones. Cuando él se pusiera a escribir sus propias obras tendría que hacerlo así. «Para mantener entre los hombres toda la libertad posible», hasta allí era claro. «Yo quisiera estar *mis* de manera...» «¿Qué era eso de "estar puesto", como un objeto sobre un aparador?» A cada palabra con que tropezaba en la traducción se disparaba a otros pensamientos. «Estar puesto», todos estábamos puestos allí, en alguna parte, en alguna forma. ¿Puestos por quién? Emilio lo explicaba. Por la sociedad que otros habían hecho. Que habían hecho contra toda razón. Para lo artificial, lo convencional, eso que era el *clinquant*. Volvía a la lectura. Se hacía difícil abarcar un párrafo. «Sin afectación, sin cambio sobre mi persona, yo fuese pueblo en la *Guinguette*». Allí estaba aquella palabra: «pueblo». Ahora tenía un nuevo sentido. Ya no era aquello de «gente del pueblo». En la Francia revuelta y en los nuevos Estados Unidos le daban otro sentido. «El pueblo soberano», «nosotros los representantes del pueblo». Ya no el rey, ya no la nobleza, sino «el pueblo soberano». No la pobre gente humilde que pasaba al filo de las calles de aquella Caracas encogida, no los señores del Cabildo, no el obernador, sino la verdadera nobleza del conjunto de los hombres libres. Pero Rousseau hablaba de «pueblo en la *Guinguett*e». Le costó trabajo entender. El diccionario decía que era «un cabaret popular». En Caracas no había sino fondas y posadas de arrieros. Con un candil humoso y, en ocasiones, un sonsonete cortado de guitarra y de arpa. Y una voz gangosa que cantaba. No era *Guinguette*, era pulpería. Se recordó de aquello cuando llegó a ver las *Guinguettes* en París, en las calles apartadas o en las riberas

del río. Con música de acordeón y bailarines todos del mismo color.

Para entonces había pasado de la vela parpadeante a la luz de los pulidos reverberos que inundaba las calles y las plazas. De las veinte manzanas de Caracas a la inmensidad de París. De las arcadas de mercachifles de la Plaza Mayor a las arcadas llenas de luces, de vitrinas y de gente del Palais Royal. Del francés adivinado en el diccionario a aquel otro que llegó a hablar con exceso de atropello, desfachatez y velocidad.

Era como si por arte de magia hubiera llegado a convocar en torno de él, en la soledad de su isla, a toda la gente y a todos los escenarios más fabulosos del mundo. Aquellas mujeres que paseaban entre las arcadas con sus largas túnicas blancas de estilo griego, con senos semidesnudos y sombreros floridos, perfumadas, pintadas, tan artificiales y bellas eran «las maravillosas»; aquellos hombres de levitas de colores y de emplumados bicornios o de altos sombreros redondos eran «los increíbles». Cada puerta daba a un comedor de lujo, a una tienda de objetos preciosos, a una casa de juego, a la recámara de una celestina. Era cuestión de luises y de libras.

Todo cambiaba pero él continuaba siendo el mismo. Vestido a la diabla, con una hopalanda cansada y gris y aquellos zapatones de eternidad, que sonaban tan lúgubremente sobre las piedras.

Todo cambiaba. Bolívar ya no era aquel niño rebelde e impulsivo que él había conocido en casa del abuelo Palacios, que había estado como un confinado en su casa, que había sido objeto de pleitos familiares y de intervenciones del Cabildo. Ahora era este mozo bien puesto, vestido con lujo, con collares de oro y trajes de seda que entraba en las timbas a jugar atrevidamente y que obsequiaba con esplendidez a toda una corte de amigos, de parásitos y de cortesanas. Ese fue su segundo Bolívar o su tercero. El segundo fue el de 1802, que pasó rápidamente por Francia para irse a casar. El

tercero había sido este. Con todo aquel grupo de americanos bulliciosos y buscadores de placeres. Fernando Toro que lo había acompañado desde Madrid, el quiteño Montúfar. Para entonces Rodríguez no había conocido Quito. Ahora, en la cuarta o sexta memoria de los años, sonreía desdentado. Nada había conocido tanto como él Ecuador. Pero entonces era el tiempo de pelearse con sus jóvenes contertulios y de seguir condenado a hacer de dómine molesto.

Las ciudades habían también cambiado. Al final, ¿cuándo iba a ser el final?, las había sentido encogerse o expandirse en torno de él. De su armazón de huesos pesados y de sus ojos siempre turbios y cansados. De la pequeña Caracas, que no iba a volver a ver más nunca, había salido para Jamaica. Kingston era como una aldea, solo que con casas de madera pintadas de blanco, con ingleses pomposos de tricornio de mando y con negros semidesnudos. Fue allí donde comenzó a aprender el inglés. Después vino Baltimore. Llegó en un velero oloroso a melazas y a ron. La primera vez que entraba en una ciudad libre. Acabó de aprender el inglés y lo tomaron de aprendiz en una imprenta. Iba a aprender deletreando, carácter por carácter, sobre la galera de composición, una buena ortografía, una mejor visión de la forma de las letras. Y la presencia constante y silenciosa de la libertad y de la igualdad. No había «señorías», no había nobles. Las gacetas hablaban atrevidamente del gobierno. Vio con asombro las reuniones públicas donde los oradores, trepados sobre una mesa, decían con pasión sus proyectos de reforma, sin que apareciera ningún gendarme, sin que nadie se escandalizara. Todos oían, aplaudían o abucheaban y luego se dispersaban en pequeños grupos de comentarios. Era, al fin convertido en realidad, lo que había imaginado bajo la vela crepitante en las noches de Caracas. Era posible vivir así. Sin rey, sin temor, sin señores.

Se le formaba el oído para el inglés y se le fortalecía la convicción de la libertad. Ya no era soñar con lo que solo

estaba en libros. Ya no era hablar en secreto con los que simpatizaban con las nuevas ideas. Ya no era enterarse en el cuchicheo y la confidencia peligrosa de lo que los reos de Estado, presos en La Guaira, preparaban para proclamar una república en Venezuela. Igualdad de las castas, negros, blancos, indios y mestizos, todos iguales. Libertad para todos. Abolición de los privilegios. Ahora sabía que eso era posible y que podía vivirse una vida normal y tranquila a pesar de tan grandes novedades. Los vecinos de Baltimore, los obreros del taller, los huéspedes de la posada, los contertulios de la plaza, vivían diariamente en aquel sueño de filósofos.

Después fue Bayona. Cerca de la frontera de España. Allí empezó con el francés. Después fue París. Tres días de diligencia dando tumbos por caminos terrosos, llenos de baches, hasta entrar, una tarde, en aquella increíble extensión de ciudad. Veinte veces Baltimore, cuarenta veces Bayona, cien veces Caracas. Calles y calles llenas de gentes y de carruajes, interminables filas de altas casas, palacios, portales, plazas, árboles, jardines y un ambiente de feria sin término. Y aquellos escandalosos letreros sobre las fachadas de los edificios públicos: «Libertad. Igualdad. Fraternidad». Lo que no se podía ni siquiera susurrar en otras partes. En la fachada de las iglesias cerradas aquella increíble frase: «Bien nacional. Propiedad nacional en venta». Podría cualquiera comprarse una iglesia. ¿Para qué? Para poner una escuela, por ejemplo, junto a él, en la diligencia, había venido aquel nervioso y ocurrente sacerdote mexicano. Servando le decía él. Fray Servando Teresa de Mier.

«El cristianismo no lo trajeron los españoles a América». Eran las cosas que le decía Servando en Bayona, cuando terminaban las horas de la escuela donde enseñaban español. Cuando no hablaban del problema de la iglesia en la revolución y de los curas que habían abjurado de Roma y que ahora, con el nuevo Concordato, no sabían muy bien

qué hacer. Servando celebraba sus oficios religiosos un poco a la clandestina. En los patios interiores de las viejas casas, para emigrados españoles y para mujeres francesas. Se transfiguraba diciendo su misa en latín. Cuando no discutían de las relaciones de la Iglesia y el Estado en una república, Servando hablaba de su tema de siempre. Un tema que le había costado pelearse con la Inquisición y salir de México.

No era pensable que la Providencia Divina hubiera permitido que una cuarta parte del mundo permaneciera privada del Evangelio hasta quince siglos después de la muerte de Cristo. Los españoles hallaron impresionantes recuerdos y huellas del cristianismo en ritos, palabras y hasta cruces. Era prueba de que había habido una prédica anterior a la llegada de los misioneros. Tuvo que ser uno de los Apóstoles. Servando afirmaba: «No son majaderías mías, es convicción fortalecida con pruebas de los estudiosos más eruditos». Citaba los nombres de todos aquellos que desde la conquista habían señalado esas extrañas coincidencias. La palabra Tomé existía en la lengua náhuatl. El apóstol santo Tomás había venido a América, en cumplimiento del mandato del Señor, a predicar la fe. Los indios lo reconocieron como un enviado sobrenatural y lo llamaron Quetzalcoatl, la Serpiente Emplumada. Conocieron entonces la Cruz, el Salvador y la Virgen Madre. A la Virgen la llamaron Tonantzin y le consagraron un santuario en Tepeyac. «Qué no era posible en aquellas tierras asombrosas. La imaginación y la realidad se mezclaban. ¿Quién conocía la realidad? Todo podía ser milagro». No se atrevió a decírselo al cura transido. El Evangelio fue predicado en América al mismo tiempo que en el resto de los otros continentes. Desde el siglo I de la era Cristiana por santo Tomás-Quetzalcoatl. «Fue lo que dije en el propio santuario de la Guadalupe en el sermón que me costó la condenación de los inquisidores y la expulsión de mi patria».

Róbinson lo oía con fascinación. Aquellas pirámides ríspidas, aquellos soportales de templos de piedra, que aparecían en los grabados entre la selva pluvial, ostentaban el trasunto de la serpiente emplumada, abajo las fauces armadas y arriba, en el remate de columna, la moldura de los crótalos, para Servando era el símbolo de santo Tomás el Apóstol. Todo eso lo había dicho en su sermón de hacía seis años. Por eso andaba ahora echado y perseguido. Pero había dicho más. La Virgen de la Guadalupe era la gran madre indígena Tonantzin. Santo Tomás la había anunciado a los aztecas. Lo que Juan Diego le llevó al obispo de México no era una imagen pintada en su capa, sino la misma que había traído en la suya el Apóstol. Había jeroglíficos siriacos y aztecas en su borde. «No estuvimos olvidados de Dios los americanos hasta la llegada de los españoles sino que se nos anunció la buena nueva desde el primer momento. Todo eso es el misterio todavía desconocido del Nuevo Mundo. Es cosa admirable, Samuel».

Róbinson, era ahora su nombre, no había visto nunca una serpiente emplumada. En los paseos de Bayona fray Servando parecía embriagarse de palabras explicando su idea. En las mesetas de México y en las selvas de la América Central, en aquello que los españoles habían llamado Castilla del Oro, estaban perdidos, entre los inmensos troncos y las lianas, los templos indígenas, las pirámides, las escaleras, las galerías. Por todas partes asomaba la figura esquemática tallada en roca de la serpiente emplumada. Debió estar cubierta de todas las plumas de los pájaros con una inmensa boca voraz. La serpiente era el símbolo de la tierra, de la vida y de la muerte. Era el ser del limo, pero cubierto de las plumas de los animales del aire. Todo estaba en aquel símbolo. Era la marca de la presencia del apóstol. Cuando llegó traía ya el don de las lenguas del milagro de Pentecostés. Servando buscaba los ecos de la enseñanza cristiana en la tradición de los indios; Quetzalcoatl-santo Tomás era la clave de todo. Cuando llegó Cortés con sus

soldados, vestidos de hierro, representó la vuelta de santo Tomás, el regreso de la Serpiente Emplumada, el retorno del recuerdo milenario.

Todo eso era América, pensaba Róbinson. Todo eso estaba presente o podía estar en aquel extraño mundo que nadie conocía bien. Mientras enseñaban español a los alumnos de Bayona y Róbinson ayudaba en una imprenta local, pasaban continuamente de un mundo al otro. Cada día se sentía más Róbinson. Desde Jamaica, desde Boston, había escogido aquel nombre. Otro nombre de azar de expósito. Se iba a llamar Samuel. Como el rey fundador de Israel, y se iba a poner como apellido Róbinson. El hombre de la isla. El hombre solo frente al mundo desconocido y ajeno. Samuel Róbinson. Conservaba la S y la R del primer nombre.

«¿Podría llegar a pasar allá lo que aquí ha pasado?» Cuando llegó a Bayona hacía apenas seis años que había caído la cabeza de Robespierre. Todos parecían despertar de la terrible pesadilla. Cada quien contaba su cuento de horror. Las denuncias, las prisiones, la carreta de los condenados por la calle, la muchedumbre en la Plaza de la Revolución y aquella especie de alta puerta estrecha de la guillotina, alzada sobre su plataforma. Una puerta de muerte por la que parecía que todos iban a pasar.

Servando y él se enredaban en discusiones interminables. ¿Podría o no llevarse la revolución a la tierra indiana? No podría ser la misma. No era la misma gente, ni las mismas costumbres. Recordaba con emoción los papeles de la conspiración de Picornell y sus compañeros de prisión en La Guaira. Habría que pensar en una revolución distinta. Habría que comenzar por preparar la gente, por enseñarlas a ser ciudadanos. En Francia misma las cosas no habían salido bien. ¿Podría haber continuado Robespierre? Había sido un dios, ahora no era sino el monstruo. Aquello no había podido durar. Cayó Robespierre, vino el Directorio. La gente se había asustado y cansado. Después había surgido de la guerra aquel joven general Bonaparte.

Cuando Róbinson llegó a Bayona ya era primer cónsul. Otra vez todo el poder en las manos de un solo hombre.

Róbinson repetía que había que educar al pueblo, prepararlo para vivir en república. Si no el ensayo fracasaría. Servando llegaba a decir que en América la república sería como la tercera vuelta de Quetzalcoatl.

¿Podían los hombres vivir en libertad o no? Él los había visto vivir en libertad en la América inglesa. Habían podido en los Estados Unidos, pero no habían podido en Francia. ¿Podrían acaso en la América del Sur?

Fue por entonces cuando leyeron un pequeño libro que acababa de aparecer. El título los atrajo. *Atala o los amores de dos salvajes* en las selvas de la América del Norte. Se sentía el eco de una música fascinante en aquella lectura. El autor era un joven escritor, enemigo de la República, monárquico, defensor del cristianismo y hasta vizconde: René de Chateaubriand. Aquella vida de pureza y de simplicidad, aquel amor sin sombras, aquella bondad natural de esos tiernos seres primitivos los conmovían. ¿Había sido así alguna vez el indio salvaje? Fray Servando los conocía mejor que Róbinson. Había estado en continuo contacto con ellos en México. No parecían así.

Toda la cuestión estaba en ese punto. Era el hombre bueno por naturaleza o había que enseñarlo a ser bueno. Discutía con el fraile, mientras leían a *Atala*. ¿Podía haber pasado aquello o no? El cristianismo no creía que el hombre era bueno. Nacía manchado de pecado, venía de la caída, había que redimirlo y encaminarlo. Para eso fue santo Tomás a América. Habría que enseñarlo ahora también. La nueva hora de la humanidad no saldría de las selvas y de un regreso a la vida natural sino de las escuelas. Así como hay que enseñar a escribir hay que enseñar a vivir. Así como se aprende a hacer las redondas formas de las letras se debe aprender también a vivir en una sociedad de libertad e igualdad. ¿Cómo se había aprendido hasta entonces a vivir? En una sociedad de opresión, prejuicios

y supersticiones. «Ves, Servando, por allí podemos llegar a estar de acuerdo».

Empezó a traducir a *Atala*. Ya no era como cuando las noches de Caracas, a la luz de la vela, con el *Emilio*. Ahora lo podía hacer con soltura y seguridad. Pero no le salía la música secreta y penetrante de Chateaubriand. «Una noche, a la claridad de la luna, cuando todos los salvajes dormían en el fondo de sus piraguas…» Se detuvo largo rato sobre aquella palabra. Le regresaba de la más remota América. No era una palabra de franceses, sino de indios americanos. En la costa del Caribe era el nombre de las largas y finas canoas del iridio. «...Renato quedando solo despierto con Chactas pide le cuente su vida. El viejo conviene en darle gusto y sentado con él sobre la popa de su piragua, al ruido de las olas y en medio de la soledad, le habla de esta manera». No había tenido que acudir al diccionario para traducir aquella palabra. Quienes no la conocían eran los franceses. Él la rescataba y la devolvía a su verdadera naturaleza al tornarla de *pirogue* en piragua.

Todo el tiempo de la traducción fue de continuo contraste mental entre lo que describía tan soñadamente Chateaubriand y los recuerdos vitales que él y Servando guardaban de su propia experiencia. Pero era un libro a la moda. Todos hablaban de él y era una buena idea ponerlo en español para darle un texto de lectura más atrayente a los discípulos.

Ahora estaba ante ellos aquel hombre todavía joven y tan ceremonioso. Se había presentado de improviso a buscar la obra. Hojeó el librito con curiosidad. Se excusó de su escaso conocimiento del español. No era ahora, era entonces. Siempre había habido un «ahora» detrás de otro. Ahora. ¿Dónde estaba ahora? Pero era aquel ahora el que había que evocar.

Servando y él se arrebataban el elogio de la boca. Les parecía un libro de belleza extraordinaria, escrito como con música. Había, tal vez, que ser un hombre como aquel

para haber visto todo aquello en el indio. Servando y él nunca hubieran podido describirlo así. Y, sin embargo, era así como resultaba bello y conmovedor. En Caracas había leído las crónicas de la conquista. Matanzas, odio, perros de guerra sobre el cuello de los caciques, descuartizamientos. Había que ser un francés, como aquel hombre de fino y modulado hablar, para haber podido tener aquella visión del indio. «Nunca los habíamos visto así. Servando». El fraile perseguido los había visto todos los días avanzando de rodillas hacia la puerta del templo de la Guadalupe. Los había conocido en los mercados, entre pilas de cacharros, o en las plantaciones con el sombrero de paja en la mano saludando al amo. Pero ahora había este otro indio.

«Señor vizconde, ha sido un gran honor». Se inclinaron los dos en una reverencia. El vizconde sonreía amablemente. «Le hubieras contado lo de la Guadalupe y santo Tomás». «No había tiempo. Además no hubiera comprendido».



En las horas que le dejaba libre la escuela de lenguas se metía por la ciudad como por una selva. Entre las calles desconocidas, las gentes extrañas y la muchedumbre ajena. Fray Servando se iba por su lado a visitar las iglesias de parroquia, a hablar con los curas tradicionalistas contra los nacionalizados y a administrar sacramentos en las iglesias restituidas por el Concordato.

No había perdido aquel aspecto de hombre de otra parte. Entre los elegantes con sus casacas de colores y sus bicornios emplumados él se destacaba como una mancha, con el mismo viejo saco deforme, el sombrero pringoso, los cabellos en desorden, los anteojos turbios y el paso lento, con las manos a la espalda. Podía pasar por entre los grupos que hacían tertulia en las aceras, tropezar con hombros y brazos de transeúntes, sentarse en una silla de

café a leer por horas una gaceta, sin que nadie lo conociera ni se acercara a hacerle conversación. Ciertamente estaba tan solo como Róbinson en la isla. Desde la mesa de café se veía un teatro inagotable. Pasaban mujeres jóvenes vestidas provocativamente. Recordaba a veces a María Ronco y sonreía. Nunca se hubiera podido vestir así. De las mesas vecinas venía el eco de las discusiones. Gente acalorada y gesticulante que a voz alzada hablaban de los sucesos del día. Sobre todo del general Bonaparte y de su política. «Va a ser un tirano. Ya lo es». «No, es un héroe de la Antigüedad». «Ya tiene asegurada la paz, que es lo que necesitamos». «No puede haber paz con él. La ambición no se lo permite. Habrá guerra. Guerra con todos. Hasta que desangre este país». Caras de alarma se volvían hacia el vociferante y lo inducían a moderar el tono.

En ocasiones entraba en conversación con algún vecino de mesa. Con aquellos largos y difíciles comienzos de diálogo. «Ah, es usted americano. ¿De Filadelfia?» Era difícil explicar de donde era. Que era americano, ciertamente, pero no de Filadelfia. Que tampoco era español como los de España, que era de aquello que llamaban Tierra Firme, o también las Indias. Era necesario hacer una larga explicación y el contertulio no lograba entender. «Sí, americano». Era más fácil y, además, con aquel nombre nuevo podían creerlo de Charleston o de Baltimore. «Samuel Róbinson». Hablaban entonces de todo lo que había pasado. «No puede usted imaginarse lo que fue esto». Entraba como en un deslizamiento sin término a oír la narración de aquellos sucesos terribles. «Cerca de aquí funcionaba la guillotina». El contertulio había estado allí cuando cortaron la cabeza de Robespierre. No le costaba trabajo a Róbinson reconstruir la escena.

La velocidad y la densidad del tiempo habían ido cambiando a su alrededor. Venía desde el lento tiempo de Caracas. De las horas sin término y de los largos saludos. Había pasado por la República americana. Era otro tiempo.

Había cuenta de horas, de tareas y verificaciones. Todo el mundo estaba en algo. Los vagos, los tertuliantes eran mal vistos. Pero desde que llegó a París entró en otra velocidad y espesor del tiempo. Todo parecía evaporarse, huir y cambiar. En diez años, en cinco años, en los dos últimos años, todo había cambiado. Todo continuaba en un cambio sin término. Ya no estaba la guillotina en la plaza, pero tampoco estaba el rey en el palacio. Muchas iglesias estaban convertidas en talleres o en establos. Viejos palacios de los grandes señores de ayer estaban invadidos de gente nueva. Se esperaban otros cambios. Había terminado el Terror, también había concluido el Directorio. Ahora se estaba en el Consulado. ¿Por cuánto tiempo? Todos decían que el cónsul se iba a hacer rey. Que se iba a colocar la corona de los viejos soberanos y a restablecer una nobleza. Se tropezaba en la calle con gente que se sabía que iba a ser poderosa o que había sido poderosa y se ocultaba. Unos surgían, otros desaparecían, como los títeres. Había muchos nuevos ricos. Mujeres cubiertas de sedas y de joyas. Cortesanas o esposas de negociantes enriquecidos. En una carroza roja, sangre de buey, vio pasar una hermosa mujer llamativamente vestida. El francés que lo acompañaba se la señaló. «Es una compatriota suya». Era como resolver un acertijo de tiempo y de situaciones. No era compatriota. Era española, pero había dejado de serlo. Tampoco él era español. Era Teresa Cabarrús, la hija del financiero de Carlos IV. La exmujer de Tallien. Se decía que era ella quien había precipitado la caída de Robespierre. Había arrastrado a Tallien. La llamaban Nuestra Señora de Thermidor. Bella mujer. La imaginación de Róbinson volaba. Ahora era la amiga del negociante Ouvrard. Muchos millones, un palacio, multitud de criados y aquel resplandor de brillantes en el cuello y en las manos. La gente con que tropezaba en el café o en el jardín del Palais Royal era indescifrable. Cualquiera de aquellos hombres podía ser un noble regresado, o un antiguo miembro de la Convención o de un tribunal

revolucionario. O el hermano de un guillotinado, o un mero aventurero que venía en busca de fortuna en aquella revuelta feria de ocasiones ganadas y perdidas. Circulaban noticias de guerra y de complot, iba a haber paz. Iba a haber guerra. A Servando no lo veía sino por las noches, cuando regresaba de sus obligaciones de parroquia. Hablaba entonces de las iglesias desafectadas y de la pugna entre los sacerdotes «constitucionales» y los «refractarios». O lo que es lo mismo entre los «galicanos» y los «romanos». «Es una gran confusión, Samuel. Muchos de los que juraron la constitución civil del clero lo hicieron de pura fórmula. Todo el pueblo quiere la restauración completa del viejo culto. Yo me paso el día confesando, dando comuniones y visitando moribundos. Nunca he trabajado más». Por ironía, fray Servando oficiaba en la parroquia de santo Tomás. «¿No les has hablado de la llegada de santo Tomás a América en la figura de la Serpiente Emplumada?» No había habido tiempo, le aseguraba el mexicano.

A veces llevaba a Servando, para que se escandalizara, hasta el Palais Royal. Se instalaban junto a una columna y veían pasar el torbellino humano. Mujeres vestidas como para un teatro, con altos bustos semidesnudos y largas túnicas de seda transparente. Entraban o asomaban por las estrechas puertas de las tiendas de modas, o de las casas de juego. Junto a aquellos jóvenes de casacas azules y rosadas, botas de charol, sombreros de copa de ala ancha y bocamangas de encaje. El rumor de la jácara arrastraba el eco del tintineo de monedas de los garitos. Cada «maravillosa» iba envuelta en una nube de perfume. Los dos criollos miraban como detrás de un vidrio. La casa de juego, el restaurante caro, las mujeres perfumadas. Todo era teatro.

Hablaban de política. Mientras recorrían sin rumbo las calles y pasaban de un jardín a otro, imaginaban todo lo que podía pasar. Francia iba en camino de dominar a Europa. Amenazaba a las viejas monarquías. Se había

metido en Italia, en Austria, en los Países Bajos, en las ciudades alemanas. Ahora había una república en el norte de Italia y otra en Holanda. Aquello se iba a extender. Llegaría más lejos todavía. Llegaría a las tierras americanas. Habría repúblicas. El mundo cambiaba ante sus ojos y no se iba a detener. Un día en que caminaban hacia las afueras de la gran ciudad vieron levantarse en el aire de la tarde, como un gran hongo de colores vivos, con su llamarada en la base, un globo aerostático. Se detuvieron sobrecogidos. Era como una aparición de Apocalipsis. Los muchachos gritaban enseñando con la mano hacia el cielo y las mujeres corrían asustadas a refugiarse en las casas. «Así pudo ir santo Tomás a América».

Un hombre podía ir por los aires, debajo del inmenso globo de tela pintada, como si fuera en el carro de Elías por el cielo. Servando miraba asombrado. Recordaba los milagros, las levitaciones, el vuelo de los ángeles, la Trinidad sobre las nubes de los pintores. «Estas cosas dan miedo, Samuel». La áspera cara de Róbinson se contorsionaba en una mueca. «¿Qué pasaría si nuestra gente de allá viera esto? Caerían de rodillas. Rezarían el Trisagio, harían confesión pública a gritos». Róbinson se desató a hablar sobre todos los progresos que la ciencia iba a realizar. El globo desaparecía detrás de los altos techos. Si todo iba a ser conocido y dominado todo tenía que ser recomenzado. Había empezado una edad de milagros, pero de milagros de la ciencia. El aeróstato, la electricidad, el galvanismo, la máquina de vapor. «Una máquina de vapor inglesa tiene la fuerza de diez caballos, de cien esclavos. La hiladora mecánica hace el trabajo de cien mujeres hilando en la rueca. Hay un abismo entre lo que el hombre es y lo que puede llegar a ser. De ese descalco vienen todos los males». «Has visto un milagro y te ha costado trabajo quedarte tranquilo, Servando. Un charlatán podría ir ante las gentes ignorantes y hacerles creer que el globo aerostático es la prueba de un poder sobrenatural. Se lo creerían y le podrían obedecer

como a un dios. Ese es el peligro. Hay que cambiarles la mentalidad a los hombres para prepararlos a lo que viene». «Lo que viene será lo mismo, Samuel». «No debe ser lo mismo. Hay que trabajar para que no sea lo mismo».

Hablaban de la Revolución y del fracaso de ella. Poco a poco se había vuelto a las formas del viejo orden. «El error estuvo en no darse cuenta de que no era la guillotina lo que se necesitaba sino la escuela». Siempre terminaba por caer en el tema de la escuela. Era su obsesión. Visitaba algunas de la ciudad y se había hecho amigo de regentes y preceptores. Observaba con curiosidad creciente los nuevos métodos de enseñanza de la física, la química y las ciencias naturales. Gabinetes y herbarios. «Hay que comenzar por aprender a conocer la naturaleza y las cosas reales que nos rodean». Hasta que terminaba por la evocación de Emilio. Todo lo había adivinado y revelado aquel ginebrino endemoniado. Nada se le había escapado. Pero no era eso todavía la escuela. Lo más importante de enseñar no lo enseñaban, que era la sociabilidad. Se aprenden las reglas de la gramática y las cuentas de la aritmética, pero no lo más importante que es como vivir en una sociedad libre.

Cuando Servando se fue volvió a caer en la soledad. Era su ley. Estar solo en la isla. Mirando las lejanas costas inexploradas o los incomunicables seres desconocidos, amigos o enemigos potenciales, que miraba como a lo lejos.

Tenía una mujer. Siempre tuvo una mujer. Cuando en la vejez miraba hacia el pasado, le parecía que siempre había sido la misma mujer con diferente cara, lengua o vestimenta. Una mujer callada y hacendosa, para la cocina y la ropa, para la enfermedad y la noche para la silenciosa presencia en la sombra del otro aposento. Una mujer que hubiera podido acaso tener siempre el mismo nombre, para hacer las mismas cosas. Una mujer que podía abandonarse cualquier día para reencontrarla o para no volver a verla más nunca. Manos hábiles con la aguja, el hierro de planchar, la batea y las ollas. Una mujer sin color y sin edad. Sin

horas, ni preguntas, que estaba allí, en la alcoba, junto al cajón de libros y los viejos zapatos, tan descolorida y tan invisible como el gabán colgado de un clavo. Podía ser más joven o más vieja. Cuando era más joven y bien parecida eran los amigos quienes se lo decían. No le interesaba que fuera bonita. En los viejos proverbios, que repetía a cada instante, encontraba razones. El que tiene mujer bonita no vive tranquilo. El que se casa con mujer hermosa, pasa buenas noches y malos días.

Después, mucho después de la ida de Servando, fue el nuevo encuentro con Bolívar. Ya no era el niño iracundo de Caracas. Ya no era el alumno díscolo de la escuela. Ahora era aquel mozo arrogante, impulsivo y contradictorio, que se había presentado en París, con Mariano Montilla y otros amigos. Ahora se sentía más solo que nunca. Ya no solamente era el huérfano sino el viudo. Tenía apenas veinte años y el matrimonio había durado menos de uno. El encuentro fue un largo llanto. El joven caraqueño lloró copiosamente abrazado al cuello de su antiguo maestro. «Soy el ser más desgraciado». Le contaba lo que había sido su felicidad tan corta. Como había ido con Teresa desde Madrid a descubrir el trópico. Los días de idilio en la hacienda de san Mateo. Róbinson recordaba a *Atala*. Simón se la describía como si la tuviera por delante. El cabello, las manos, el rostro, la manera de hablar. Su gracia inagotable de niña maravillada. Todo era nuevo y sorprendente para ella. Las orquídeas, la voz salmodiada de los negros esclavos, la primera serpiente, el primer venado. Los planes sin término para el futuro. Los cambios que se le iban a hacer a la casa. «Pero todo se acabó de pronto. Parece una pesadilla».

Entró Bolívar en su vida de París como una ráfaga de tormenta. Era un manojo de nervios en continua excitación. Lo sacó de su tranquila vivienda de barrio para llevárselo a la fonda central donde se había hospedado. Lo había metido en su círculo de jóvenes alegres y dispendiosos. Róbinson era ahora la nota gris en aquel coro de voces

explosivas y de gestos abundantes. Entre las casacas de todos los colores a la más atrevida moda, junto a los sombreros de copa alta de sus aturdidos contertulios, iba él como arrastrado. Todos tenían una aventura diaria que contar, la ganancia en la mesa de juego, el incidente con un marido celoso, el encuentro inesperado con la bella mujer desconocida. Bolívar gastaba con pasión. Alquilaba coches y caballos, compraba libros, era cliente de los mejores sastres, adquiría joyas, invitaba a los cafés más caros y se enfrascaba en acaloradas discusiones sobre política y filosofía. En las horas de la mañana, en la fonda, hablaban a solas. A cada instante cambiaba de planes. Proponía visitas, peregrinaciones, viajes, lecturas. Todo aquello servía para aturdirlo. Un día vieron pasar la berlina del cónsul, al galope de sus magníficos caballos, seguida de un pelotón de dragones. Al través del vidrio del coche se vislumbró un instante la cara pálida, el perfil puro y el bicornio oscuro del hombre del destino. «Se va a coronar». Era un hecho. Todo lo anunciaba. «Sería una torpeza», decía Róbinson. «Tal vez, pero…» No iba a ser otro rey. Iba a resucitar del fondo de la historia la dignidad imperial. No se iba a sentar en el trono de Luis XVI sino en el de Carlomagno. Un fundador de imperio que iba a reunir a Europa de victoria en victoria. Sin abandonar la bandera de la Revolución. Un destino prodigioso. De la nada había llegado a ser el dueño del mundo. Una gloria así valía más que todo lo que el hombre podía ambicionar. Todos los reyes juntos hacían papel de pobres figurantes de comedia. Todo lo había alcanzado en los campos de batalla, pero venía de 1789. No se había conocido nada igual. Róbinson refunfuñaba. «¿A qué precio todo eso?» Los muertos, los inválidos, los campos incendiados, las ciudades violadas. Alguien pagaba esa locura. Los más pobres, seguramente. Más sana ambición era llevar la libertad a los pueblos. Los compañeros de mesa reían. «Ya nadie cree en eso y también costó muy caro».

Un día, iban en un fiacre, cuando Bolívar abrió la portezuela y se arrojó a la calle. Lo vio abrir los brazos, avalanzarse sobre una dama que iba por la acera y prorrumpir en grandes voces que hicieron volver el rostro a los transeúntes. «Teresa. Teresa. No es posible. ¿Tú?» La subió al coche y se la presentó a Róbinson. «La señora Tristán. Teresa Laisnay». Le apretaba las manos y la contemplaba con transporte. «Ya no soy el muchacho que conociste en Bilbao y que te parecía tan callado y triste. Ahora soy otro, Teresa». «Soy libre, soy dueño de mi vida. Una gran desgracia me ha devuelto la libertad. Pero, ¿para qué?» Le contaba en torrente su matrimonio y la pronta muerte de su esposa. «Se llamaba Teresa, como tú». «Todo ha sido tan violento. Tan extraordinario». Recordaba también los días de Bilbao, cuando adolescente conoció a Teresa y a su marido el Coronel Tristán. «Entonces tenía que contar mucho mi escaso dinero, ahora soy rico, Teresa». La dama miró con cierta incomodidad a Róbinson. «Es mi maestro, es mi amigo. Es el Sócrates de mi tierra. Tienes que conocerlo». Róbinson hizo una cómica mueca. Bolívar preguntó por la dirección de la dama y dio instrucciones al cochero de llevarlos hasta allá. Por el camino no cesó de hablar, de describirle todo lo que había hecho en los años en que no la había visto. «Ahora ya no te perderé más de vista». Cuando llegaron, un hombre maduro, alto y apuesto, abrió la puerta. Bolívar se le avalanzó y lo estrechó en un abrazo. «Mi coronel Tristán. Apuesto a que no me recuerda». El otro no regresaba de su sorpresa. Poco a poco se serenaron y penetraron al interior. «Ven», le dijo Teresa a Bolívar. Lo llevó a la alcoba. En una cuna de madera oscura dormía una niña de pocos meses. «¿Es?» «Es mi hija». Bolívar la vio con sorpresa y le pasó con suavidad la mano por la cara. «Se llama Flora».

Volvieron al salón. «Coronel, he aquí a vuestro pobre chico Bolívar. Ha crecido, la barba le ha salido y se ve mejor, ¿no le parece?» Todos hablaban a un tiempo menos

Robinson que, como de costumbre, permanecía apartado y fuera del diálogo.

Los más bulliciosos y habladores eran Bolívar y Teresa. El coronel Tristán y Róbinson intervenían menos y más mesuradamente. Los sucesos de los años en que no se habían visto se volcaron desordenadamente en la charla, interrumpida por risas y exclamaciones. Mientras Teresa explicaba las cosas que ocurrían en París en aquellos días, el coronel Tristán le hablaba a Róbinson de su pasado y del Perú. Arequipa, Lima, el Cuzco, sonaron con son extraño en aquella ocasión en sus oídos. Poco sabía entonces de aquellos remotísimos parajes. La tierra de los Incas, de los virreyes y de los tesoros. Tristán le hablaba de su familia. Gente de viejo arraigo en el virreinato, de tierras, servidumbres y casa palaciega. «Todo eso ahora, quedó atrás». Pero él, cuando entró por primera vez a Lima, a Arequipa, al Cuzco, recordó al coronel Tristán. Cuando todo aquello que parecía tan lejano se convirtió en su vida cotidiana y en su rutina de todas las horas. Cuando llegó a sentir que estaba allí para siempre y que nunca había estado realmente en otra parte. Fue allí donde aquel mundo que iba a ser su mundo definitivo se le anunció por primera vez. Tan simple, tan banalmente, en el hilo de unas palabras en aquella sala de la casa de Teresa. Habían sido, en aquella hora, como cuatro náufragos. Si lo sabría Róbinson. El mozo caraqueño que buscaba el placer y el aturdimiento en París, el coronel Tristán, que había dejado su tierra hacía tantos años, que venía de servir al rey de España, la dama francesa que era su mujer y que había huido de la Revolución y vuelto después de haberlo encontrado y aquel hombre sin rumbo y mal hallado que parecía estar de más en todas partes.

Teresa le ofrecía a Bolívar presentárselo a sus amigos. «Conocemos a mucha gente interesante. Te aseguro que no te vas a aburrir». Hablaron de sus planes. «No sé, no tengo nada decidido. Por el momento estoy aquí, tengo a

Róbinson y los he hallado de nuevo a ustedes. De lo demás no sé».

«No sabe y sí sabe». Explicaba Róbinson. Quería aprender, saber, realizar cosas grandes. Lo fascinaban aquellos hombres cercanos, casi inmediatos, que habían hecho la Revolución y que iban a crear un imperio. «Este es un tiempo en que se puede alcanzar la gloria».

Más que de las viejas imágenes doradas de Nuestra Señora y los santos, París estaba lleno de la presencia de las divinidades que había creado la razón. En grabados, grupos de *terracotta*, figuras de piedra y cuadros se tropezaba constantemente con aquellas diosas de largos peplos, con sabios pliegues, casco griego en la cabeza erguida y lanza en la mano. La Razón, la Libertad, la Justicia, la Igualdad, el juramento de los Gracos y la Gloria, en muchas formas. Con la corona de laurel levantada en la mano sobre un busto de Rousseau o de Benjamín Franklin.

«Así como el agua regia ataca el metal falso y lo disuelve dejando intacto al oro». Era Róbinson quien explicaba. Así la razón iba a corroer y destruir todas las falsas apariencias, los engaños y las injusticias que la ignorancia y la superstición habían levantado por edades. El viejo calendario gregoriano había caído. Había costado trabajo acostumbrarse a aquella nueva cuenta por décadas. Eliminados los días de Júpiter y de Marte, los de san Isidro y san Martín. Ni el mes de Julio César, ni el de Augusto. Ahora eran los meses de la naturaleza. Eran los campos y el cielo los que anunciaban el tiempo. Para la canícula Thermidor, para lo más gris del otoño Brumario, para la cosecha Vendimiario, para la llegada de la primavera Floreal. Los jóvenes criollos se confundían, se daban bromas o se excusaban de faltar a las citas con aquel embrollado calendario. No estaban en 1804 sino en el año XI. No se trataba de miércoles o jueves sino del tercer día del segundo *Decadí*. «Nadie lo usa sino en los documentos oficiales». La gente seguía entendiéndose en su vieja cuenta

gregoriana. El día de la Asunción, la Pentecostés, el primer lunes de marzo. «Allí está el problema». Era Róbinson quien lo explicaba entre las chacotas de los jóvenes. Parecían no oírlo. Si no se cambia al hombre nada se cambia. Hay que tomarlo tierno y fresco. Sin nada todavía en la cabeza. Es por la cabeza por donde se le hace, o por donde se le permite encontrarse a sí mismo. Hablaba de sus ensayos en las Escuelas de Caracas y de lo que había visto en Francia. Se necesitaba mucho más. Los prejuicios, los errores, las vallas sociales eran como una peste. Pasaba de gente a gente, de padres a hijos, de abuelo a nieto. Más daño hace un abuelo imbécil hablando a su nietecito, que todo el bien que pueda procurarle a este la escuela más avanzada. Lo que vuelve a aparecer en el niño es el viejo hombre con sus mismas sinrazones, sus miserables malos hábitos de pensamiento, sus rancias ideas y normas.

A veces se quedaba solo en la mesa del café, perorando. Los jóvenes se habían ido, siguiendo a una mujer en el paseo, sumados a algún pasajero, o tragados por la boca de una tienda, de una cantina o de un garito. Se levantaba entonces mal humorado y refunfuñando contra ellos y contra su propia majadería.

Con el coronel Tristán era distinto. Hablaban de aquellas tierras remotas del imperio español. Allí va a soñar también la hora de la libertad y de las repúblicas. El veterano militar del rey no lo creía. «Es difícil. Usted no conoce aquello. Usted no conoce al indio». Hablaba de las ciudades refugiadas en los repechos de soledad de la sierra. Mientras Teresa y Bolívar parloteaban. «Tienes una prima muy bella y muy elegante». El joven Simón sonreía complacido. «Es Fanny Trobriand. Mi pariente y nada más». Hablaban del viejo marido de Fanny y de las fiestas de su casa. El coronel Tristán miraba de reojo. «Las pocas tentativas han fracasado». Cada uno hablaba de lo que conocía. Róbinson de como estuvo a punto de triunfar en Caracas la conspiración de 1797. «Por un miserable barbero

se perdió». Tristán de la revuelta de Tupac Amaru. «Están fuera de la hora del mundo. Lo que quieren es volver al tiempo de los Incas. Eso no tiene ni pies ni cabeza». Eran dos maneras de ver opuestas. Al través de las marchitas palabras de Tristán vislumbraba aquel vasto mundo de la cordillera andina. Recordando debió sonreír muchos años después, amargamente. Todavía no había conocido la soledad de la puna, las cuestas desnudas y glaciales, el viento cortante de las cumbres y aquellos indios silenciosos, doblados sobre sí mismos, con el fardo a la espalda, metidos en su manta amarilla y roja, corriéndoles la baba verde de la coca por la comisura de los labios. Al paso de la mula fatigada, llevando al viajero montado sobre aquella otra cumbre temblorosa que era el lomo de la bestia, en la lenta recua. Tropezando con las piedras, resbalando sobre las yerbas. Un guijarro se desprendía a ratos y bajaba dando tumbos por la cuesta empinada, cortando la trocha en zigzag, saltando sobre las manchas de roca desnuda hasta perderse en el brumoso fondo de la garganta. Hacia arriba, cuando se podía alzar la vista, estaba el cielo azul de una claridad deslumbradora, las lejanas moles inmensas de la cordillera de nieve y los giros lentos de ala quieta de algún cóndor que avizoraba alimañas.



Volvió a Guayaquil. La aglomeración de casas de madera desteñidas y ruinosas, entre la densa vegetación a la orilla del río dormido. Cuántas veces había pasado y repasado por aquella ciudad. En camino de subir la sierra. Bajando de ella entre resbalones de mula y maldiciones de arriero. Para tomar la balsa en el río y seguir bajando como un tronco sin rumbo. Vuelto para recomenzar siempre. El grupo de muchachos ariscos y salvajes a los que había que enseñar. O el hacendado de casa empedrada y esclavo en

la puerta que iba a poner el dinero para el negocio de una fábrica de velas de esperma. Horas de horas explicando cómo era el procedimiento, la pasta, los moldes, los pabilos, hasta que terminadas se les podía encender en la punta la llamita temblorosa que combatía la oscuridad. Sacar y sacar cuentas en el grueso papel florete de hacer planas. «No va a dejar mucho beneficio». Se podía ahorrar más en los materiales. Podía convenir en tomar menos para él y habría más para el dueño del dinero. Hasta que comenzaba la fabricación y el pleito de todos los días. Las velas que no se venden y el dinero que no regresa. Y el propietario vociferante que viene a reclamar lo suyo. Con su ancho sombrero de paja, sin descubrirse, plantado groseramente en mitad de la pieza. «Usted me ha engañado». O lo que era peor. «Usted me está robando».

Ahora ya no era el mismo. Tampoco la ciudad era la misma. En tantos años y tantas vueltas unos se habían ido, los más habían muerto, otros nuevos habían aparecido. Él parecía seguir siendo el mismo extraño de siempre. Pero ahora estaba más viejo, mucho más viejo. Le bastaba verse las manos. Como sarmientos nudosos, con las gruesas venas abultando en la piel oscura y arrugada, cubierta de manchas negras.

Ahora estaba enfermo. Ya era muy viejo. Si se pusiera a sacar la cuenta no terminaría. El año de veinte y tantos, cuando pasó por allí por primera vez. El año de cuarenta y tantos. El año Cincuenta y cuatro, ahora. ¡Qué cantidad de muertos y de idos! En los últimos días se le había ido hinchando el vientre y le dolía al tocarlo. Parecía una mujer encinta. Siempre había estado preñado, preñado de ideas, pero ahora se le veía. La había crecido la barriga como un globo, como media esfera del mundo, podría trazar sobre aquella piel dolorosa los océanos y las costas, los caminos y los pueblos del recuerdo. Iba a morir con el mundo encima.

Lleno de ideas y sin dinero. Con más ideas que toda la gente junta que llenaba los millares de casas de madera de

la población frente al río. ¿Pero de qué le servían? ¿De qué le habían servido nunca?

Como las putas en cuaresma. Se rio con una mueca de tos. Iba a escribir ¿á quién? pidiéndole algún dinero. A alguno de aquellos hombres que tanto lo habían conocido y que sabían quién era. «Estoy como las putas en cuaresma, con capital y sin réditos». Con todo lo que sabía hacer, con todo lo que podía realizar y sin poder siquiera intentarlo. Qué iba a resultar de aquella carta. Algún nuevo silencio, alguna vaga promesa, o el envío de unas pocas monedas. Las monedas del pobre, sucias, tardas, cortas. Monedas de mostrador de pulpería para el hambre de una tarde. O para pagar el escote de la balsa que podría llevarlo a otra parte. ¿Qué otra parte? Para recomenzar lo mismo. Reunir los cuatro muchachos torpes y comenzar a pelear con ellos y sus padres sobre lo que había que enseñarles. Eran como oleadas de una invasión que no terminaba nunca. Cuando se lograba que algunos medio comenzaran a entender, a abrir los ojos, llegaban otros nuevos con la cabeza dura como una piedra. El sí era el mismo. Con sus turbios anteojos sobre la frente, las rodillas mordidas por el reumatismo y aquellas palabras tantas veces dichas: Ponerlos a hacer líneas y círculos, palotes y ruedas. Como si trazaran el mundo y sus límites.

Un círculo y una recta, una rueda y una vara, el aro y el palo del niño que corre por la calle ensimismado, era todo lo que se necesitaba para poner todo por escrito. Lo había descubierto cuando empezó a trabajar como cajista en la imprenta de Filadelfia, cuando escogía con los dedos los tipos en los compartimientos del chibalete. Había que darle entonces más importancia a la letra que a la palabra, al carácter trazado en el plomo gris como un pequeño talismán misterioso. Él deletreaba pero la palabra se iba formando en la línea con su significación ajena. Fue entonces también cuando descubrió la inagotable riqueza de los signos tipográficos. Con corchetes, con llaves, con

abrazaderas se podía hacer decir a las palabras otras cosas. Se podía leer con los ojos y no con la boca. Las letras alzaban y bajaban la voz según el tamaño. Una palabra, en grandes letras negras en mitad de la página, gritaba, vociferaba, clamaba entre la grisalla de las pequeñas letras acobardadas que la rodeaban. Un solo nombre, un solo verbo, podía dominar una página entera, llena de breves complementos o predicados. Todo eso había que cambiarlo. La escritura la habían inventado seres primitivos que garrapateaban sobre duras vitelas y que nunca pudieron sospechar las infinitas posibilidades de expresión que iba a tener la imprenta. Que iba a tener cuando la supieran aprovechar, porque ahora tampoco la sabían aprovechar. Cuando él ponía una de aquellas páginas en un libro las gentes parecían no poder comprender. Aquellas letras de distintos tamaños, aquellas líneas de distinto largo, aquellas llaves abiertas como tenazas de apresar sentido. ¿Cómo podía leerse aquello? Era evidente que no se podía leer con sonsonete de sacristán, que no era para el decorado y la declamación, sino que era para abarcar el sentido completo con un golpe de vista.

Ahora podía poner en una inmensa página una sola palabra Muerte o Vida y, abarcadas por una interminable llave abierta, todas aquellas frases complementarias que tendría que decir. Vida es, o muerte es: obra, dolor, batalla, malquerencia, estupidez, desventura, desgracia, desprecio, desengaño... Sería mejor poner simplemente des y abrir otra llave con los contradictorios complementos: ventura, gracia, engaño.

Siempre frente a un niño nuevo, frente a un día nuevo. Aquellos ojos oscuros y temerosos que lo escrutaban con hostilidad y miedo. Que lo miraban desde abajo y le recorrían el largo corpachón y se detenían en las ásperas manos de labriego. «Aquí no se golpea, ¿sabes?» Así había tenido al niño Simón, así había tenido a millares, así había empezado siempre con el palote y el círculo. El primer

misterio y la primera llave. Con eso se hace todo. Empezaban y luego se iban. El que no se iba nunca era él. Pasaba de pueblo en pueblo para siempre recomenzar la misma tarea sin fin. «Siéntate allí. Toma la pluma con la mano. Así, sin apretar. Sostén el papel con la otra mano. Ve haciendo, una detrás de otra, estas pequeñas rayas inclinadas. Un palote. Y después una rueda, redonda, sí, la de la carreta». Una rueda para empezar a rodar el camino sin término del saber. Si lo sabría él que tantos tumbos llevaba dados.

Ahora, otra vez solo, otra vez en Guayaquil. Otra vez sin recursos. Sería mejor volverse a ir. Allí junto a él estaban los dos mozos. Cocho, el hijo. El hijo de la chola Manuela Gómez. Y Camilo Gómez, el bondadoso joven que lo acompañaba desde la sierra.

Estaba tendido lo más del día en una hamaca. Entre mecerse y adormecerse. Al movimiento crujía la madera bajo las amarras. «Va a salir una balsa para la costa de Paita». Lo pondrían sobre cubierta, bajo un toldo. Sería cosa de una semana. El tiempo parecía bueno para la navegación. Del río bajarían palanqueando hasta el Pacífico. Ya en el mar tenderían la vela. Y él iría acostado entre los sacos de granos, los cueros y las botijas de manteca. Hubo que reunir todo lo que quedaba de dinero, vender algún marquito de plata y esperar las últimas dádivas y ayudas. «Estoy como puta en cuaresma».

Lo que más pesaba era los cajones de los papeles. Todo estaba metido allí. Los libros publicados, las hojas sueltas, los folletos, los manuscritos. Hojas y hojas de tantos días. Las cartas enviadas y recibidas. Era lo que más importaba. Él podía reventar en cualquier momento, pero lo que quedaba en aquellos cajones seguiría hablando por él, más allá de la muerte y más allá del tiempo. Todo lo necesario para cambiar el destino de aquella gente pasiva y desgraciada. Desde el aprendizaje hasta el trabajo y la vida. La brújula para que pudieran hallar el rumbo de salvación aquellas gentes perdidas en la ignorancia y la estupidez.

Los generales, los ministros, los peones, los esclavos, los cholos, los obispos. Él sabía lo que había que hacer, lo que hubiera habido que hacer, y lo había puesto ahí, en aquellas sucias y agrietadas cajas de madera con su grueso letrero de pintura negra: «Simón Rodríguez». No faltaba sino el lugar. ¿Cuál lugar? ¿Para dónde iba? Para cualquier parte. Para cualquier punto de aquella redondez sin término que se inflaba como su vientre hidrópico.

Por delante las cajas de los papeles y detrás él, con su bastón, dando traspiés del brazo de Camilo Gómez, hasta el muelle de maderos podridos, charcos y arrumes de bultos. Y aquella balsa donde lo aguardaban los cuatro indios de la tripulación.

Alzaba poco la borda sobre el río terroso. Don Simón se tendió entre unos fardos de cecina seca que olía a momia. El toldo le daba sombra. Una sombra agujereada por la que pasaban finos rayos del sol de la mañana caliente. «Nos vamos», dijo el patrón. Los bogas metieron el pecho a las palancas y empezaron a empujar con lentos pasos tensos y temblorosos sobre la cubierta. La orilla se fue retirando casi imperceptiblemente en el silencio de los gruesos resuellos de los bogas y el chapoteo del agua. «Aguanta a babor». Volaban las voces del patrón. Indio oscuro y flaco, la cara taraceada de arrugas bajo el ancho sombrero de paja, escupiendo a cada instante la saliva de la coca.

Camilo Gómez se acurrucó a su lado. «¿Dónde están las cajas?» Se las enseñaron. Estaban allí cerca. Junto a las cecinas secas y las cajas de velas. Se sonrió. «Velas y escuela». Cuántas veces lo había dicho. «Luces y virtudes americanas». Hacer velas y hacer almas. Tal vez decir almas era mucho decir. Mejor despertar inteligencias y abrir a la reflexión. Reflexión es reflejar, recoger lo que nos rodea, con el pequeño molino de la mente que analiza.

Junto a la borda se había colocado Cocho, de pie. En un tiempo había pensado llamar a los hijos con nombres de legumbres. No con los nombres de aquellos santos de

yeso. ¿Por qué Simón y no Zanahoria? Cocho miraba hacia la ciudad como sin querer acabar de arrancarse de ella. Le presentaba las espaldas inexpresivas y ajenas sobre el cuadriculado de las casas que se alejaban con la costa.



Subía los rechinantes escalones con su torpe paso. Saludaba a la portera, a algún huésped y empujaba la puerta de la alcoba. Estaba a oscuras a pesar del día. Se oía el ronquido ahogado del durmiente. Penetraba y abría las cortinas. Entraba la luz cruda del mediodía. En la cama revuelta abría los ojos deslumbrados y se estiraba su joven amigo. «Simón, aquí está Simón». «¿Ya?»

Todo estaba en desorden en el cuarto. Ropas sobre sillas y mesas. Un espejo medio oculto por una camisa. Libros por todas partes.

Iba a recomenzar el mismo diálogo de los últimos tiempos. El cuento de la noche anterior. El nombre de una mujer. Los detalles de la fiesta que comenzó con una comida en casa de los Trobriand. Los políticos y los intelectuales que había. El recuerdo de las discusiones. Iba a comenzar de nuevo el cuento, cada día igual y cada día distinto. Sobre una mesa, entre libros, botellas y pistolas estaba el alto y ancho sombrero de copa. «Sabe que ahora comienzan a llamarlo el sombrero Bolívar». Hizo una mueca de disgusto Róbinson. «¿Y qué significa eso? ¿Ha venido usted hasta aquí para inventar sombreros?» El joven rio. «No es mucho, pero tampoco está mal».

«Vea, Simón, lo que está ocurriendo a su alrededor. Abra los ojos». Iba a comenzar el debate diario. En el día en las mesas de café y en las mañanas de tardo despertar en el cuarto del hotel.

«Recuerde lo que nos dijo Humboldt». A Alejandro de Humboldt lo habían encontrado en la casa de Fanny.

Preparaba entonces la publicación de una inmensa obra sobre la América tropical. Más tarde lo visitaron en su casa. Un *bric-à-brac* increíble de piedras, animales disecados, mapas, grabados, y pilas de hojas de herbolario, frascos con lagartos y cajas de insectos. «Esa enorme mariposa azul es de Cumaná». Hablaban de Venezuela. Humboldt la conocía mejor que sus dos contertulios. La había recorrido desde el golfo de Cariaco hasta Caracas y hasta las selvas del Orinoco. Para ellos era revelación todo lo que decía. Sobre las plantas y los animales, sobre las alturas y los ríos, sobre el clima y la vegetación. Sobre el incontable cielo que se desplegaba en las noches con los millones de mundos ardientes del espacio. Y, al final, hablaban de la sociedad y de la política. «Encontré en Caracas a la gente más política de la América del Sur». Humboldt hablaba del inmenso cambio político y mental que sacudía al mundo. «Es como uno de esos grandes cataclismos que formaron hace millones de años las montañas y los mares». Todo estaba cambiando. La Revolución Francesa había quebrantado todo el viejo orden. De las guerras napoleónicas iba a surgir otro mundo distinto. Las viejas monarquías no podrían resistir. Hay una nueva ciencia, un nuevo arte, un nuevo pensamiento. «Ya la *Enciclopedia* misma está superada». Les hablaba de las novedades de la electricidad y de la química. De la influencia del medio sobre la vida. Del nuevo sentido de la literatura y de la lengua que había estudiado su hermano Guillermo. «Hay una nueva poesía».

«El imperio español no va a poder subsistir. Todo lo amenaza y lo condena». Ya se habían independizado las colonias inglesas del Norte de América. «Napoleón no va a dejar quieta la vieja España de los Borbones y la Inquisición». «Van a pasar cosas».

«Yo creo que la oportunidad de la independencia está planteada para la América Española. Hoy o mañana». Lo había dicho Humboldt. ¿Hoy o mañana? ¿Cómo, con quién? «Con los hombres como tú, Simón». Con los hombres

que han adoptado las nuevas ideas y que comprenden su tiempo. «Conoces el nuevo pensamiento político, eres testigo de los nuevos hechos, pero lo que hay que hacer no lo vas a hacer en los cafés del Palais Royal, ni en las camas de las mujeres elegantes de París».

«Sacúdete, Simón». Estaba jugando hasta con su salud. Se había adelgazado y se le veían ojeras y arrugas de cansancio. «La gran desgracia de la muerte de tu mujer, podría ser el nuevo punto de partida de tu destino».

Bolívar bostezaba. «No te gusta que te lo diga porque sabes que es verdad. No sería nada que malbarates tu dinero, siempre tendrás más del que necesitas, es peor y no tiene remedio que malbarates tu vida, tus energías y tu destino. ¿No te tienta la gloria?»

Él sabía el efecto que esa palabra producía en su joven contertulio. Casi podía medir la sacudida nerviosa que le producía. Era ambicioso de grandeza. Lo había visto ensimismado y casi con lágrimas en los ojos ver pasar a Napoleón hacia la catedral de París entre las aclamaciones ensordecedoras de la multitud. «Una vida así vale la pena».

«El imperio español se va a derrumbar casi solo». Napoleón daría un manotazo. No había razón para que respetara aquella inepta monarquía podrida. «Recuerda la historia de nuestro compatriota Mallo y de la reina. Es una vergüenza».

«En 1797 se estuvo a punto de lograrlo pero era temprano». Un día que paseaban por entre las viejas casas del Marais, Róbinson le señaló una, grande y vacía. «De aquí estuvo a punto de salir la independencia de Venezuela». Le explicó. Habría sido la casa en que vivió Cagliostro en los últimos años de Luis XVI. La casa en que aparecían los espíritus, en que se transformaba el plomo en oro, en la que se revelaba el porvenir. Cagliostro había fundado un rito masónico distinto. De una filial española en Madrid salió la conspiración de san Blas en la que participaron Picornell, Andrés y Campomanes. Llegaron después los cuatro reos de Estado a La Guaira y de allí surgió el

plan del alzamiento que fue descubierto. «Se iba a crear la República, una, indivisible e igualitaria. Con todas las castas. Tenían hasta la canción». Róbinson tarareaba frente a la ancha puerta del caserón algunas estrofas de aquella *Carmañola americana*. «Pero no era todavía el momento».

«Parece increíble». «Todo parece increíble», replicaba Róbinson. «Lo que importa es darse cuenta de que no lo es».

«Esta vida así no puede seguir. Es una mengua». «Hoy amaneció usted con la chupa de dómine», le replicaba Bolívar de mal humor. «Vamos a respirar aire puro». Se lo llevaba de paseo por los alrededores. Como aquel día en que fueron a visitar la vieja fortaleza de Vincennes. Allí estuvo Diderot recluido. Por el camino Róbinson le hablaba de cómo la civilización había corrompido al hombre. «Fue precisamente aquí», le dijo, señalando un árbol. A la distancia se miraba la poderosa barbacana del fuerte. Fue aquí donde Rousseau, viniendo a visitar a su amigo preso, tuvo la revelación. «Como Saulo en el camino de Damasco». Le describía la milagrosa iluminación que había sentido el caminante solitario. Cómo, de pronto, se le hizo clara la verdad de la historia y de la situación social de los hombres. Había caído al suelo como fulminado y se había puesto a llorar de emoción. Fue un gran día de la humanidad. Nadie lo supo entonces. «Así son a veces las grandes cosas».

«Es inadmisible que siga usted así». Le recriminaba entonces los gastos excesivos, las amistades superficiales, la vida de placeres. «No puede ser eso la vida para un hombre como usted». «A lo mejor sí». «No».

«Mire lo que está pasando en este país. Observe lo que ocurre en el mundo». «¿Quién era Bonaparte hace diez años?» Le nombraba los nuevos hombres que ganaban las batallas, que convulsionaban los reinos, los nuevos príncipes y los nuevos generales. Todo aquel resplandor de sedas y de oro en los viejos palacios de donde habían tenido que huir las dinastías de mil años. «Ha oído usted en el teatro los tres

golpes que anuncian que se va a alzar el telón y que la obra va a comenzar. Esos tres golpes están sonando hace tiempo en el mundo y están sonando ya en la América española». Todo parecía ponerse en movimiento a su evocación. Lo cercano y lo lejano. La América española esperaba su Washington. ¿Dónde estaría ese hombre desconocido ahora? Hasta los esclavos de Santo Domingo se habían alzado y habían establecido su república. El problema está en darse cuenta de la oportunidad y aprovecharla. Lo que no era posible ayer, lo es hoy y puede dejar de serlo mañana. «Lo de La Guaira fue prematuro pero ahora todo es distinto».

Las discusiones se encendían en la mesa del café. Se hacía la cuenta de las fuerzas y las tropas con que podía contar el Capitán General de Venezuela. «Un batallón de blancos. Un batallón de milicias». «Cuando lo de Gual toda la ciudad llegó a estar comprometida. Hasta muchos españoles». Ahora se podía contar con ayudas. Francia podría ayudar. Inglaterra podría ayudar y ¿por qué no los Estados Unidos?

«¿Qué hora es? Tengo que marcharme», decía Bolívar. Para la cita del día, para el encuentro de aventura, para el hotel de pasada, para la mujer de una hora o para la conversación en el paseo con la que podía caer mañana. Róbinson lo veía envuelto en sábanas deshechas, preso en brazos desnudos, ahogado en cabelleras sueltas. «Se va a perder Simón». Lo decía a los compañeros. Oía las risas de Montilla, de Fernando Toro, de Rocafuerte. «Usted lo que le tiene es envidia». Róbinson se enardecía. «Ustedes no ven sino al compañero de holgorio. Yo veo otra cosa. He visto en él otra cosa desde que lo conocí de niño». «Todas las putas juntas no valen el destino que este hombre podría tener».

Se levantaba y se alejaba solo rumiando su disgusto. Aquellos criollos estaban deslumbrados por París y por la vida fácil. Iban por la noche al teatro a reír de *madame* Angot y a buscar aventura con las damas jóvenes o con las buscadoras

del parterre. Róbinson se iba al cuarto de sus libros y de sus frascos de química. Allí estaba la francesa hacendosa remendándole las ropas viejas mientras vigilaba la olla. La saludaba con un gruñido. Y tomaba un tomo de Plutarco. Para recordar cómo se habían hecho grandes los hombres del pasado. Con trabajos, con esfuerzos, con una visión del destino. Todo aquel largo libro era como una lección de grandeza. ¿Era que había más abundancia de hombres excepcionales en la Antigüedad? Ahora también. Capitanes, sabios, artistas. La verdad es que se estaba viviendo como en otra Antigüedad. Un nuevo tiempo de griegos y romanos, de repúblicas y césares. Los cuadros de David eran como una ilustración maravillosa de Plutarco. El juramento de los Horacios. Y también el general Bonaparte con su caballo blanco y su capa roja atravesando los Alpes hacia la grandeza resucitada y hacia la historia. En la piedra del suelo estaban los nombres de Aníbal y de Carlomagno junto al suyo. Un gran viento lo empujaba. El gran viento de los nuevos tiempos.

Había que arrancar a Bolívar de aquel ambiente destructor. «Vamos a Italia, Simón, a resucitar en la imaginación la grandeza antigua. Todo lo que la humanidad tiene que aprender está en el testimonio de aquellas viejas piedras». Lo describía la jornada. «Deje usted por una vez los amigotes, las mujeres y las fiestas. Nos iremos a buscar la historia y la filosofía. Iremos por Suiza. Por el país de Voltaire y de Rousseau. Donde tan grandes ideas nacieron apenas ayer. Pasaremos a pie por Les Charmettes. Atravesaremos los Alpes y bajaremos a los valles lombardos. Dos mil años de historia nos aguardan. Valen bastante más para un hombre como usted que todas las mujerzuelas del Palais Royal». «Lo vamos a hacer».

«Sí lo vamos a hacer», pero no se decidía el nocharniego, el enamoradizo, el elegante, el dispendioso, el cambiante Bolívar.

Se le había ido poniendo la cara huesuda. Un esqueleto nudoso de aristas le iba asomando por debajo de la piel

pálida. ¿Era agotamiento o era que estaba cambiando por dentro y por fuera?

A veces, de regreso de la escuela dónde daba clases o del Jardín de Plantas, donde conversaba por largas horas con los conservadores sobre la flora tropical, iba a la casa de los Tristán. Allí encontraba a Bolívar y a sus amigos. Teresa llevaba en sus brazos a su pequeña hija. «Flora es un nombre que le tiene que gustar a nuestro admirado Róbinson». Bolívar hacía mimos a la niña. «¿Cómo va a ser el mundo donde le va a tocar a ella actuar?» «Seguramente ya no habrá reyes», decía el quiteño Montúfar. El coronel Tristán era pesimista. «Todo va a ser muy distinto». «Los que hemos visto los grandes cambios de estos tiempos no podemos asombrarnos de nada». El coronel Tristán hablaba de la Lima de sus años mozos. Del virrey, de la Audiencia, de las procesiones en torno a la catedral, de la momia de Pizarro en su caja de vidrio, de los cholos absortos mirando pasar al señor obispo bajo su palio entre nubes de incienso. «Hasta eso mismo que parece tan inmutable va a cambiar». Bolívar se interesaba por lo que había ocurrido en el alzamiento de Tupac Amaru. «Los indios lo siguieron. No hay que engañarse». «Pretendía resucitar el viejo reino de los Incas». «Eso era una locura, no se puede volver hacia atrás la historia», decía Róbinson. «Lo que ha pasado no se puede borrar. Lo que hay que preparar es el futuro. Pero un futuro que pueda pertenecer a esas gentes».

Hablaban entonces del futuro del continente hispanoamericano. «Nada lo sujeta a España sino una costumbre vieja de tres siglos:» «Si un día Napoleón entra en España». «Va a entrar, es fatal y nada lo impide. Le bastará presentarse en la frontera para que todo ese viejo parapeto se derrumbe». «No se derrumbará tan fácil», decía el coronel Tristán. «Los españoles pelean». «Pero todo eso está podrido». «Pregúntele a Bolívar», señalaba Róbinson. «Usted conoció a Mallo, usted vivió en Madrid, usted sabe». Era un cuento sobre el que el venezolano pasaba a la ligera. Estaba dolorosamente

mezclado con el recuerdo de su noviazgo y de su boda. «Todos sabían que Mallo trataba a la reina sin ningún miramiento. Era increíble. Cuando se peleaban se gritaban las injurias más espantosas. El príncipe detesta al rey y tiene su propia corte, el rey no entiende de nada. Godoy es quien gobierna. Aquello es como un castillo de naipes que un soplo puede derrumbar».

«Está llegando la hora de América. Cuando ese momento llegue alguien va a poder aprovechar la ocasión». «Alguien que disponga de armas y que pueda levantar la opinión». «Acuérdese de 1797», repetía el viejo Samuel. «Todo estuvo a punto de darse». «Si no es por el sargento rapabarbas». «No diga usted eso. Es que no era todavía el tiempo».

«Pero el tiempo va a sonar, Simón, el tiempo va a sonar. ¿Y dónde va a estar usted entonces?» Bolívar sonreía nerviosamente. «¿Quién sabe?»

«Mi señora Teresa, ¿sabe usted que nos vamos para Italia?» «¿Quiénes?» «Bolívar y yo». Bolívar hacía gestos de asombro. «Yo no he dicho eso». «Es como si me lo hubiera dicho». «Mi señora Teresa, Bolívar y yo nos vamos para Italia. Tiene que salir de París. Tiene que ir en busca de su destino. Aquí se va a perder. La visión de Italia lo va a llamar a sus grandes deberes».

«No es una mala idea», afirmaba Teresa apretando su niña en los brazos. Bolívar la mira con desagrado. «¿Cuándo salen ustedes?»

El trayecto hasta Lyon fue infernal. A ratos galopaban los caballos de la diligencia. Se oían los chasquidos del látigo y las voces del postillón. A ratos iban al paso por entre los charcos, las zanjas y los lodazales. El cavernoso armatoste oscuro danzaba como un barco en la tempestad. De un lomo a un bache, de un hueco a otro. Envuelto

en el polvo que levantaban los caballos o dejando entrar la lluvia por todas las rendijas de la capota y las puertas mal ajustadas. Encima se bamboleaba el inmenso fardo de los equipajes, envuelto en mantas oscuras. Bolívar iba entre dos comerciantes que comían salchichón con ajos. Róbinson estaba junto a una gorda señora forrada en pliegues, abullonados, encajes, manteletas, guantes y un sombrero que le bajaba hasta la nariz. A cada salto la señora gritaba y se deslizaba sobre la huesuda humanidad de don Samuel. Los dos viajeros hablaban en español para no ser entendidos de los otros. «Mejor estaba Róbinson en la isla que nosotros aquí». Cada tres o cuatro horas paraban en una posta. Bajaban los viajeros en la fonda, desuncían los caballos. Comentaban los incidentes del tramo. «Yo creí que íbamos a volcar en aquella cuesta».

Caminaban a campo libre. Desde el interior del coche era poco lo que podían mirar del paisaje. Ahora abarcaban la inmensa planicie, los finos campanarios de aldea como arboladuras de naves en el mar amarillo del trigo, las manchas oscuras de los bosques. Muy a lo lejos azuleaban las siluetas de los montes.

«Estamos en Germinal, mi joven amigo». Bolívar asentía con la cabeza, ensimismado. «Todavía piensa usted en todo lo que dejó en París. Acabe de arrancarse. Germinal es un bello nombre. Es la primavera. Todo renace, todo reverdece. Es Germinal también para nosotros. Hemos venido a renacer».

La señora hablaba en el coche de su casa, sus hijos y sus nietos. Entre los monosílabos estrictos de los oyentes de mala voluntad. Los comedores de salchichón habían tratado de negocios. Del precio del tonel de vino, de la renta de los aparceros, de las posibilidades de compras que todavía podían hacerse sobre los bienes nacionales. Hablaban en libras. «Ve usted, señor y maestro, nada cambia. De poco ha servido la Revolución. No hablan de Germinal sino de abril. Sacan sus cuentas en las viejas

monedas y hablan de sus cosas tradicionales como si no hubiera habido República, ni guillotina, ni noche del cuatro de agosto. La gente no cambia. Convénzase usted».

Era una vieja y repetida discusión entre ambos. «No cambia porque no la enseñan a cambiar. Cambian el gobierno pero no cambian las costumbres. Ese es el error de las revoluciones. Cambian las leyes pero no tocan la escuela. Tiempo perdido».

Podía y debía cortarse la corriente de aquel turbio río de malas tradiciones y costumbres podridas. Bastaría con poner un dique en un punto. «Cada vez que veo un abuelo hablando con su nieto me horrorizo. Le está transmitiendo todas las estupideces, los prejuicios y los errores del pasado. Todas las supersticiones, embrujamientos, ensalmos, fantasmas, creencias ridículas. Matan al hombre natural que está en el niño y lo convierten en una alacena de antiguallas. Cuando podría despertar a la curiosidad de la propia experiencia le enseñan milagros. Cuando truena es un dios que tira los muebles de su casa del cielo. Cuando llueve con sol es el diablo que está peleando con su mujer. El extremo del arco iris señala un tesoro enterrado». «Y todos los refranes, mi joven don Simón, todos los refranes que no son sino el zumo de la ignorancia, de la mezquindad y del conformismo. Descendencia de Sancho Panza. Adonde iría la humanidad si todos nos atuviéramos a lo que dicen esos proverbios de ruindad. El que se mete a redentor muere crucificado. El que sirve al público a nadie sirve. Qué vileza. Para cuatro días que hemos de vivir demasiado hacemos. Vivamos y el que venga atrás que arree. Más vale malo conocido que bueno por conocer. Adonde quiera que fueres haz como vieres. Los hombres no somos ángeles, somos de carne y hueso. ¡Qué infinita sarta de zarandajas!» «No lo tome usted tan a mal. Eso es lo que llaman la sabiduría popular», le dijo Bolívar burlonamente. «Ni es sabiduría, ni es popular. Es el compendio del cinismo más chato y del conformismo más abyecto».

«Eso es precisamente lo que hay que cambiar. En la escuela con otros maestros, con otra mentalidad. Hay que poner un dique y cortar la comunicación entre dos generaciones para que surja una humanidad distinta».

Desde Lyon don Samuel propuso seguir a pie hasta Chambery. Irían en cortas jornadas por los prados y las colinas, acercándose a los Alpes. «Es así como mejor se disfruta del paisaje y del propio pensamiento. Abandonemos esa apestosa y demoledora diligencia del demonio».

Hacían cortos trayectos, de aldea en aldea. Recogiendo frutas por el camino, deteniéndose en las fondas. Hablando con los campesinos y los viandantes.

Todo era pretexto para que don Samuel se enfrascara en copiosas divagaciones. Un árbol, una piedra, un campesino arando con sus pesados percherones. «Vea usted, Simón, es todavía el arado romano. Virgilio y Columela lo describen. Y aquí está todavía dándole pan a los hombres. Quienes lo inventaron fueron grandes benefactores de la humanidad. Revuelve la tierra, saca al aire las capas ocultas, ventila las raíces, entra en contacto con la atmósfera y con la lluvia. Para que nazca el trigo y para que haya pan. Esta es la simple y maravillosa base sobre la que todo lo demás se asienta. Porque hay este arado hay ciudades y palacios, porque este campesino abre el surco con sus caballos puede haber bibliotecas, periódicos y artes. Esta es la raíz de la civilización y a ella habrá que regresar». Era difícil sacar palabras a los campesinos. Contestaban con frases breves o con monosílabos. Poco parecían entender si se iba más allá de las cosechas, de las estaciones o de las plantas. Róbinson interrumpía a cada instante el diálogo para recoger una flor entre las hierbas o la hoja de un árbol y depositarla cuidadosamente en la gran bandolera de cuero que llevaba a la espalda. Si se le preguntaba al campesino el nombre de la planta decía una designación muy local. No había modo de sacarle nada más. «Aquí la llamamos así». Bolívar trataba de hacerlo hablar sobre la revolución pasada o sobre las

guerras presentes. Apenas sabían de las reclutas o de las requisiciones que habían ocurrido en el lugar. No sabían para dónde iban los que se habían llevado. Se los habían llevado «para abajo» o «para arriba». Hacia la montaña, hacia la llanura. Muy pocos habían llegado alguna vez hasta la ciudad. Hablar parecía cansarlos.

«Vea usted, don Samuel de mi alma, al hombre en estado de naturaleza. ¿Cree usted que esta es una situación mejor para el ser humano que la de los jóvenes elegantes de París?» «Eso no es exactamente lo que dice Rousseau». «Sí lo dice, don Samuel. Usted me lo ha hecho leer cuidadosamente. Acuérdese del famoso discurso sobre las artes y las ciencias». Róbinson defendía con vehemencia a Rousseau. «No se puede tomar al pie de la letra lo de que un hombre de genio ha dicho en un momento de entusiasmo. Él necesitaba exagerar los términos y hasta el tono para impresionar a sus contemporáneos. Hay que leerlo completo para entender lo que quiere decir y entonces aparece la extraordinaria penetración con que estudió la naturaleza humana. No es que estos campesinos sean mejores que los espíritus cultivados de París, sino que dos excesos del refinamiento y de la falsa civilización han corrompido las costumbres y le han hecho perder al hombre el tesoro de sus virtudes naturales, que en estos seres se conserva».

Iban precisamente por el país de Rousseau. En un vagabundaje sin rumbo recordando en los nombres de aldeas y poblaciones los episodios de aquella vida atormentada. Se acercaban a Chambery, las tierras se iban empinando en la cercanía dedos Alpes: Un día llegaron a la pequeña casa campestre de Les Charmettes. Róbinson se detuvo largo rato frente a la entrada de la pequeña habitación cuadrada con su puntudo techo de dos aguas. «Aquí, Simón, despertó a su destino ese gran espíritu. Aquí, bajo la guía generosa de la señora Warens aquella gran inteligencia abrió las alas». Bolívar con deseo de picar a

su maestro le hacía preguntas mal intencionadas. «La señora Warens le llevaba edad para haber podido ser su madre, ¿verdad?» «Era una relación muy peculiar, Simón». «Evidentemente. Los amores alimenticios de un adolescente con una señora madura y ligera». «Era sobre todo un ser necesitado de cariño y comprensión. Y eso fue lo que le dio aquella mujer que lo ayudó a realizarse».

«Por estos mismos caminos pasó infinitas veces», comentaba Róbinson describiendo los años juveniles del ginebrino famoso y sus continuos vagabundajes. «Se iban a pie y sin plazo hasta Turín o hasta Lyon o hasta Ginebra». «Era el tiempo en que el mundo iba a dar un vuelco y era un puñado de hombres iluminados los que iban a hacérselo dar. ¿Se da usted cuenta de que cuando Juan Jacobo andaba por aquí tratando de conocerse a sí mismo, Montesquieu componía sus grandes obras y Voltaire empezaba a deslumbrar a su siglo? Fueron contemporáneos, Simón, iban a cambiar al mundo y el mundo no se daba cuenta de que aquellos predestinados estaban allí».

Más allá de Chambery comenzaban a empinarse las cuestas de la montaña. Las grandes moles de nieve asomaban entre las nubes del horizonte.

A la entrada de una aldea se cruzaron con un numeroso contingente de reclutas que marchaba en desorden, encuadrado por soldados y por oficiales a caballo. Más parecían prisioneros que voluntarios. Eran campesinos con sus vestimentas de faena, con caras de miedo. Se pusieron a la orilla de la ruta para dejarlos pasar.

«Estos son los que pagan la guerra, Simón. ¿Los ve? No saben ni adonde van, ni por qué van. Vienen de estos campos, de esta paz, de este orden de siglos, de sus bueyes, de sus siembras, de sus familias y ahora les ponen un uniforme y los llevan a morir a lugares que ellos nunca han visto».

«Mi querido maestro, no se olvide que ese es el precio de las grandes transformaciones».

Le era fácil a Róbinson perderse en la historia antigua. Casi ido de lo que lo rodeaba, mientras se alejaba el triste grupo de los reclutas, comenzó a hablar de las guerras romanas. «Desde Rómulo hasta Trajano todo lo que hicieron los grandes jefes de aquel pueblo fue finalmente de beneficio para todos». «Ahora mismo estos hombres que no saben por qué tienen que dejar sus tierras, van a realizar una tarea histórica que va a transformar la vida de ellos y la de sus hijos y nietos».



Milán estaba lleno de Napoleón. Oficiales a caballo, desfiles de tropas, banderolas y oriflamas sobre balcones y torres. No se hablaba sino de él. Los que lo habían visto, los que sabían lo que había hecho o lo que preparaba. El patrón de la fonda, un piamontés grandilocuente, les daba detalles. «Es un italiano y va a restaurar la gloria del imperio romano». Contaba, como si la hubiera visto, la noche solemne de vela de la corona lombarda. La corona de hierro de los viejos reyes bárbaros puesta sobre un cojín color de sangre, bajo un crucifijo de marfil. Y el emperador arrodillado en contemplación mientras cardenales, dignatarios y canónigos cantaban oficios olvidados de la Edad Media. Don Samuel protestaba: «Es ridículo. Un general republicano prestarse a semejante payasada. Qué increíble aberración. El hombre de Arcola y de Egipto se ha convertido ahora en un rey de baraja». Afortunadamente el posadero no entendía bien el español. «¿Qué dice?» «Nada. Excuse».

Fueron a los cafés, a la calle de los orfebres, de apretujadas tiendas llenas de piedras preciosas, oro y platería retorcida. A alguna tienda de anticuario que ofrecía maltratadas cabezas de Venus y de efebos.

La primera noche que entraron a la Scala quedaron deslumbrados. Del resplandor de los millares de bujías

de las arañas y de los antepalcos iban surgiendo, como de prodigiosas cavernas, las ringleras de palcos, donde se movían en infinitos cuadros vivos centenares de esplendorosas damas y de señores apuestos. Entre las colgaduras rojas y las columnas doradas brillaban las joyas en las frentes, el pecho y las manos de bellas mujeres. Resplandecían los uniformes y las condecoraciones. El acompañante les señalaba las grandes personalidades. Los príncipes de las viejas familias, las mujeres famosas, los ricos negociantes. Los maridos y los amantes. Los «sisisbeos» titulares que se agitaban en torno a cada mujer adulada. El parterre se movía en susurros y colores como una ondulación de llamas.

Se inició la obertura y toda la enorme nave flotó en música. Róbinson se volvió hacia su joven acompañante: «Esto es la civilización». «Es lo que ni a usted ni a su maestro el ginebrino, les gusta», replicó Bolívar que paseaba los ojos ávidos por aquellas interminables randas de hombros desnudos envueltos en sedas de todos los colores. Corría la mirada, deteniéndola a ratos, en las breves escenas entrevistas en los palcos. Cada uno era una pequeña comedia muda. Hasta que se detuvo en una joven esplendorosa cuyo brazo volaba sobre el borde rojo de la baranda. Su sonrisa, la vivacidad de los gestos, aparecían y desaparecían en el aleteo de su abanico. Junto a ella otra espléndida visión femenina se revelaba sobre el fondo oscuro. «¿Quién es?» El acompañante le susurró. La más joven, llena de poderosa gracia, era la *contessina* Pietranera. La otra, que no parecía mayor, aunque más serena y distante, era la esposa del hermano mayor de la *contessina*, el marqués del Dongo. Tuvo la sensación de una inalcanzable lejanía. Dos mujeres para nunca más encontrarlas, dos nombres fugaces para perderse en la memoria.

Se alzó el pesado telón. Comenzaba la ópera en medio de un silencio que se rompía a cada instante, al final de las arias, con los estruendosos aplausos y aclamaciones del

público. Les sorprendió la voz casi femenina y turbadora de un cantante. «Es el más famoso de los *castrati*», les explicaron. «Es el insigne Pacchiarotti. Nadie ha logrado una voz más tierna y pura». Bolívar se interesó y en voz baja, mientras los vecinos los hacían callar, preguntó: «¿Y es que los castran para darles esa voz?» «Sí, señor, sí. Los castran de niños para que no les cambie la voz con la pubertad. Eso les conserva ese tono angelical incomparable. En la Sixtina canta un coro de niños *castrati*. Es una "cantoría celestial". Un anticipo del Paraíso».

El *castrato* se movía con gracia andrógina en la escena. Era una figura pequeña y redondeada en gorduras blandas y con gestos adormecidos, de la que brotaba extrañamente aquella voz inesperada de falsa infancia. Las mayores ovaciones eran para él, a cada final de aria. En el entreacto era el nombre que más se oía entre elogios encendidos.

Todo un día de perezosa rememoración lo pasaron en el castillo de los Sforza. La inmensa mole roja con sus muros, sus patios y sus bastiones les servía de abundante pretexto para hablar del pasado italiano. De la arquitectura de la guerra y de los hombres del Renacimiento. «Cada ciudad era un poder». Don Samuel recordaba la historia de los Sforza. La familia de *condottieros* que se convirtieron en príncipes y señores legítimos del milanesado. Un destacamento de tropas francesas montaba la guardia. «En estas viejas tierras la historia siempre está viva». Don Samuel le hablaba del campamento romano y de la fortaleza medieval para explicarle cómo aquellos soldados de Bonaparte eran los continuadores de un antiguo juego. «Aquí estuvo César y aquí vino Carlomagno». Eran siglos y siglos de legendaria presencia. «Y Carlos Quinto, que venía de vencer al rey Francisco». Era una misma historia que no terminaba y que se tejía, como una red, por entre los puertos de los Alpes. Cambiaban los nombres y los tiempos pero la lucha del poder continuaba igual. «Ahora tenemos el nuevo emperador».

Pocos días después presenciaron en la llanura la gran fiesta militar con que Napoleón celebraba sus triunfos. A pérdida de vista se extendían los batallones, las banderas, los trenes de artillería, los destacamentos de caballería. En rápidas ráfagas rojas cruzaban al galope los oficiales de ordenanza. Se oía un hosco resonar de tambores lejanos y el alarido de los clarines. Por entre los grupos de curiosos fueron avanzando hasta el pie de una pequeña colina que dominaba el despliegue de fuerzas. Sobre la eminencia estaba Napoleón. Se pudieron acercar para verlo a gusto. Pequeño, agitado, vestido con extrema sencillez entre los uniformes abigarrados de sus generales. Las botas negras, el pantalón blanco, la casaca oscura atravesada por la banda roja de la condecoración, el bicornio aplastado y sin adornos y un anteojo en la mano con el que miraba en distintas direcciones. Todo se concentraba en aquella breve presencia. El desplegado ejército, las armas, la ciudad cercana, los campos y todas las ciudades y prados que estaban a uno y otro lado de la lejana cadena nevada. Toda la historia, el pasado, el porvenir. Millones de hombres y siglos de lucha habían llegado a condensarse en aquel ser en aquel sitio. Era una fascinante visión. «En una decena de años se ha apoderado del mundo». Veían con excesiva y casi insolente fijeza. Desde arriba los observaban. A don Samuel le pareció más prudente alejarse. «Vámonos, Simón, que con los grandes es mejor no estar demasiado cerca».

Siempre estaban de prisa para tanto como había que ver. En la retentiva se les mezclaban naves de templos, fachadas de palacios, siluetas de ruinas y fiestas de aldea. En cortos trechos a pie o en la retumbante diligencia apretujada de viajeros y de paquetes o en un *vetturino* de caballo galopante, iban de fonda en fonda, de plaza en plaza. Oían la reláfica de los *cicerone*. «Esta es la arena de Verona». El recuerdo de los mártires cristianos con sus nombres, de las fieras, de las duchas de gladiadores. Enfrente estaba la pequeña capilla de Giotto. Había que entrar. Y aquellos

vitrales sin vidrio con la historia de Cristo. El *cicerone* les hablaba del pastorcito que se reveló pintor de genio en la pequeña capilla.

Entraron por la tarde a Venecia, en una lenta góndola que chapoteaba, acompañando el divagante comentario de don Samuel. La fiesta de piedra de los palacios sobre los canales parecía despertar para ellos. «De aquí vino el nombre de nuestra tierra». Qué tenía que ver aquella ciudad casi oriental, casi de teatro, casi irreal, con el remoto país del trópico.

Iban al café, al teatro y a las librerías. Un gondolero los recogía al comienzo de la tarde y les desgranaba al paso de la góndola los nombres y la historia de los palacios y de sus señores.

En Florencia se detuvieron más tiempo. Cada día iban a una visita. Desde la Señoría hasta las iglesias. En la de Ognisanti vieron el fresco de la familia Vespucci y la silueta adolescente del predestinado Amerigo. «Hemos venido a pagarle la visita». Compraban libros y grabados. Estuvieron en las tumbas de san Lorenzo. «Es aplastante la presencia del genio». Volvían a la posada cargados con las compras. Una edición reciente de *La nueva Eloísa* de Rousseau y un ejemplar del *Príncipe* de Maquiavelo. «Todo el contraste de la mente humana está entre estos dos seres». Róbinson atacaba apasionadamente a Maquiavelo. Había recogido y destilado un frío manual de tiranía. «No ha inventado nada. No ha hecho sino describir los hombres como son», le replicaba su joven compañero. Era el contraste entre *Emilio* y *El Príncipe*. Lo peor del hombre cómo había sido en la historia, lo mejor de cómo podía llegar a ser en el futuro. «Este libro del florentino es de desesperación, de desencanto, de pesimismo. No tiene ninguna fe en el hombre. Es un despreciable consejero de las peores políticas, que desgraciadamente no siempre han dejado de ser las más eficaces».

«Allí está todo el problema». «Resignarse con el hombre como ha sido en su mala experiencia o luchar por hacerlo mejor».

La contradicción reaparecía. «Vea usted», decía Bolívar en la tumba de los Médicis. «Vea usted. Todos fueron despreciables tiranos, llenos de vicios y de bajos apetitos y, sin embargo, le legaron al mundo estas maravillas incomparables».

«Unas maravillas que se daban sobre una base de podredumbre. Tal vez como las bellas flores de la jardinería», observaba Róbinson con su tenaz convicción jacobina. «Tal vez se torció el rumbo en esta ciudad. Con todo el genio que llegó a estar reunido entre estos muros se pudo abrir un nuevo camino de salvación para la humanidad. No se hizo, aunque se intentó. Entre los Médicis y Savonarola ganaron los Médicis».

Se detuvieron en la Plaza de la Señoría, cerca del David, sobre la piedra que marcaba el lugar de la hoguera en que ardió el monje. «Savonarola tuvo la idea de que era necesario regresar a la simplicidad natural del hombre. Predicó contra el lujo, contra la desigualdad, contra los vicios. Llegó a dominar y a convertir esta ciudad corrompida. Como Calvino lo hizo en Ginebra, recuerde». «No es fácil cambiar la naturaleza humana». «No. No se trata de cambiarla, como se enseña un perro a saltar por entre un aro, sino de devolverla a su primitiva condición. Eso se puede. Aun más, se ha hecho. Usted lo sabe, Bolívar, recuerde lo que nos dijo el viejo jesuita de Bolonia».

En Bolonia habían tenido ocasión de conversar con algunos de los ancianos sobrevivientes de la expulsión de los jesuitas que treinta y tantos años antes había ordenado Carlos III en todas sus posesiones americanas.

«Fue un gran crimen, hijos míos, un crimen que va a costar muy caro. De una plumada, sorpresivamente, sin que nadie lo esperara, en un día, se paralizó una obra gigantesca. Se cerraron conventos y colegios, se recogió a los maestros y a los misioneros como criminales, se les detuvo y se les envió a Italia. Una obra de siglos quedó rota y una generación entera quedó anonadada y sin rumbo».

Los ancianos sacerdotes no paraban de hablar de su vida americana. Del inmenso tesoro de conocimientos que habían acumulado. «Nadie conocía mejor el Nuevo Mundo. Nadie lo entendía mejor». Explicaban el funcionamiento de los colegios y de las misiones, el orden y la variedad de los estudios, la investigación de la naturaleza y de la historia. «En inmensos herbarios, que se han perdido, habíamos hecho el inventario de aquella naturaleza extraordinaria. Las piedras, los animales, el clima. Todo lo estudiábamos». Les habló también de la documentación acumulada en aquellos centenares de casas de enseñanza sobre el pasado indígena, las lenguas aborígenes y las costumbres. «El libro de Clavigero sobre la antigüedad mexicana no es sino una mínima parte de todo lo que habíamos estudiado y reunido». Parecían hablar con inagotable dolor de algo que acabara de suceder. «De una plumada, señor, aquellos malos hombres acabaron con tan extraordinaria obra de civilización. Dios los haya perdonado».

Entre los jesuitas de Bolonia estaba uno que les interesó particularmente. Había pasado varios años de su juventud en las misiones del Paraguay. «Lo que allí se había logrado en casi dos siglos de trabajo de la Compañía era milagroso. Se había podido establecer el reino de la justicia y del bien sobre la tierra. Las cosas que soñaron Hesíodo y Platón, la sociedad que imaginó el canciller Moro en su *Utopía* famosa, se habían realizado allí. Era el cielo, sobre la tierra. No había pobreza, no había crimen, no había desigualdad. Todos vivían en el trabajo, en la paz cristiana de los primeros tiempos. Todos trabajaban. No parecía cosa de este mundo. Iban juntos al trabajo y a la escuela. Iban juntos a la iglesia y a la oración. No había robos, ni crímenes. A nadie faltaba nada para sus necesidades. Y eso, que se había logrado con tantos esfuerzos de centenares de años, lo acabaron de un golpe esos malos hombres que aconsejaron al rey».

«Cuando llegué allí por primera vez, de joven sacerdote, no creía lo que mis ojos veían. No se parecía a

nada de lo que existía en el mundo. No había mendigos, ni señores. Todos tenían vivienda, ropa y alimentación. Todos llevaban una vida laboriosa y santa. Todo estaba regido por las horas del trabajo y del culto y por el toque de las campanas. Eran como jardines de Dios que habían brotado en aquellas tierras salvajes. Eso no podía ser visto con buenos ojos por los que querían seguir esclavizando a los indios como animales de carga. Los gobernadores, los encomenderos, los negociantes, nos detestaban. No dejábamos entrar a nadie en el recinto de las misiones. Evitábamos incluso que los indios aprendieran el español para que no tuvieran la posibilidad de contaminarse de los engaños y los vicios de los europeos. Se les hablaba y enseñaba en su lengua y traducíamos a ella los manuales y los libros de religión».

Mientras lo oían se borraban los muros del claustro y el pequeño jardín. Se iban de la plaza boloñesa y de las viejas torres hacia aquellas inmensas soledades que ellos no habían conocido pero que les pertenecían en alguna forma.

«Es un inmenso país, tiene al poniente las enormes cordilleras del Perú y al oriente el río Paraguay. Se recorren más de trescientas leguas de soledad salvaje. Allí se levantó ese paraíso sobre la tierra. Más de treinta reducciones con sus templos, sus casas y sus sembrados. Era cosa de maravilla. En cada reducción había entre cuatro y seis mil indígenas. Las había muy bellas que eran verdaderas ciudades como la de San Ignacio o la de Nuestra Señora de Loreto». Un cielo de llanura de nubes quietas y alargadas se tendía a pérdida de vista. «Nada más perfecto imaginó Tomás Moro. Tal vez los hombres más salvajes que existían en el mundo convertidos en fervientes cristianos, viviendo en repúblicas que no conocían otras leyes que las del Evangelio y en las que las más altas virtudes del ser humano se habían hecho comunes y generales. Y todo eso que pudo ser el comienzo de otro mundo fue destruido».

Con frecuencia volvieron los dos contertulios sobre el tema. Les obsedía aquella fabulosa experiencia. ¿Habría sido posible? «¿Cree usted que eso pudo ser así?»

«Muchas veces se intentó esa experiencia. Las más de las veces en más pequeño y sin resultado verdadero. Fray Vasco de Quiroga lo inició en México en tiempos de Carlos V. En nuestra misma tierra fray Bartolomé de las Casas quiso fundar un orden de paz y de virtud sin fuerza ni conquista. Es verdad que fracasaron. Pero esto del Paraguay fue más extenso y más duradero. Lo que no fue sino sueño en este viejo mundo estuvo a punto de convertirse en realidad allá. Hubiera sido el comienzo de una nueva historia para los hombres».

«América pudo ser la esperanza del universo», reflexionaba Bolívar. «Lo puede ser todavía».



Se acercaban a Roma, en un *vetturino*. Tierra llana, pantanos desiertos, altos grupos de pinos y esqueletos de acueductos. Algunas alquerías. Tierra desolada. Desde el coche los viajeros aguzaban la vista hacia el horizonte para ver apuntar las primeras torres. El auriga les hablaba de los bandidos. Podían surgir a la sombra de una ruina o de un bosque solitario. Contaba con detalles las hazañas de Francatripa o de Fra Diávolo. «No es cosa de reír, señores».

La proximidad de la ciudad puso locuaz a Róbinson. Evocaba a los héroes de Plutarco. Bolívar le hacía eco. Con grandes voces el cochero anunció la ciudad. «Allí está Roma». En la lejanía, entre lomas de bajas colinas asomaban sobre una muralla roja altas cúpulas y torres. A medida que se acercaban crecía y se precisaba un enorme cimborrio. San Pedro. La visión que sobrecogía a los peregrinos. «Ahora somos nosotros y venimos en otra romería».

Al lento trote de los caballos llegaron a la muralla. «Estos muros maltratados cuentan toda la historia de

Europa». Penetraron por la puerta del Pópolo. Era como un nicho en la rugosa muralla. El coche se detuvo frente a los aduaneros. Mientras el auriga hablaba con los funcionarios los dos viajeros contemplaban el espectáculo de la calle. Coches, amontonados vendedores ambulantes, mendigos, bandas de muchachos, gritos y quietas fachadas de palacios. Después de los largos trámites y de muchas dádivas el mismo *vetturino* los condujo por la ciudad. «Primero que todo vamos al Coliseo».

A lado y lado la piedra gris se extendía, se plegaba, se hundía en puertas y ventanas, brotaba en balcones, se adelgazaba en altas columnas o se tejía en labradas cornisas. Por todas partes gentes hacinadas como en espera, a las puertas de templos y palacios, entre las fuentes de las plazas, de pie, o tendidos en el suelo gesticulando y discutiendo. Entre un eco de rumor de agua.

Habían entrado en la parte antigua. Los caballos iban al paso por la estrecha vía entre mármoles rotos, columnatas incompletas y paredes derruidas. Por los huecos de los arcos y de los arcos trepaban las casuchas de la miseria. Trapos colgados al aire. Animales de carga atados, lavanderas gesticulantes y *faquinos* con grandes fardos sobre la espalda. Por entre las ruinas gigantescas rumiaban vacas y bueyes. Era el mercado de vacunos. Carretones solos alzaban los parales al aire como brazos.

Piso sobre piso, como una torre de Babel rota, surgió el Coliseo. Las grandes bocas de los arcos se abrían en laberinto sobre otros muros y boquetes. Penetraron. El gran espacio elíptico se abría al cielo y a los hundidos fosos de la arena donde estuvieron las fieras y los prisioneros. «¿Qué podía llenar este inmenso vacío?» Tras los millares de años el vocerío de la muchedumbre se había borrado y desvaído como el labrado de las piedras. Era desproporcionada su presencia ante el espacio desmesurado. «Todo había sido grandioso», decía Róbinson, «aquellas dimensiones de piedra y el descomunal designio de poder que hizo

el imperio. Allí pudieron decirse las afirmaciones más arrogantes que el hombre hubiera formulado. Aquello de Virgilio: *Tu regere imperio pópulos*».

Regresaron lentamente por entre los animales, el vecindario abigarrado y los restos de monumentos del Foro. Dos mujeres discutían a gritos separando niños que peleaban. A ratos se alzaba un eco de mugidos. La columna de Trajano se enrollaba en su espiral de guerras y cabalgatas hasta un San Pedro indiferente. Un templo redondo sacudía al viento como banderas ropa lavada de todos los colores. Pasaron junto al escarpado de la Roca Tarpeya. Arriba asomaban las ventanas de los edificios del Capitolio.

Salieron hasta la plaza entre los tres palacios. El dibujo de piedra, casi mágico, enmarcaba la estatua de Marco Aurelio que saludaba con la mano las legiones desaparecidas. El verde de los siglos chorreaba sobre jinete y cabalgadura como los restos de una gualdrapa deshecha. «La delicia del género humano». «Fue también el emperador que tuvo más guerras y desastres».

Los dos Dioscuros abrían el paso hacia la vastedad del horizonte. Es el pasado que camina hacia el porvenir o es el porvenir que se encuentra con el pasado. Lentamente llegaron hasta la Plaza de España. La ondulante escalera, con sus islas de parterres, subía a reunirse sobre el obelisco y la fachada de la Trinidad del Monte. Abajo junto a la barcaza del Bernini buhoneros y mendigos se arracimaban. Entraron a la fonda.

A partir del día siguiente comenzaron los paseos y las visitas a los monumentos. San Pedro, el Castillo Sant'Angelo, los jardines y galerías del Vaticano. Con largas explicaciones de *cicerones* sobre los frescos de la Sixtina y sobre las *loggias* de Rafael. Por la tarde iban al enorme Palacio Rúspoli, convertido en un vasto café. Veinte y tantas salas en fila, cuajadas de mesas, de clientes y servidores, con un ensordecedor ruido como un mercado. Clérigos y laicos, jóvenes y viejos, elegantes señores y hombres de tienda,

extranjeros y romanos. Se oía hablar en todas las lenguas. El humo de las pipas apestosas subía hasta las copiosas telarañas que colgaban de los rincones y de las lámparas como encajes rotos. Poco a poco fueron conociendo los sirvientes, los platos, las bebidas y la clientela. Los que jugaban a las cartas en una mesa y los que disputaban a gritos y se insultaban como si se fueran a matar. Cuando no iban a la ópera entraban a los pequeños teatros de fantoches. Un público espeso que reía estruendosamente con las aventuras de Arlequín y el señor Pantalón. O los ridículos amores del viejo Casandrino con una joven. A breves intervalos se interrumpía la acción para atender al reclamo de los espectadores: *La cavatina*. Una voz bien modulada que simulaba ser la de la muñeca, cantaba desde adentro.

«Lo que ha sido raro en esta ciudad extraordinaria ha sido la libertad». «Como en todas partes».Volvían a girar en torno a aquella historia de milenios, a sus grandes momentos, a sus dramas, a sus caídas. Por entre los muros derruidos del Monte Palatino evocaban a los emperadores. «Suetonio cuenta...» Era casi siempre Róbinson quien traía a recuerdo los hechos grandiosos o criminales de los césares. Le parecía fascinante el destino de aquel pueblo. El inmenso poder político y militar sobre el mundo por muchos siglos y el insondable poder espiritual y religioso sobre media humanidad por otro tanto. «Si esta fuerza se hubiera empleado para hacer a los hombres libres».

«Nuestro amigo, el jesuita de Bolonia…» Haber podido emplear aquella fuerza y dominación incontrastables, del cuerpo y del espíritu, para haber creado una nueva humanidad. Un orden de paz, de igualdad, de bien. Los asediaban los mendigos y los vendedores de baratijas. Medallas de milagro, agua medicinal, golosinas, pequeñas figuras lúbricas. «Tanto poder y tanta posibilidad para desembocar en esto».

«Tal vez aquí era difícil, pero allá se hubiera podido hacer. Una sociedad sin miseria, sin privilegios, sin desi-

gualdades. La libertad y la virtud». «Se intentó, recuerde lo que nos contó el jesuita. Se intentó pero lo deshicieron».

«Todavía es tiempo. Hay que comenzar por romper el yugo». El jesuita también les había dicho: «La América española les pertenece a los criollos, pero no se dan cuenta. Están cegados ante las apariencias y creen que el poder lo tiene España. Todo es de los americanos. No les falta sino darse cuenta y la voluntad de ser libres».

Era eso lo que ahora comenzaba a moverse con angustia en la mente del joven. El tiempo se acercaba. La ocasión iba a venir. Todo lo que recordaban aquellas ruinas y aquellos palacios gigantescos eran historias de audacia y de hechos increíbles. Era eso lo que había faltado en la América española. ¿Quién podía adivinar la oportunidad? Podía presentarse inesperadamente. Aquellos ejércitos franceses que se movían por toda Europa, aquel hombre menudo que habían divisado en la colina de Montechiaro, estaban desarticulando la historia y el orden establecido de los poderes en la tierra. En el norte de América los colonos ingleses habían hallado su oportunidad y la habían aprovechado. Los mismos pobres esclavos de Santo Domingo, miserables, humillados, se habían alzado con Dessalines y habían arrojado a los franceses.

«Sería mengua que nosotros no lo pudiéramos hacer». Los paseos se convertían en debates, alucinaciones y conjuros. «No se requerirían grandes fuerzas. Hay un sentimiento que es el que hay que aprovechar». «Yo lo sé. Usted era un niño, pero en 1797 todo estuvo a punto de darse. Hasta españoles y canarios estaban comprometidos para crear la república. Una América libre. Lo que se dio en Norte América y fracasó en Francia por culpa de los ambiciosos».

En la tarde caliginosa del *ferragosto*, aprovechando el largo crepúsculo que no parecía acabar y que esfuminaba los contornos de los monumentos y de la vegetación que sobre ellos había crecido, divagaron más tiempo y más lejos que de costumbre. A ratos en atropellado diálogo, a ratos

en largos silencios tensos. Bolívar caminaba agitadamente. Avanzaba a saltos hasta una altura o se detenía en momentos de contemplación. «Todo esto nos habla, maestro». «Puede que no haya quienes lo oigan o lo vean, pero yo lo oigo y lo veo».

«Es como si el caballo de Marco Aurelio se hubiera puesto a avanzar. ¿Recuerda?» Con el brazo en alto, la cabeza desnuda coronada de laurel, tiznado del verde de los siglos, el emperador ponía en marcha su caballo. ¿Hacia dónde? Cerca debía estar algún resto del cercado de Rómulo. No era nada pero llegó a ser la semilla de un universo. Había que consagrar con sangre aquella voluntad de fundación. Lo de la loba no era sino una fábula pero lo importante era afirmar aquella desesperada decisión de crear un mundo.

Los Gracos y los Horacios con sus cortas túnicas y sus chatas espadas salían de los cuadros de David. Era como si los fustes caídos y los capiteles se erigieran de nuevo en un erizamiento de visión. «¿Por qué cayó la República?» «La República cayó porque dejó de ser virtuosa». En alguna parte las doscientas sombras de los doscientos senadores oían el elogio que hubiera podido decir Fabricio. «Dignos de reinar en el mundo». César, a caballo, a la cabeza de una legión. Todo había cambiado. Trajano a pie avanzando entre la muchedumbre. Caracalla saliendo de la inmensa mole de las termas para borrarse por los tragaderos sombríos del Coliseo. Diez mil gladiadores, cinco mil fieras, una naumaquía de cien barcos. El inmenso griterío que rebotaba de colina en colina, de fachada en pronaos, de los cuarenta mil espectadores del Circo Máximo en el momento en que la cuadriga vencedora cruzaba entre el estruendo y el polvo el borne final. Bruto con su puñal de héroe y de asesino. Calígula, la pequeña sandalia del casi descalzo, tramando fríos crímenes. Domiciano cosido a cuchilladas. «Todo eso hubo, todo». «Pero poco para la libertad».

Y la cohorte de los poetas. Las largas togas de sombra desgarradas de silencios. Lucano que cantaba a César, Virgi-

lio a Augusto. Eran como fieras domesticadas que venían a comer en la mano del amo.

Hubo los españoles: Trajano, Adriano, Marco Aurelio. Venían de los olivares de la Bética, de las dehesas de potros y de vacas. De las ruinas de Itálica a las ruinas de Roma, pasando por los dacios y por los germanos. Tanto como los mármoles rotos podrían blanquear sobre la tierra oscura los montones de huesos de tantos muertos. Mientras se hacinaban los despojos de los gladiadores y de los martirizados, Horacio pasaba días ajustando la medida de una sílaba exacta.

De todo el rededor surgían fantasmas a oír o a presenciar. Róbinson recordaba las palabras que Rousseau había puesto en la boca de Fabricio. Bolívar estaba de pie ante él. «¿Quiere usted que lo prometa aquí y ahora?»

Cincuenta años más tarde lo seguía recordando. A cada vez le parecía que era una escena nueva y que la contemplaba por primera vez. «Juro ante usted», había dicho, «juro» varias veces. «Ante el Dios de mis padres». La capilla de la Trinidad en la pobre y oscura catedral de Caracas. Las lápidas blancas de las tumbas. Y aquel retintín de metales que no se apagaba. «Hasta romper las cadenas...»



Tantas veces había vuelto con la imaginación a aquella escena. Tantas veces se lo habían preguntado gentes de toda laya con incredulidad, con curiosidad. Ya ahora parecía cosa de fábula. Estaba de pie ante él entre pedazos de entablamentos y de columnas antiguas. Había sido tan simple y tan inesperado, «Juro ante usted». Ante él. Ante aquel viejo con el vientre inflado de agua pesada, tendido en la cubierta de una balsa sin destino. Así como estaba de pie Cocho cerca de él ahora. Hubiera podido decir cualquier cosa Cocho. «Vamos a tener buen tiempo». «No

será larga la travesía». «Una vez salidos al mar vamos a navegar más de prisa».

En aquel momento no se había dado cuenta de lo que el gesto del joven compañero significaba. Un impulso, un estallido de emoción, una frase dicha sin pensar en todo lo que significaba. Y que hubiera podido quedarse en eso. Sin consecuencias. Como tantas cosas que se dicen en ciertas ocasiones y que luego se olvidan.

Estaban tan lejos en aquel rincón de Roma cuando aquello se le ocurrió a Bolívar. No era la primera vez que parecía tomar una brusca resolución. Para cumplirla, o para realizarla a medias, o para no volver a hablar de ella más.

Pero aquello había sido tan insólito y tan descomunal. Lo que dijo y cómo lo dijo. Habían regresado en silencio a la fonda. Sobrecogidos y desconcertados.

Desde el silencioso deslizamiento de la balsa se iban alejando y abriendo las orillas. El agua reflejaba un cielo cubierto de nubes encendidas. Las riberas se extendían planas a pérdida de vista. Algún humo de incendio. Algún vuelo lento y negro de gallinazo, manchas de bosques y reflejos de estero, y al fondo la sombra azulosa de la cordillera. Qué inmensidad de tierra. Ahora la conocía mejor de lo poco que podía saber de ella cuando andaba por Roma. Tierras de semanas de andanza y mar de meses de navegación. De Cartagena a Panamá, del istmo hasta Guayaquil, la primera vez. Y la visión de la inmensa muralla de los Andes, erguida, agazapada, amenazante. Aquellas paredes de piedra, aquellos abismos de ventisquero, aquellos caminos como hilos invisibles. Al otro lado empezaban la selva y los grandes ríos hasta el otro océano. Y al sur hasta el hielo y la larga noche del polo.

No sospechaban siquiera entonces lo grande y lo variado que era aquel mundo. Palabras que cubrían lo desconocido. Humboldt entre sus hojas de herbolario y sus aves empajadas hablaba del nuevo continente. Daba vértigo oírlo describir los inmensos escenarios. «La hoya del Orinoco»,

decía, y asomaban los millares de leguas de sabanas, de ríos ahítos, de cielos sin fondo y de selvas fundidas en marañas impenetrables. Hablaba del gimnoto que ondulaba oscuro en el fondo de los caños cargado de electricidad. «Una descarga paraliza a un caballo». El alemán seguía inmerso en el asombro de aquel mundo, «Todo es desconocido y maravilloso». Así debió sentirse Adán en el Paraíso Terrenal. Nuevos animales, nuevos climas, nuevas plantas, nuevas constelaciones. Era un tiempo de mirar distraídamente y preguntar, con una curiosidad que no pasaba de ser cortés, sobre un animal o una planta. Sobre el guacamayo de todos los colores o sobre la calva cabeza y el corvo pico del cóndor. No sabían entonces, en París, lo que era una cordillera. «¿Más grande que los Alpes?» «Sí, seguramente». Se podía estar semanas sin salir de uno de aquellos ríos sin orillas: el Orinoco, el Magdalena, el Guayas. O sentir en el aire mismo que llegaba hasta las cumbres andinas la presencia de la inmensa humedad de la selva amazónica.

Oír al jesuita de Bolonia hablar de las Indias. «Todo lo que es aquello y todo lo que se puede hacer con aquello». Las islas innumerables, las costas, los montes, las llanuras, las selvas de nunca acabar. Y la gente. Millones y millones de seres dispersos entre las soledades, y que hablaban con distintos sonsonetes. Cuando el jesuita se refería a las Indias tenían en la mente la visión de Caracas. No era eso. Ahora se daba cuenta. Era todo lo que no conocían, ni sospechaban entonces siquiera.

Si hubieran podido visualizar todo eso junto se habrían asustado de la inabarcable dimensión. Si hubieran podido mirar confundidos en un inmenso desfile aquellos virreyes, rodeados de maceros y portaestandartes, aquellos gobernadores y capitanes generales, sentados en los sillones rojos de sus audiencias, aquellas salas de empelucados cabildantes, aquellos obispos morados, aquella muchedumbre de prelados, de escribanos, de doctores, aquellas procesiones sin fin que empezaban

en las misiones de California con sus Guadalupes, sus Balbaneras, sus Chiquinquirás, sus Vírgenes del Cobre, sus señoras de Luján, resplandecientes de joyas, para bifurcarse y extenderse por puertos de navíos, plazas de armas, torres de iglesias, estancias de ganado, minas de plata, y plantaciones de cacao.

El Nuevo Mundo, decían sus amigos franceses. Pensaban sobre todo en Filadelfia y en Boston. Sin darse cuenta de que más allá quedaba toda la hirviente variedad del espacio de los criollos. Era para ellos la costa remota donde los negros cultivaban la caña, donde los indios recogían las bayas ocres del cacao, de donde venían las pacas de añil y la espesa melaza para el ron. Las islas del azúcar.

Uno de los bogas, cholos de la cordillera, lanzó con ruido un escupitajo verde sobre la madera. Era coca. Mascaba con un lento movimiento de rumiante, medio adormecido. La vertiente de la cordillera hacia el Pacífico era la tierra de la coca. Las crestas empinadas y desnudas, barridas de viento, por donde iban aquellos cargadores cimbrados bajo los altos fardos, la cabeza doblada hacia el suelo, con el pretal al pecho, insensibilizados a la fatiga, con la mascada de coca entre los dientes oscuros. Como era la vertiente del Plata la tierra de la yerba. La infusión árida con las ramitas flotando en el caldo transparente. La llamaban yuyos. Si hubiera dicho yuyo en La Guaira o en Cartagena o en el mismo Quito no lo hubieran comprendido. Los enormes espacios encerraban sus gentes, sus animales, y hasta sus hablas. En Latacunga se había puesto a notar las maneras peculiares de expresarse la gente. Sentía que las palabras, como los manatíes o las llamas o los ñandú, no habían podido abarcar toda la inmensa extensión de aquel mundo.

Era todo eso lo que Bolívar había nombrado aquel día de Roma. Si alguien hubiera podido ponerlos entonces en presencia de aquella vastedad se habrían asombrado. No era cosa de libertar una fortaleza, o una costa o una ciudad. Eran más costas que todas las de Europa, más ciudades que

todas las que nombraban los manuales de geografía. Todas las montañas que caben en un arco de meridiano. Con los largos decenios que llevaba de andar, de recorrer, de trepar, no había visto sino unas cuantas. Las de la costa caribe de Venezuela, las tremendas moles musculosas del nudo de Pamplona, las dos inmensas cordilleras paralelas del sur, los ventisqueros y páramos de cien nombres, los picos desnudos cubiertos de hielo adonde no llegaba ni el vuelo de los cóndores, el Aconcagua, el Illimani, el Chimborazo, el Tolima. Y junto a ellos, en torno de ellos, bajo ellos, los hombres desparramados y menudos como hormigas y las ciudades como hojas secas caídas sobre la arena.

Si se hubieran puesto tomados de las manos como en ruedo cuántos centenares de millares de hombres, cuántos millones, hubieran hecho falta para ir de una punta a la otra, de un lado al otro.

Ninguno de los dos conocía en aquella tarde de Roma la dimensión sobrecogedora del compromiso. Y, sin embargo, hubo como un compás de silencio, como una adivinación de inmensidad y de desproporción. Como el silencio que hacían las orquestas después de los insostenibles *crescendos*.

Otro de los bogas era más oscuro de piel. Costeño le había respondido cuando le preguntó por su origen. Bajo, macizo, desnudo de la cintura arriba, con ojos de picardía encendidos bajo la sombra del pavero de paja. La costa era de los negros, la montaña de los indios y las ciudades de los blancos. Sonrió el viejo fatigoso. Aquel hombre que estaba ante él era como el extremo de un ovillo largo y enredado. De mano en mano de hacendados y de arrieros debió llegar su gente hasta el Guayas. Detrás estaban generaciones largas de cacao y de caña. Y más atrás una isla de las Antillas, un barco negrero, un capataz de esclavos. Y más atrás la costa de África. Pero eso no lo sabía aquel boga plantado en el vértice de sus piernas abiertas, puesto bajo el sol como un tronco nacido de la tierra.

Aquel hombre prieto, firme e indiferente, no estaba presente el día de Roma. No estaba entre las sombras de las ruinas. Se llamaba Pedro. «¿Cómo te llamas?» «Pedro, señor». Pedro solo, con el nombre evangélico, el de la estatua con el pie de bronce limado a besos en la sombra de la basílica, con el nombre de la basílica montaña con su cúpula de medio huevo de Ave Fénix. No había nacido, seguramente, para entonces. Pero era como si hubiera estado allí. Él y todos los millones de Pedros oscuros regados por la América. Invisibles en el gran mapa de pared de la casa de Humboldt. Sin embargo, era como si estuvieran allí y era de ellos de quiénes se trataba.

Tal vez ha podido decírselo al mozo enfebrecido cuando volvieron a Roma entre las lámparas del atardecer. Si él mismo lo hubiera sabido entonces. Cuando se sentaron como si vinieran de caminar miles de leguas de pica, de trocha de monte, de atajo de sabana, de vado de río, de vereda de selva. Él ha podido decirle, alzando la voz entre el bullicio de los contertulios del café del Palacio Rúspoli. «Simón, eso es demasiado grande. No se va a poder con eso...»

Cocho se había acercado rápidamente al oírlo hablar. Se había inclinado sobre él y le pasaba la mano sobre la frente sudorosa. Hablaba con el otro que estaba a su lado. «Delira. Está muy mal».

El chapoteo del agua en la madera y el mugido de la brisa en las velas. Era lo que oía entre las voces confusas. Un barco. Tan pequeño como las balsas del Guayas. Tan grande como la fragata llena de velas hasta las nubes que lo llevó de Boston a Burdeos. Más grande era el Pacífico. Y era en él que iba entrando en aquella batea de náufrago. Todas las flotas del mundo no harían sombra en aquella inmensidad marina. Cuántos Atlánticos, cuántos Mediterráneos disueltos, cuántos Caribes atragantados de islas.

No una fragata, muchas, oscuras, altas, empavesadas de humo y de fuego de cañones, entremezcladas para verse las caras y para oír las vociferadas injurias de borda a borda. Los

arenadores regaban arena de los cubos para que los combatientes no resbalaran sobre la sangre que cubría el puente.

Venían de regreso de Italia. Los primeros rumores les habían llegado en Milán. Los ingleses habían desbaratado las armadas de Francia y España cerca del cabo de Trafalgar, en la puerta del océano.

Cuando pasaron del lado de Francia, las noticias fueron más abundantes pero más secretas. Se hablaba en voz baja por miedo a los soplones y a los esbirros de la policía imperial. Era un golpe de muerte para Napoleón. El mar quedaba, en manos de los ingleses. España y Francia quedaban sin presencia en los mares. El *Santísima Trinidad*, tres puentes, centenares de bocas de fuego, alto como una muralla, ancho como una plaza, poblado como una isla, había sido roto por los cañones ingleses, había ardido en una deslumbrante fogata y se había desvanecido en la tranquila profundidad impenetrable.

Él y el joven compañero soltaron las imaginaciones y los proyectos locos. No habría auxilios españoles a la hora de la insurrección de las colonias. Si se lograba contar con la ayuda de los ingleses todo sería fácil y hacedero. Habían acelerado el tiempo del regreso. Era una hora de angustiosa prisa.

❋

Desde la vuelta de Italia Bolívar parecía haber cambiado. «¿Qué le pasa?», le preguntaba, a Róbinson, Teresa. En las recepciones de Fanny siempre lograba encontrar a alguien, un viejo republicano francés, un emigrado español, un criollo en aprendizaje de afrancesamientos, con quien hacer largos apartes. «¿Por qué Francia no podría ayudar a la independencia de la América del Sur, como ayudó a la del Norte?» Podía entrar en los designios del emperador romper los dominios de los caducos Borbones españoles.

En la logia masónica encontraba contertulios dispuestos para desarrollar el tema. Algunos venerables hermanos se interesaban por la posibilidad de llevar la libertad a aquellas remotas tierras. «¿Ha leído usted a Raynal?» Una visión de cárceles, de autos de fe, de tribunales de la Inquisición, de perros devoradores de indios, se suscitaba en el cuchicheo de una antesala de la logia. Róbinson recontaba con placer la conspiración de La Guaira, en la que tanta parte tuvieron los masones presos en la fortaleza. Venidos de España con cadenas, con leyendas y con las ideas de la gran Revolución. «Estuvo a punto de lograrse». Repetía su explicación. No hubiera sido posible lograrla entonces. No bastaba con una insurrección local. Sin embargo, en Santo Domingo, los esclavos de los franceses lo habían podido hacer. No eran una república, pero eran independientes. Era claro que se requería un apoyo desde afuera. Un país poderoso que ayudara la rebelión con auxilios. Podían ser los franceses. Podían ser los ingleses que desde siempre habían sido enemigos del imperio español. Tenían bases en las Antillas. Algunas muy cerca de la costa de Venezuela. Con un apoyo así la revuelta no podía fracasar.

Una mañana de mayo Róbinson entró en tromba en la habitación de Bolívar. Llevaba en las manos un ejemplar de *El Monitor Universal*. «Mira, Simón, es maravilloso».

Era un despacho de Nueva York fechado el diecinueve de marzo de 1806. «El Presidente de los Estados Unidos ha ordenado el arresto del coronel Smith, yerno del señor Adams, el señor Ogden, comerciante, y algunos otros individuos, indiciados de haber proporcionado al señor Miranda los medios de reunir un armamento para dirigirse al país de Carraque, y sublevar los habitantes contra el gobierno español».

Aquel nombre estallaba entre la grisalla de la página impresa: Miranda. Una expedición armada que en aquella hora debía navegar hacia el país de Carraque. Qué manera de estropear los nombres. No sería hacia Caracas que iba.

Hacia alguna costa de la vasta provincia. Ya debía haber llegado. Ya debía haberse producido la chispa.

«Róbinson, mi amigo, todo eso pasando en nuestra tierra y nosotros aquí. Lejos, impotentes, atados». Bolívar hablaba atropelladamente, gesticulaba y recorría la estrecha habitación.

«Qué destino envidiable, Róbinson». Tenía que ser aquel hombre siempre ausente y siempre presente. Ninguno de los dos lo había encontrado nunca. «Es un jefe. Ese puede hacerlo». Róbinson y Bolívar habían oído hablar de él en París. Del indiano aventurero, del extranjero apasionado. De su lujo y sus mujeres. Del general de la Revolución. «Comandante del Ejército del Norte. Estuvo a punto de ser ministro de la Guerra». «También estuvo a punto de ser guillotinado, Simón».

Contaba con los ingleses y con los norteamericanos. Así podía lograrlo. Los dos pensaban en Caracas. «Cómo será el alboroto y el corre-corre». Les parecía oír campanas a rebato, proclamas del gobernador pregonadas a tambor, reclutamiento de milicias. «Si alguien adentro, con audacia, se moviera ahora para apoyarlo». Los viejos cañones de La Guaira estarían apuntando con sus bocas negras hacia el mar en busca de las velas de la expedición. De castillo en castillo iría el alerta. De La Guaira a Puerto Cabello, a Maracaibo, a Cumaná. De los apostaderos de las Antillas debían estar saliendo fragatas y bergantines para recorrer la costa.

«Y nosotros aquí». Se echaban a la calle, hacia los cafés y los mentideros que frecuentaban los amigos. «¿Qué les parece esto?» Sobre la escueta noticia impresa se desataba la imaginación. Se evocaba los pueblos dormidos, las indiadas, las esclavitudes. Las goletas de los contrabandistas que podían ahora traer armas de las Antillas vecinas y desembarcarlas en solitarias ensenadas de hacienda y de bosque.

En la casa del coronel Tristán se era más parco. «Hay que aguardar para ver más claro la importancia verdadera

del asunto». «Cree usted acaso que el general Miranda es un loco que se va a lanzar a una aventura descabellada, sin contar con apoyos sólidos adentro y afuera». «Es, ciertamente, un militar experimentado». Teresa Laysnay se arrebataba de entusiasmo. Mezclaba en su atropellada imaginación los descamisados del París revolucionario y las desconocidas villas de aquellas Indias remotas de donde habían penetrado en su mundo el coronel Tristán, lleno de sombras de virreyes, y el joven Simón, tan contradictorio, tan impulsivo, tan conmovedor.

«Después de Trafalgar la posibilidad de la insurrección armada está abierta. Es lo que ha comprendido Miranda». Algún viejo republicano recurría a sus recuerdos del pasado para sus apreciaciones vagas del presente. «Siempre hubo la sospecha de que Miranda era un agente del gobierno inglés». Bolívar protestaba con vehemencia. Róbinson lo apoyaba en un tono más discreto. «En una hora como aquella cualquier sospecha podía tomar visos de verdad». Se hablaba de los largos años del emigrado en Londres, de sus estrechos contactos con ingleses y norteamericanos. «Vea usted que ha salido de Nueva York». «De dónde quería usted que saliera, ¿de Cádiz?» Era la joven república del norte la que podía sentirse más obligada a ayudar a los países del sur a seguir su ejemplo. Se hablaba de los años turbulentos de Miranda en París. Con su uniforme de general, con su casaca de convencional, con su lujosa residencia llena de cuadros, libros y mármoles. Su amistad con los prohombres de la Revolución. «En Valmy y en Bélgica se reveló como un verdadero jefe». Amigo de actrices y de grandes damas que jugaban a la política, a la fortuna y al amor. «No era bien visto por los maridos, ni por los protectores oficiales de aquellas deliciosas mujeres. Tampoco por los ambiciosos». Se hablaba de su enjuiciamiento en el tribunal revolucionario. «Fue un milagro que escapara de la guillotina». En el hacinamiento de la prisión escribía y alegaba con energía.

Pero ahora debía andar por alguna aldea de pescadores, por algún monte de la costa, con su puñado de aventureros y su bandera nueva.

En los días sucesivos aparecieron otras noticias provenientes de Nueva York, de Londres o de alguna posesión del Caribe. La nave capitana se llamaba el *Leander*. El Gobierno y los jueces se atareaban en Nueva York ordenando investigaciones y arrestos. Habían salido avisos de alerta para La Habana y Cartagena y las plazas fortificadas españolas del Caribe. Los gobernadores debían haber leído con sorpresa la inesperada novedad.

Eran largos los días entre noticia y noticia del *Monitor*.

Escribían de Londres: «El Almirantazgo ha recibido esta mañana despachos del almirante Cochrane, comandante en Jefe de la Estación de las Islas de Sotavento…»

El *Morning Chronicle* había comentado: «Hasta ahora Inglaterra ha rehusado apoyar proyectos de esta clase y no hay motivo para suponer que haya ayudado o animado a Miranda. No obstante esto será objeto de un examen serio para decidir si ella no debería hacerlo en el estado actual de las cosas. La política, ciertamente, exigiría al mismo tiempo que tuviéramos un mejor conocimiento de los propósitos de Miranda, de sus medios y de sus recursos. El Gobierno, después de obtener estas informaciones, necesitará además considerar bajo todos sus aspectos este delicado asunto y reflexionar sobre las consecuencias de la independencia de la América española, en caso de que se alcance y en los obstáculos que surgirán para lograr este objeto y en la necesidad de defenderla contra los esfuerzos de España sostenida por Francia».

Eran tardas e incompletas las informaciones. Tres meses y más tardaban en publicarse en París. Las de marzo aparecían en junio. Se formaba un vacío angustioso. Al tiempo de leerlas todo podía haber cambiado ya. Cuando una información procedente de Jacquemel y transmitida por Nueva York anunciaba que la expedición de Miranda

debería llegar a las costas venezolanas entre el diez y el quince de abril, ya ese hecho debía haberse producido dos meses atrás. Ya Miranda debía estar victorioso o derrotado.

Cada criollo que se acercaba a la mesa del café podía traer la nueva definitiva. El primer ejemplar del diario que se compraba en la mañana podía anunciarla. Ya en esa hora, lenta e indiferente, que vivía la muchedumbre de las calles de París el dado del destino se había jugado en la tierra americana. Miranda podía estar triunfante, podía dominar medio país, podía haber entrado a Caracas, podría haber proclamado la independencia y la república. O podía estar en derrota, huyendo o preso, o colgado de la horca o descuartizado en pedazos podridos, puestos sobre picas a la entrada de los caminos.

El cinco de julio apareció una breve noticia en el *Monitor*, que venía por Londres, originada en una carta escrita en la Araya de sal, en la boca del Golfo de Cariaco: «El barco americano *Leander*, armado de dieciocho cañones, y cuatro otros pequeños buques, llevando a bordo al general Miranda. Veintiocho oficiales ingleses y americanos y doscientos setenta hombres de servicio, han entrado en este puerto».

La nota añadía: «Tienen la intención de insurreccionar todo el país desde el Orinoco hasta Maracaibo, donde tienen un gran apoyo. Van a zarpar mañana. Parecen seguros del éxito y no llevan con ellos otra fuerza que el Estado Mayor del Comandante en Jefe. Toda la costa formará un gran Estado independiente. Su bandera ostentará las antiguas insignias de los Incas del Perú, un sol y el arco iris...»

Fuera de las gacetas fluía aquella otra fuente imprecisa y cambiante de noticias. La del que había hablado con un recién llegado de Nueva York. La del que regresaba de Burdeos o de Rouen y había estado en contacto con el capitán de un velero cargado de cueros y de cacao que venía de las Antillas y había recogido rumores en caletas y resguardos, de boca de tratantes y de patronos de pataches

y piraguas. Alguien había visto la pequeña flota llegando o saliendo de un puerto, había sabido de su arribo a la costa venezolana y de su desembarco. Algunos habían visto al general Miranda, o lo habían oído de boca de quienes lo habían visto. Metido en su uniforme riguroso de general francés, con su fajín tricolor, con su bicornio de plumas, conversando sobre la amura con un visitante o repartiendo proclamas que hablaban de la libertad.

Bolívar caía en la desesperación. «Estar aquí ahora haciendo el papel de tonto cuando allá en mi tierra suena la hora decisiva». Pensaba en todo lo que habría podido hacer para ayudar a Miranda. Habría arrastrado mucha gente para ir a tomar las armas junto a él. Mientras que ahora estaba allí, en el salón de *madame* de Villars, hablando vaguedades, pavoneándose, haciendo de *dandy* y de todo lo que no era.

Se marchaba inquieto para ir a buscar a Róbinson. «No te impacientes. Siempre habrá tiempo, Simón». Toda aquella enorme empresa no se iba a decidir o a terminar en un día. «Esto no es sino el comienzo». Iba a ser un camino largo y él tendría tiempo sobrado para incorporarse y dar su aparte. «No es lo mismo. Este era el momento de estar allí».

Todo cambió súbitamente poco después. Había que leer una y otra vez aquella noticia escueta que traía el *Monitor* del dieciséis de julio. «Dos barcos, acabados de llegar de Nueva York, nos han traído periódicos americanos hasta el seis de junio. Si las noticias que dan son exactas, Miranda y su expedición han sido desbaratados por los españoles…»

Si las noticias son exactas... Podían no serlo. Debían no serlo. Se lanzaban a la calle en busca de confirmaciones o de desmentidos. Iban de sitio en sitio y comenzaban y recomenzaban, con aquellos contertulios habituales, el juego de hacer y deshacer posibilidades. No podía haber fracasado aquello tan fácilmente, tan rápidamente. El veterano debía contar con muchos y buenos apoyos. Dentro y fuera. Los ingleses han debido moverse. Había aquella

noticia muy importante de que el almirante Popham había salido del Cabo con una escuadra. Debía ir en alguna operación de apoyo a Miranda. Por lo menos un batallón de milicias criollas debía haberse alzado en la capitanía. Bolívar conocía a algunos de sus oficiales y sabía cómo pensaban.

En los días siguientes las malas nuevas se confirmaron. Ya no valía la pena leer las gacetas como no fuera por el deseo de conocer más detalles. Había fracasado la tentativa. Miranda había logrado escapar hacia las Antillas, pero los otros barcos habían sido apresados. Muchos de sus compañeros habían sido ejecutados en las fortalezas españolas.

Ahora podían leer aquellos pormenores con un tono fúnebre y amargo de cosa perdida. Textos de proclamas que ya parecían un eco de responso. Nombres de sitios donde el desembarco se había intentado: Ocumare, La Vela de Coro.

Aquel mundo que habían entrevisto en efervescencia había vuelto a caer en el letargo. Los hacendados iban en sus mulas hacia sus plantaciones. Las campanas llamaban al oficio de las blancas iglesias de parroquia. Los portones se iban entrecerrando para la hora de la siesta.

No podía todo estar perdido. No podía todo haberse jugado en aquel envite de dados desafortunado.

Róbinson creía, y hallaba buenas razones para explicarlo que la lucha no había hecho sino comenzar. La situación creada en Europa tenía que favorecer la futura independencia. Era cuestión de estar alertas y aprovechar la próxima ocasión.

«Tenemos que irnos, maestro y amigo». Róbinson se mostraba dubitativo y temeroso. «Tú puedes ir, Simón. Estás protegido por tu nombre y tu fortuna. Eres un hombre de acción y debes y puedes estar allá. Mi caso es otro». No podría volver sin que lo detuvieran las autoridades. Además su papel no estaba en la lucha inmediata, sino en la organización que vendría después. La independencia no será sino un primer paso. Imprescindible y fundamental,

pero un primer paso. Después empezará la larga y difícil tarea de formar o reformar un mundo para la libertad. «Esa será mi hora».

Los días finales se fueron en preparativos de acción. Bolívar esbozaba proyectos y planes, establecía contactos, dejaba convenios, acumulaba informaciones. Tuvo que pedir una suma de importancia de un amigo francés.

En enero siguiente Róbinson lo abrazó apretadamente junto a la diligencia que lo llevaba al puerto. Iba a embarcarse rumbo a los Estados Unidos para palpar la situación desde allí.

«Hasta pronto, Róbinson. El destierro va a terminar».

«Hasta pronto, Simón. Allá nos encontraremos».



La ausencia de Bolívar le produjo una sensación de soledad y hasta de desalojo. El joven bullicioso y visionario se había llevado aquellos fantasmas, aquellas evocaciones, aquellos azarientos juegos de porvenir en los que estuvo sumergido y arrastrado como en una feria de sorpresas. La mesa del café había perdido color y sentido. Ahora eran conversaciones pausadas y casi indiferentes con contertulios ajenos. Algún comentario superficial sobre las campañas del emperador, alguna frase sarcástica sobre los nuevos ricos del suministro de provisiones de guerra. Muy de vez en cuando algún comentario sobre la América. Ahora parecía haberse hecho más lejana y más desconocida.

Las promesas de escribir de Simón habían quedado en nada. Tal vez no se atrevía a escribirle de los temas que podían interesarle. Más allá de tantas millas náuticas, de tantas calmas y tormentas, debía estar Simón en Caracas. En cuchicheos de alcoba y de recámara, en contactos disimulados, en preparativos de insurrección. O acaso ya se habría olvidado. Ya lo habría cogido la rutina de la vida

señorial, el lento paso de la mula por entre los plantíos de las haciendas y el rezongo del saludo de los esclavos.

Él mismo se sintió más viejo. Como si hubiera perdido aquel impulso y aquella capacidad de entusiasmo que lo sacudían en las discusiones con Simón. El sonsonete de los alumnos en las clases lo adormitaba. Era difícil hacerles comprender que la lengua española tenía cuatro verbos auxiliares. Cuando iba al Jardín de Plantas visitaba las estufas de la flora tropical. Un bananero desterrado con ramas lánguidas de desmayo. Muchas palmas y helechos como un despojo de selva. O aquel oso hormiguero soñoliento que ponía sobre la tierra sin hormigas la lombriz de su lengua melosa.

Iba menos a las casas que había frecuentado con Bolívar. Algunas veces iba a ver a los Tristán. Con Teresa hacían memorias de las ocurrencias de Simón y suponían lo que podría estar haciendo en Caracas. El coronel Tristán hablaba de la situación de Napoleón con España. «Va a terminar por meterse allí».

Como en una representación de fantoches evocaban las figuras del gordo y torpe Carlos IV, de la envejecida y mal encarada María Luisa, del insolente favorito Godoy y de Fernando, el príncipe de Asturias. «Todos intrigan contra todos». Era un tejemaneje de rumores y de conspiraciones. Carlos IV salía de caza todas las mañanas por los bosques de La Granja y de Aranjuez. Por las puertas excusadas de los palacios entraban y salían embozados frailes, militares, cortesanos, correveidiles de todas las pintas. Había escenas de pleito entre Godoy y María Luisa. Godoy quería hacer el juego de los franceses. Tendría una corona en tierras ganadas a Portugal. Fernando, con los ojos torcidos de mala intención, oía a confesores, a adivinos, a mensajeros de París y de Roma. «No me la va a birlar el Godoy». Tal vez no lo había dicho pero lo podía haber dicho. Hablaba como un majo de Lavapiés. Con palabrotas y acentos que olían a anís de mala taberna.

Veía poco a Fanny. Ya no lo invitaban. Desentonaba tanto como su vestido ordinario su conversación cortada de silencios y empedrada de monólogos sobre la nueva ciencia y el porvenir.

Le quedaban las clases, pero tampoco en sosiego. Casi nunca estaba de acuerdo con los métodos que le querían imponer. «Señor Róbinson, haga usted como le digo. Como me ve hacer a mí», le decía el dómine. Para él no era eso. Había que hacer cosas nuevas. Para un tiempo nuevo una escuela nueva.

Fue entonces cuando por primera vez oyó hablar de aquel inglés con el que luego, sin proponérselo, iba a tener tanto que ver. Más en mal que en bien. Le habían hablado, como de una gran novedad que iba a transformar la instrucción de Lancaster y su sistema. Había inventado un simple truco que iba a permitir darle enseñanza a todos los niños de todas las condiciones. El niño que ya había aprendido algo de leer, escribir y sacar cuentas, servía de monitor a otros diez. La instrucción podía multiplicarse como la peste. Casi sin costo. Mientras más alumnos más maestros y más enseñanza. Batallones sin términos de muchachos que repetían aquel gangoso recitar de frases mal leídas o que copiaban en el cuaderno la letra mal trazada por el bisoño monitor. «Eso es un engaño». Rudimentos de rudimentos en la forma más simple. Como loros repitiendo palabras, como monos repitiendo gestos. La educación era otra cosa bien distinta. No aquella sopa de pobre hecha en una inmensa caldera, sino la formación de un hombre nuevo.

Iba a la misma mesa del mismo café. Cambiaban frecuentemente los contertulios. Un negociante venido de Italia, un joven alemán que visitaba los museos. «Son ahora los mejores museos del mundo. Napoleón se ha traído todas las obras maestras de Italia». Él había visto desfilar por las calles aquellas procesiones que llevaban los cuadros y las estatuas arrancadas a lejanas iglesias y palacios. Los papanatas contemplaban desde las aceras

como los romanos habían contemplado los desfiles de los reyes bárbaros cautivos. No acababan de ver pasar un inmenso banquete del Veronés, cuando detrás asomaba un descendimiento de la Cruz con su Cristo ensangrentado y sus Marías llorosas, o un efebo romano, que parecía contemplar con desprecio la muchedumbre.

«Ladrones. No se hizo la revolución para esto». «Cálmese, don Samuel», le aconsejaba el contertulio de turno.

Los días eran iguales: la clase bulliciosa, la pieza sórdida donde se atareaba la mujer que lo acompañaba, la lectura sin término, la espera por la camisa remendada y la salida a la calle para la solitaria orgía de pensamientos o imaginaciones. Los contertulios del café cambiaban. Siempre aparecían otros con otras noticias. Cada una más increíble y más inabarcable. Estaba preso el papa. Había sido ocupada Roma. La familia real española estaba secuestrada por Bonaparte en Bayona. Pero no había noticias de Bolívar. Una comedia de abdicaciones tenía lugar en Bayona. Hasta que, de pronto, la corona aparecía como por truco de magia en la cabeza de José Bonapane. Ayer rey de Nápoles, hoy de España, mañana Dios sabe de dónde.

El contertulio español, no era el mismo de ayer, cambiaban con las ocasiones, con los azares de los encuentros, explicaba la situación con seguridad pasmosa: «El rey José va a llegar como un contrabandista. Oculto, amenazado, sin atreverse a asomar la nariz, protegido por los soldados de su señor hermano, el ogro. No nos vamos a tragar esa los españoles».

Comenzaron a llegar noticias de motines y protestas. Gentes oscuras asaltaban soldados franceses en las calles de Madrid. Alanceados como toros caían a tierra con sus altos gorros y sus dolmanes rojos. Las mujeres, los chisperos, la gente de barrio disparaban sus armas de aventura desde azoteas, fosos y ventanas enrejadas. Se oían disparos y galopes de caballos en las calles empedradas. Berlinas ligeras pasaban escoltadas por pelotones de caballería. «Los

españoles quieren a su rey Fernando y no van a aceptar al francés. Va a correr mucha sangre». El mismo contertulio del mismo día u otro de la semana posterior, casi con la misma cara y con el mismo acento, que llegaba de Bayona o de Perpiñán, añadía: «Recogen a toda la gente sospechosa, a los mozos de cuerda, a los ganapanes de atrio de iglesia y de plaza y los llevan en la noche a fusilar a la Moncloa». Un farol en la tierra de la cuesta, un bosque en sombras, una manada de presos desgarrados y maldicientes y un pelotón de soldados franceses, doblados hacia la boca de sus fusiles, hacia el racimo de manos al aire y de ojos de odio que los enfrentaban, para desplomarse al golpe de la descarga sobre los torcidos cuerpos ya caídos y la sangre fresca de matadero.

Se habían creado Juntas de rebelión y de desobediencia al francés.

Más tarde fue la noticia de que los ingleses llegaban a Portugal para apoyar el alzamiento popular. «Esto se enreda, amigo. No le va a resultar fácil a don Napoleón someter a los españoles». «No se puede hacer todavía la guerra pero se hace la guerrilla». Partidas no más grandes, que una cuadrilla de contrabandistas, salían con sus cuchillos y sus trabucos bocones, de los matorrales de los caminos. Mataban a los franceses y huían. «Es como si se hubiera alborotado un hormiguero, se lo digo yo».

También habían ocupado los franceses a Roma. Pero no había noticias del ausente Simón. No había escrito cartas, eran vagas y superficiales las referencias de los pocos que llegaban de la remota provincia. ¿Qué estaba haciendo Simón? Debía llevar una doble vida. La ordinaria y visible de las salidas, las visitas, los paseos, los bautizos de la familia y los viajes a las haciendas. Saludos ceremoniosos a cabildantes, a clérigos, a oidores, saludos de sombrero a ras del suelo a «mi señora doña Ana», «mi señora doña Petrona», o la excelentísima señora esposa del gobernador y capitán general, que llenaba la acera con su ancha falda,

su manto, su mantilla, su parasol y su séquito de familiares y esclavas.

Pero debía haber otra vida secreta y azarienta. La de las reuniones a deshora, la de los encuentros en casas descampadas, la de la alcoba del fondo de la casa. Era allí donde pasaba lo importante y era lo que no sabía Robinson. «No me manda a decir nada este botarate de Simón».

«Ha habido una tentativa de alzamiento en Caracas». Era así de escueta la nueva. De segunda o tercera mano. De criollo venido de Madrid, o de español llegado de las Antillas o de navegante de la Martinica. Con los días se ampliaba y deformaba el diseño del lejano suceso. Había muchos presos, se había abierto una averiguación. Se nombraba a la gente más conocida. Hombres de riqueza, de plantación y de cabildo. Gente con mando de milicias. Esta vez sí apareció Simón. Lo habían confinado a sus haciendas de Yare. No había llegado nunca Róbinson hasta allá. Hacia la tierra de Barlovento, por las grietas de los montes hacia la llanada que se abre al mar. Bosques de cacao, casa en la colina, y los esclavos en los patios y en los sembradíos.

«¿Qué pasó?» Por qué había fracasado aquello, si es que había fracasado. En un instante, hasta en una mirada Simón habría podido explicarle todo. Pero ahora no le quedaba sino imaginar y suponer.

En una ciudad española se había constituido una junta de gobierno para oponerse al rey intruso. Continuaron surgiendo otras en varias ciudades.

Ahora el contertulio francés del día le explicaba, a su manera, los movimientos militares. «La península está dominada. Los puntos decisivos están en manos del ejército del emperador. Dos de los mejores mariscales dirigen las operaciones. Los ingleses no podrán nada. Ya sufrieron su primer desastre en Portugal».

La familia real portuguesa había resuelto trasladarse al Brasil. Una flota con la corte entera había cruzado el

Atlántico. Desde el Tajo hasta Río de Janeiro. Entre los colonos de anchos sombreros a la sombra de las palmas reales, entre gritos de guacamayas, debía andar ahora el rey don Juan. Si eso se le hubiera ocurrido a los reyes de España, ¿qué hubiera pasado? Don Carlos o don Fernando en México, en Lima o en La Habana. Y hasta en Caracas. Sonreía con su agrietada cara Róbinson, imaginando desfiles y ceremonias grotescas y risibles. *Misia carramajestá*, decían los esclavos en sus consejas.

El tiempo iba de prisa, mucho más de prisa que todo lo que hubiera podido imaginar. Había que preparar las cosas. Del fondo del viejo baúl sacó el amarillo cuaderno manuscrito con las recomendaciones que tantos años atrás había hecho el Cabildo de Caracas para organizar las escuelas. Ya no podría ser aquello. Ahora veía el problema de otra manera. Lo que importaba era formar un hombre nuevo en todos sus aspectos. Un plan para crear desde la infancia los republicanos tan escasos y que tanta falta iban a hacer de pronto.

«Hay que comenzar lo más temprano posible. Casi desde la cuna. Después ya es tarde. Ya el niño está envenenado de errores, patrañas y prejuicios que le transmiten parientes y maestros. Ya está deformado y perdido».

Empezó a sentir que todo cambiaba en torno suyo, sin que él participara en aquella zarabanda de sucesos y alteraciones cercanas y remotas. El emperador salía a combatir a la cabeza de sus ejércitos a lueñes regiones. Caían reinos y se erigían reinos nuevos. Grandes ducados y señoríos surgían en la página de las gacetas como del sombrero de un prestidigitador. Él entraba al salón de clases a oír el recitado sordo de la lección. El papa se escapaba de Roma. Penetraban dragones rojos y soldados de bayoneta a los palacios apostólicos. El café del Palacio Rúspoli debía hervir de murmuraciones. Españoles, ingleses, portugueses, franceses combatían a la sombra de las viejas villas dormidas de la Bética y de Castilla. ¿Quién gobernaba ahora en

España? Llegaba más lentamente que de costumbre a la tertulia del café. Cambiaban los contertulios. En la perdida Caracas debían seguir los arrestos, las pesquisas y los interrogatorios de escribano. Llegaba al Jardín de Plantas. Hablaba con los botánicos del libro que preparaba el barón de Humboldt. La naturaleza de la América tropical descrita a fondo por primera vez. «Una verdadera revelación».

Regresaba a la casa para la cena. La mujer se atareaba y pretendía contarle los chismes de los vecinos. Él la seguía sin interés. Sentía que todo se movía y entraba en una actividad frenética. «Como una piedra a la orilla del río». Así se hallaba.



La balsa había entrado al océano. Largas ondas lentas, como surgidas de la profundidad sin término la alzaban acompasadamente. El latir del mar inmenso que cubría media tierra y que era como el pulso que latía en aquellas venas gruesas y anudadas de su cuerpo.

Iban lejos de la costa pero sin perderla de vista, rumbo al sur. Cerca revoloteaban las gaviotas que descendían a ras del agua para atrapar una sardina. Remontaban el aire con la pequeña plata del pez en el pico. Luego tragaban de un bocado. Era la ley de la vida. Ahora era él la sardina en el pico de la fatalidad. Una sardina vieja, aboyada y moribunda que se asoleaba sobre el puente de la embarcación. Él iba a la muerte, llevado sobre la onda profunda, como sobre una procesión sin término. Una procesión de cambiantes y desleídas formas que el agua oscura hacía y deshacía.

Una procesión más plena y más inabarcable que la que llenó las calles para la boda de Napoleón con la archiduquesa María Luisa. La hija del emperador de Austria, resplandeciente de pedrerías y de sedas blancas y el soldado, pequeño y nervioso, con su uniforme opaco, con

su gran banda roja de sangre de combate, que la esperaba como la gaviota a la sardina.

Todo cambiaba entonces con tanta rapidez que era difícil seguir el hilo de los acontecimientos. Ahora no. Ahora todo era lento, pesado, rutinario. Pasaban los años y poco cambiaba. En los últimos diez, acaso en los últimos veinte, las cosas se habían echado como en un sopor, como en una pesada digestión de saurio.

No había sido así en aquellos días lejanos. «El emperador ha desbaratado los austríacos en Wagram». Era la noticia de un solo día. Todo cambiaba como en un paquete de cartas barajadas. Poco después se anunciaba el matrimonio de la hija del emperador austríaco con el corso.

«¿Sabes, Camilo, que era la sobrina de María Antonieta?» Camilo Gómez no sabía nada. Lo oía como si delirara. «Así Bonaparte vino a ser sobrino de Luis XVI. Por encima de todas las guillotinas, de los gorros frigios y de las carmañolas. ¿Quién entiende la historia, Camilo?»

«Pero la noticia más grande, más increíble, fue la de la rebelión de Caracas». Era para no creerlo. Las gacetas y los viajeros le daban muy pocas informaciones para su deseo de conocer en todos sus detalles lo que estaba ocurriendo. Habían depuesto al gobernador. Habían establecido una Junta de Gobierno. Firmaban los manifiestos hombres desconocidos para él. Cuando él salió debían ser unos adolescentes. Pero lo que importaba era lo que había ocurrido. Cada día traía más pormenores hasta París. Habían detenido al gobernador y a los altos funcionarios. Era una revolución. Era la revolución de que tanto había hablado con Bolívar hacía apenas cuatro años. Había estallado como un milagro.

Muchos de los que hablaban con él en esas horas no entendían lo que estaba pasando. «Es un acto de lealtad al rey para defender sus dominios de la garra de los franceses. El gobernador era afrancesado». Él sabía por instinto que no podía ser eso. Era una revolución. Dijeran lo que dijeran los

papeles la verdad era otra. Los criollos estaban gobernando y seguirían gobernando. Aunque regresara Fernando a Madrid, aunque se presentara en persona a las Indias. No eran propiedad de nadie ni podían ser traspasados ni cedidos, como decían los manifiestos.

No aparecía el nombre de Bolívar entre las nuevas autoridades. No podía Simón haber permanecido fuera de todo aquello.

«Allí comenzó todo, Camilo». «¿Comenzó qué, señor?» La cara del mozo se inclinaba sobre él. La brisa del mar se llevaba las palabras o era que oía mal. «Comenzó todo lo que ha venido pasando después. La revolución, la guerra. Surgieron de la nada todos esos hombres que iban a gobernar nuevas naciones y a mandar batallas». Camilo lo oía piadosamente. «Llama a Cocho para que oiga». Su hijo se acercó desganadamente. «El general Flores no era general, ni presidente, ni caudillo, ni nada. Un aprendiz de barbero en una barbería de pardos en Puerto Cabello. ¿Te das cuenta?» Cocho sonreía sin interés. «No era nada». Los otros, él los iba nombrando, habían sido pupilos de curas, hijos de viuda, artesanos jóvenes y hasta peones ganaderos «Ese día la vida cambió para todos sin que se dieran cuenta. Empezó esto».

El viejo iba nombrando personajes. Eran historias de increíbles azares. Gentes desconocidas y pobres que habían salido a incorporarse a la algarada, que habían pasado sin término de combates y marchas a pueblos desconocidos y a paisajes nuevos. «Terminaban siendo generales, gobernadores, hasta presidentes». Habían salido descalzos y mal armados de pueblos de la costa del Caribe para ir a parar cubiertos de uniformes dorados, plumajes y condecoraciones en un palacio de virrey, en una meseta de la cordillera del Pacífico.

«Menos yo. Mi caso fue todo lo contrario». Hacía con la mano una voltereta que descendía hasta caer inerte. «Yo me preparaba para grandes cosas, venía a crear un

mundo y miren dónde he venido a parar. De sabio a loco, de director de la educación de un continente entero a mendigo, de consejero de Bolívar a adulador de nulidades, de creer poderlo todo a pedigüeño y hazmerreír».

«No diga eso», le objetaba Camilo. «La gente lo respeta y lo admira». «No, Camilo, no es cierto. Me desprecian y me temen, O me temían. Ya no. Ya no soy sino un fantasma escapado del cementerio. No he perdido una sola de mis convicciones. Ahora las veo más claro que nunca, pero ya no me sirven de nada. Ni a mí ni a nadie. Ya no hay quien quiera creer en ellas. Muchos se enfurecen todavía, los menos malos me sonríen con lástima. Este viejo loco que no termina de ser razonable».

Bolívar había llegado a Londres. Cuántos años hacía de eso. Más de cuarenta, cuarenta y cuatro exactamente. Lo cogió de sorpresa. No era fácil comunicarse desde París con Inglaterra. Había la guerra, y el bloqueo continental. Intentó poder ir hasta allá, pero era difícil y peligroso. Lo podían prender como espía. Había llegado a Londres con Andrés Bello* y con López Méndez a solicitar el apoyo del gobierno inglés para la Junta de Caracas. Bello debía andar en los quince años cuando lo dejó de ver. Vivía frente a la casa del cura Carreño en el callejón de las Mercedes. Un muchacho serio, callado, siempre con un libro, que parecía

*** N. del ed.:** Andrés Bello López (Caracas, 29 de noviembre de 1781-Santiago de Chile, 15 de octubre de 1865) fue un ilustrado que legó ensayos y traducciones y, sobre todo, uns intensa actividad política a favor de la independencia de Hispanoamérica y, luego, en la organización de la República de Chile. Integró la misión diplomática con Luis López Méndez y Simón Bolívar, de 1810 a Londres, que se menciona aquí. Y allí se quedó a residir hasta 1829. Ese año regresó a América, pero no a su Venezuela natal, sino a Chile, contratado por el gobierno de la nueva república, donde emprendió sus proyectos intelectuales y desempeñó cargos políticos. Como jurista, fue el principal impulsor del Código Civil, una de las obras jurídicas americanas más novedosas e influyentes de su época. Cabe destacar que por su iniciativa, en 1842, se creó la Universidad de Chile, de la que se convirtió en su primer rector.

mucho mayor que su edad. Ahora estarían allí cerca, en el borde del Támesis, reunidos con Miranda,* buscando entrevistas con los ministros ingleses. Recordaba todos los chistes que se contaban sobre el viejo rey Jorge III, que estaba loco y no lo dejaban ver de los cortesanos.

No fue posible comunicarse con ellos. Bolívar había regresado pronto y con él Miranda. Ahora sí iban a pasar cosas en la olvidada Caracas.

Pasaron pero como en un torbellino. «Siempre se me malograba el regreso, Camilo». Era una cara ajena la que lo oía, la que lo observaba como de una distancia inaccesible. «¿Me entiendes, hijo?» Era casi como hablarle en otra lengua. No tenía idea él de lo que era Francia, de lo que era Inglaterra, de lo que habían sido las guerras de Napoleón, de cómo había sido Femando VII. Ahora gobernaba o desgobernaba en España Isabel II. Todos aquellos seres que nombraba habían muerto. Hacía mucho tiempo. ¿Con quién podría hablar de aquellas cosas que lo entendiera?

«Varias veces estuve a punto de venirme». Con su nombre de Róbinson podía haber tomado un barco para Boston. De Boston a Jamaica. De Jamaica a La Guaira. Por fin. Hacer al revés el mismo viaje del comienzo. Hasta llegar a Caracas, encontrar a Simón, meterse en la gran empresa. Asomarse a la barra del Cabildo, sin gobernador, para oír los hombres de la nueva junta tomar disposiciones de gobierno.

* **N. del ed.**: Francisco de Miranda (Caracas, 28 de marzo de 1750-San Fernando, Cádiz, 14 de julio de 1816) político y militar venezolano, considerado el precursor de la emancipación americana de la Monarquía española. Llamado *El primer venezolano universal* y *El americano más universa*l, participó en la independencia de los Estados Unidos, en la Revolución Francesa como girondino y, posteriormente, en la independencia de Venezuela, donde se proclamó Dictador Plenipotenciario y Jefe Supremo de los Estados de Venezuela. También ideó la Gran Colombia, que Simón Bolívar trataría de implantar tras la liberación de los territorios de las actuales Venezuela, Colombia y Ecuador.

Una vez era la falta de dinero. El pago de las deudas apremiantes, los cinco o diez napoleones del pasaje y el arreglo para dejarle algo a la mujer. ¿Cuál era entonces la mujer? ¿Era Paulette o Catherine? La hacendosa Catherine, con su cara de madre agobiada, a pesar de no tener hijos, o la juvenil Paulette que gustaba de trajes y perfumes, de los cafés y los teatros y que siempre llegaba tarde y agitada. Hasta que se fue con un joven. Tenía que ser.

Llegó la noticia de que se había reunido un congreso nacional en Caracas. Como lo habían hecho en Filadelfia. Y luego la proclamación de la independencia. Venezuela era una república. Como lo había sido Francia. Como lo eran los Estados Unidos. El gentío había invadido las calles. Fue una gran fiesta que duró días. Marchas, desfiles. Los tres magistrados encabezaban tímidos y solemnes en sus trajes de etiqueta. Los había conocido mozos. Sabía de quiénes eran hijos y hermanos. Y habían levantado una bandera. Con los tres colores del iris. La más antigua insignia de esperanza que los hombres conocían. Cuando se despejaba la lluvia aparecía a lo ancho del cielo. Ninguna otra bandera tenía ese privilegio.

Pero con la bandera y la república comenzaron a venir las malas noticias. Conspiraciones, alzamientos, motines. Alzada Coro, alzada Valencia, los canarios conspirando. En las viejas casas en torno a la iglesia de la Candelaria se pasaban consignas y se almacenaban armas. ¿Qué era de Bolívar? ¿Qué era de Miranda?

Miranda estaba en el Congreso. Más tarde le dieron el mando del ejército. Con su casaca, su bicornio y su fajín de general francés a la cabeza de aquellas tropas de peones de cacao y de añil, de ordeñadores de madrugada o de cortadores de caña de azúcar. Bolívar era uno de los oficiales.

Pero vinieron peores noticias. «Ya no era posible irse, Camilo». «¿Irse para dónde, señor?» Sonrió. No podía entender el mozo.

Un oficial español desconocido acabó con la república, con la constitución, con la bandera, con las esperanzas. Cómo dolían aquellas noticias que publicaba el *Monitor* tardíamente. Cuando ya, quizá, todo había pasado. Monteverde había partido de Coro, había llegado al Centro, había tomado Valencia, se acercaba a Caracas. Miranda había capitulado.

Sobre la rompiente asomaba en la costa de La Guaira el muro de las bóvedas. Allí había ido a parar Miranda. Abandonado, preso, en fracaso. Todo se había venido abajo. Bolívar había contribuido al desastre con la pérdida de la plaza de Puerto Cabello. Viejos nombres de cacao y contrabandistas que ahora eran nombres de combates y mortandad.

No le había tocado nunca encontrarse con Miranda. Hallaba su huella, su leyenda, su ausencia. Cuando llegó a París ya Miranda tenía años de haber vuelto a Londres. Los que lo conocieron en el mando del ejército del norte, en las animadas recepciones de su lujoso apartamento o en los días de la prisión que eran todos de víspera de guillotina, le hablaban de él. El criollo bien plantado, ardiente, conocedor de libros y de hombres, que hablaba lo mismo de Washington, de Catalina la Grande, de la corte inglesa o del Gran Serrallo de Estambul, como de la revolución en Europa y de la libertad del Nuevo Mundo. Entusiasmaba a los hombres y fascinaba a las mujeres. Hablaba en francés con acento inglés, en inglés con acento español. Todo en él era misterioso y posible. Pero ya no estaba en París cuando Róbinson llegó. Ni más tarde lo halló en Londres. Halló la casa, los libros, la mujer solitaria que lo había acompañado, los papeles en grandes paquetes amontonados. Tampoco había podido ir a Caracas a ponerse a sus órdenes. Supo más tarde de su muerte en la prisión de Cádiz. Ahora ya contaba cerca de cuarenta años de muerto.

«Mi general Miranda». Camilo lo había oído. «¿De quién habla usted, señor?» «De Miranda». Aquel nombre en el

viento se disolvió sobre la cara inexpresiva de Camilo. Gente nueva, adventicia, metida en su hueco.

Tampoco allá en Francia hubo muchos para entenderlo. Cuando hablaba con emoción y temor de los sucesos de su desconocida tierra la atención de los contertulios se iba hacia otros temas. Él hablaba de la nueva lucha que había emprendido Bolívar desde Cartagena hacia Caracas. Ahora sí parecía haber alcanzado su destino. Avanzaba victorioso tierra adentro, a la cabeza de un ejército. Era el general Bolívar. Un mapa de marchas y de combates, como las venas rotas en una anatomía de cuerpo herido, se formaba en su memoria. La tierra que él no había conocido desde su rincón de Caracas aparecía misteriosa y terrible en las informaciones incompletas. Los contertulios estaban en otra cosa. Bolívar había tomado a Caracas. ¡Le habían dado el título de Libertador a Simón! Los contertulios hablaban de la retirada de Napoleón de Rusia. Estaba en repliegue el emperador, los ejércitos aliados convergían sobre Francia. Se acercaba la catástrofe. Pero el drama suyo estaba allá lejos. Grupos de lanceros en las llanuras polvorientas, asaltos e incendios en las pequeñas villas de torreón y plaza, gentes que huían en carretas y asnos, con los niños y los fardos a cuestas. Volvía a perderse la revolución americana. Bolívar era derrotado. A veces se llegaba a decir que estaba preso o que lo habían matado. Él estaba rodeado por el fragor de la caída del imperio. Los amigos franceses lo invitaban a cenar. Las noticias eran el último repliegue de Napoleón y los nuevos avances de los aliados. «Las fuerzas del norte se acercan. Mañana entrarán en París», decía una señora con alborotadas voces, como si cloqueara. Nombraba una ciudad que estaba a unas sesenta leguas. Se atrevía a replicarle: «No puede avanzar con tanta rapidez un ejército». La señora le asestó su afirmación inapelable: «No importa, soy de opinión de que llegarán al amanecer». Eso se llamaba la opinión. La había padecido infinitas veces en toda su insolente petulancia. «Soy de opinión». Bocas

vanas ya llenas de tierra de muerte. «Señor, no hay cosa que yo respete más que la opinión», repetía la señora que hacía avanzar la infantería sesenta leguas en la mitad de una noche.

Volvían los Borbones a Francia. Venezuela volvía a ser sometida por los españoles. Bolívar debía andar solo y sin recursos en alguna isla de las Antillas.

Para él no fueron malos días. Fue cuando entró en su vida la última francesa. Lavandera de fino y repasadora tenía manos de hada para los encajes y los bordados. Graciosa, risueña, bien plantada con un alboroto de cabellos rubios sobre los ojos vivaces. De vecina, pasó a amiga, de amiga a compañera. Cuando no estaba en sus quehaceres domésticos se ponía a enseñarle las peores palabrotas del español. Con aquel acento y con aquella inocencia de expresión, soltaba ante los amigos asombrados los más soeces tacos, sin sospechar lo que decía. Le ponía sobrenombres de afecto y de disparate para no llamarla con su nombre ordinario. Fueron los años en que tuvo mejor compañía de mujer. Se divertía con su cháchara juguetona. Se sentía complacido cuando los conocidos la veían con no disimulada admiración. No le duró mucho. ¿Qué podía durarle mucho a él? Vino a perderla muy lejos de Francia, consumida por la fiebre del río, a la orilla del Magdalena.

Un brusco golpe de viento sacudió la embarcación. Hubo voces y agitación. «Qué pasa?» «Nada».

✵

«Estamos ahora aproximándonos a un cambio más profundo y de más alcance que el que trajo la Revolución Francesa». Iba a su lado Andrés Bello, risueño, comedido. Venían de la casa de Sarah Andrews y caminaban lentamente hacia el centro de Londres. Tan pronto como había llegado a la gran ciudad había buscado a su conterráneo Bello. Vivía

en estrechez, metido en papeles y traducciones, haciendo trabajos ocasionales, en una destartalada habitación con sus pequeños huérfanos.

Lo recibió con placer y curiosidad. Oía con interés sus vicisitudes de tantos años y andanzas. Hablaba lo mismo de Italia, que de las iglesias de Varsovia y de los palacios de San Petersburgo. Pero, sobre todo, era inagotable cuando se ponía a rememorar sus años de Francia. Era un repertorio vivo de la historia agitada de aquel tiempo. Conocía los detalles grotescos, las sutiles intrigas, los chismes de alcoba y antesala. Y hablaba con aquel lenguaje crudo y descomedido, con juramentos y blasfemias. Gesticulando con las gruesas manos, y haciendo muecas.

Regresaban de la casa que había habitado Miranda por muchos años. Una Sarah Andrews, fondona, envejecida y recelosa, les mostró las habitaciones. Lo más del tiempo lo pasaron en la biblioteca. Bello le señalaba los libros en los nutridos estantes. Aquellas filas de lomos rojos, verdes, blancos, taraceados de oro, eran como la parada silenciosa de la sabiduría de los hombres. Bello tomaba algunos al azar y se los mostraba. Un clásico griego impreso en Venecia por Aldo Manucio, un texto latino salido de las prensas de Plantin en Amberes.

Bello parecía conocer perfectamente aquellos libros y huroneaba entre ellos con mano segura. Tomó el primer tomo de la Biblia Políglota de Plantin. La página se abrió llena de luz como un vitral. Más allá escogió un tomo del libro de viajes de Purchas. «Esto es un tesoro. Los grabados y las descripciones son preciosos. Mire usted este paisaje de las pirámides de Egipto». «El general y mi amiga doña Sarah me han permitido muy generosamente usar para mis trabajos muchos de estos libros. Sin el ejemplar que aquí hallé del libro de Sánchez yo no hubiera podido llevar adelante el curioso trabajo que estoy haciendo sobre el cantar de gesta del Cid. Es toda una revelación». La señora explicaba que los libreros habían seguido enviando nuevas

ediciones a la casa aun después de la muerte de Miranda. «Todos esos llegaron después. No alcanzó a conocerlos». Róbinson se había acercado a examinarlos. Su vista cayó sobre el primer tomo en cuarto del *Viaje a las Regiones Equinocciales* de Humboldt y Bonpland, impreso en París. Abrió con seguridad el libro, buscó en el prefacio y dijo: «Seguramente usted conoce esto. Es digno de reflexión para nosotros». Bello asintió con la cabeza mientras Róbinson se puso a leer en alta voz: «En el Antiguo Mundo son los pueblos y los grados de su civilización los que dan al cuadro su carácter principal; en el Nuevo el hombre y sus producciones desaparecen, si es posible decirlo, en medio de una naturaleza salvaje y gigantesca». Con una falsa risa seca interrumpió la lectura: «No es halagüeño para nosotros ¿verdad? Pero lo que sigue es peor». «El género humano no nos ofrece allí sino restos de hordas indígenas escasamente avanzadas en cultura o aquella uniformidad de las costumbres y las instituciones transplantadas a extrañas riberas por los colonos europeos. Pero lo que se refiere a la historia de nuestra especie, a las variadas formas de gobierno, a los monumentos de las artes, a los lugares que guardan el recuerdo de los grandes sucesos, nos conmueven más profundamente que la descripción de esas vastas soledades, que no parecen destinadas sino a la extensión de la vida vegetal y al imperio de los animales».

Entraron en un largo diálogo sobre las posibilidades de civilizar la América española. «Las artes y las ciencias se aprenden ¿por qué no hemos de poderlas aprender nosotros? Es cierto que la naturaleza es muy poderosa pero también lo fue en Europa y el hombre logró dominarla». «No diga usted eso. No es lo mismo. No solo hay que luchar contra la naturaleza, hay que luchar también contra nosotros mismos. Contra nuestro carácter, contra nuestros prejuicios y la civilización a la española que hemos mantenido. Con gente como la que tenemos no va a ser posible hacer repúblicas. Vea usted lo que ha pasado en

nuestra Venezuela». Róbinson se expresaba con firmeza fría, golpeando con el puño en la palma de la otra mano abierta, para acentuar sus puntos de vista. «Los hombres de 1811 se equivocaron. Bien lo sabe usted. Aquella república que estaba en el aire no pudo sostenerse y cayó. Se equivocó el amo de esta casa». «No, él no, lo obligaron a equivocarse los otros, él veía claro el desastre que venía». Róbinson no parecía hacerle caso. «Se equivocó Bolívar, nuestro amigo. Vea usted. Volvió a ganar a Venezuela en 1813 para volver a perderla de nuevo. No porque el país sea godo sino porque no entiende lo que le ofrecen. El problema no es de combates y campamentos, es de mentalidad y escuela». «No se olvide usted que Bolívar ha vuelto y anda peleando por el Orinoco y la llanura». «Sí, pero los hijos de trescientos años de obediencia a *misia carramajestad* están con Morillo * y los españoles. En Caracas han celebrado un Te Deum con el obispo y el Cabildo».

«De poco servirán las batallas, Andrés, si no se cuenta con los hombres para hacer repúblicas. No los vamos a encontrar en la calle, sino que va a haber que hacerlos en la escuela. Arrancarles de la cabeza los engaños y las supersticiones que les han metido durante siglos

* **N. del ed.:** Pablo Morillo y Morillo (1775-1837), jefe de la expedición de la Monarquía encargada de sofocar la rebelión de los Virreinatos americanos. Tomó Cartagena de Indias, y tras esta importante plaza, y con sucesivas expediciones, restableció el Virreinato de Nueva Granada (hoy, Colombia). Acto seguido, derrotó a Simón Bolívar en Venezuela, en la batalla de La Puerta (1818), con lo que forzaría la tregua del Tratado de Armisticio y Regularización de la Guerra, de 1820.
Con anterioridad a su intervención en la América hispana, había intervenido como oficial de la Armada en la batalla del cabo de San Vicente y en la de Trafalgar. Se incorporó al Ejército en dos batallas decisivas de la Guerra de la Independencia: Bailén y Vitoria. También fue notoria su dirección de la batalla en Puentesampayo, donde venció al mariscal Ney, lo que obligó al ejército francés a evacuar Galicia. Sus acciones militares, posteriores a su intervención en América, sucedieron durante la Primera Guerra Carlista, en la que participó en el bando cristino.

y enseñarlos a vivir en la libertad y el mutuo respeto. Enseñarlos a leer pero también enseñarlos a vivir de otra manera, a trabajar, a producir, a ser independientes. Hoy se sabe por qué fracasó la Revolución Francesa. No supieron organizar una nueva sociedad para la república. La vieja sociedad retornó disfrazada».

Se habían despedido de la dueña de la casa y continuaban por la calle metidos en el apasionado alegato de Róbinson. «Hoy existe una nueva clase social, la de los industriales. La sociedad es estudiada científicamente y puede ser transformada a fondo. Hay en París un hombre extraordinario que es el antiguo conde de Saint Simon. Está fundando lo que él llama la nueva ciencia natural de la sociedad». Bello lo veía como un espectáculo. «¿Sabe usted lo que pasaría si hoy se muriera el rechoncho rey de Francia y también su heredero, el Delfín, y todos los duques y grandes señores que ejercen las supremas funciones del Gobierno?» Bello no respondía. «No pasaría nada. Saint Simon lo ha demostrado y ha dejado atónitos a todos. En cambio si murieran el mismo día los científicos de Francia, sus industriales, sus mejores artesanos, sus profesores, sus sabios, sus navegantes, sus fabricantes de pan, el país se paralizaría y caería en el caos. ¿Se da cuenta?» «Es esa la gran novedad que hay en el mundo. Esa verdad requiere un nuevo sistema político y una nueva educación para una nueva sociedad. Con esas ideas podríamos ganar mucho tiempo en América».

Londres estaba lleno de emigrados de España y de América. Al poco tiempo de llegado Róbinson se hizo de contactos y de amistades. Fue a la tienda del librero Ackermann y allí encontró escritores y fugitivos que preparaban los cambios del futuro. Se hablaba de literatura y de política. Los españoles soñaban con libertades y un régimen parlamentario a la inglesa. Los americanos giraban en torno a las noticias cambiantes de la lucha por la independencia. Al azar de la suerte de las armas surgían

opiniones y grupos. «No habrá independencia sin apoyo europeo y no habrá apoyo sin monarquía. Necesitamos encontrar un príncipe europeo». La larga guerra de Bolívar parecía sin esperanzas. Se llegó a constituir una especie de asociación representativa con gente de las principales regiones. «¿A quién se le va a ofrecer la corona?» Discutían de casas reales y dinastías. «Todo eso es ridículo», protestaba Róbinson. «¿De dónde vamos a sacar una aristocracia que no sea de carnaval? Conde del Desaguadero, marqués de la Ruana Verde, barón de la Ahuyama». Una comparsa de mojigangas desfilaba en su imaginación. «El Gobierno republicano es un bochinche y Bolívar un botarate». Venían los recuerdos de la anarquía, de los fracasos, del empobrecimiento. «Aquí todos estamos maltratados por la historia y por el tiempo». Miraba aquellos hombres como náufragos reunidos al azar. «No hay sino dos caminos. Irse a la guerra allá, o prepararse aquí para la organización que vendrá después». «No habrá después».

¿Cómo y cuándo sería ese después? Dependía de tantas cosas. De lo que iba a pasar en España entre los partidarios de Fernando y los de la Constitución, de lo que iban a hacer los reyes asustados para aplastar toda veleidad de revolución o de lo que finalmente decidiera el gabinete inglés.

Por medio de Bello había entrado en contacto con aquel pintoresco clérigo anglicano que había sido magistral de la catedral de Sevilla. Hablaba inglés con exagerada perfección y español con un gracioso acento andaluz. «José María Blanco White, para servirle». Era un lío insoluble de contradicciones y de tormentos de conciencia, entre lo español y lo inglés, entre su pasado de cura sevillano y el presente de dudas, entre la iglesia anglicana y la atracción libre y racionalista del Unitarismo, entre la poesía de lengua castellana, en la que empezó a escribir y aquella rica y plástica lengua de poesía que era el inglés, entre el racionalismo que lo había atormentado en sus largas búsquedas teológicas y la libertad del sentimiento y de la

imaginación de los nuevos románticos. Hablaba también del refinamiento que el Unitarismo había introducido en la vieja herejía sociniana. «Hay dos hombres en él que no terminan de entenderse y de vivir en paz». La parte española, la del cura Blanco, miraba con desconfianza los hechos y las ideas de aquel hereje anglicano que se había metido en su pellejo. La parte inglesa, la del pastor White, no. Se cansaba de escudriñar los oscuros recovecos, las supersticiones y las hipocresías de aquella alma andaluza que había sido la suya durante tantos años. No era fácil saber, en cada momento, si era el uno o el otro quien hablaba. «No vale nada la literatura española de hoy. Está en el más grande atraso. Completamente desviada y llena de palabrería y de elocuencia hueca. Es aquí en Inglaterra donde se está haciendo la mejor poesía del mundo. ¿No ha leído usted a Wordsworth y a Coleridge?» Se ponía de pronto a recitar en un inglés sibilante e inmaculado estrofas sueltas. «¿Y Byron, qué me dice usted de Byron?» Había comenzado a aparecer su *Don Juan*. «Gran poesía, moderna, actual, llena de vida y de pasión. Muerta la poesía española no podía resucitar *Don Juan* en España». «¿Sabía usted, apuntaba Bello, que le ha puesto por nombre a su yate *Bolívar*?» No lo sabía Robinson. Ese era el increíble destino de aquel ser. Ahora andaría a caballo por una sabana del Orinoco, pero su nombre estaba en las gacetas de Europa, en las tertulias de los hombres nuevos y en la popa de aquel barco que llevaba por el mar Jónico el más grande creador de la nueva poesía. «Y aquí unos mequetrefes de nuestra tierra pensando en buscar reyes. Como las ranas de Esopo».

Blanco White los invitó a colaborar en la nueva publicación que preparaba: *Variedades o el Mensajero de Londres*. «Será un periódico mucho más actualizado y combatiente de lo que fue El Español que publiqué hace ya años».

A veces hablaban del genio de las dos lenguas. «Lo que puedo decir en inglés no lo podría decir exactamente en español. Esta es una lengua más dúctil y más sensible. He

tratado de traducir a Shakespeare y es casi imposible. Mi propia poesía en inglés no la puedo rehacer en español. Aquí ha gustado mucho mi soneto a la noche. Es una comparación de la primera noche de Adán con la muerte y la posible aurora del más allá». Decía las palabras del soneto como si ajustara un juego de presión.

«Ustedes tienen una hermosa lucha y deben ganarla. No cargan el lastre de un pasado tan agobiante como el de los españoles. Todo el futuro les pertenece».

«Para construir el futuro hay que comenzar por los niños». Entraba en su apasionada divagación. Había visitado las escuelas de Lancaster. «Esto es como las sopas de pobre. Agua con muy poca substancia. Con este sistema se puede enseñar a muchos, pero ¿qué? A leer cantarinamente como los alumnos de los barberos de Caracas y a continuar creciendo dentro de los mismos viejos errores, supersticiones y prácticas antisociales». «Ahora sabemos que hay una física social. Lo que Newton descubrió para el universo se aplica también a la sociedad humana. Ahora podemos analizar la sociedad y su futuro con un criterio científico».

A los mentideros de los emigrados de Londres llegaba el tardo oleaje de las noticias. Róbinson veía cambiar las caras y las actitudes día a día. En España Fernando VII había tenido que aceptar la constitución liberal. A veces recibía un papel de mala traza, escrito nerviosamente. «Lo de España no tiene remedio. Seguirá siendo lo mismo bajo diferentes nombres. Absolutismo e inquisición». Firmaba Leucadio Doblado. Un truco de etimología para jugar con el apelativo. Blanco White era el dos veces blanco, en griego, o en español o en inglés.

Una noticia de América cambió el panorama de los grupos. Bolívar había invadido sorpresivamente la Nueva Granada y había entrado a Bogotá. Ya no era el fugitivo y el fracasado. Se preparaba ahora a regresar sobre Venezuela para completar la victoria. Los monárquicos de ayer se mostraban sorprendidos y comenzaban a encontrarle virtudes

y grandezas al caraqueño. Se había proclamado la República de Colombia desde el Orinoco hasta el Pacífico. Se incluiría también la provincia de Quito. «Ya tenemos la República. Ahora hay que pensar en hacer los republicanos». «¿Dónde va a poner esa fábrica?», preguntaba alguno de los despechados del plan monárquico. Contestaba secamente, con un burlón sonsonete de dómine: «Donde tiene que estar: en la escuela».



Su América lo perseguía, lo hostigaba y no le daba tregua en el tiempo de Londres. Estaba oculta y acechante detrás, de todo lo que lo rodeaba. En la letra de las gacetas, en el comentario de los contertulios ocasionales, en el eco de una palabra, en el inesperado parecido de un desconocido con alguien olvidado en el tiempo. Era como un cerco que se había ido estrechando en torno de él.

Eran también las gentes que iban y venían. Los criollos con quienes conversaba y los extranjeros que inquirían noticias.

Libros, periódicos y cuadernos llenos de apuntes se amontonaban en su cuarto. Nunca había habido más libros que hablaran de su tierra y de su gente. El libro de Palacio Fajardo con la narración de la insurrección y del comienzo de la lucha. Ya Palacio se había vuelto de regreso. Ya había muerto en el agitado campamento de Angostura. Los libros de los primeros legionarios regresados. Aquel grueso tomo de Hippsley que leyó muchas veces con interés y con furia. Los de otros oficiales ingleses vueltos de la guerra que describían el desconocido escenario de las campañas en los llanos, las sierras y las márgenes del Orinoco. Con Bello comentaba las torcidas visiones de aquellos hombres. Algunos eran aventureros resentidos, otros no habían podido entender aquella realidad tan ajena y extraña. Era como si en imaginación se incorporara por trechos y por momentos a la lejana lucha. Aquellos llaneros a caballo,

casi desnudos, entrando al combate con la lanza en la mano como entraban a la manada de ganado salvaje.

Afuera estaba el otoño del Támesis, con sus faroles ahogados en niebla, con el chapoteo de lluvia helada. Desde las páginas del libro surgía la noche de la llanura, el campamento a la sombra de los grandes árboles. Oía el canto, acompañado de guitarras. «¡Avanzad, avanzad con machete en mano!»

Y todos aquellos nombres nuevos sobre los que tenía que inquirir sin respuesta satisfactoria. ¿Páez? ¿Anzoátegui? ¿Sucre? ¿Mariño? ¿Bermúdez? ¿Arismendi? * ¿Quiénes eran? ¿De dónde habían salido aquellos generales imprevistos, aquellos magistrados? Aquellas flacas hojas impresas que lograba leer de vez en cuando de *El Correo del Orinoco*. Una gaceta inverosímil venida de la selva y del inmenso río. No había visto nunca el Orinoco, ni su vastedad arrastrada, ni sus riberas de caimanes y de garzas, ni sus dispersas villas encogidas sobre las barrancas, pero ahora tenía en las manos aquella hoja donde se hablaba de un congreso, de las batallas, de las combinaciones de poder de Europa, de la filosofía política y del derecho internacional. «Simón Bolívar, Libertador, capitán general de los Ejércitos,

* **N. del ed.:** Se trata de los caudillos de la independencia de Hispanoamérica de origen venezolano, y son José Antonio Páez Herrera (1790-1873), quien tras la guerra de la independencia y su ruptura con Bolívar, llegó a ser el primer presidente de Venezuela; José Antonio Anzoátegui y Hernández (1789-1819) fue uno de los más importantes oficiales de la independencia y jefe de la Guardia de honor de Simón Bolívar; Santiago Mariño Carige (1788-1854), general en Jefe del Ejército de Venezuela; José Francisco Bermúdez (1782-1831) también alcanzó el grado de general en Jefe del Ejército de Venezuela durante la guerra de independencia; Juan Bautista Arismendi (1775-1841) también ascendió hasta general del Ejército de Venezuela durante la independencia, y el más importante de todos: Antonio José Francisco de Sucre y Alcalá (1795-1830), fue presidente de Bolivia, gobernador del Perú, general en Jefe del Ejército de la Gran Colombia, comandante del Ejército del Sur y gran mariscal de Ayacucho. Es considerado como el militar más completo entre los próceres de la independencia sudamericana y, quizás, el más leal a Bolívar.

presidente de la República de Colombia...» Qué increíble lectura. Parecía un delirio.

Bolívar se le deformaba y cambiaba en innumerables imágenes. Como en los juegos de espejos de las ferias. Se quedaba abstraído, en silencio, tratando de hacer coincidir y calzar en la mente aquellas figuras disímiles. El niño de Caracas, el joven compañero de Europa, el guerrero sorprendente de 1813, el derrotado y fugitivo de 1815 y ahora el hombre de las victorias de Boyacá y de Carabobo. «Su excelencia el Libertador-Presidente», con mando desde el Caribe hasta el Pacífico, con palacio de Gobierno en Caracas y en Bogotá, con ejércitos de millares de hombres, con ministros, gabinetes, estados mayores, asambleas, embajadas y veintiún cañonazos de saludo de las fragatas de guerra extranjeras. Había visto en la librería de Ackermann algún grabado en acero con la vaga semblanza. Una frente más alta, un cabello más escaso, unos ojos más grandes y quietos y aquel bigote que él no le había conocido. Pero la nariz, los pómulos salientes, la proa del mentón y el labio inferior asomado eran los mismos de Simón. Con un uniforme de gran jefe, con pesadas charreteras, ramas de laurel bordadas en oro y medallas en el pecho. ¿Qué quedaría de Simón en aquel hombre poderoso y deslumbrante?

Con los criollos hablaba de la necesidad de regresar. Muchos ya se habían vuelto. Otros se preparaban a hacerlo. Era el momento de ir a ofrecer servicios y a colaborar. La guerra no había concluido pero se estaba en el inmenso empeño de organizar aquel nuevo gobierno en territorio sin término. Hacía falta gente capaz. «¿Y usted, don Samuel?» Daba alguna respuesta vaga. «Todavía no. Tengo algunas cosas que terminar».

Con Bello había comentado repetidas veces aquel insistente y mudo llamado de la tierra. ¿Qué irían a hacer allá? ¿Qué podrían hacer allá? Se estaba todavía en la guerra y era el tiempo de los hombres de acción. Pero, sin embargo, muchos hombres de bufete se habían incorporado. Eran

ministros, consejeros, diputados, administradores. Nombres de gente nueva que ni él ni Bello conocían. Revenga, Gual, Restrepo, Zea. Habían regresado.

Bello le leía fragmentos del poema que estaba escribiendo. «Esto también hace falta», le explicaba. Se estaba en una hora de fundación y tanto como las armas y los recursos materiales se iba a necesitar del espíritu. «Roma no hubiera sido Roma sin Virgilio». Alguien tenía que formular los temas fundamentales y las invocaciones que le dieran sentido permanente a aquella inmensa novedad. «Un Virgilio americano sería el complemento de la gran empresa». En páginas cubiertas de líneas, enmiendas y tachaduras, Bello le leía lo que iba escribiendo del vasto canto. Se iba a llamar *América*. Había que darle expresión y sentido de eternidad a lo que se había logrado y a lo que sería necesario continuar. Hacer el elogio de los héroes de la guerra y de los tremendos sacrificios. Los inmolados, las ciudades devastadas, los campos yermos, pero también las nuevas tareas que era necesario emprender, la vuelta a la paz, al campo, a la virtud simple y venerable del trabajo, a la ley y al bien. «La simple vida del labrador y su frugal llaneza» para que al fin tuvieran «la libertad morada y freno la ambición y la ley templo».

El poema contenía una nostalgiosa evocación de la maravilla de la naturaleza tropical. Los bosques, los árboles floridos, la piña, el cacao, el banano, el maíz. «Acuérdese, Róbinson, de las *Geórgicas* y las *Bucólicas*. Todo eso también hay que cantarlo para que nuestra gente sienta la belleza y el sentido religioso que hay en las simples tareas de la tierra. Para que se olviden de la fama militar y de la ambición política».

No le parecía mal a Róbinson, pero pensaba que era necesario darle otra dimensión a ese deseo tan noble. «Hay que preparar a la gente para vivir en la sociedad nueva. El mundo está cambiando. Ya no es el campo la única fuente de riqueza. Cada día aumentan más la industria y las artes mecánicas. Hay que enseñar a nuestros hombres a valerse de los metales». «Va a ser difícil cantar esas chimeneas que

vomitan humo negro y esas máquinas que resoplan y se agitan como pailas del diablo».

Era el tema favorito de Róbinson. Desde que estaba en Londres no había perdido oportunidad de visitar talleres de fabricación y de ver las máquinas de vapor moviendo ruedas y transmisiones y aquella devanadera que saltaba sin tregua y con un golpe seco en el telar mecánico. «Hay que prepararse para esto. El tiempo de las tejedoras y las hilanderas se acabó».

El descubrimiento de la pólvora acabó con la nobleza. «Le voy a pasar las publicaciones de los saintsimonianos que tengo conmigo». La industria va a transformar el mundo. Habrá que reorganizar todo para esa realidad nueva. Ahora existe el hecho social. Ya no más reyes, no más nobleza, el mundo de mañana lo van a gobernar los industriales. Ya no más revoluciones sino una nueva organización. El gobierno de la sociedad futura tendrá que ser científico. «La sociedad actual no es otra cosa que el mundo al revés».

Bello se mostraba dudoso y reservado ante aquella audacia imaginativa. Para Rodríguez podía ser la nueva América la tierra privilegiada para iniciar esa novedad. «Habría menos obstáculos que en esta vieja Europa para levantar ese nuevo orden más justo».

Cada vez que alguno de los conocidos anunciaba su regreso sentía una angustia silenciosa sobre su suerte. ¿Debería él también volver? ¿Debería escribir a Bolívar? ¿Se presentaría sin anuncio a ofrecer sus planes y sus experiencias?

Él no era uno más, no era un aventurero que iba en busca de suerte. Él era el viejo amigo de Simón, el hombre que más había influido sobre él, tal vez.

Varias veces estuvo a punto de escribirle. Cuando llegó la noticia de Boyacá, cuando se supo la victoria de Carabobo. Cuando se proclamó la nueva República de Colombia con la unión de Venezuela y la Nueva Granada. Ahora Bolívar iniciaba la campaña del sur. Iría hacia Quito y hacia Lima. ¿Dónde se iba a detener aquel diablo de hombre?

Pero no era, tal vez, él quien debía escribir, era el General Presidente, el hombre poderoso metido en aquella descomunal empresa y necesitado de ayuda eficaz quien debía acordarse del maestro lejano que tanto podía hacer.

La francesa no entendía aquellos tormentos continuos. «Yo no puedo escribirle como cualquier otro. Si alguien sabe quién soy yo y para qué sirvo es él. Si no me llama es porque debe pensar que no me necesita».

Podía escribirle, simplemente, enviándole sus parabienes por sus grandes sucesos. Iba a parecer lisonja y oportunismo. Una manera apenas velada de recomendarse y hacerse presente. No. «Yo tengo mucho amor propio».

Algunas veces se puso a escribir aquella carta. Al regreso de una de las reuniones con los criollos de Londres. Era el momento de ofrecer a Bolívar tantas ideas, aquellos proyectos que dormían en los cuadernos escritos en años y años de observaciones y reflexiones. Era la oportunidad de realizar todo aquello o de olvidarlo para siempre.

La oportunidad era en América y el único hombre que tenía capacidad para entender aquello y poder para realizarlo era precisamente Bolívar. Simón, su amigo, su discípulo, su compañero de tanto sueño y de tanta esperanza.

Le diría llanamente y sin ninguna retórica su emoción de espectador lejano. A vuela pluma, como si hablara con él en los días ya lejano de Francia o de Italia. Hacía ya veinte años.

«Mi querido Simón». Se detenía. No era simplemente Simón, ahora era el Presidente, el General, el Libertador. ¿En qué tono podría decirle lo que tenía que decirle si debía empezar por excelencia? «Excelencia: he seguido con inmensa emoción su prodigiosa carrera de triunfos…» Así no le podía hablar él a Simón. Era ridículo. Le iba a sonar falso. Arrugaba el papel y lo tiraba al suelo. Esperaría.

¿No esperaba Bello también? No podía presentarse como un intruso, como un pedigüeño: «Aquí estoy, Simón, para que me dé un alto cargo». Además ¿adónde iba

a regresar? A Caracas, de donde faltaba desde hacía un cuarto de siglo. A encontrarse con aquella María Ronco ya envejecida y desconocida. A representar una comedia bufa. A servir de payaso y de befa a la poca gente que todavía lo recordaba y a todos los que no lo conocían.

Iría a Bogotá, para no encontrar a Bolívar, sino a unos personajes inflados que ni idea podían tener de quién era él. «¿Qué viene a buscar este viejo impertinente?»

«Porque la verdad es que me estoy poniendo viejo. Estoy canoso, ya no puedo leer sin anteojos, me voy cubriendo de arrugas. Pasé de los cincuenta. Un vejete, un estorbo, un carcamal. Viejo y sin dinero es ser dos veces viejo».

Y luego, imaginando que llegaba ¿a quién iba a encontrar en una ciudad cualquiera de la Nueva Granada o del Perú? ¿A Simón? Ya Simón no existía. Poco debía quedarle del mozo de París. Ahora era un hombre que respiraba poder y fuerza por todos los poros. Con sus uniformes de General en Jefe, con sus sables de parada, con sus edecanes, con la inagotable fila de sus aduladores. Tal vez le costaría trabajo recordarlo y reconocerlo. Tal vez lo vería con curiosa condescendencia. «Algo habrá que hacer por este pobre viejo, fue mi maestro de escuela».

La francesa lo veía agitarse y hablar a solas: «Y lo peor es que no soy yo quien va a pedir ayuda sino quien va a ofrecerla. Soy yo quien puede ayudarlo a completar la gran obra que está incompleta. Soy yo quien tiene las ideas para que la independencia se transforme en la creación de una nueva sociedad. Soy yo el dadivoso, el que regala, el que ofrece posibilidades que ellos ni siquiera sospechan».

El tiempo se le iba en las clases de lengua, la tertulia con los amigos de paso, el encerrarse por horas a escribir aquellas largas elucubraciones sobre la educación.

Nada pasaba en él y con él, todo lo que ocurría era lejano y ajeno.

Un día llegaba la noticia de la muerte de Napoleón en Santa Helena. Otro día el anciano ministro Castlereagh se

suicidaba en su despacho. Acaso era una solución. El hijo del rey de Portugal había proclamado la independencia del Brasil. Ahora había en la América un emperador. También se había hecho emperador en México Iturbide. Bolívar se había puesto en marcha hacia el sur. Hacia las tierras de que hablaba el coronel Tristán. Un general desconocido, Sucre, había vencido las fuerzas españolas en la falda del volcán de Pichincha. Bolívar iba a entrar en el Perú.

Llegaban emisarios y visitantes a Londres, abundaban correos y misivas, pero no llegaba ningún mensaje para él.

✵

Mientras más lo atenazaba el pensamiento de la tierra lejana más se iba sintiendo ajeno y desprendido de todo lo que lo rodeaba. Era como si hubiera ocurrido un brusco cambio en su naturaleza. Un cambio de piel o de ojos o de sensibilidad. Se le imponía a cada instante que no era aquella su lengua, ni era aquel tampoco su mundo. Rememoraba con nitidez avasalladora el paisaje y las gentes de Caracas. Los ruidos, los colores y los espacios tan diferentes. No se disolvía entre la muchedumbre de la calle, la miraba distinta como desde un mirador de soledad. A veces tenía que ir a alguna población cercana. El pequeño mundo de la diligencia lo sitiaba. Hombres rubicundos, ventripotentes, enfrascados en discusiones de política local. Oía y observaba con impaciencia las conversaciones, los gestos y los temas. A veces reconocía un nombre, o entraba en conversación fugaz. Una vez fueron aquellos tres amigos que discutían en el asiento trasero. Hablaban, huecos y pomposos, de naderías. Al más imponente, defendido por sus anteojos, por su tono y por su alto sombrero de copa, sus compañeros lo llamaban, con reverencia, por el risible nombre de *mister* Pickwick. Era él quien sobraba allí.

Debía escribir a Bolívar, exponerle en toda su amplitud su plan de educación popular, esbozarle la organización de

un nuevo departamento del gobierno con todos los poderes y recursos para realizar aquella gran transformación. Pero había el riesgo, que sería definitivo, de que aquel Simón, cambiado por la historia y por las circunstancias, no le respondiera o no le diera importancia al proyecto, o no tuviera tiempo para estudiarlo y comprenderlo. Lo leería un secretario, le pasaría una información sucinta. «Es un plan para fundar unas escuelas un poco raras». «¿De quién es, dice usted?» ¿Qué iba a brotar del fondo de la memoria de Bolívar? ¿La borrosa estampa medio olvidada del majadero, del estrafalario, del impertinente, del que todo lo enredaba, de un ser impráctico, contradictorio y deslenguado?

Sería, tal vez, mejor presentarse a la callada, hablar con los encargados del poder en Bogotá, no ocurrir a Bolívar sino en última instancia, no hacer valer para nada su amistad y sus vinculaciones. «Soy un hombre que ha dedicado su vida a los problemas de la educación, que ha pasado veinticinco años estudiando en el extranjero y que vengo a proponer este plan para darle al país toda la gente capacitada que requiere». Él sabría convencer, explicar, dar respuesta adecuada a todas las dudas. Le confiarían lo necesario para arrancar. No una dependencia del gobierno, nada de una secretaría de Estado. Un simple establecimiento de enseñanza donde él pudiera aplicar y demostrar sus métodos. Cuando los demás comenzaran a ver los resultados no tendrían más remedio que darse cuenta de la importancia y de las enormes posibilidades del nuevo método. Le confiarían otros planteles, le pedirían consejo. El eco de la novedad llegaría hasta Bolívar en su lejana línea de combate. Lo alcanzaría en sus ciudades de ocupación o lo sorprendería en una de sus visitas a la capital de la nueva república. «Pero, claro, si es don Simón, mi maestro. Por qué no me lo habían avisado. Hay que darle todos los medios necesarios para que extienda esto a todo el territorio, a todas las gentes. Este es el complemento necesario de todo lo que hemos logrado».

Nadie podría entonces pensar que se valía del afecto del grande hombre para medrar. Sería únicamente su obra, su trabajo, su realización los que le valdrían.

«Yo no voy a llevar allá copias o imitaciones de lo que se hace en Europa. Lo que se hace aquí en educación es malo y tendría que ser modificado.» Sus contertulios parecían pensar que una revolución consistía en tomar el poder. «Tomar el poder no es sino el comienzo». Se exasperaba discutiendo y se apoyaba sobre las palabras tratando de buscar las fórmulas más simples y convincentes de expresar sus ideas. «¿Por qué están los Borbones gobernando de nuevo en Francia, por qué ha vuelto el absolutismo a España con los Cien Mil Hijos de San Luis?» Lo veía claro. Era lo mismo que había señalado tantas veces. No basta con tomar el poder, hay que transformar la sociedad. Si la Revolución Francesa hubiera puesto en la educación la mitad del empeño que puso en la guerra Francia sería otra, sería la república modelo del universo y no habrían vuelto los reyes y los viejos señores. Era lo que decía aquel griego Arquímedes, que le dieran una palanca y un punto de apoyo y movería el mundo. Esa palanca existía para cambiar la sociedad.

La educación tradicional fatalmente forma vasallos, esclavos, transmite prejuicios y mentiras. La educación republicana tiene que ser distinta para formar republicanos. Educar hombres para la razón, la libertad, la dignidad, el libre examen, el orden racional libremente aceptado. La república no se puede hacer en los campos de batalla, sino en la escuela. En una escuela nueva y completamente distinta de esta que hemos heredado con todos los errores del pasado.

Pero de qué podía servir seguir diciendo y repitiendo aquello, sin término, mientras la primavera o el otoño cambiaban los grises colores de la ciudad inglesa, mientras al otro lado del Atlántico se estaban organizando los nuevos Estados, mientras él pasaba los días y los meses en un salón de clases enseñándole a gente ajena cosas rutinarias

y de escasa monta. Todo lo que tenía que decir y enseñar era para hacerlo allá.

¿Para qué había pasado todos aquellos largos años de vagabundaje y descubrimiento, si no era para serle de utilidad a su gente? Para seguir como el viento o como la ola sin rumbo y sin término. Para finalizar un día en un cuartucho de ciudad extraña y para que lo llevaran a enterrar, con quien sabe qué nombre, entre muertos ajenos.

Se le agriaba el humor. Se hacía más áspero y agresivo. O callaba, o respondía con dureza y con sorna.

Hablando en inglés con los alumnos, en francés con la mujer que poco lo entendía.

¿Cómo le iba a explicar a ella que pensaba en marcharse para aquella tierra perdida en el fondo del mundo llena de guerras, indios, monos y loros?

Parecía que iban juntos por la calle pero se perdían en la más completa separación de pensamientos e imaginaciones. El paso lento del pesado cuerpo del hombre. Sombrero sobre la nuca, anteojos en la frente, manos a la espalda, con un balanceo de marinero. Silencioso. Al lado el sombrero florido, los cabellos rubios, la parlería y la gesticulación de la francesa. No la oía. Ella hablaba de una habitación mejor que había visto y que podían tomar. Él pensaba en la llegada a la tierra y los primeros contactos. Tendría que llevar un plan completo.

Había estado averiguando oportunidades y precios del viaje. Podría salir de Plymouth o de Bristol o de Londres mismo. Las gacetas anunciaban la partida futura de naves para el Caribe. El nombre del bergantín o de la fragata, el del capitán y los puertos de destino. Los más iban para la costa de los Estados Unidos. Otros anunciaban salida para Jamaica, para La Habana o para Veracruz. Veinte y tantos días de barco para avistar la costa del trópico americano. Había un anuncio de partida para Cartagena.

Un día, ya de salida de invierno, se acercó a la casa comercial del armador. Estaba a la entrada de un almacén.

Olía a cacao y a cueros. Un tufo de ron viejo aligeraba el aire. Sacó sus cuentas. Le haría falta un poco más de dinero del que tenía por el momento.

Fue a ver a William Walton, que tan amigo se mostraba de los insurgentes. «Le voy a decir algo muy reservadamente. Me voy para América pero no quiero que nadie lo sepa». «Magnífico, don Samuel. Es allá donde usted hace falta». Cuando le asomó la necesidad de un préstamo el contento de Walton disminuyó visiblemente. «Cien libras es mucho para mí en este momento». «Yo le voy a dejar una libranza contra el general Bolívar». Se puso difícil el inglés. Al fin llegó a ofrecer cincuenta libras. Firmó el papel, recibió el dinero, antes de salir volvió a repetirle: «No se lo vaya usted a decir a nadie».

Ya tenía la fecha. La nave zarparía de Londres, río abajo, más allá de los puentes.

Dejó de frecuentar las reuniones con los conocidos. Se iba soltando de ataduras, hábitos y obligaciones.

Cuando le preguntaron el nombre para inscribirlo en la lista de pasajeros del buque tuvo un momento de vacilación. Al final, con un brusco esfuerzo, dijo: «Ponga..., o mejor no, déjeme escribirlo yo porque así le resultará más fácil». Tomó la pluma que le entregaba el dependiente y con su clara letra escribió con lentitud: «Simón Rodríguez».

Se había arrancado de veintiséis años de vida. Dejaba de ser Samuel Róbinson, como si se hubiera muerto. No para volver a ser el Simón Rodríguez de Caracas. Ese también estaba perdido y borrado en el tiempo. De ese no guardaba sino memorias deshilachadas. Para empezar a ser de nuevo otro hombre. Para cambiar de piel como las culebras, de forma como los renacuajos, de ser como la crisálida. Volver a empezar, tornar a nacer a los cincuenta años.

Creyó llegado el momento de hablar con la mujer. «He resuelto regresar por fin a mi tierra». «Yo lo sabía». No solamente lo sabía sino que estaba dispuesta a acompañarlo. Lo decía con codicia. «Yo siempre he soñado con conocer

ese trópico maravilloso». Trató de disuadirla. Le habló de los peligros, de la inseguridad, de la dificultad para ella de encontrarse de pronto en un medio tan diferente y extraño. «No Simón, no. Eso es precisamente lo que quiero». Hubo que plegarse. En aquel difícil regreso, tantas veces pospuesto, ya no iba solamente él como un desconocido, sino también aquella mujer que nada tenía en común con aquellas gentes. «Seremos dos extranjeros».

Marcharon de prisa por las calles confusas. Carromatos de carga, trote acompasado de percherones humeantes, ligeros coches pulidos, trompas de diligencias, caballeros al paso de finos corceles, voces de vendedores ambulantes, muestras de tiendas con todas las mercancías imaginables, enseñas de tabernas con cabezas de osos y de ciervos bamboleando al viento y, a lo lejos, las torres del puente.

En un carro de mano un cargador llevaba el equipaje. Veían las casas del borde del río y el atareo de las tripulaciones en torno a los barcos. «Es una verdadera aventura, ¿sabes?» Ella no respondió.

Llegaron junto al alto velero, subieron por la planchada. Un oficial del buque vino a su encuentro. Vio los papeles. «El señor y la señora Rodríguez. Síganme». El cargador que le había llevado los bultos se despedía. «¿Para dónde va el señor?» Lo apretó impulsivamente en un abrazo, como si representara todo lo que dejaba. «Voy para otro mundo».

El mástil de la balsa no hubiera llegado a la amura del bergantín. Y la vela era más pequeña que el más chico de los foques. Cuando se descolgaban desmayadas de viento las velas a lo largo de la arboladura, a mecerse por horas y días en una calma de estaño azul, en mitad del océano. ¿A cuántos días de haber salido? ¿A cuántos soles de tocar en la primera isla del Caribe?

«Tuve miedo. Estuve pensando en regresarme de la primera escala». No lo oía nadie pero seguía hablando entre dientes. La ola golpeaba la balsa y salpicaba sobre la borda baja. Se arrebujó friolento en la manta que le habían tendido.

En la distancia de la costa no se distinguían sino las crestas de la cordillera. Aquella muralla gris, quebrada de grietas y de cumbres, que se metía en las nubes.

«Pude desembarcar en Jamaica y regresar de allí a Europa y lo pensé». «Tome un poco». Era Camilo que se inclinaba sobre él para darle de beber melaza con agua. «No quiero».

Se hubiera quedado en Jamaica. Durante la escala visitó los lugares donde había estado hacía tantos años. Cuando iba de salida hacia el mundo. Cuando todo era nuevo. Si regresaba hubiera sido para quedarse para siempre. Agarraba el brazo de Camilo, «Tiene la mano hirviendo, don Simón». Se hubiera vuelto a Londres o a París. Se habría olvidado de América y de Bolívar. «Todo lo que me hubiera ahorrado. Te das cuenta».

«Todo eso lo he andado. Lo que está debajo, lo que está encima. Lo que no se ve». Enseñaba a lo lejos el amasijo de moles de piedra de la cordillera. Podía nombrar pueblos y caseríos, valles, trochas, quebradas. «La de veces que he subido y bajado de Guayaquil a Quito, de Quito a Ibarra, de Oruro a Arequipa, de Lima a Santiago, de Latacunga a Pasto. ¿A dónde no he ido?»

«Es un dragón, un monstruo vivo, inmenso, que destruye y devora». Mucho más grande y lleno de bocas, de brazos y de garras que los de los cuadros de San Jorge. ¿A quién no había devorado aquel monstruo de tantas bocas y tantas garras? Con uñas de lanza, con fuegos de pólvora, con escupitajos de cañón, con un aliento fétido de supersticiones y engaños, con muelas de piedra de gobernaciones, murallas y conventos.

Sus ojos y sus garras eran los millares de ojos y manos avaras de covachuelistas, de entenados, de beneficiados,

de prebendados, de rematadores, de protegidos, parientes, servidores. Jefes de toda laya, manos de codicia, razones de trampa, miradas de buitre, cabezas hueras, cantinelas y retahílas de sandeces. «Eso no se puede». «Es pecaminoso». «Es hereje». «Va contra los principios». «¿Quién ha visto?» «Quiere poner el mundo al revés». «Más sabe el diablo por viejo que por diablo». Jefes, delegados, oficiales mayores, agregados, suplentes, meritorios, intendentes, habilitados, veedores, amanuenses. Secretario del secretario del secretario que lleva hasta el último oído la última repetición de la inmemorial estupidez.

Fue con esas garras y con esas fauces, disimuladas, escondidas, untuosas, con las que lo atraparon y lo destruyeron. Todo lo cambiaban, lo adulteraban, lo fingían. Él venía a buscar a Bolívar y se lo habían escamoteado. Él quería organizar una república nueva y lo que brotaba a su espalda, como retoño de mala hierba tenaz, era la vieja mentira, el orden vetusto de salas, patios y corrales, el «mi amo» de la indiada, el orgullo de los señores de nada. Él sembraba una escuela y lo que brotaba era un hospicio de mendigos. Él quería formar hombres libres pero lo que aumentaba todos los días era la turba de los siervos tras sus amos. Del «así ha sido siempre», del «más vale malo conocido que bueno por conocer», del «mundo ha sido siempre el mismo», «eso es querer blanquear un negro», «el que se mete a Redentor muere crucificado», «el que sirve al público no sirve a nadie», «para cuatro días que hemos de vivir demasiado hacemos», «el que venga atrás que arree», «más sabe el loco de su casa que el cuerdo de la ajena», «cada uno para sí y Dios para todos», «los hombres no son ángeles», «eso es querer hacer un pueblo de filósofos», «somos de carne y hueso». Hijos de Sancho Panza, no hay sino de esos.

«Si hubiera sido yo, ¿cuánto me habría ahorrado?» Un hombre había muerto en el bergantín y lo habían echado al mar. Había presenciado el rezo sobre la cubierta y había

visto lanzar el cuerpo, en un paquete de lona y con una piedra atada. Así hubiera terminado todo. Como iba a terminar ahora, más de treinta años más tarde. Para nada. Miró los cajones de los papeles. «Eso es todo lo que va a quedar, Camilo». Un cajón olvidado en algún desván y aquellos papeles de tantas vigilias comidos de polillas.

Y el cuento de las gentes que conocieron al loco, al extravagante, al torpe, al aguafiestas, al viejo lleno de ideas disparatadas. Hasta que los que lo conocieron se fueran acabando también.

«Tráeme un tizón». Camilo fue al fogón de la balsa y le trajo un pedazo de leña encendida. Metió la mano en el abultado bolsillo y después de hurgar sacó un pedazo de cigarro torcido y deshojado. Se lo puso en la boca y le acercó la brasa. Chupó con ahogó el humo áspero. Un aspaviento de toses lo descompuso.

Los dragones echaban humo. Sonrió con una mueca. «¿Qué dice?» No decía nada. Qué iba a decir ahora y quién le iba a entender. «En tantos y tantos años no me entendió nadie».

Si fuera ahora que estuviera llegando. Si aquella no fuera la balsa del Guayas sino la nave de Cartagena. Si el tiempo se pudiera echar hacia atrás. Borrar a los que no habían nacido todavía. Resucitar a los muertos. «Tú tendrías que desaparecer, Camilo». Camilo lo mal oía sin entender. Volverían a la vida aquellos hombres con los que se había llevado tan mal. Ahora, tal vez, después de todo lo que había pasado, sabría tratarlos con más astucia y habilidad. No los hubiera enfrentado como la otra vez. Ensayaría disimulos, falsas apariencias, engañifas, decir lo que no creía, hacer lo que le parecía ridículo, admirar lo despreciable, ensalzar lo estúpido, repetir con reverencia las mentiras recibidas. ¿Para qué? Para eso hubiera sido mejor quedarse, retornarse de Jamaica, renunciar para siempre a volver a América y haber pasado su vida lejos hablando otra lengua, viendo otras gentes, siendo otro hombre que

este que había llegado a ser, que este maltratado despojo de una mala experiencia.

Le hizo señas a Cocho de acercarse. Estaba distraído hablando con uno de los bogas. Vino mochino. «Tú vas a ser más feliz que yo». Qué iba a comprender Cocho. Y cómo le hubiera podido explicar que lo peor es querer cambiar a los hombres, es empecinarse en demostrarles que están en el error y en la mentira. Eso no lo podía siquiera imaginar el pobre Cocho con su corto alcance, con sus ojos de no ver más allá de la nariz, con su torpeza de animal de cueva.

«Digo que vas a ser más feliz que yo. Es todo».

No iba a enfrentarse con un dragón inmenso. No iba a presentarse solo a pretender cambiar un mundo. Después de todo no les había faltado razón a los que lo llamaron loco.

Aquel hombre desconocido, solo, con un lío de papeles, diferente a todos, ajeno a todo. Entrando un día de 1823, ¿hacía cuántos años? al puerto de Cartagena. La costa baja, las ciénagas, y aquel erizamiento de murallas, torres, almenas, fosos, garitas, bastiones y bocas de fuego del fuerte que surgían para amenazarlo. La primera boca del dragón, la primera garra. Pero no hubo escapatoria, ni regreso. Nadie lo aguardaba. Los que habían llegado con él se fueron despidiendo.

Con algunos de los viajeros averiguó la dirección de una casa decente donde recibían huéspedes. Avanzaron por la angosta calle junto a un muro de la fortaleza. La francesa veía todo con asombro. Los cocoteros, las pandillas de negritos, las fritangas humosas, el vuelo de los alcatraces, los aleros oscuros, los grupos aletargados a la puerta de las pulperías.

No hubo que andar mucho, para encontrar la posada. Se instalaron y él salió sin esperar, solo, a recorrer el poblado.

Iba ensimismado. Pisaba el polvo y las piedras y sentía como un eco dentro de sí. Se acercaba el atardecer. Iba sin rumbo y pasaba entre las gentes suelto y lento. Nadie le hablaba, a nadie buscaba. Miraba con curiosidad los

trajes, los rostros, los aspectos. «Yo soy uno de ellos». Se lo preguntaba o lo afirmaba calladamente.

Pasaba por una calle. Delante iba una recua. A la puerta de un caserón escombroso una mujer le habló. Era muy joven, color de barro cocido, con ojos grandes y mansos y dos trenzas espesas que le caían sobre el pecho. Voz profunda, con resonancias de entraña, con unas enes y unas eses guturales que tenían algo de rezo o de gemido. Se detuvo. «Entre conmigo, su merced». Vaciló un momento pero luego la siguió al interior. Era como si no pudiera hacer otra cosa. Como si aquel encuentro fuera el encuentro que lo esperaba. Un patio de árboles oscuros y hojas secas, un pasadizo húmedo y luego la alcoba. Cerró la puerta. A cuchilladas entraba el sol por las rendijas y los huecos. Ella dijo un nombre. Y luego comenzó a desvestirse con mucho esmero. Volvió contra el muro una imagen de santo. Hablaba en un tono sosegado y bajo mientras se quitaba aquellas enaguas planchadas, la camisa, el fustán, el refajo, los duros zapatos empinados de mucho andar. Asomaba la piel de alfarería en pecho y muslos. Él soltó el ancho sombrero, el chaquetón de hinchados bolsillos. Algo murmuraba mientras la veía hacer. «¿Qué dice su merced?» «Voy a entrar en la tierra».



Había llegado a Bogotá. Una ciudad blanca de lechadas, oscura de tejas, cortada de calles estrechas, arrebujada entre los montes en un rincón de su sabana, como escondida y cerrada.

Mientras remontaba el Magdalena en el pesado bongo pensaba que el río le resistía. Como si la gruesa masa de agua de toda la lejanía quisiera detenerlo o regresarlo. Desde Honda, en el lomo de la mula y en compañía de los arrieros era buscar grietas de vereda en aquellas duras

cuestas de monte. Cuando asomó, al fin, a la sabana todo era vastedad aceitunada y nubes bajas, vacía de gente a pérdida de vista. Hasta que divisó las ermitas de las crestas y asomaron las primeras torres de iglesia y el rezongo de las campanas.

No tenía memoria de un paisaje igual. El borroso recuerdo de la Caracas de su juventud no le servía. Los años de Europa lo habían acostumbrado a otra luz, a otros espacios, a ríos mansos de puente de piedra, a paisajes con caseríos, campesinos y viajeros. Era ahora cuando se le revelaba la salvaje soledad y la dimensión inabarcable de aquella naturaleza. Sonaba de otro modo en los versos de Bello, junto a una taza de té, mirando por la ventana el tráfago pintoresco de una calle de Londres.

Casas bajas, arropadas bajo techos altos, zaguanes hondos que remataban en patios de árboles, balcones enrejados y mujeres parejas de falda negra, manto azul, pavero de alas caídas, rostros embozados y cuchicheo rizado.

Toda la vida se concentraba en la Plaza Mayor. Todos iban hacia ella, todos salían de ella, todos se encontraban en ella. Muestrario sorprendente de un mundo desconocido. Indios de ruana doblados bajo grandes cargas, arrieros de recua, mujeres enlutadas, caballeros de oscuro Mucha gente joven en grupos, en discusiones, en rápida búsqueda. Al poco tiempo pudo distinguirlos. Los doctores santafereños, los ricos hacendados, los altos funcionarios, la gente de la puerta del obispo y los de la puerta de la Casa de Gobierno, los de la cantina y los de la pulpería, los de la ruana y los de levita. Por los acentos, por las actitudes, por el aspecto pudo diferenciar los llaneros ariscos y gesticulantes, los lentos campesinos del Cauca, los costeños alborotados de Santa Marta y los de Maracaibo, los caraqueños, los cumaneses, los pastusos, los quiteños. «Qué feria». Medio continente metido en una plaza.

Había empezado a conocer gente. Comenzó por los de Caracas. Hijos o parientes de familias que había conocido.

«¿No piensa ir a Caracas después de tanto tiempo?» Mientras respondía evasivamente le soltaban toda una retahíla de noticias espeluznantes. La guerra había arruinado el país, familias enteras se habían extinguido, entre la guerra y el terremoto había quedado Caracas en minas, la agricultura estaba acabada, los caminos perdidos. Había muchos jefes y muchos aspirantes a jefes. Muchas jefaturas, unas sobre otras o al lado de otras, de todos los tamaños. Jefes de aldea, jefes de zonas, jefes de cantones, de departamentos, de ciudades.

Abundaban los títulos verdaderos o fingidos. Cualquier peón encobijado se hacía llamar sargento, pululaban en las tertulias de las esquinas los coroneles y los capitanes. Cuando comenzaba la conversación de las hazañas era el cuento de nunca acabar. Los que habían estado en Boyacá, los que habían peleado en Carabobo, los que no pudieron llegar a tiempo al combate, los que realizaron acciones de retaguardia. Los que transmitieron mensajes, los que ocultaron armas, los que ocultaron vidas, los que salvaron fugitivos, los que despistaron destacamentos enemigos. Los que se alzaban la ruana para mostrar la cicatriz de un lanzazo. Y nombrar un combate olvidado en algún rincón de la cordillera o de la llanura.

Ya desde que desembarcó en Cartagena supo que no iba a encontrar al Libertador. Había estado poco en Bogotá. Se había ido primero a la campaña de Venezuela y ahora andaba por el sur, más allá de Pasto, quizás por Guayaquil o en el Perú. Tal vez era mejor así. Tendría que valerse por sí solo y lo que lograra sería el fruto de su propio esfuerzo. Nadie podría decir que era un caso de favor de su antiguo discípulo.

«Yo no vengo a pedir, yo vengo a traer.» Era una inusitada manera de entrar en materia. Comenzaron a verlo con extrañeza.

Se acercaba con frecuencia a la Casa de Gobierno en la Plaza Mayor, frente a la catedral. Allí estaba el general

Santander.* Al cabo de unos días lo recibió afablemente. Pasó por entre los grupos que aguardaban en la calle, en el corredor y en la antesala. Era un hombre frío y como a la defensiva. De buenos modales, de voz reposada, de palabra muy comedida. Tuvo la sensación de que estaba hablando demasiado y que aburría al vicepresidente. «Excelencia.» Le estorbaba el tratamiento. «Esto es importante. Esto es de lo más importante que se puede hacer ahora». Le pareció sentir cierto sarcasmo en la voz. «Hay demasiadas cosas importantes que tenemos que hacer». Entró en un monólogo cortado de gestos de agobio. No había recursos, las necesidades eran inmensas. El Libertador todos los días pedía más y más auxilios. Era un tonel sin fondo. Más y más millares de soldados, más y más millones de pesos. «¿De dónde más puedo yo sacar dinero y hombres? Estamos exhaustos. La gente había creído que después de Boyacá vendría la paz y el país podría empezar a organizarse, pero no fue así». Con un tono monótono de fatiga le hablaba de la campaña de Venezuela. Había sido un gran esfuerzo. Pero tampoco terminó allí la cosa. Apenas mal terminada ya se entraba en los preparativos de la campaña del sur. Todavía Maracaibo y Puerto Cabello estaban en manos de los españoles. Con gran peligro. Y ya el Libertador anda más allá de Quito preparando la libertad del Perú. «¿Cómo y con

* **N. del ed.:** Francisco José de Paula Santander Omaña (1792-1840) caudillo colombiano que participó en la guerra contra la reconquista española, que produjo la independencia definitiva de Nueva Granada. Fue vicepresidente de la Gran Colombia desde 1819 a 1827, bajo la presidencia de Bolívar, y presidente de la República de la Nueva Granada, entre 1832 y 1837, cuando ya se había producido su ruptura con el Libertador, originada por las pretensiones secesionistas de Páez, en Venezuela. Esta ruptura alcanzó su momento culminante cuando se le acusó de dirigir el intento de asesinato de Bolívar, el 25 de septiembre de 1828, en Bogotá, y por ello resultó condenado a muerte deshonrosa, que se le conmutó por el destierro. Tras la renuncia del Libertador a la Presidencia y la disolución de la Gran Colombia, se le convocó a que regresase de su exilio para asumir la jefatura de la República de Nueva Granada (hoy Colombia).

qué vamos a hacerle frente a todo eso?» Y después podía ser Chile o la Argentina, o el Paraguay. Su excelencia el vicepresidente movía la cabeza con pesadumbre. «Prepare usted un proyecto y lo estudiaremos con todo interés».

En la planta alta de la Casa de Gobierno, del caserón cavernoso lleno de voces cuchicheadas y de pasos muelles, estaban los despachos de los Secretarios. Con José Manuel Restrepo no hubo mucha efusión. Hablaba sentenciosamente y cortaba la palabra del interlocutor. Con una sonrisa irónica le preguntó: «¿Por qué se hizo llamar Róbinson por tanto tiempo?» Respondió con tono displicente. «Porque era Róbinson..., tanto como Rodríguez o Carreño». Se le había despertado la mala vena y olvidado del asunto principal se dejaba ir a una divagación sobre lo difícil de saber quién se es y sobre todo para un expósito. «Hijo de todos. Hijo de cualquiera. Hijo de algo, no, hijo de..., ponga usted el complemento».

«Hizo usted mal. No es Restrepo hombre de agudezas y juegos de palabras», le advirtió el joven secretario de Guerra Briceño Méndez. «Además es usted de Caracas, no lo olvide». No fue el secretario de Guerra el único que lo advirtió: «Aquí no nos quieren a los venezolanos. Están hartos de nosotros. Y, a lo mejor, no les falta razón». Había tertulias de venezolanos, de granadinos y de quiteños. Aisladas y recelosas.

Le causó buena impresión Pedro Gual. Era sobrino de uno de los principales actores de la conspiración de La Guaira. Pasó largo rato contándole al joven Gual sus recuerdos de aquellos lejanos sucesos.

Gual tenía una visión clara y razonada de la situación. «El Libertador ve demasiado en grande. De allí surge el problema». Le explicaba cómo los granadinos veían con malos ojos y con desconfianza aquella enorme y costosa empresa sin término visible. Era la porción más rica, más estable, más tradicional de toda aquella parte del continente. Tenían una vida organizada y señorial. La

guerra vino a alterar todo. «No todos vieron aquello con agrado, como tampoco en Venezuela y ahora menos en el Perú». Había salido mucho dinero, muchos hombres y muchos recursos materiales del nuevo reino. «Con Boyacá no terminó nada sino que empezó un tiempo terrible». Se sacaron tropas, alimentos, bestias, armas y fondos para la guerra de Venezuela. «Pero con Carabobo la cosa tampoco terminó. Empezó inmediatamente esta campaña del sur en que estamos metidos y que cada día cuesta más». Gual aceptaba que Bolívar tenía razón y veía en su verdadera dimensión el problema. «Mientras no esté libertado el Perú la independencia de este país tan viejo y tan lleno de novedades está en gran peligro». La mayoría de los montañeses, lejos del teatro de operaciones, no veía sino la continua sangría de los reclutas, los esclavos y los peones arrancados a las haciendas, las recuas cargadas de vituallas y de cuñetes de moneda. «Y los venezolanos metidos en todo, soplando ese fogón, llevando para la guerra los brazos que hacen falta en Cundinamarca, en el Tolima o en la Costa».

«No puede haber Independencia en chiquito. En eso Bolívar tiene toda la razón». Gual tenía claro el panorama del juego de las grandes potencias. Lo que podía hacer Inglaterra, lo que se debía temer de la Santa Alianza, el resultado de la restauración de Fernando VII, la política reaccionaria de los Borbones en Francia y ese nuevo poder que comenzaba a afirmarse en el norte, los Estados Unidos. «No basta con la Nueva Granada, ni con Venezuela, no basta tampoco con Colombia. Hay que lograr una combinación de fuerzas más grande y respetable. Pero para llegar ahí hay que liberar primero el Perú y eliminar todas las bases españolas en la América del Sur. Ese es el problema».

«Tampoco están contentos los venezolanos». Era el doctor Miguel Peña quien se lo decía. «Yo lo advierto todos los días. Aquí no nos soportan, don Simón, nos ven mal, nos miran como intrusos, como usurpadores, como parásitos». Los celos eran grandes. «Cualquier nombramiento, cualquier

ascenso militar, es tema de murmuraciones y fuente de escándalo». Peña era pesimista. «Esto no se va a poder mantener. Es un mamotreto demasiado grande y mal atado. Si Bolívar llega a desaparecer esto no dura un día».

«Pero hablemos de usted y de sus planes». Volvía a recomenzar la recitación repetida de sus viejos proyectos. Peña parecía comprenderlo. «Lo malo es que eso cambia mucho lo que se está acostumbrado a hacer. El único que podría imponer eso es el Libertador». «Eso es exactamente lo que yo no quiero». No le iba a escribir a su engrandecido amigo, no le iba a pedir socorros y recomendaciones. Iba a hacer solo, por su cuenta, todo lo que fuera posible. «Y después, cuando Bolívar regrese, porque regresará algún día, podré mostrarle un proyecto en marcha, hecho con las uñas. Eso vale más que todos los planes y las cartas».

«No es mucho lo que necesito. Bastaría con muy poco». Ya lo había dicho tantas veces pero había que repetirlo sin tregua. «Con una casa vieja, un grupo de muchachos y unos cuantos pesos, tengo».

Se quedaba viendo con dura fijeza a Peña. «¿Cree usted que con esta gente se va a poder hacer la república que quiere Bolívar?» Describía con rasgos cómicos y hasta feroces aquella baraúnda de solicitantes, de buscones, de aventureros, de hijos de don Pablos, de hermanos de Rinconete, de pícaros de Alfarache. «¿Cómo se va a poder hacer una república sin pueblo?» «¿Qué obra buena puede hacer un gobierno con materiales inservibles, con instrumentos gastados y en taller ajeno?» Con esos niños sin destino, con esos hijos de esclavos y de peones se puede hacer una república. «Asómese usted a la ventana y vea los que están en la plaza. Eso es el país. Con eso no se puede hacer nada». «Antes tenían un rey pastor que los cuidaba como cosa propia, los esquilaba sin maltratarlos, y no se los comía sino después de muertos. Ahora se los come vivos el primero que llega y están expuestos a que, en un apuro, algún defensor de las garantías y de la integridad

del territorio, los regale o los venda... con tierra y todo, a quien le dé un titulejo o lo descargue de sus deudas. Hay que hacer algo por esos pobres pueblos que no saben qué hacerse ni qué hacer con sus hijos».

«Los hombres viven juntos, Peña, pero carecen de la idea fundamental de la asociación que es pensar cada uno en todos para que todos piensen en él». Eso no lo enseñaba nadie. Lo que se aprendía en la casa, en la calle o en la escuela eran las sumisiones, las mentiras, doblar el lomo, agachar la cabeza, mirar con humildad a todos los señores que se encaraman encima. «Por eso todos viven contra todos y no hay sociedad».

La transformación había que hacerla en la escuela primaria. La primera escuela es la que debe, ante todas las cosas, ocupar la atención de un gobierno liberal. Lo que importaba no era la enseñanza sino la educación. Preparar a los niños para vivir útilmente en sociedad. Enseñarlos a trabajar. La escuela debe ser al mismo tiempo un taller.

Había visto ya en Bogotá alguna de las escuelas establecidas por el sistema de Lancaster. «No vayan a creer en esa morralla, almacenes de muchachos enseñándose unos a otros a gritar y los maestros mandando la maniobra». No era eso lo que él se proponía. No un hatajo de muchachos repitiendo a voz en cuello frases de memoria, sino un aula serena donde se aprendiera lo esencial, a leer, a escribir, a contar, a conocer las leyes y los principios de la república, pero donde también funcionara el taller para aprender a hacer cosas con la madera, con el barro y con los metales. Con las manos.

Por la expresión de los oyentes comprendía que había dicho más de lo conveniente. Ese era su mal. No saberse contener, no tener malicia y prudencia. Decir de un golpe todo lo que pensaba. Ha debido limitarse, cautamente, a describir un plan más modesto.

«Yo no tengo remedio». Era lo que se decía a sí mismo en los largos días de deambular por la villa llena de rumores y búsquedas.

Fueron días de meterse en caserones viejos en busca de posibles locales para su escuela, de sacar cuentas por la noche de los costos probables, de discutir con la francesa, de asomarse a las pocas escuelas que se anunciaban desde media cuadra con el vocerío discordante de los monitores y los alumnos recitándose mutuamente las lecciones.

En las fondas, en los atrios de iglesia, al amparo de pulperías y aleros, recogía noticias y murmuraciones. Pasar de un grupo a otro era pasar casi de un país a otro, cambiar de opinión y de mentalidad.

Un burbujeo de noticias inesperadas y exorbitantes agitaba los grupos. Se iba a perder de nuevo Venezuela. Morales había tomado a Maracaibo y amenazaba a Coro y a los Andes. Nada se había ganado con Carabobo. Puerto Cabello seguía en manos españolas. «Y Bolívar en lugar de ocuparse de su tierra anda metido en los brollos del Perú». Había disgusto en los venezolanos. Hablaban con furia los que habían venido en largas jornadas en busca de amigos y ayudas. «Aquí no se consigue nada. Todo es para los reinosos».

Los granadinos hablaban de ruina. Las cosechas eran malas, los peones eran arrebatados por la recluta, no había dinero para reparar una alcantarilla, porque todo se lo llevaba Bolívar para aquella guerra en el fin del mundo. «Ya a este país no se le puede sacar más». «La de los venezolanos es la peor plaga que nos ha podido caer encima».

Del sur circulaban noticias alarmantes. Se habían alzado los habitantes de Pasto. Con sus santiagos de trapo y sus altos crucifijos se levantaban en aldeas y gargantas de monte. Peleaban como desesperados. No se sometían. Había que degollarlos uno a uno. Salían como demonios de las laderas y de los barrancos invocando al Apóstol y a Fernando VII.

Las noticias del Perú eran peores. El país entero estaba en manos de las fuerzas del virrey. Toda la sierra y parte de la costa estaban cubiertas por las mejores tropas de los

españoles. Los partidarios de la independencia estaban reducidos a Lima y algunos pueblos. Todos los días cambiaban de gobierno.

En Quito las cosas no eran mejores.

Y Bolívar, ¿por qué no regresaba a ponerse a la cabeza del Gobierno y a organizar este país?

¿Por qué no se marchaba a Caracas y dejaba a todo el mundo en paz? refunfuñaba algún viejo reinoso encobijado y recalcitrante.

El Congreso tendría que revocarle los poderes extraordinarios que le había dado. No era posible que aquel empecinado, aquel delirante, los siguiera arrastrando a nuevas sangrías y nuevos conflictos. Deberían aceptarle la renuncia, que tantas veces había presentado.

Se reunía el Congreso y se traslucía en las palabras y en las actitudes el resentimiento.

Bolívar andaba por Quito o por Guayaquil o por algún pueblo de la cordillera a semanas o meses de posta. De él no venían sino mensajes y mensajeros pidiendo hombres y recursos.

La ronda santafereña de Rodríguez parecía no tener término. Las mismas caras y las mismas respuestas desanimadas. «Vamos a ver. Ahora de inmediato es difícil».

«¿Por qué no pide otra cosa?», le insinuaba Peña compadecido. ¿Qué otra cosa? Si él no había venido para buscar puestos o prebendas sino para realizar la obra gigantesca de hacer a América de nuevo y darle sentido completo a la independencia.



«Entonces, usted conoció también a Arago y a Gay Lussac, además de Humboldt», se lo decía lleno de sorpresa y casi de incredulidad aquel joven francés, Jean Baptiste Boussingault, con quien se había topado por azar. La francesa

había comenzado a fabricar en la casa, con aguardiente del país, esencias y *sirop* de frutas, licores y cordiales que vendía a domicilio. Así entró en contacto con Boussingault y le habló de Rodríguez. Ahora se reunían con frecuencia a conversar de Francia y de los sucesos del viejo mundo.

El joven francés había llegado hacía poco, contratado en París, por Zea, para ayudar en la prospección de minas y para fomentar la enseñanza científica. Había desembarcado en La Guaira, atravesado a Venezuela y llegado a Bogotá con su flamante uniforme de oficial.

«Todo está por descubrir en este continente. Es increíble». Describía con entusiasmo lo que había observado en el largo recorrido, la noche encendida de cocuyos, las serpientes de agua, las gigantescas trepadoras que cubrían árboles enteros, los helechos enormes, la variedad de los suelos que prometían posibilidades de ricos yacimientos de minerales.

«Todo esto me lo anticipó Humboldt en París, pero resulta pálido al lado de lo que estoy encontrando». Rodríguez, por su parte, rememoraba sus amistades ilustres. Los naturalistas del Jardín de Plantas, sus trabajos en laboratorios de química, sus relaciones con escritores y periodistas. Lo que había visto en tanta andanza europea. La francesa se iba a la cocina a preparar algún plato por una vieja receta de su provincia.

Terminaban cayendo en el tema de todo lo que había que hacer para organizar aquel ignorado mundo informe. «Eso no se va a lograr con un puñado de hombres superiores o con la ayuda de algunos extranjeros ilustrados y generosos. Eso hay que hacerlo con los niños». Si se pudiera hacer que la escuela formara al mismo tiempo ciudadanos para vivir en un régimen de leyes y de igualdad y artesanos que supieran producir todo lo que la sociedad necesitaba y hacerse independientes por su trabajo, se habría logrado el milagro de cambiar el sentido de la vida. «Al que nada sabe cualquiera lo engaña, al que nada tiene cualquiera lo

compra». Había que enseñarles no solo los conocimientos esenciales, sino también a valerse de sus manos y de su capacidad de trabajo. «Una escuela que sea al mismo tiempo un taller». De donde salga un hombre distinto con otra capacidad de pensar y otra posibilidad de hacer.

En sus recorridas había entrado muchas veces a los destartalados restos del observatorio que había levantado el sabio Mutis. Hablaba con Boussingault de la titánica empresa que había realizado aquel hombre, casi solo, con muy poca ayuda y comprensión en aquellos años difíciles de fines del siglo anterior. Las millares de hojas de herbario donde estaban clasificadas infinitas plantas desconocidas, los estudios de la meteorología, la medición de alturas, las observaciones astronómicas. «¿Qué queda ahora?» Algunos instrumentos dañados, los estantes vacíos de donde se llevaron para Madrid toda la colección de plantas. «Tal vez si se quedan aquí se hubieran perdido». «Y un nombre repetido por gentes que ni saben lo que significa, ni lo que quiso realizar ese hombre extraordinario». Era esa la fragilidad de las acciones solitarias. Había que trabajar con los muchos, con todos, con el pueblo entero.

En el patio de la casa de Mutis, atravesando techos derruidos, se alzaba un árbol de quina. Verde de la secreta savia que curaba la fiebre. Era el monumento vivo de lo que allí se había intentado. Quedó el árbol pero nada del espíritu. A Caldas, que lo continuaba, lo fusiló Morillo. «Esa es la triste verdad que no hay que perder de vista».

Los recursos disminuían cada día y la posibilidad de obtener una decisión final del gobierno continuaba en suspenso.

Pasaba por las portadas llenas de mendigos de los caserones cavernosos de los conventos. Puertas, rejas, tornos, vislumbres de patios arbolados y de corredores de sombra. Con dos salas de uno de aquellos conventos le bastaría. Con veinte mesas y veinte bancos. Con una flaca bolsa de plata macuquina bastaría para comprar los útiles. Tablas, sierras, cepillos, escoplas, un fuelle, un yunque,

martillos, tenazas y un torno de alfarero. Con lo que costaba una recua de mulas, o una caballería de tierra o el equipo de cincuenta soldados, él tendría para el año entero.

Había visitado un ruinoso hospicio desafectado. Una construcción oscura, con ventanas rotas y puertas maltrechas. Podría servir. Cualquier cosa podría servir. «Con tres mil pesos, doctor Gual, estoy listo». Pero no los había. El tesoro público estaba exhausto. «No alcanza el dinero para equipar tropas y para pagar gastos de guerra». Tal vez cuando terminara aquella guerra de nunca acabar en las mesetas del Ecuador y en las montañas del Perú.

Lo demás era ir de puerta en puerta, de antesala en antesala, como otro mendigo más de los que se arremolinaban en la plaza, en los portales, en los zaguanes, para la limosna de los viernes.

Hasta aquel día en que lo llamaron de la Casa de Gobierno. Aquel oficial apresurado que lo había alcanzado en la calle. «Lo solicitan, señor, en el despacho de su excelencia el vicepresidente». Lo había seguido de prisa hasta el caserón lleno de tinterillos, militares y buscones. Hasta que aquel covachuelista gris con una sonrisa emocionada le entregó un sobre. «Es una carta de su excelencia el Libertador. Para usted». Lo decía con incredulidad. Como si no se explicara que Bolívar le hubiera podido escribir a aquel hombre insignificante, envejecido y leñoso que estaba ante él.

«Al señor don Simón Rodríguez». Abrió el sobre. «Usted perdone». Eran dos pliegos llenos de escritura. Aquella no era la letra de Simón. Debía ser la de un amanuense, pero al final estaba la firma, cortante, rasgada, disparada en ángulos que era la de Simón.

Empezó a leer calladamente pero a medida que avanzaba parecía erguirse y se le iluminaba la expresión. Los hombres que estaban en la oficina lo habían ido rodeando. Habría que hacerles ver aquello. Leía y volvía atrás para cerciorarse mejor del contenido de las palabras. «¡Oh mi

maestro! ¡Oh mi amigo! ¡Oh mi Róbinson!» Lo había dicho en alta voz. Hubo un cruce de miradas asombradas. «¿Fue usted su maestro?» Qué iban a poderlo creer. Puso un énfasis intencionado: «¡Usted en Colombia! Usted en Bogotá y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda es usted el hombre más extraordinario del mundo…» Los asombrados covachuelistas estaban mudos. «No soy hombre de escribir cartas pidiéndole a nadie. Y menos a él». No lo había venido a conocer ahora de general y presidente, de libertador y padre de la patria. «¿Se acuerda usted cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener».

Volvía a estar solo con Simón, lo veía alzarse de nuevo para repetir aquellas palabras de fiebre y de locura con que había hablado en la tarde romana, hacía tantos años, cuando todo aquello parecía imposible. Era como si por soplo de magia se estuviera transformando ante los ojos de los covachuelistas. Bajó el tono de la voz como en una confidencia. «Es noble Simón». «Usted, maestro mío, cuánto debe haberme contemplado de cerca aunque colocado a tan remota distancia. Con qué avidez habrá seguido mis pasos; estos pasos dirigidos muy anticipadamente por usted mismo. Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales las he seguido como guías infalibles. En fin, usted ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel y usted

no habrá dejado de decirse: todo esto es mío, yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna, ahora robusta, fuerte y fructífera, he aquí sus frutos: ellos son míos, yo voy a saborearlos en el jardín que planté; voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos, porque mi derecho es imprescriptible, privativo a todo».

Pero, ¿por qué se había puesto a releer aquello, en alta voz, a aquellos hombres ajenos? «Ustedes excúsenme, tengo que irme». Regresaba a la realidad con dificultad. «Gracias, muchas gracias». Ahora lo saludaban de otra manera.

Bajó la escalera y se dirigió de prisa hacia la casa. Dos o tres veces se detuvo para sacar del bolsillo el papel y releer pedazos. «Ese Simón». No podían sospechar aquellos seres con los que se cruzaba en su camino quién era aquel hombre gris que pasaba ante ellos. No podían saber lo que había escrito de él aquel personaje increíble, el general en jefe, el presidente, el Libertador, el hombre que mandaba desde el Orinoco y el Caribe hasta la Sierra del Perú, todas las sabanas, todas las costas, todas las montañas, desde Lima hasta los caseríos de los páramos y las rancherías de los pescadores de Araya.

La mujer lo vio llegar transfigurado. «¿Qué pasa?» Sonreía complacido y no con aquella mueca de sarcasmo. «Oye esto».

Leyó interrumpiéndose. «Pero esto es maravilloso». Exclamaba a cada momento la francesa. «Ahora te das cuenta de por qué he venido». «Me ofrece este nuevo mundo casi como me regalaba un abrigo en París». «Oye esto». «Mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más corona la frente de la erguida cabeza de Colombia. Yo desespero por saber qué designios, qué destino tiene usted, sobre todo mi impaciencia es moral no pudiendo estrecharle en mis brazos; ya que no puedo yo volar hacia usted hágalo usted hacia mí; no perderá usted nada; contemplará usted con encanto la inmensa patria que tiene, labrada en la rota del

despotismo por el buril victorioso de los libertadores, de los hermanos de usted».

«Todo va a cambiar ahora para nosotros», decía la mujer, con arrobamiento. «El que no cambia es él. Me parece oírlo cuando leíamos a Rousseau a la vista del paisaje de los Alpes. Con qué emoción habla de la naturaleza tropical, como si fuera necesario tentarme». «No, no se saciará la vista de usted delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga usted al Chimborazo; profano usted con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del universo nuevo. Desde tan alto tenderá usted la vista; y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: dos eternidades me contemplan: la pasada y la que viene; y este trono de la naturaleza, idéntico a su autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el padre del universo».

«Tiene razón. Tiene razón de sobra. Lo que se les ha ofrecido a los hombres aquí por siglos es la oportunidad desdeñada de crear un nuevo mundo. No una imitación de la Europa enferma sino un nuevo comienzo de la humanidad. Lo que tantos y tantos han soñado es lo que ahora dice Simón, pero con todo el poder para hacerlo. Oye». «¿Dónde, dónde, pues, podrá usted decir otro tanto tan erguidamente? Amigo de la naturaleza, venga usted a preguntarle su edad, su vida y su esencia primitiva; usted no ha visto en ese mundo caduco más que las reliquias y los deshechos de la próvida madre, allá está encorvada con el peso de los años, de las enfermedades y del hálito pestífero de los hombres; aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del creador. No, el tacto profano del hombre todavía no ha marchitado sus divinos atractivos, sus gracias maravillosas, sus virtudes intactas».

Era lo que el jesuita de Bolonia les había confiado en aquellas confidencias dolorosas. La posibilidad de crear una nueva oportunidad para el hombre que se había perdido.

Ahora Simón, a la cabeza de ejércitos, de congresos, de millones de hombres, de un continente entero, podía y quería volver a intentarlo.

No era simplemente quitar los virreyes de Fernando, los panzudos intendentes, los sordos oidores, los frailes corrompidos, para poner otros hombres semejantes con títulos distintos, con colores diferentes sino cambiar todo el viejo orden fracasado mil veces.

Sintió el sollozo de la mujer. «Así es de absurda la condición humana, lloramos de alegría».

«Presente usted esta carta al vicepresidente, pídale usted dinero de mi parte y venga usted a encontrarme».

Oía a la mujer hablar a solas, deshacerse en exclamaciones de alegría. «Ahora sí. Esto has debido hacerlo hace tiempo». «Nos debemos ir ya. No puedes perder un momento».

Hasta que se dio cuenta de que él estaba callado y que sentado en una silla, con la carta en la mano, parecía no oírla. Cortó su parlería y su agitación dichosa.

«No, no voy a salir ahora de estampida, como un loco. Tengo aquí un proyecto en marcha. Tengo que realizarlo para que todos puedan ver lo que significa. Después sí. Iré a encontrar a Simón. O lo esperaré aquí para mostrarle lo que he hecho, lo que soy capaz de hacer. Le voy a escribir».

Nada replicó la mujer. Era una sensación de ahogo lo que sentía. Aquel hombre impasible no la iba a oír. Lo que le quedaba ahora era el caserón del viejo hospicio, el puñado de arrapiezos alborotados y sucios, recogidos en los barrios, y la cuenta, a la luz de la vela en la noche, de los pesos que faltaban.



«Me están matando con cuchillo de palo». No acababan de darle los medios para poner a funcionar la escuela-taller. Todo se iba en promesas y largas.

El infierno grande de los pueblos pequeños lo cercaba. Adivinaba lo que significaban aquellas sonrisas de fingida comprensión. «Todo toma su tiempo, don Simón. Hay que tener paciencia».

«Si regresara Bolívar todo se arreglaría». Pero aquel hombre alumbrado andaba perdido por el sur. Más allá de Guayaquil, por la sierra del Perú, combatiendo, dictando decretos y enviando mensajes desesperados a Bogotá para que le mandaran refuerzos.

Llegaban, a la puerta del viejo hospicio, enruanados, temerosos, niños en tropa que le traían de los vecindarios. Cómo si él pudiera recibir y alojar a todos. Para que luego dijeran que los ponía a trabajar para su provecho, que los explotaba y los corrompía. Hubiera tenido que ponerse con ellos a rezar el rosario todo el día para que no hablaran.

Desde el patio mismo de la escuela salía el cuchicheo. Niños y niñas juntos, quién ha visto. No hay clase de religión. «Yo no voy a poner a mi hijo en una escuela para que lo enseñen a artesano».

¿Qué clase de maestro podía ser aquel hombre estrafalario, que decía irreverencias, que soltaba tacos y que vivía escandalosamente amancebado con una extranjera?

Pasaban los meses. Ya había cumplido un año de andar y volver por las calles empedradas y neblinosas de Santa Fe.

El efecto de la carta de Bolívar se fue perdiendo. «El Libertador es impulsivo. Cada día se le ocurren mil cosas. Luego las olvida con las otras mil que se le ocurren al día siguiente». Decían los altos funcionarios de las secretarías y las covachuelas.

«Nadie está interesado en esto que yo propongo». Le decía a Peña y a los pocos amigos a quienes se confiaba. «Un hombre como yo estorba. Aquí lo que quieren es que los dejen tranquilos con su prebenda, con su sueldo, con su cargo pomposo, sus indios sumisos y que no les vengan a complicar la vida. Bolívar los importuna. No se queda tranquilo como ellos. No se dedica a manejar sus haciendas

de San Mateo y a dejarlos en paz con sus gobernaciones, sus alcaldías, sus bastones de mando y sus Te Deums».

«No es para esto que he venido». La francesa destilaba sus licores y salía a ofrecerlos, mientras él pasaba lo más del día en las salas destartaladas del hospicio. «Saben ustedes lo que es la escritura. Es la pintura del pensamiento». Trazaba círculos perfectos en el pizarrón.

Hubo un revuelo entre los muchachos. Había entrado un apuesto militar con brillante uniforme. «Soy el coronel Diego Ibarra, edecán de su excelencia el Libertador».

Se colocó los anteojos sobre la frente y lo contempló con curiosidad. Los niños los rodearon.

Ibarra acababa de llegar del Perú. «El Libertador lo espera con impaciencia. Acabo de traer un mensaje para el vicepresidente en que le pide que le facilite a usted todo lo necesario para que pueda ir a reunírsele».

Le recordó la carta que le había enviado cuatro meses antes. «Yo le serví de amanuense». Había estado dictando comunicaciones y oficios. Ordenando providencias, disponiendo movimientos de tropas, impetrando nuevamente al vicepresidente Santander el envío de hombres. «Estaba enfermo y no se sentía bien». En la apartada ciudad de la sierra, demacrado por el malestar, disgustado con la marcha de los acontecimientos. «Dejemos eso. Ahora voy a dictarle otra cosa». Se levantó de la hamaca, en la que había permanecido reclinado. Se paseó por la estrecha habitación, con un dedo, sobre la boca y la otra mano agarrando la solapa. Le cambió la expresión. «Fue esa carta maravillosa que usted recibió. Me costaba trabajo seguirlo, pues todo lo decía con prisa y con emoción. No se imagina usted lo que el Libertador lo aprecia. No es solo lo que dice en esa carta sino lo que nos habló ese día a todos los que estábamos allí». Ibarra escrutaba con curiosidad aquella cara redonda, entre bonachona y burlona, la alta frente calva, aquellos cabellos grises revueltos, aquellos ojos penetrantes, aquel gesto de vaga sonrisa o de mueca irónica.

«Simón es así». El edecán pestañeó ante el inusitado tratamiento. Tenía que ser aquel viejo extravagante quien se pudiera atrever a nombrar así a su excelencia.

«Lo está esperando a usted. Le ha escrito conmigo al vicepresidente. Debe usted irse lo más pronto posible».

Las cosas que le contó Ibarra parecían increíbles. Los combates, las marchas, las entradas triunfales a las ciudades remotas del mar y de la sierra. Todo el espeso tejido de la intriga política desde Lima a Quito, y a Chile y al Cuzco. Aquel pernil de tierra, rodeado de azul, que representaba a la América del Sur en el mapa de la pared del aula se transformaba ahora en un hervidero de nombres y de referencias. Desde lo oscuro de las cordilleras hasta los desiertos de la costa. Aquellos puntos mínimos eran ciudades y puertos, con batallones, asambleas, cabildos, desfiles de procesiones, a los que llegaba, de los que acababa de salir, o donde se comentaban los hechos de Bolívar y sus hombres. El mapa se llenaba de Bolívar.

¿Por qué quedarse más en Bogotá? Mal visto, mal tratado. Rodeado de la intriga, a la que no quería asociarse, y de la malquerencia que lo asediaba. Extravagante, loco, amigo de extranjeros, socio de masones, descreído, hereje, ateo, con la cabeza llena de peligrosos disparates. ¿Quién podía creer en él?

Le tomó algunos días de indecisión y vagabundeo llegar a la resolución. «No me quiero ir como un fracasado, Peña. No quiero llegar ante el Libertador con las manos vacías,» Peña le porfiaba. «Lo que ha pasado aquí no es culpa suya. Yo le escribiré al Libertador. Le voy a decir todo el bien que pienso de usted. Sería un verdadero crimen desaprovecharlo. Vaya a ver a Santander y arregle su viaje».

Consultó con la mujer, sacó cuentas, hizo planes. En el año largo de Bogotá, como en todas partes, se había llenado de cachivaches y de deudas. Ciento veinte pesos de esto, cincuenta pesos de aquello. Cuentas de pulpero, de casero, de frijoles para la comida y de velas de sebo para alumbrar la noche. La francesa estaba encantada con la nueva. Se iba a

reír Simón cuando lo viera llegar con aquella mujer extraña. Como se reía en París de algunas de aquellas otras que lo acompañaban a mal vivir. «Hombre de mala vida». Si no hubiera sido por esas pobres mujeres, aniñadas y trabajadoras, hubiera sido mucho peor su vida. Hubiera tenido, para darle gusto a los murmuradores, que quedarse en Caracas con María Ronco. Allá estará todavía, más vieja, más tonta, más metida en su rutina de plancha, cocina y convento.

El vicepresidente Santander lo recibió entre dos apremios. Con su lejana actitud y su voz seca. «Yo lamento muy de veras que lo suyo no haya tenido todo el buen suceso que merecía». ¿Qué era lo suyo? Acaso lo sabía el desdeñoso funcionario. «Vamos a ver si con su excelencia, el presidente tengo mejor suerte». Allí perdió su tono indiferente el alto funcionario. No era buen momento para ir al sur. Las cosas andaban enredadas por allá. El Libertador, con su excesiva generosidad y su optimismo incurable, se había metido en camisa de once varas. «Y nos ha metido a todos». La reciente República de Colombia estaba pobre y exhausta por tanta guerra. Lo que necesitaba ahora era paz, ponerse a remendar la casa y a sembrar el huerto. ¿Para qué meterse en aquel embrollo de la guerra del Perú? «No tenemos hombres ni recursos para eso». Bolívar pedía más reclutas y más dinero todos los días. Como si esto fuera el tesoro de Midas. «Ya no tenemos de donde sacar ni un peso más ni un hombre». Lo del sur era para los del sur, para los peruanos, los chilenos y los platenses. «¿Qué tenemos nosotros que hacer allá?» «Además, en cualquier momento, le pueden infligir una derrota seria con las más graves consecuencias para estos países». Había disgusto en la opinión. Era de temer que en cualquier momento el Congreso le revocara al Libertador la autorización que con dificultad le había dado, para actuar en el sur. Tendría entonces que regresarse. «A pesar de todo será, tal vez, mejor».

«Por todo lo que usted me dice, excelencia, comprendo que no es el mejor momento para irme, pero tengo que

hacerlo. Yo no he venido a otra cosa sino a reunirme con el Libertador y a ponerme a sus órdenes para ayudarlo en lo que yo sé y puedo hacer para ayudarlo». El alto magistrado hizo cara mohína ante la frase jactanciosa. «Haremos lo necesario para que pueda hacer el viaje».

Comisario de Guerra de un batallón que iba a salir para Guayaquil. Eso fue lo que al final le ofrecieron. La tropa embarcaría en julio, en Cartagena, para Panamá. «Véame usted ahora convertido en comisario bizcochero», le dijo acremente a Peña. Parecía una burla. «Es una burla, mi amigo Peña. Ha podido despacharme de otro modo más digno el vicepresidente, con tantas y tantas recomendaciones de Bolívar. Pero ahora me van a enviar con tropas, en un viaje inacabable, haciendo lo que no sé, ni me gusta, ni me interesa. No se ha tenido ninguna consideración».

Habló con el general Valero, que iba a ser el comandante de la expedición. Lo trató con benevolencia y le prometió su simpatía y ayuda. «Sí, podía llevar a su esposa con él». No era lo reglamentario pero se permitía en casos excepcionales. «No se preocupe. Todo se arreglará».

Fue llenando cajones con libros, con instrumentos, con mapas, con cuadernos y pizarras. Todos los restos del desmantelado proyecto de la escuela-taller. Le pidió a Peña un préstamo en dinero.

«Al llegar a Lima lo primero que hago es reembolsárselo». Le dejó, además, en custodia todos aquellos cajones. Vendieron las botellas que le quedaban a la francesa y en la penumbra de una madrugada de julio dejaron la ciudad que comenzaba a despertar, atravesaron la sabana y comenzaron el descenso hacia el Magdalena.



Ahora era él quien iba a morirse en aquella balsa desamparada. Tendido en la cubierta, bajo el toldo, entre-

viendo a lo lejos las sierras de la costa. «Es el mismo viaje», pensaba. La balsa en que había bajado el Magdalena no era muy diferente. Los indios palanqueros se parecían. Los palanqueros empujaban para ayudar la corriente perezosa del agua dormida que se extendía hasta perderse en las orillas, entre los troncos secos, los caimanes dormidos, los yerbazales y aquel espacio abierto de nubes sin fondo.

Iba entonces a Cartagena, río abajo, en busca de las naves para embarcar con la tropa al encuentro de Bolívar. Al fin. Todo el tiempo de Bogotá había sido perdido.

Arriba en la cordillera había quedado la villa brumosa con sus zaguanes y sus antesalas de espera sin término. Eran lentas aquellas balsas. Pasaban los días y apenas había cambiado el paisaje. Los contados pueblos que iban apareciendo en la barranca se parecían todos. Un caserío alineado sobre la orilla, un embarcadero con curiaras amarradas, hombres en cuclillas mirando con desgano y ladridos de perros,

«Pero el que se está muriendo ahora soy yo». Le hablaban pero no quería ni entender ni responder. Esas palabras confusas y repetidas que se le dicen a los enfermos. «¿Cómo se siente?» «¿Quiere tomar algo?» Mientras lo mueven, lo cubren, lo vuelven, lo doblan. Agradecer sin hablar, mover la cabeza, esbozar una sonrisa, buscar torpemente con la mano los anteojos, perdidos en los pliegues de la manta.

En el Magdalena era él quien se acercaba a la pobre mujer sacudida por la fiebre. Al segundo día de navegación comenzó a sentir el malestar. Después empezó la fiebre y después el delirio. A veces no lo reconocía. Le hablaba en francés. Se refería a gentes y cosas de cuando estaban en París. El diálogo ininteligible se perdía entre las cabezas curiosas de los que se acercaban a aconsejar bebedizos, a proponer ensalmos. Le fueron cubriendo la frente con hojas verdes, le rodearon el cuello de escapularios y amuletos. Algunas mujeres rezaban cerca en voz demasiado alta. «¿Qué dicen?», preguntaba la enferma.

Se pensó en la necesidad de desembarcarla. En el primer villorrio de la ribera los dejó la balsa. La bajaron en una hamaca colgada de un palo que llevaban dos indios bamboleantes. Los recibieron en un caserón de adobes de dos corredores. Comenzó a llover. La mujer empeoraba rápidamente. Casi no podía tragar. Se torcía en unas bascas dolorosas y vomitaba una babasa de bilis negra. Se murió antes de que terminara la lluvia. Bajo el aguacero la enterraron. La fosa estaba medio llena de agua pantanosa. Taparon y pusieron una cruz de madera, sin nombre.

Llegó a Cartagena aturdido. Ahora no venía del mar y de las ciudades de Europa. Llegaba de tierra adentro, llegaba solo, era como si hubiera pasado toda una vida en aquellos meses alucinados de la alta meseta.

Pasó los días del puerto en recibir y embarcar barriles, cajas, sacos de maíz y de harina, salazones de carne y pescado, rollos de tela de uniforme, ristras de zapatos, gorras de todos los colores. Informaba y recibía órdenes del general Valero. Un español cortés y bien puesto que, a ratos, se divertía usando de su habilidad de ventrílocuo. Hasta que al fin los batallones, las cajas, los caballos, toda aquella gente revuelta se metió en los barcos y zarparon hacia el mar.

Como si fuera la primera vez, como si no hubiera tocado nunca antes en Cartagena, como si todo lo de antes se hubiera borrado. Los años, las mujeres, las ciudades. María Ronco que lo desaguardaba desde hacía una vida en Caracas, la francesa enterrada en un pueblo del Magdalena, ahora reducido a anotar las listas diarias del Comisariato, a poner en claro las cuentas, a pelear y acusar las raterías de harina o de tela, los hurtos, las sisas, a oír los reclamos y las protestas, a mirar las caras avinagradas de los oficiales, solo en un rincón de la cabina, con aquellas cajas de papeles que era todo lo suyo. Las mismas que ahora veía sobre la cubierta de la balsa. Sobre una de ellas Cocho se había sentado con sus sucias posaderas, como en un cajón de retrete.

¿Donde habrá ido a dar Valero? Muerto estará como todos. Olvidado de aquellos tiempos y de aquellas andanzas. Sólo él seguía en el viaje sin parada que había comenzado ¿cuándo? y que no iba a terminar más nunca.

Cuando podía se metía en la cámara del comandante y se ponía a hablar con el general Valero. En los largos días azules de la travesía del Caribe. A hablar de cuentas, de calzones rotos y de galletas. «No se olvide usted que soy comisario galletero». Para concluir hablando de lo otro. Del destino de América, de la empresa imposible de Bolívar, de aquel empeño porque las cosas no fueran lo que fatalmente eran.

¿De qué hablaba con Valero? De lo único que había hablado toda la vida, de lo que se podía hacer con los niños para que el mundo fuera al fin distinto.

Cuando Valero estaba de buen humor se ponía a hacer sonar aquellas voces inesperadas que brotaban de los rincones. Chillonas o graves, gallegas o andaluzadas, que parecían llamarlo o interpelarlo desde algún eco de la cámara vacía. Voces que brotaban de arriba o de abajo, como de ausentes, de escondidos o de muertos.

Valero reía a carcajadas de su sorpresa. De su invariable reacción de extrañeza frente a aquella otra voz que de pronto lo llamaba, como si hablara con sombras.

Como ahora también iba y venía en el recuerdo final, semidespierto, semisoñando, su propia voz de otros tiempos. Como si le regresara por pedazos lo que había sido en tantos años en tan diversos lugares. Los ecos milagrosos de lo perdido y olvidado que lo rodeaban como otro enjambre de insectos sobre la paneta donde estaba echado, animal herido, en espera del fin. Su propia voz, sólo por él oída, que se alejaba, o se acercaba y cambiaba de tono y de timbre. La que le oían los remotos confidentes de Caracas, la que lo acompañó en Filadelfia, la de sus primeras vacilaciones en inglés, la de la escuela de Bayona, la de discutir con fray Servando, la que le oyó con Bolívar en la tarde de Roma. Eran infinitas voces de una legión de hombres. Pero siempre

era la suya. Hasta aquella de ahora con que llamaba a Gocho, entre el ruido del mar. Voz de viejo, cascada, seca, tosida. «No te sientes allí». No sobre la caja de los papeles, no sobre aquel rescoldo de incendio, no sobre aquel eco de lo más viviente de todo lo que él había vivido.

Estuvo a punto de perderla en Panamá. Tantas otras veces estuvo también a punto de perderla. Tal vez se perdería definitivamente ahora. Cuando se perdiera él. Venían los botes con los cargadores negros a descargar las fragatas y los bergantines mar afuera. Amontonaban fardos y bultos hasta que casi desaparecía el bote en el agua. «Cuidado», gritaba desde la amura su todavía vigorosa voz de comisario. Encima de la pirámide arruinada iban sus cajas bamboleantes. Él las seguía con la vista desde la falúa de los oficiales. Al llegar a la rompiente uno de los negros se echó una caja a la cabeza y se lanzó al agua en busca de la orilla. «¡Cuidado!» «No *hay cuío*, mi amo, yo le repono a sumercé». Así eran los hombres. Con qué iba a responder si todo lo que tenía era una camisa escondida bajo una piedra en la orilla del río.

Nunca había marchado con tropas. Recuas, batallones entre el polvo, cargas caídas, carretas volcadas, galopes de ayudantes, gritos, maldiciones por aquellos caminos del istmo. Y él, comisario bizcochero, en su mula, oyendo reclamos, perdido en informes confusos, lleno de ahogada indignación. «Hacerme esto a mí». Aquellas columnas de números tan espesas y confusas como las de los soldados. Aquellos signos de pesos, aquellos vienen y van que abrían y cerraban las hojas de contabilidad.

Hasta que apareció el Pacífico. Nadie compartió su emoción. Aquel era el mar del otro mundo. El mar de la India y de la China. El océano de nunca acabar. Mojó la mano en el agua con un gesto casi religioso. Atrás y perdidos quedaban el Caribe, y el Atlántico, y el Mediterráneo y el Báltico. Ahora era aquel mar del último mundo. Que iba a ser el de todo el resto de su vida.

Pero en aquella hora no era sino el mar que lo acercaba a Bolívar.

Como si todo lo que había andado y padecido en tantos viajes y mudanzas no tuviera otro objeto que ponerlo allí en aquella víspera de encuentro.

¿Cuántos años tenía? Ahora en la vejez y la enfermedad se le enredaban las fechas. Las fechas y las fachas. Se le escapaban nombres, se le confundían lugares. Fue el año Noventa y ocho, fue el dieciséis, fue el veintiuno. ¿Cómo se llamaba? Cómo lo había engañado el tiempo, cómo había jugado con él sin tregua. Cómo seguía jugando ahora en aquella balsa que parecía que no iba a llegar nunca a ninguna parte.

Todos los años de Caracas y todos los de Europa y aquella larga espera de amarguras de Santa Fe, se convertían en una víspera. La víspera del nuevo, del grande, del definitivo encuentro con Simón. Había habido que esperar un cuarto de siglo, había tenido que recorrer medio mundo, había tenido que llegar hasta el Pacífico, pero ahora por fin iba a encontrar a Simón. El tercero, el final, el definitivo encuentro.

Todo, al fin, iba a ser distinto. No más esperas, no más antesalas de ministriles, no más oídos sordos y sonrisas desdeñosas. Con Bolívar se iba a entender en una palabra, y todo se iba a arreglar con una orden. La larga espera llegaba a su término.

Fue cuando más le tardaron los días, cuando más lentos se le hicieron los barcos. Todo era difícil y se complicaba.

«El Libertador debe estar impaciente esperando estos refuerzos, general Valero. Los necesita para la campaña del Perú». Valero asentía, señalaba fechas, pero siempre faltaba algo, tardaban en llegar fusiles, cuñetes de pólvora, cajas de clavos para herraduras. «Tienen que ser de hierro dulce de Vizcaya». La fiebre atacaba destacamentos enteros. Los correos no llegaban. Hasta que salieron con mucho clarín y mucha bandera para Guayaquil.

Ya estaba en su mar final y no lo sabía. No iba a conocer otro por años y por décadas. Ahora mismo, en aquella pesadumbre de muerte, flotaba sobre él.

«Voy a salir de todo esto.» Parecía mentira. El general Valero sonreía de verlo tan lleno de impaciencia y alegría.

«Y estuve a punto de no llegarlo a ver», murmura el viejo sobre la paneta cabeceante del último viaje. Se desató la tormenta. ¿Quién tendría la ocurrencia de llamar pacífico aquel océano terrible? Brotó del mar otra cordillera que se hacía y deshacía en moles inmensas de agua y que ponía a crujir, saltar y resonar los barcos. Los diecisiete barcos dispersos, apareciendo y desapareciendo en las cumbres y los precipicios del oleaje desatado. El pavor y la náusea lo cubrían de sudor frío. Zarandeado, lanzado en saltos y caídas, tirado al suelo, arrastrado y golpeado contra las tablas, oía el bramido de la tempestad y aquellos gritos de Dios y de todos los Santos que lanzaban los soldados desde la sentina.

Fue a Guayaquil que vino a dar. Quién le hubiera dicho que iba a volver después tantas veces. Por el río, por el mar, bajando de la sierra en resbalones de mula, atravesando los pantanos de la costa. Hasta esta salida en la balsa que debía ser la última. En Guayaquil había entrado para la esperanza. De allí salía ahora, ¿para dónde? Para terminar aquel viaje que había estado haciendo por años sin cuenta y por caminos sin llegadero.

Pero todavía no alcanzaba a Bolívar. Lo separaban de él semanas de mar o de sierra. La posible salida de un convoy para el sur, la marcha de algún regimiento para la cordillera.

En Guayaquil tuvo con quien hablar. El general Paz del Castillo. «Juancho, que alegría volver a verte. Soy un náufrago. Un náufrago del mar, o casi, y uno ciertamente de la vida. Hasta aquí me ha traído la tormenta». Era su antiguo discípulo de la escuela de Caracas aquel militar sonriente que lo apretaba entre sus brazos. «No se preocupe, don Simón, que todo se va a arreglar». «Todo lo que necesito es que me hagas llegar lo más pronto adonde está el Libertador».

¿Dónde estaba el Libertador? Paz del Castillo le hablaba de las inmensas dificultades que Bolívar había hallado en aquella campaña. En la casa de Guayaquil donde estaba el comando. Una de aquellas casas de la calle ancha frente a la plaza. «Le han hecho toda clase de canalladas. El Gobierno de Bogotá le ha quitado la autorización para mandar el ejército. ¡Qué desvergüenza! Ha tenido que encargar a Sucre. Están ciegos. Ahora debe estar en Lima o cerca de Lima». Sucre conducía el ejército por los altos valles de la sierra en la víspera sin tregua del encuentro definitivo con las fuerzas del virrey. «Pues yo me iré a Lima a estar con Simón». Había dicho Simón, se le había escapado. «Con el Libertador».

En un mapa el general le explicaba la campaña. Nombres de ventisqueros y de cumbres, de caseríos de la puna, de viejas memorias de la conquista. Cajamarca, Cuzco, Puno. Le hablaba de los millares de soldados que convergían hacia el encuentro definitivo. Los nombres de los batallones y de los jefes. Dos mil hombres por aquí, cinco mil por allá, dos divisiones a la retaguardia. La batalla debe producirse en cualquier momento. «¿Y ese Sucre?» Era un buen general, le decían. Muy joven pero muy capaz. Cómo sería la angustia de Simón ahora, esperando, desde lejos, el resultado de aquella lucha en que estaba en juego todo lo que había hecho hasta entonces.

Podía ocurrir la catástrofe. Sucre derrotado. Habría que replegarse, regresar hacia Guayaquil, hacia Pasto, pasar a la defensiva, llevar de nuevo la guerra a la Nueva Granada y a Venezuela.

«Yo aquí de comisario de tropa y usted, general, con varios batallones sin hacer nada». No llegaban noticias sino de marchas, de escaramuzas en los pueblos de la sierra. Circulaban muchos rumores. Se hablaba de combates que no habían ocurrido, de derrotas falsas. Alguien decía que el virrey estaba victorioso y que marchaba sobre Lima.

En Lima estaba Bolívar. Allí le escribió anunciándole su llegada a Guayaquil. Fueron días de pesada espera. Había angustia.

Hasta aquella mañana de diciembre en que llegó la noticia extraordinaria. El ejército del virrey había sido desbaratado en la cumbre de los Andes, cerca del pueblo de Quínua, en un lugar llamado Ayacucho. Sucre había recibido la rendición de catorce generales. Todo el Perú quedaba libre. Era el fin de aquella larga y terrible guerra. «¿Cómo estará Simón con esto?» Era el cumplimiento final de aquel loco juramento de Roma.

Todo estaba ahora en manos de Simón. Todo volvía a ser posible. Su mando y su autoridad dominaban ahora el continente entero. Donde estuvieron los virreyes, los gobernadores y los capitanes generales, no había ahora sino él. Su voz de mando iba desde Caracas hasta el Cuzco. Hasta más allá. No hay fuerza que pueda oponérsele desde Panamá hasta la Tierra del Fuego. Es ahora cuando podrían realizarse los más audaces proyectos.

Valía la pena la espera para llegar a esto. «Ustedes, verán ahora todo lo que se va a poder hacer». Lo repetía a aquellos rostros risueños, a aquellas voces de parabién, a aquellos abrazos y vivas que brotaban en cada encuentro.

«Es ahora cuando esto va a empezar verdaderamente,» El viejo enfermo sobre la cubierta de la balsa hizo un gesto de dolor. «¿Qué le pasa?» «Nada. Es ahora cuando todo va a terminar».

Estaba frente a la fachada gris de la Quinta Magdalena, desbordada por las frondas del parque. Centinelas rígidos en las puertas, en las garitas, en los cantones. Ir y venir de atareados mensajeros. Se detuvo inmutado.

Durante el corto trecho desde Lima se incorporó a un grupo de jinetes que iban con el mismo rumbo. Casi no habló. Acababa de llegar a la ciudad y se apresuró a seguir a la quinta de veraneo donde estaba el Libertador.

No se anunció, ni previno a nadie. Iba ensimismado en el camino pensando en aquel encuentro deseado y temido. Infinitas veces lo había imaginado y cada vez de un modo distinto. ¿A quién iba a hallar? Ya Bolívar no podía ser el mismo que él había conocido y tratado tanto. Hecho al mando, deformado por el poder supremo, habituado a la sumisión, a la obediencia ciega, rodeado de cortesanías y halagos, separado de los demás por estrados, doseles, bastones de mando, jerarquías y honores. El general en Jefe, el presidente de Colombia, el dictador del Perú, el Libertador. ¿Qué podía quedar de Simón?

Al oficial de ordenanza que vino a la puerta le explicó, con inoportuna torpeza: «Su excelencia sabe quién soy yo y me espera. Hágale saber que aquí está Simón Rodríguez, o mejor Samuel Róbinson». Lo miró con extrañeza, pareció vacilar, pero luego lo hizo pasar a una sala de espera y se metió al interior.

Quedó solo entre sillones vacíos. Un virrey y un obispo lo escrutaban fijamente desde los marcos dorados de sus retratos. A lo mejor lo iban a dejar allí por horas, o le anunciarían que su excelencia estaba muy ocupado ese día y que volviera más adelante. Y, sin embargo, allí mismo, cerca, debía estar Simón con sus generales, sus ministros y sus cortesanos.

Más pronto de lo que él pensaba se presentó un oficial de alta graduación, finos modales y ligero acento inglés: «Soy el coronel O'Leary, edecán de su excelencia. Está todavía a la mesa pero le acaban de anunciar su llegada y lo va a ver de inmediato». Empezaron una conversación banal de naderías ocasionales. Llegaban voces y ecos del interior de la casa. Aguzaba el oído para tratar de distinguir entre las voces aquella voz. Hasta que oyó aquel paso menudo y firme que se acercaba. Impulsivamente se puso de pie. Apareció en el marco de la puerta la figura inconfundible, le hablaba, le tendía los brazos. Era él. Se le aguaron los ojos y vio turbio.

«Mi maestro, mi Sócrates, mi don Simón. Venga a mis brazos». Lo sintió tan menudo y vigoroso como antes. La voz era ahora un poco más metálica, un algo más seca, con el mismo flujo rápido. «Déjeme verlo. Está usted igual. No le han pasado los años». Lo podía ver ahora. La casaca azul bordada de oro, las charreteras resplandecientes, los pantalones blancos en las botas negras. La frente más alta, la cara marcada, algunas canas, pero el gesto y los ojos eran los mismos. La voz se le anudó en la garganta. Como si fuera a gritar o a llorar. Iba a decir Simón, excelencia, presidente. Iba a abrazarlo de nuevo. Lo que había buscado por medio mundo y media vida estaba ahora allí. Lo que había soñado e imaginado podía realizarse ahora. Allí estaba Simón, la fuerza, el poder mágico, el don prodigioso de convertir en realidad lo que antes no era sino difícil esperanza.

Se acercaban generales y magistrados. El Libertador lo presentaba. Oía a medias, en su desazón, aquellos elogios desatados. «Es mi maestro, mi compañero de viajes. Un genio. Un portento de gracia. Todo lo que les diga es poco. Estoy feliz de que haya llegado. Vamos a poder hacer grandes cosas. Hasta me puede ayudar a escribir mis memorias». «Me ha hecho usted feliz, mi amigo».

Qué podía él decir sino expresiones banales, sus agrias sonrisas, sus frases desacordadas con el ambiente. «El cariño hace exagerar a Simón, perdón, al general, a su excelencia».

Regresaron al comedor donde terminaba la comida. Aquellos caballeros desconocidos le hacían preguntas. Contestaba evasivamente. No se apartaban sus ojos de Bolívar. Lo veía en una doble imagen continua. El mozo de París asomaba a ratos en la cara del general-presidente y hasta algo del muchacho de Caracas. Todo lo que había pasado en el largo tiempo y tantos hechos no eran sino el preparativo de aquel encuentro. Era para eso y nada más que se habían desarrollado y cruzado sus dos vidas y que tan tremendos sucesos habían ocurrido en dos continentes. Para volver a hallar a Simón, allí, ahora en la cúspide del

poder y de la gloria y emprender juntos la realización de la obra teogónica de hacer el Nuevo Mundo.

«Ya la tarea está cumplida con Ayacucho. Ya está libre la América y ha llegado el tiempo de que yo me aparte y realice mi viejo deseo de dejar el mando. Hace catorce años que llevo esta terrible carga encima. Lo que viene ahora es la lucha política, la pugna de ambiciones, las mezquindades y los partidos de los que nada hicieron por la independencia. Ya mi papel ha concluido».

Por encima de las protestas aparatosas o banales de los contertulios se alzó su dura voz sin matices, sin tratamientos de jerarquía. «Yo no he venido a la América porque nací en ella, sino porque tratan sus habitantes ahora de una cosa que me agrada, y me agrada porque es buena, porque el lugar es propio para la conferencia y para los ensayos y porque es usted quien ha suscitado y sostiene la idea. Cómo puede usted pensar en irse ahora, como si el asunto estuviera concluido. Si es el asunto de la independencia me tranquilizo porque falta mucho para darlo por concluido. Y no sé que otros asuntos tenga Bolívar en el mundo. Él sabe que cuando los muchachos quieren deshacerse de un compañero que no pueden echar afuera por órdenes, toman el partido de molestarlo para que se fastidie y se vaya y para más apurar la mofa, le ruegan. Usted sabe todo lo que yo podría decirle sobre esto. Solo estando loco caería en esa contradicción y en ese caso debería encerrársele…» Hubo un silencio de sorpresa en los presentes. La áspera voz continuó: «Pero encerrarlo en Colombia, porque, y no me engaño, para apaciguar el tumulto los hombres de juicio tendrían que sacar al loco, así como los tontos sacan a la Copacabana para que llueva o no llueva. Es ahora cuando hay que hacer. Es ahora cuando empieza verdaderamente la gran obra. Si usted se marchara ahora, en el momento preciso en que empieza la tarea inmensa de crear las nuevas naciones para la libertad cometería la más espantosa inconsecuencia y el peor error. El compromiso con su obra no lo deja irse».

Eran palabras detonantes que abrían silencios tensos. Se cruzaban miradas de sorpresa. Bolívar lo oía con una expresión risueña y traviesa. No había cambiado el viejo. Era el mismo hombre afirmativo y resuelto, franco y directo que él había conocido desde la niñez. «Es usted quien tiene la razón. Yo lo sé. Pero yo también tengo las mías. Tantos años de guerra y de lucha cansan y gastan. Ya no hay derecho de pedirme más». «Pero es ahora, precisamente, cuando todo se va a hacer más fácil. Todos los medios y todas las posibilidades están en sus manos. No hay quien pueda oponérsele». «Deje usted que yo dé la espalda y verá, don Simón».

Fueron días del más agitado y sorprendente teatro que hubiera soñado nunca. Alojado en La Magdalena era testigo constante de sucesos inusitados. El ir y venir continuo de grandes personajes. De carrozas de cuatro caballos con aurigas emplumados, lacayos de librea, reverencias y zaguanetes, bajaban erguidos señorones de aire majestuoso. Marqueses, condes, pelucones. Caballeros en espléndidos caballos de paso fino, arreos de plata y seda, quitasol abierto y tropel de servidumbre que desmontaban a la puerta. O las comisiones del Congreso que llegaban de la ciudad en tropel para anunciar acuerdos de la asamblea. Títulos y recompensas para el Libertador, la presidencia, el mando supremo, los dorados bastones de autoridad, las espadas de honor. Un millón de pesos de recompensa para el ejército. Otro millón de pesos para Bolívar. Era Jauja, era la cueva de Plutón con todas las pedrerías y el oro labrado. Bolívar no aceptaba el millón. Bolívar no aceptaba el mando, sino bajo condiciones y limitaciones.

Cuando se incorporaba al séquito que lo acompañaba hasta Lima, era como la visión de un rey de fábula. Las calles cuajadas de gente eran un solo clamor de triunfo. De los balcones de las grandes mansiones colgaban espesas tapicerías de todos los colores. Repicaban las campanas de los templos. La música de las bandas militares se diluía

entre el griterío. Se oían las voces de los comandantes mandando a los regimientos desplegados presentar armas. Cerca, a la cabeza del grupo, iba Bolívar. En un hermoso caballo blanco, con jaeces de seda roja y oro, saludando continuamente con el bicornio en la mano, seguido por el alboroto reluciente de los jinetes de su Estado Mayor. Desmontaba a la puerta del recinto del Congreso y subía con paso rápido las escaleras. ¿Qué iba a decir esta vez? Que no quería mando, que no quería intervención en las cosas peruanas, que su tarea estaba concluida con la victoria militar y que deseaba que se constituyera pronto la junta de Gobierno, para que se encargara del poder en toda la zona que no estaba ahora sometida a operaciones militares. Él marcharía al sur, a completar la pacificación y la organización.

Fueron días de sorprendentes encuentros. Agrios cambios de palabras con señores de la aristocracia. Veían con disgusto y temor todo el ímpetu de reforma a fondo que traía Bolívar. Algunos hablaban con odio de «ese zambo». Más de una vez Rodríguez no pudo contener su indignación. «Es más señor que ustedes. Y era más rico también. Todo lo ha dado y sacrificado para darles patria. Ustedes no son sino las viudas del virrey». Era como una corte real caída en desgracia la que se ocultaba tras las celosías y los amplios patios de servidumbre de aquellas casonas con escudo a la puerta. Pero había el pueblo peruano que era el que gritaba hasta desgañitarse en las calles. Y había también aquellos hombres cultos e iluminados que luchaban junto a Bolívar lealmente por la libertad. Aquel Hipólito Unánue, tan sabio, con quien podía enfrascarse en largas charlas sobre las corrientes del Pacífico, el clima de Lima, la flora de los Andes o las opiniones peregrinas de De Paw sobre la América. O aquel José Sánchez Carrión, tan avanzado en sus ideas, tan dispuesto a la lucha, tan generoso y patriota. Hallaba contertulios para todo. Para hablar de Europa, para discutir sobre los resultados de la Revolución Francesa o

sobre el sistema político de Inglaterra, o para exasperarse criticando las simplezas del método pedagógico de Lancaster. «Sabe usted que Bolívar le ha dado veinte mil pesos para que implante el sistema en Caracas». Lo sabía y no lo entusiasmaba. Eso no es educar sino enseñar a leer malamente. Eso era bueno en Inglaterra para propagar la memorización de la Biblia. En América se necesitaba otra cosa. Pero, en fin, era preferible que le dieran eso a Lancaster para que crearan sus escuelas de enseñanza mutua, a que no hubiera nada. Ahora que había llegado él, Bolívar emprendería un verdadero plan de educación. Original, distinto, concebido para formarle pueblo a la democracia y a la libertad.

En La Magdalena había encontrado a aquella extraña mujer. Ya la conocía de fama. Manuela Sáenz, la querida de Bolívar. La que había abandonado el marido, la situación social y la que sin ninguna reserva se mostraba atrevidamente como su amante. Aparecía en público y escandalizaba a la gente tradicional. En los días de Guayaquil le habían contado las cosas más extraordinarias del carácter de aquella mujer. Había fascinado a Bolívar desde su entrada en Quito. Montaba a caballo como un hombre, fumaba tabaco, era caprichosa y autoritaria. A veces vestía uniforme militar. A veces parecía una gran dama y en otras hablaba y se conducía como una mujer del pueblo. Bailaba con gracia danzas populares.

La había hallado como una fiera enjaulada. Tenía días sin ver a nadie encerrada con una criada negra que llamaba Jonatán. Un día logró hablar con ella. Estaba como a la defensiva. «Señora, quiero decirle, sin propósito de halagarla, que son raras las mujeres de su energía y de su temple». Muy blanca, de cabello negro y ojos muy vivos, estaba en continuo movimiento. Sabía quién era él. «Bolívar me ha hablado mucho de usted. Tampoco los hombres como usted abundan». Luego, bruscamente, pasó a las confidencias, pero en un tono que nada tenía de lastimero,

sino de agresivo. «Ahora quiere Bolívar que yo me vaya. Ahora se va él para el sur a recoger ovaciones y triunfos y que yo regrese a Guayaquil a reunirme con *mister* Thorne». Miró la extrañeza de Rodríguez. «Thorne, el inglés con quien estuve o estoy casada». «Estos mojigatos de Lima le han hecho ver que es escandaloso que yo me muestre en su casa». «Que debemos vencernos nosotros mismos. Ha visto usted, señor Rodríguez, mayor disparate. Que ya que no podemos unirnos legalmente ante los hombres debemos hacer el sacrificio de separarnos. ¡Qué gracioso! ¡Qué fácil! Él seguirá para el sur donde no le faltarán toda clase de descocadas, zorras, tías, busconas, gamberras. Allá se las halla. Y que yo me vuelva, como chica regañada, a la casa del inglés. No señor, no y mil veces no». Era un espectáculo. Hablaba con las manos, con los gestos, con los ojos, con todo el cuerpo en las más inesperadas actitudes, con las randas de la bata al vuelo, las mangas encogidas, los chapines sueltos.

Continuaba la inacabable sarta de fiestas, de espectáculos, de banquetes y de ceremonias. Los alardes de lujo en casas, trajes, caballos y carrozas, se repetían en toda ocasión. Banquetes desmedidos con mesas desbordantes de mariscos del Pacífico, conchas, peces azules y rosados, tiernos ceviches marinados, cazuelas colmadas de espesos «chupes» que eran como una olla de cuerno de la abundancia y las azucaradas invenciones en golosinas de todas las formas y sabores que salían de las manos de las monjas de los innumerables conventos. Cuando no había banquete, ni desfile, ni Te Deum de catedral de canto llano y órgano, ni paseo a caballo, había el teatro o los toros.

Se presentaba la comedia a corral abierto o a sala cerrada, con sus lances de capa y espada, su entremés de risa y sus coplas patrióticas que elogiaban a Bolívar, mientras las cholas bailarinas mostraban las pantorrillas. En el circo de piedra de Acho se corrían toros para las solemnidades. Simón Rodríguez, comentaba que la República nueva era

como el espectáculo de los toros. Salía algún caballero a picar al toro y luego entraban los chulos y diestros de a pie. No eran ni Pepe Hillo, ni Pedro Romero, pero sabían poner banderillas, saltar a la garrocha, dar pases con la capa y la muleta y matar prontamente de una estocada. «Las repúblicas son como toros y los reyes como toreros», apuntaba, entre la rechifla y los gritos del gentío. «Fernando VII es el diestro en la plaza. Las repúblicas matreras están apuntándole la cornada, y él con su capita en la vaina ajustándoles la estocada en la nuca».

La marea de la intriga política rodeaba el palacio de Bolívar. A Rodríguez llegaban las confidencias, las insinuaciones, los halagos. «Haga usted ver estas cosas a su excelencia». Su excelencia se exasperaba a ratos. «Este país está bajo la influencia de un astro intrigador. Los Pizarros y Almagros pelearon, peleó el general La Serna con el virrey Pezuela, peleó Riva Agüero con el Congreso, Torre Tagle con Riva Agüero y por último Olañeta con el virrey». No había acuerdo ni consecuencia. Cada quien tiraba por su lado. Parecía ganarlo el desengaño y el cansancio. «Los redentores y los habladores van a acabar con estos países. Nuestra presencia aquí con este ejército es la única esperanza de orden. Veo la guerra civil y los desórdenes volar por todas partes. La culpa es mía. Yo me he metido a alfarero de repúblicas, oficio de no poco trabajo, pero al mismo tiempo glorioso».

No era él quien iba a discutirle a Bolívar, en aquellos momentos de desánimo y abatimiento, sus opiniones negativas. Él también las compartía. No era fácil la tarea. La de la paz iba a ser más difícil que la de la guerra.

«La verdad es que en nuestra América las repúblicas están establecidas pero no fundadas». Se afirmaba Rodríguez sobre cada palabra como si acabara de descubrirle toda su virtualidad. «Esta independencia que hemos proclamado no es sino un armisticio, una suspensión de armas. Hay que hacer pueblo, hacer dirigentes, formar republicanos sobre

una herencia de despotismo y monarquía. Cómo puede ejercer soberanía el pueblo si no lo hemos preparado. Este soberano ni aprendió a mandar, ni manda y el que manda a su nombre lo gobernará, lo dominará y lo esclavizará. Qué soberanía puede ejercer un pueblo ignorante y pobre. No hay que esperar de los colegios actuales lo que no pueden dar, están haciendo letrados, no esperen ciudadanos. Tenemos que fundar una escuela republicana. ¿Cómo se va a hacer repúblicas sin ciudadanos? En el corto espacio de diez años podríamos tener un pueblo republicano, un pueblo que sabrá lo que es cosa pública y que entenderá a su Gobierno. Enseñen y tendrán quien sepa, eduquen y tendrán quien haga. Enseñar a trabajar, a vivir en sociedad, a producir».

Cambiaba entonces la expresión de Bolívar. «Para eso lo tengo a usted conmigo. Prepare los proyectos y yo le prometo que vamos a realizar esa gran obra».

Se iba luego a su habitación y pasaba días enteros revisando papeles viejos y notas para redactar y darle forma a aquel plan de educación para establecer la república en América.

Fueron tal vez las horas más exaltadas de su vida. Sentía que estaba a su alcance aquella inmensa posibilidad de transformar un mundo. Cuando volvía a las gentes parecía transfigurado.

Todo reflejaba el viejo orden anclado en las almas y en las cosas. Las grandes mansiones de la plaza mayor, con sus labradas celosías saledizas, orgullosas y erguidas como los señorones y las señoronas, bañados de encajes y sedas, rodeados de lacayos y criados, con caballo piafante y carroza dorada, las casas más bajas y parejas de los barrios medios. Gente de covachuela y tienda, de mostrador y bufete, de canónigo de misa y usía de reverencia, y luego las casucas arruinadas, los techos de pisado, las chozas de azar de los cholos y al fin las rancherías de los indios. Variaban los rostros, los trajes, los saludos, el color de la piel, el calzado,

desde la bota de cordobán y el chapín de seda hasta la sandalia a uñas desnudas. Desde el sombrero de copa a la francesa, y el chambergo español hasta la toca indígena. Bajaban los saludos y los lomos doblados en escala.

En la catedral, en tramos superpuestos en los nichos del gran retablo de oro, estaban las jerarquías de los santos y de los ángeles, el trono del arzobispo, el sillón del virrey y aquella momia renegrida y reseca, bajo vidrio turbio, envuelta en viejos trapos, con restos de una hirsuta barba gris, que decían que era la de Pizarro.

Con aquello había que hacer república. Había costado trabajo en Francia. Todo lo que había pasado desde los convencionales hasta la Restauración. Y ahora Bolívar se había empeñado en levantar repúblicas. Con aquellos cholos de quinientos años de sumisión, con herencias de sacra majestad y de piedras cansadas incas. Con miedos y resabios de quince generaciones.

La república había que hacerla no sólo con aquella gente sino dentro de aquella gente. Cambiarles en la mente los diablos y los ángeles.

Su excelencia el Libertador no era un virrey, ni menos un rey. No había que arrodillarse y besarle la mano. Había que empezar por enseñarlos a valerse por ellos mismos. Había que meterles otra luz en los ojos sumisos. Había que hacerlos por dentro por entero. Antes que los padres les enseñaran las viejas reverencias, las inmemoriales mentiras, las añejas sumisiones, el miedo al rayo y al rey.

Faltaban pocos días para marchar hacia el sur. Bolívar iba hacia el Cuzco y el Alto Perú. A la cumbre de la cordillera, a la inmensa mole de piedra y nieve agazapada entre el mar y las impenetrables selvas fluviales.

Había que vencer también la otra cordillera de ignorancia, de sumisión, de supersticiones y engaños, con sus inaccesibles farallones y sus despeñaderos.



Una procesión increíble de santos y milagros, de imágenes y visiones, de ceremonias y danzas, de estandartes rojos y vestimentas nunca vistas, de cuesta y valle y cumbre. Delante un regimiento de la Guardia, de altos morriones y caballos ligeros. En medio el Libertador, seguido de su Estado Mayor, de sus secretarios y asistentes, y luego un batallón veterano de bayonetas resplandecientes. Lima se volcó a despedirlo. En un caballo pinturero, que enarcaba el cuello espumoso y hacía corvetas, saludaba con el ancho sombrero de campo.

En el atrio de la catedral le despidió el clero, hasta los últimos barrios llegaron los notables de Lima, los ministros del nuevo Consejo de Gobierno y algunas carrozas con bellas mujeres asomadas a las portezuelas. La chusma los siguió campo afuera, con sus perros, sus voces y sus hatos a la espalda.

Todo era nuevo y curioso para Rodríguez. Le habían dado una buena mula de montaña y marchaba cerca de Bolívar. No acababan de salir de una aldea cuando los vecinos de otra próxima, con el alcalde a la cabeza, pendón, bastón de mando y discurso, asomaban en su recodo. Todos veían al Libertador y querían acercársele, como imagen milagrosa sobre resplandor de cirios que ahora era resplandor de charreteras, pasamanería y bayonetas. Voces viejas y nuevas se mezclaban en el griterío: gran señor, tata. Libertador, en español, en quechua, en gemido y en asombro.

Pasaron por pueblos terrosos de la costa sin árboles, acamparon en aldeas de alboroto de campanas y ternera asada en la plaza y luego comenzaron a trepar los estrechos desfiladeros y las empinadas lomas de la sierra. A ratos pasaban junto a minas del tiempo de los incas.

A medida que subían el paisaje humano cambiaba. Ahora eran compactas y calladas masas de indios con sus caperuzas oscuras y sus cortas mantas, mujeres con los runos a la espalda y el copo de hilar en la mano, los que se acercaban a contemplar el séquito sonoro, los que

se inclinaban o se arrodillaban en un culto de Atahualpa. Tenían una mirada lejana y perdida y por la comisura de los labios les corría el caldo verde de la coca. «No sienten frío ni fatiga». Rodríguez recordaba las lecturas. Con color corvo decía que todo el indio es cara, por eso no necesitaba cobijarse del frío. Más arriba aparecieron los primeros rebaños de llamas. Blancas, femeninas, con grandes ojos temerosos y pisadas de bailarina, cobijadas en su espeso vellón con la cabeza pequeña y asustada erguida sobre el largo cuello.

En cada alto, Bolívar, después de recibir el homenaje de la localidad, improvisaba su despacho. Se encerraba con secretarios y amanuenses, dictaba cartas, y tomaba disposiciones para ampliar caminos, construir acueductos, abrir escuelas, realizar mejoras. Rodríguez lo miraba hacer con fascinación. El poder era una extraordinaria magia que permitía a un hombre cambiar la vida de millares de seres. Era aquella voz martilleante y alta, que resonaba en el cuarto del improvisado despacho, la que creaba y cambiaba las cosas y los destinos.

La llegada a Arequipa, sobre la alta cuesta de la cordillera, en una mañana soleada, fue un espectáculo de teatro. Apenas se vislumbraba la ciudad a lo lejos cuando aparecieron los compactos grupos de autoridades y vecinos. Bolívar sentía una gran emoción porque se iba a encontrar, por primera vez, con las tropas veteranas que habían vencido en Ayacucho.

Aquellos seres que se acercaban miraban a Bolívar como una aparición sobrenatural. Lo veían fijamente como para asegurarse de que era una realidad y no una visión. «Excelentísimo Libertador-Presidente». Resonaban los discursos con sus nombres de incas y de conquistadores, de mitos y de profecías. Era la Providencia que lo había mandado para que la vieja esperanza se cumpliera al fin. El alcalde le presentaba de la brida un caballo de alto pecho, finos cabos, crin tejida con cintas de colores, corta cabeza inquina,

enjaezado con silla bordada en seda y plata, una amplia gualdrapa de terciopelo y pedrería, los adornos del bocado, las riendas, los borrenes y los estribos eran de oro labrado como estola de santo. Bolívar subía al magnífico animal y lo movía con gracia entre el aplauso del alelado gentío.

Por todo el resto del trecho se arracimaban los vecinos. A la entrada de la ciudad, a lo largo de las calles, conteniendo el gentío clamoroso, estaban tendidas las tropas de Ayacucho presentando armas. Rodríguez pudo verlo palidecer de emoción, y erguirse con más fiereza sobre la resplandeciente montura. No se oía, por sobre las bandas militares y las campanas, sino un solo clamor retomado mil veces: «Viva el Libertador».

Todas las miradas se concentraban en la figura roja, azul y dorada sobre el caballo blanco. A las voces de mando, repetidas de distancia en distancia, como eco de montaña, sobre el frente de los soldados se alzaba la fila espejeante de las armas presentadas. ¿Qué estaría sintiendo aquel hombre? pensaba Rodríguez. Lo veía alzar el bicornio, tender los brazos trémulos como si quisiera abarcar la muchedumbre, sonreír con la sonrisa de la niñez reencontrada a aquellos rostros de salvaje alegría de los soldados. Era la primera división del ejército. Estaban allí hombres que lo habían acompañado por años de combate desde los llanos del Orinoco y los páramos de la cordillera. Los podía localizar al paso. Los apureños, los de la costa de Caracas, los que estuvieron con él en las campañas más desesperadas y duras, los del pie de las sierras, los de Cartagena y el Magdalena. Ahora lo aguardaban allí, al regreso de la gran victoria, para reunirse con él en aquel camino de maravillas. Debía tener en la memoria las palabras de la proclama que les dirigió al saber el triunfo definitivo: «Simón Bolívar, Libertador presidente de Colombia y encargado del poder dictatorial del Perú, etc., etc., etc. Soldados: Habéis dado la libertad a la América meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento

de vuestra gloria…» Era un prodigioso camino que empezó en una casa del valle de Caracas o, acaso, en la escuela de Rodríguez, y que cada vez lo llevaba a escenarios más grandiosos e inesperados. «Centenares de victorias alargan vuestras vidas hasta el término del mundo». ¿Adónde no había ido con aquellos hombres y adónde no iría? Eran su gente, sus llaneros desgarrados, sus montañeses hirsutos, sus seguidores silenciosos de trocha y asalto, sus servidores fieles, sus testigos de campamentos y vísperas, sus pacientes sufridores de intemperies, persecuciones y hambres, sus hombres de poco pedir y mucho hacer. Era a ellos a quienes hubiera querido abrazar y apretar, uno por uno, era para ellos que hubiera querido hacer palpable y presente el significado de aquella fabulosa hazaña. Era para ellos que quería recompensas y beneficios, porque eran ellos quienes habían hecho posible ese milagro.

En filas, en ondas, en oleadas se pasaba de la uniforme rigidez de la tropa al amasijo de caras de la muchedumbre, a su vocerío espeso de asombro y reverencia. Voces indias y españolas, nombre de santos y de viejos dioses, salidos de aquellas caras de tierra cocida, de aquellas gargantas con amuletos, que miraban pasar la figura resplandeciente que flotaba en el estruendo. Eran todas las apariciones y presencias mágicas reunidas. El virrey solemne, los curacas de altas varas tocados de guilindajos multicolores, la imagen de procesiones solemnes sobre su volcán de velas, santa Rosa, el Niño, el Nazareno, o el Inca nunca más visto desde el fondo de la memoria, Atahualpa, Huáscar, o el Dios Sol, Pachacámac, Viracocha, o los arcángeles y los sataneses de los misterios a la cabeza de sus legiones en el atrio de la catedral simulando el combate del cielo y del infierno, o Pizarro con su barba ahumada del color de su espada. Se cumplían profecías olvidadas, comenzaba el prodigio de un nuevo tiempo. Las campanas, la música de las bandas, el canto de las colegialas. Hasta que el Libertador desmontaba a la puerta del palacio, tendiendo

manos y saludos a las damas y los caballeros y avanzaba lentamente hacia los corredores, los patios, y los salones repletos de gentío engalanado, retablos, arañas encendidas, cataratas de platería y mesas aplastadas de manjares, copas y damajuanas.

Terminó la tarde, y se apaciguó el tumulto. En una habitación cobijada bajo una bóveda alta, como para empollar, quedó Simón Rodríguez. Era su primera entrada de Arequipa, a medio camino de las cumbres, junto a los tres volcanes, en ir y venir de todas las horas a acompañar a su excelencia a los actos públicos o a oír a Simón en sus habitaciones dictar cartas, despachar generales o hablar sobre planes de gobierno. Todo lo que había que hacer. Metía miedo la inmensidad de la tarea. Había que cambiar lo que se había formado como excrecencia de piedra en las largas edades del pasado, siglos de los incas, siglos de los virreyes, siglos de la inquisición y del dominio señorial.

Bolívar hablaba de hacerle justicia a los indios, de acabar con los privilegios de hacendados y alcaldes. Y de reformar la educación, le recordaba Rodríguez.

A ratos, cuando podía quedarse solo, escribía rápidos apuntes para esbozar su plan de reformas de la escuela.

«Señor, el Libertador le llama». «Voy en un momento». Terminaba de garrapatear la frase. «El hombre no es ignorante porque es pobre, sino al contrario». Pasaba, entonces, a grandes mayúsculas que dominaban la página, «GENERALÍCESE LA INSTRUCCIÓN DE LA INFANCIA y habrá LUCES Y VIRTUDES sociales. Luces y virtudes hay..., pero..., lo que no es GENERAL no es PÚBLICO y lo que no es PÚBLICO no es SOCIAL.

Había que atender a la audiencia del rector del seminario. Oloroso a incienso, lleno de latines. Dirigía a Bolívar frases largas y alambicadas que nada decían: vergel de virtudes, huerto de sapiencia, baluarte de la verdadera religión. Volvía de prisa al cuarto y a la hoja de papel. «Si los gobiernos llegaran a persuadirse de que el primer deber que les impone su misión es el de cuidar que no haya

en sus ESTADOS un SÓLO INDIVIDUO que ignore sus DERECHOS Y DEBERES SOCIALES habrían dado un GRAN PASO en la carrera de la civilización que abre el siglo PRESENTE».

Regresaba de la visita a las haciendas y obrajes. Callada masa de indios en tarea. Volvía al papel, «¡¡¡indios!!! Bien merecen los DUEÑOS DEL PAÍS, los que mantienen al Gobierno y a la Iglesia con su dinero y a los particulares con su TRABAJO, que enseñen a sus hijos a Hablar, a Escribir, a llevar Cuentas y a tratar con DECENCIA..., aunque no sea más..., que para que sirvan bien a los AMOS que la Divina Providencia les ha dado con encargo de mostrarles el camino del Cielo, de BLANQUITOS, poco o nada podrá usted esperar, para retozar en las CALLES les falta tiempo; y sus padres ven la Escuela como un CORRAL».

Regresaba de la Escuela de niñas donde Bolívar había dicho encendidas palabras a las azoradas muchachas almidonadas de blanco. «Hijas del Sol: Ya sois tan libres como hermosas». Garrapateaba en la hoja: «¡PRECEPTOS SOCIALES: objeto principal de la ESCUELA!… Lo demás que se enseña en ella se reduce a dar MEDIOS DE COMUNICACIÓN, como HABLAR, ESCRIBIR, CALCULAR, etc... Acostúmbrese al niño a ser

VERAZ	CONSECUENTE
FIEL	GENEROSO
SERVICIAL	AMABLE
COMEDIDO	DILIGENTE
BENÉFICO	CUIDADOSO
AGRADECIDO	ASEADO

A RESPETAR LA REPUTACIÓN Y A CUMPLIR CON LO QUE PROMETE».

Se lo estaba diciendo a todos aquellos doctores enlevitados de la antesala, a aquellos dómines que escupían latinazos, a aquellas recuas de escolares tristes y aburridos.

Venían los alcaldes a formular sus petitorios ante los secretarios de su excelencia. Pedían para una fiesta de Santo Patrono, para una escuela de doctrina, para reparar la cárcel derruida del pueblón escondido en un hueco de la sierra.

No era eso. Escribía de prisa otro apunte. «¡Los GOBIERNOS LIBERALES sea cual fuere su denominación deben ver en la Primera Escuela el FUNDAMENTO DEL SABER! y la palanca con que han de levantar los pueblos al Grado de CIVILIZACIÓN ¡que pide el siglo. El objeto de la INSTRUCCIÓN ES LA SOCIABILIDAD y el de la sociabilidad es hacer menos penosa la vida».

Aquellas expresiones de desdeñosa superioridad con que lo oían. Aquella indiferencia por el inmenso donativo de renovación que él venía a ofrecer. «Eso es difícil aquí. Dése por satisfecho con que los niños aprendan a leer y con que los indios sean menos flojos». «La Instrucción Pública en el siglo XIX, pide MUCHA FILOSOFÍA, el interés general está clamando por una reforma y la América..., ¿quién lo creería? está llamada por las CIRCUNSTANCIAS a emprenderla. Atrevida paradoja parecerá..., no importa. La América no ha de imitar SERVILMENTE sino ser... ¡ORIGINAL! Si no se parece a la España, ¿a qué país se parecerá?, la Lengua, los Tribunales, los Templos y las Guitarras, engañan al Viajero, se habla, se pleitea, se tañe, a la Española, pero NO como en España».

No era aquella una ciudad de Francia, ni de Inglaterra, ni siquiera de España. Los rostros, los gestos, las maneras de ser y hacer no eran exactamente los mismos. En algún atardecer tranquilo y transparente se oían los cascabeles de los arreos que bajaban del camino de Puno, de las altas mesetas de hielo y soledad cargadas de barras de plata. Por la noche, a ratos, le llegaba la quejumbre pegajosa de una quena. ¿Qué decía aquella música y para quién lo decía? Junto a las recias mulas enjaezadas a la española se oían palabras en quechua, tenues y apagadas. O pasaba un rebaño de llamas, venidas del misterio, como una visión de unicornios mutilados. Pero lo llamaban para el banquete o para el desfile. A pasar por la plaza en que quemaron al hereje, a saludar con reverencia al doctor de muchos latines que no entendía el quechua, o a oír el ir y venir de los usías, vuesas mercedes, señorías y «mi amo» que se tejían

de persona a persona, de casta a casta, como una invisible y poderosa tela de araña que lo estuviera apresando.

✵

«Quiso Dios formar de salvajes un imperio y creó a Manco Capac. Pecó su raza y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación tuvo piedad de América y os ha creado a vos... Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho antes se parece a lo que habéis hecho, y para que alguien pudiera imitaros sería preciso que quedara un mundo sin liberar. Habéis fundado tres Repúblicas que, en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra estatua a donde ninguna ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina»

Era un indio hosco, junto al cura de Pucará, era modesta la iglesia de fachada pobre, era corto el poblado con sus tiendas de alfareros llenas de toritos blancos, pero fueron aquellas palabras de José Gabriel Choquehuanca, las que resonaron en sus cabezas por el resto de la marcha hacia el Cuzco.

El paisaje desolado de las mesetas altas, la transparencia sin fondo del azul, el frío y límpido cristal del aire, la fatiga de la marcha en la cumbre, todo creaba una sensación de transfigurada realidad.

Mitos, historias, dioses, civilizaciones extrañas. Era como acercarse al inaccesible santuario de un rito supremo. ¿A qué venían hasta aquella ciudad, que había sido la cabeza de una América desapareada? Al nuevo acto de un drama. Un día llegaron allí los incas y fundaron un imperio, después los conquistadores crearon una nueva realidad y ahora entraba allí Bolívar con sus hombres de otras latitudes, de otras realidades, a anudar o a desanudar el gran nudo simbólico de aquel ombligo del destino.

¿Quién era ahora? No lo sabían los que salieron a recibirlo a la descampada cuesta donde el camino se arremansaba en valle, no lo sabía él mismo. Viracocha vuelto, Tupac Amaru resucitado, Gonzalo Pizarro alzando de nuevo el pendón de revuelta, el trasgo de las venganzas de los supliciados de soga y cuchillo, el espíritu de la tierra vuelto hombre prodigioso, el fantasma de las más profundas y negadas esperanzas.

Pasaban junto a las inmensas moles de muralla de las fortalezas incaicas. Los bloques ciclópeos de Sacsahuamán. Rodríguez estaba sobrecogido. ¿Cómo levantaron esto? Sin bueyes, sin poleas, sin ruedas, sin instrumentos de metal. ¿Cómo movieron, labraron, colocaron y ajustaron aquellas enormes peñas? Los antepasados de aquellos indios terrosos, cubiertos de silencio y de viejos trapos, de porte sumiso y de mirada ausente.

En los discursos de las autoridades surgía la más contradictoria mitología. Bolívar cambiaba de nombres, de apariencias, de aspecto, de significado, a cada invocación. Las formas de los ceremoniales superpuestos, como lava de viejas erupciones petrificadas, asomaban. Los palios, las andas, los tributos, las reverendas, para recibir al arzobispo, al inca victorioso, al virrey, al oidor, al Santiago en procesión. «La Villa Imperial se estremece de alegría».

Presentaban a Bolívar un caballo relampagueante de jaeces de seda y oro. Le entregaban las llaves de oro de la ciudad. Lo llevaban bajo palio al Te Deum de la catedral. Olía a incienso.

Eran dos ciudades superpuestas, una ciudad castellana de balcones y torres labradas, a horcajadas, como español a lomo de indio, sobre las baldosas, los sillares y los pies de muro de la ciudad de piedra del Inca. La roca oscura de la calle estrecha subía a media altura, para soportar las paredes, las ventanas y las portadas de las casas del conquistador. Sobre el cimiento oscuro se había borrado el Templo del Sol, el palacio del Inca, los santuarios de

las vestales, para sostener los templos cristianos, las casas de los capitanes, los asientos de la audiencia y de los conventos. El cortejo brillante y bullanguero desbordaba las estrechas calles e inundaba la plaza inmensa, donde las casas parecían cobijarse bajo sus largas arcadas parejas.

Sobre las casas, como hojas secas, caían las memorias de los viejos nombres de su destino. La casa de Huáina Capac, la del marqués, la de Gonzalo Pizarro, la de los Amautas, la del convento de Santo Domingo, la del jardín de oro del Coricancha. Podía librarse una batalla o una resurrección de muertos en aquel espacio desmayado. Desde la cuesta bajaban las calles encogidas hacia los palacios del Inca, las residencias del Gobierno, las galerías de los conventos y las torres del templo y ahora hada la casa del Libertador. Cuando se vaciaron por la tarde y quedaron entregadas a la soledad y al grito de los centinelas, Rodríguez las vio como la ruina de un cataclismo que había confundido tiempos y gentes. Pasadizos de soledad para ser pisados por la pisada silenciosa de la llama o del indio, corredores de viento helado, lechos de roca labrada para un río de sombras.

¿Quién era el vencedor? ¿Quién el vencido? Con solemnidad de manos temblorosas, de palabras altisonantes, en medio del resplandor de los uniformes, de los sables, de las masas de plata, de las libreas antiguas, había recibido en el Cabildo como homenaje supremo el estandarte de Pizarro en la Conquista. En viejo amarillo y rojo desvaído los leones y los castillos de Castilla desteñidos por el paso de trescientos años.

Rodríguez lo vio palidecer al tomarlo en sus manos. Tal vez era para esa hora mística que había venido en un combate de catorce años al través de media América. Para recibir el símbolo mismo del hecho de dominio del Imperio español. Como quien recibe la carga del destino de todos.

Era otro estandarte ahora en otras manos para la misma gente que había surgido del primer encuentro. Fue recio el hervor de sentimientos e ideas en Rodríguez. Recordaba,

averiguaba, preguntaba. Era inabarcable todo lo que había llegado a fundirse, a rechazarse y a mezclarse en aquel recinto del techo del mundo.

Le enseñaban los sitios, recorría los edificios, evocaba las estructuras desaparecidas, miraba las indias pisar sin peso con el niño a la espalda, borrado en el manto, y con los ojos en el hilado que les pendía de las manos.

Había entrado al ancho patio de la casa del Inca Garcilaso. En esos días había estado releyendo las páginas de los *Comentarios Reales* en un ejemplar de la librería del Cabildo. Fue en aquel patio donde las dos culturas convergieron en la mente del niño predestinado. «A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación me lo llamo yo a boca llena y me honro con él». En aquel patio se tejieron los primeros hilos de la nueva historia, entre los parientes de la suave *ñusta* materna y del duro capitán paterno. ¿Quiénes eran ellos, cavilaba Rodríguez, sino los que habían venido a reclamar esa herencia yacente, a retomar con otras manos y con otro espíritu la difícil tarea? En las mentes, como en las casas, cimientos del Inca, arcos y balcones castellanos. Para otra hora y un nuevo comienzo que había que emprender ahora.

Se perdía Rodríguez en aquel ambiente inusitado y extraño para él. Aquellos ojos inexpresivos y mansos o duros y fríos que surgían como piedra pulida sobre las pieles mates con todos los tonos de la mezcla. Aquellos acentos de habla lenta y cadenciosa de eco de vieja lengua. Voces del tiempo de Felipe II, fórmulas de cortesía del Virreinato, gente ensotanada y borlada que asomaba por la puerta del Colegio pontificio y casi regio todavía o por el hueco de las puertas cubiertas de lambrequines y floripondios de piedra de los conventos. Gente ceremoniosa e impenetrable.

«Este es un viejo orden peligroso de alterar». Citaban juntas, prematicas y reales órdenes, junto con la costumbre guardada fuera de letra por el indio para el reparto del agua, la tarea del campo y la cadena sin fin de las sumisiones y los privilegios.

Era palabra de maestro de Víspera, la que salía sigilosa de la boca desdentada y de la sotana lustrosa que lo acompañaba a visitar el oscuro repositorio de libros y manuscritos de una sala vacía de un tercer patio de convento dormido bajo un eco de campanas. «No es la llegada del general Bolívar, perdón, de su excelencia, una novedad tan inesperada. Aquí se ha aguardado por siglos la vuelta de Viracocha y la de Manco Capac. Eso entre los indios. Pero también entre los que tenemos la luz divina de la verdadera religión han estado anunciados y esperados muchos prodigios. A fray Francisco de la Cruz lo quemaron por hereje en Lima, hace más de dos siglos y medio, y todavía nadie sabe de cierto si era un hereje o un verdadero profeta. Lo que él anunciaba era una gran esperanza. Acaso el ángel del Señor, san Gabriel, le revelaba los misterios y los designios. La Cristiandad llegaría a su acabamiento en el Viejo Mundo. Vea usted todas las abominaciones que han ocurrido desde el réprobo Lutero hasta hoy. Guerras, perjurios, inmundicias de alma. A fray Francisco le fue revelado que la Babilonia de Europa terminaría en la sangre. Pero Dios preparaba el resurgimiento de su iglesia en las Indias. El Milenario, la vuelta de Cristo en esplendor y gloria a la tierra, tendría lugar en el Nuevo Mundo, en el Perú. La Iglesia renacería en América. El símbolo de la mujer coronada de estrellas y perseguida por el monstruo, que estaba en el libro de las Revelaciones, anunciaba el traslado final de la Iglesia al Nuevo Mundo. Todo eso se ha esperado aquí por generaciones enteras».

Rodríguez recordaba las pláticas de fray Servando en París. Algo quiso informarle al interlocutor. «Mi amigo, fray Servando, creía que santo Tomás había venido a América

mucho antes que los españoles a predicar el Evangelio. En la misma figura que los aztecas llamaban la Serpiente Emplumada o Quetzalcoatl. Y era también la imagen milagrosa de la Guadalupe que estaba inscrita en un pedazo del manto de santo Tomás».

«La cosa va mucho más lejos». El canónigo se frotaba las manos de contento. «Mucho más atrás de lo que usted dice. Las tribus perdidas de Israel se vinieron a América y la poblaron. Sus descendientes están entre los indios. Para quien estudia y observa con cuidado aparecen claramente los vestigios y las huellas que dejó el pueblo elegido en su llegada a la nueva tierra. Hay palabras en las lenguas indígenas, hay jeroglíficos muy reveladores. Yo podría mostrarle a usted...»

Volvía a la calle. Por cada puerta estrecha detrás de los gruesos muros podía asomar un canónigo, otro prebendado, otro racionero, otro doctor en «utraque», otro hurgador de arcones de polilla. Con letras, legajos, escrituras, revelaciones, hermenéuticas, latines y hasta exorcismos. Todos los pasados estaban presentes en palabras y vestigios. En retablos y libros becerros. En memorias de virreyes, capitanes y obispos. Y ahora estaba allí Bolívar removiendo la caldera de los diablos, alborotando los fantasmas de los más viejos rincones. Los anatemas, los vaticinios, los tabúes.

En cada ojo había un reproche, en cada boca una imprecación contenida. Se había atrevido aquel hombre, venido de los confines de los confines, a alborotar y trocar todo lo que era hechura y amontonamiento espeso de siglos. La servidumbre del indio al cacique, del cacique al hacendado, del hacendado al regidor, del regidor al gobernador y al obispo y del gobernador y el obispo al rey y a Dios mismo. Desde Mama Ocllo, desde Huaina Capac, desde Pizarro y Almagro, desde Núñez Vela y el virrey Mendoza, se habían establecido las reglas, las escalas de obediencia y sumisión, las tarifas de sacramento, le obligación de trabajar para él

amo sin paga, el pertenecer al suelo y al dueño del suelo como los árboles y las piedras. Todos aquellos nombres que venían del río de los siglos, el pongaje, la mita, las séptimas. Trabajar sin discusión ni convenio, ni pago ni ocasión, obedecer al amo en la labranza y en la casa sin horas ni días, recibir como dádiva de chuño y coca el pago, callar, doblarse, decir «sí». Todo eso lo había venido a trastornar y destruir Bolívar. Desde el frío y gris palacio de Gobierno del Cuzco habían salido, uno detrás de otro, los decretos abominables, que se leían con los ojos en blanco, que se repetían como un secreto nefando, que se comentaban invocando el trisagio de Isaías, y el oficio de tinieblas. Era fin de mundo.

Bolívar había abolido la autoridad de los caciques, había proclamado la igualdad de todos los habitantes, de los indios con los blancos, de los mitayos con los señores y se había atrevido a escribir en su ordenanza infernal que «la igualdad es incompatible con el servicio personal que se ha exigido por fuerza de los naturales indígenas y con las exacciones y los malos tratamientos que por su estado miserable han sufrido estos en todos los tiempos por parte de los jefes civiles, curas, caciques y aun hacendados». Ordenaba, atrevimiento supremo, repartir tierras.

Las silenciosas filas de indios, con su corto paso de llama, continuaban llenando las calles estrechas del Cuzco. Nada en sus ojos ni en sus gestos reflejaba que hubieran oído la extraordinaria noticia. El mismo día Rodríguez había salido del palacio a recorrer calles y plazas, atrios de iglesias y puertas de obrajes. Nada se traslucía. Era él quien llamaba, reunía y terminaba por gritar. «Ahora, por primera vez desde Manco Capac, son ustedes libres. Se acabó el trabajo obligatorio, terminó la mita, no hay más pongaje. Ahora, ustedes no trabajarán sino para quien quieran y por el precio que quieran. No hay amo, no hay cacique, no hay cura que los pueda mandar. El Libertador ha acabado con todo eso, de un solo golpe de pluma. ¿Se han enterado?»

No parecían comprenderlo. Lo miraban, se miraban, hablaban entre sí con voz imperceptible y seguían su trocha indiferente, calle arriba, calle abajo.

Había regresado lleno de desconcierto a su alcoba. A la mesa de trabajo donde preparaba los proyectos de ordenanzas para la nueva educación. Qué difícil era todo aquello. Era una empresa de aplanar los Andes y secar el mar en la que se había metido Simón. Nadie lo comprendía en verdad. Nadie lo seguía sinceramente. Cayó en un soliloquio, a ratos hablado, a ratos puesto nerviosamente en el papel. «El mal de América es inveterado. Tres siglos de ignorancia y abandono en el Pueblo y de indiferencia en el Gobierno dan mucho que hacer hoy a los que emprenden instruir, animar y poner en actividad».

Racioneros y doctores, caciques y amos, pragmáticas de don Felipe y don Carlos, tradiciones del incario sin inca. «¡Indios! Son los dueños del país». Los dueños del país. Hizo una mueca de máscara. Eran en verdad los esclavos. Escalas de esclavos que bajaban desde su excelencia ilustrísima hasta el cacique y el amo. Todos dentro de una argolla de una cadena sin fin. No era fácil. No iba a ser fácil. Ni siquiera para Bolívar. «Más cuenta nos tiene entender a un indio que a Ovidio. Más aprender castellano y quechua que latín».



A veces le resultaba largo el camino para llegar hasta el Libertador. Se detenía en una oscura bodega de pisco y chicha, de ristras de ajos y queso de cabra, a oír al socaire de las conversaciones. Palabras sueltas, frases voladas de mestizo a mestizo, de embozado a embozado, de sombrero a sombrero. Más hablaban con miradas y con gestos que con palabras. «¿Y cómo le va al amigo?» «¿Y cómo me va a ir?»

O a un atrio de iglesia por donde flotaba el eco del oficio entre el tintineo de la recua de llamas o el repique de

los cascos de un pelotón de caballería de rojos dolmanes, altos morriones y lanzas empinadas.

O era el largo saludo del doctor o del prebendado, o del señor oficial segundo de la tercera secretaría. «Su merced me honra en demasía».

Como aquel domingo diez de julio de 1825. Día de los Siete hermanos mártires y de su madre santa Felícita. Soplaba en la catedral el rezongo de la muchedumbre mientras el eco repetía las palabras del predicador. Santa Felícita, santa felicidad, llevó risueña sus siete hijos a la muerte. Allá en la Roma de Marco Aurelio. El del caballo verdoso de bronce viejo en la plaza del Capitolio. Decapitados, empalados, descuartizados. Santos Januario, Félix y Silvano. Santos Felipe, Alejandro y Vital. Y san Marcial. El predicador describía los detalles del suplicio y la alegría de los supliciados. Muerte y triunfo eran lo mismo para el cristiano.

Salió de nuevo a la plaza del Cuzco. A la fila de arcadas y de columnas, camino del palacio. Había gente a la puerta. Oficiales, ordenanzas, centinelas y señores de espesa levita y alto sombrero, formando corrillos.

Pasó por entre ellos. Los oficiales de guardia lo conocían y lo dejaban pasar. «Adelante, don Simón». Cuando ya se acercaba a las galerías del patio, lo alcanzó la voz de Bolívar. Estaba dictando.

«Todo el mundo me escribe de Venezuela que aquello está muy malo, que me vaya para allá llevando tropas. El veintiséis de este mes me iré al Alto Perú a arreglar aquellos negocios y, después que organice el país, me volveré a Lima a entregarle al Congreso su mando. Y en el mes de marzo me iré al Congreso de la federación en el Istmo, a ver qué hace y cómo está. Después me iré a Bogotá a ver cómo está eso y después me iré a Venezuela, por supuesto con mucha fuerza y muchas facultades».

Rodríguez se detuvo sin hacer ruido. A ratos Bolívar repetía con énfasis una palabra que el amanuense no había

entendido bien. Se traslucía por el hueco de la puerta la silueta y se le oían los pasos impacientes. A ratos cambiaba el tono de voz: «Mi objeto por ahora no es más que poner en orden a Venezuela, dar mis ideas generales a mis amigos y descansar un poco en cualquier parte, porque ya no puedo con mi cuerpo. Cada día me siento más viejo, más débil y por todo me descompongo».

Rodríguez callaba ensimismado. Pasaban por su memoria las semanas de navegación, los meses de trocha, los ríos calientes, los páramos de las cordilleras, los mares de tormenta y de calmas. Del Cuzco a Lima, después del Alto Perú, de Lima a Guayaquil, de Guayaquil a Panamá, de Panamá a Bogotá y de Bogotá a Caracas. Más leguas que las hojas del árbol del patio. La voz de Bolívar resurgía rápida y cambiante. Lo veía pasar, cómo en un juego de sombras, por el vano, una mano en la solapa del uniforme, un dedo sobre el labio, los ojos abstraídos como sin ver.

Ya no era el vicepresidente Santander a quien se dirigía. Ahora la voz era más suave e insinuante. Dictaba para su hermana María Antonia. Rodríguez la recordaba joven, entera y voluntariosa cuando los lejanos incidentes de Caracas, cuando llevaron a Simón a su escuela. Ahora debía estar amatronada, gruesa, pero siempre inquieta y recia de voluntad.

La voz de Bolívar parecía suplicar: «Te mando nuevamente mi poder para que arregles todos mis negocios, casas, haciendas y minas, quiero saber en qué estado está Suata; Suata no está arrendado con San Mateo. Manda a tu hijito a ver cómo está todo eso; lo mismo que las casas de La Guaira».

Ya no eran las combinaciones políticas, las conspiraciones, los planes de gobierno, las disposiciones de mando para medio continente. Ahora hablaba atenuando la voz a su hermana mayor de sus casas, de sus tierras, de sus bienes abandonados, de los plantíos de caña de San Mateo, de las arboledas de cacao, de los inquilinos

morosos y los deudores atrasados, de aquello que venía de sus padres y que hubiera sido toda su vida, si su vida no hubiera sido lo que fue.

Era no sólo como si regresara en el espacio sino también en el tiempo, a la remota Caracas de su juventud. Era lo que decía ahora la voz con un acento extraño, casi de niñez, casi de imprecación ahogada.

«Te mando una carta de mi madre Hipólita». Rodríguez la había conocido. Era la esclava que había sido nodriza y aya de Bolívar. Una negra fuerte, lisa y majestuosa, de callada presencia. «Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiera; para que hagas por ella como si fuera mi madre, su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otra madre que ella». Era la madre negra, fiel y mansa, que estuvo más con él en la infancia que doña Concepción, la madre blanca. Juego de luz y sombra del tiempo ido.

Se iba a regresar sin ruido el testigo, pero ya la voz trataba de otra cosa y se detuvo. ¿A quién hablaba ahora? «Mi querido tío y buen padrino». Lo conocía Rodríguez. Era el tío materno Esteban Palacios, hombre de refinamiento y distinción, que había pasado media vida en Madrid y que ahora había vuelto a Venezuela. ¿Qué decía ahora aquella voz que parecía romperse en emoción contenida? «Mi querido tío, usted habrá sentido el sueño de Epiménides, usted ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la guerra cruel, de los hombres feroces. Usted se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es de lo que fue».

Rodríguez lo seguía conmovido. Todo aquello había sido ciertamente la horrible experiencia de su tiempo. Habían sido arrastrados, aventados, deshechos. Terremoto, guerra, persecuciones. Y era aquel mismo hombre tan mezclado a todos los sucesos quien lo decía ahora en aquel tono tan dolido, tan valeroso y tan alto.

«...Usted se preguntará a sí mismo ¿dónde están mis padres, dónde mis hermanos, dónde mis sobrinos…? Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas; y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos después de haberlos regado con su sangre..., por el solo delito de haber amado la justicia».

«¿Dónde está Caracas, se preguntará usted? Caracas no existe pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad y están cubiertos de la gloria del martirio».

«¿Dónde estaba yo entonces?» «¿Dónde estabas tú, Samuel Róbinson, en tu isla de lejanía y olvido?» Los timbres y entonaciones de aquella voz se le llenaban de tiempos y espacios. No había estado en los combates, no había oído el vocerío del odio y el pavor, no había visto las cabezas cortadas y los cuerpos caídos, no había sentido la tierra encogerse, trepar y saltar como un felino, no había sentido el gran silencio de las casas y los templos caídos sobre la muchedumbre triturada. Era aquella voz la voz de todo aquello.

Salió lentamente y de espaldas. Bolívar continuaba dictando. Escribía al general Briceño Méndez, al licenciado Revenga, al coronel Diego Ibarra. Cambiaba el tono y cambiaba el invisible interlocutor. «He recibido ayer con mucho gusto cinco cartas tuyas todas juntas. Te diré que me han llenado de ternura y aun de compasión pues no se puede tolerar la idea de que te apartes de mí por causas que tú mismo te has labrado. En fin lo pasado, pasado y a lo hecho, pecho. Vamos a remediar los males». Hablaba ahora a Diego Ibarra, al amigo de la infancia, con una voz que ya casi era juvenil y de otro hombre.

Al salir lo saludaron algunos militares y doctores que aguardaban a su excelencia. Él pasó de largo, casi sin responder. No sabía bien dónde estaba.



Ya salían del Cuzco. Había que seguir más allá y más arriba. Por las pardas cuestas, por los desfiladeros de viento y escarcha hacia los lomos de las cordilleras. Por todo el trayecto los alcanzaban los correos con las noticias del vasto escenario. Cartas de Bogotá, de Panamá, de Caracas, de Guayaquil, de Lima. «No se vayan todavía. Aquí los necesitamos». En las horas del campamento y de la entrada a las villas Rodríguez miraba a Bolívar con creciente extrañeza. Como si se estuviera transformando continuamente en otro ser. Todo estaba en él y él tenía que estar en todo.

Ya habían llegado a Puno. Ya penetraban en el inmenso callejón que corre entre las dos cordilleras. Aquella lámina yerta donde flotaban todos los azules más fríos y los verdes más tiernos era el Titicaca. El reservorio de las cumbres, el lago inaccesible de dioses y demonios de donde salió Manco Capac. Como en el aire, resbalaban sobre él las barcazas hechas de juncos tejidos, con sus indios acurrucados y silenciosos. Más allá los deslumbró el triángulo de hielo del Illimani en el cielo sin fondo.

En Zepita aguardaba Sucre. Sorprendentemente joven, con un sencillo uniforme, que, al divisar a Bolívar, echó pie a tierra con precipitación. El sable se le escapó de la vaina y tintineó largamente sobre las piedras de la calle. Rodríguez los vio confundirse en un largo y mudo abrazo.

Era eso lo prodigioso, tan simple. Aquel mozo de Cumaná que estaba destinado a pasar su vida entre rancherías de pesca y plantaciones de cacao, en la costa tibia del Caribe, era ahora, en el copo de la tierra de la más vieja leyenda del hombre americano, el forjador de una nueva historia. ¿Qué no iba a ser posible? En el abrazo de aquellos dos seres, venidos de tan lejos, terminaban trescientos años de imperio, concluían los adelantados, los oidores, los virreyes, los capitanes generales, las reales audiencias, los reales consulados, el nombre y la invocación de la sacra real majestad. Comenzaba una era.

Bolívar se lo presentó. Le pareció taciturno, concentrado y algo frío para un hombre tan joven y que había llegado tan alto. El gran mariscal de Ayacucho. En el Rincón de los Muertos se le había rendido el último y más poderoso ejército que el rey de España tenía en América.

Al día siguiente cruzaron el Desaguadero y entraron en las tierras del Alto Perú. Era como haber basculado de un lado de la balanza del mundo hacia el otro. Pasaban a los paralelos australes y se acercaban al Trópico de Capricornio. El curso de los ríos ya rio iba hacia el Pacífico. Buscaban las vertientes del Amazonas o del río de la Plata, el Bermejo, el Pilcomayo, el Paraguay. Estaban en las tierras de las Audiencias más remotas. Detrás de la selva se columbraba el imperio nuevo del Brasil, las provincias del Plata, el feudo de terror del doctor Francia, la soledad de la pampa, el puerto de Buenos Aires y los orientales de Montevideo. «Estamos más cerca de Buenos Aires que de Guayaquil», pensaban. Menos lejos del Estrecho de Magallanes que del Orinoco.

Cuando se acercaban a Potosí recibieron las noticias de la llegada de una Misión Argentina.

Se alzó el gran cerro de plata. Un ancho cono calvo, manchado de grises y ocres, que mostraba en sus flancos las troneras de los socavones.

«El mundo entero ha soñado por siglos con este cerro», le decía Rodríguez a sus acompañantes. De allí salieron las caravanas cargadas de plata hacia la costa, para embarcar en las flotas armadas que la llevarían a Panamá y a España entre el acecho de los corsarios. «Con esto se pagaron las guerras, las luchas dinásticas y la intriga política de medio mundo». Una ciudad de altura, en frío y grisalla, apareció al pie del monte. La Babilonia de las Indias. Llegó a tener más de cien mil habitantes. Mineros, tasadores, mercaderes, traficantes, logreros, pícaros, estafadores, buscones de toda laya y de toda procedencia. Nadie sabía quién era quién. Todo era posible. Pobretes del día de llegada eran ricos de

la semana después. Todo se traficaba y se vendía. Milagros, participaciones en vetas, secretos de aleaciones. Había una infinita variedad de plata e inagotables fórmulas de lenguaje y de trato para designarla. La mala, la maleada, la ruin, la excelente, la pura. En cada esquina un hombre con una balanza de farmacia y el ojo zahorí pesaba y medía y trataba de confundir al vendedor o al comprador. Cada noche había muertos y puñaladas. Pero el hormiguero de recuas de plata seguía bajando hacia la costa, de mano en mano de contadores reales, de quintadores, de ajustadores, de escribanos, de veedores y de tesoreros.

Ahora estaba allí el cerro desnudo y la ciudad encogida frente a ellos. «Todo lo que se soñó de El Dorado se dio aquí».

Los comisionados de Buenos Aires, el general Alvear y el doctor Díaz Vélez, aguardaban a Bolívar, con tentadoras proposiciones. El Gobierno argentino le pedía que bajara al río de la Plata a auxiliar a los porteños y a los orientales contra la agresión del nuevo imperio del Brasil. De paso pondría término a la tiranía de Francia y libertaría a Bonpland.

A Rodríguez lo sedujo aquella posibilidad. Había terminado la guerra contra el ejército español y Bolívar contaba con una fuerza veterana y dispuesta de más de diez mil hombres. Era posible detener a los brasileros, hacerlos retirarse del Uruguay, acabar el despotismo del Supremo en La Asunción, ayudar a los argentinos a poner término a la anarquía en las provincias, luego, organizar alguna forma de confederación de toda la América española, que se llevaría a efecto en Panamá, y regresar a Caracas por el Atlántico.

Los Delegados Argentinos trataban de convencerlo de la factibilidad y buen éxito de la operación. Era completar definitivamente la obra gigantesca.

Rodríguez lo vio atormentado en la indecisión. Habló con él varias veces. «Más nunca ningún otro hijo de América tendrá una posibilidad semejante. No la deje escapar». Bolívar le señalaba los obstáculos. Ya no podía alejarse

más. A su espalda crecían las pugnas y se propagaban la revuelta y la anarquía. De Lima lo reclamaban, lo esperaban en Guayaquil, en Bogotá crecía la oposición, Venezuela estaba al borde de la guerra civil y de la separación. Ahora sí lo iban a llamar ambicioso y loco. Mucho trabajo había costado vencer las resistencias para entrar en el Perú. Ahora iba a ser mucho peor. «Acuérdese usted que ya se atrevieron a quitarme el mando del ejército una vez. Por eso no estuve en Ayacucho. ¿Qué no harían ahora?» Hablaba con desprecio y cansancio de la pequeñez de miras de aquellos hombres. No miraban sino a su «patriecita», no pensaban sino en términos de intereses mezquinos y casi parroquiales. La grandeza los asustaba. Veía venir un tiempo de muchas dificultades, de anarquía, de violencia.

«No, no es así. Quién se va a atrever a oponérsele en esta hora de plenitud». Bolívar sonreía con escepticismo. «Todos los que no están al alcance de mi mano, que son casi todos. Todos los que quieren quedarse con su parte de herencia, todos los que no quieren o no pueden entender lo que yo busco». Y luego añadía: «Además, estoy cansado. Ya no puedo más. Ya no quiero seguir pugnando con todas estas pequeñeces y miserias de tantos hombres chatos y torpes. Ya basta».

Salieron de mañana para subir al monte de plata. Bolívar, de gran uniforme, iba acompañado de los delegados argentinos, de los representantes del Alto Perú y de un brillante séquito. Treparon en zigzag junto a los huecos de las bocaminas. Algunos recogían pequeñas piedras en las que brillaban trazos plateados.

Cuando llegaron a la cumbre el Libertador hizo alzar los pabellones de Colombia, Perú y la Plata. El viento frío los lanzó al vuelo. Azules, rojos, amarillos, blancos, aleteaban sobre las cabezas del puñado de hombres. Simón Rodríguez se colocó frente a Bolívar para contemplarlo mejor. Todos sentían profunda emoción pero nadie como él podía medir la significación que para el Libertador tenía

aquella hora. Estaban en la cúspide del continente sur. En la almena más alta de aquella inmensa porción de tierra y humanidad. El mariscal Sucre, el general Alvear, los vencedores de las batallas decisivas, los magistrados de las nuevas repúblicas hacían cerco. Bolívar alzó apenas la voz. «Venimos venciendo desde las costas del Atlántico y en quince años de una lucha de gigantes hemos derrocado el edificio de la tiranía, formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia. En pie sobre esta mole de Plata que se llama Potosí…» No era allí, era en Roma, veinte años antes, como Rodríguez lo veía ahora. Eran casi las mismas palabras. Si había vivido solamente para presenciar aquellos dos momentos era más de todo lo que podía esperar. «No he hecho sino recordar la tarde de Roma», le murmuró al oído cuando se le acercó.

En los ratos en que pudo hablar con él le preguntaba por sus proyectos de educación. Había hablado con Sucre y al llegar a Chuquisaca lo nombrarían Director de Educación con todas las atribuciones y recursos necesarios para que pudiera llevar adelante su proyecto. «Nada le va a faltar, maestro». Pero también le hablaba de las otras graves cuestiones que lo asediaban. «Quieren darle mi nombre al nuevo Estado independiente que se va establecer en el Alto Perú. He tratado de negarme pero no ha sido posible. Pero todavía me exigen más». Le confió que la Asamblea le iba a pedir que redactara el proyecto de constitución para el nuevo Estado. «Ya tenemos la experiencia de todos estos años y deberíamos conocer las fallas y los errores de los sistemas constitucionales que hemos ensayado. Vamos a proponer instituciones que no sean meras copias, sino respuestas directas a nuestras necesidades y características». No le escapaban las dificultades. Mantener la libertad, pero evitar la anarquía. Asegurar la estabilidad y el orden legal, hacer imposible el despotismo. «Los ingleses lo han logrado al cabo de siglos, es verdad. El problema para nosotros es la falta de tiempo».

Rodríguez tornaba a su soledad con sus papeles. Llegaba la hora decisiva. Iban a darle la autoridad y los medios para realizar todo aquello que traía por dentro. Ya verían. Comenzaría de inmediato por una institución que sirviera de modelo y ejemplo en Chuquisaca. Iba anotando con prisa. Hacía esquemas de estructuras de administración y de trabajo. Talleres, aulas, funciones del Consejo. Horarios. Inventarios de máquinas y útiles. ¿Dónde iba a encontrar maestros? Carpinteros, herreros, ceramistas, maestros de primaria que supieran comprender sus métodos de leer, escribir, calcular y pensar. Dibujar las palabras, resucitar las ideas. Una colmena activa para transformar unos niños, para transformar una ciudad, para cambiar un mundo.

Hasta se había acordado de María Ronco, la abandonada esposa de Caracas. Vieja y achacosa debía estar María Ronco. Le había mandado unos pesos para que se aliviara de miserias.

Para noviembre llegaron a Chuquisaca. Todas las trochas, los caminos y las vertientes llevaban hacia el Plata. Era allí, en el divorcio de las aguas del continente, donde iba a comenzar el definitivo ensayo. Gentes de las dos vertientes rodeaban a Bolívar. La ciudad era grande. En el medio, rodeadas por el corro de casas y por el cerco de montes, se alzaban la cúpula y la torre de la catedral. Figuras encapotadas iban de convento en convento, de iglesia en iglesia, con murmullos de rosario y paso de procesión.

Salió el decreto y el congreso aprobó el nombramiento. Comenzó a recibir visitas de dómines y altos funcionarios que venían a hablarle de lo que se había hecho o de lo que se podía hacer en materia de escuelas. Lo llevaron a ver edificios de conventos desafectados y de hospicios cerrados. Por las calles pululaban los niños mendigos y con las recuas entraban muchachos y muchachas indios que venían para ser colocados en las casas como servidumbre.

Poco pudo hablar con Bolívar pero los altos funcionarios lo atendían con respeto. Había sido el ayo de su excelencia,

había estudiado en Europa, tenía grandes conocimientos de todas las nuevas cosas. Y también de minas. Lo habían encargado además de las minas y de los caminos.

El gobierno del mariscal le reclamaba el plan. Ya no había tiempo que perder en redactar proyectos sino que había que entregarse a realizar las cosas. No más papeles sino obra.

Con el primer local que le pareció apropiado mandó a recoger en las calles niños y niñas abandonados. Hubo alboroto y comentarios. ¿Qué iba a hacer con esa chamuchina?

Era un hato revuelto de pequeñas bestias capturadas en un acoso. Inquietas e inseguras, hostiles y asustadas, dentro de la ancha y rota jaula del caserón de la escuela. Gritos, mojicones, carreras, alaridos en quechua, timidez o insolencia delante de las niñas arrinconadas. Don Samuel por aquí, don Samuel por allá. Él iba y venía sin parar, sin callar, de aula en patio, de yunque a banco de carpintero, de salón resonante de deletreos a patio de motín. Se exasperaba con los maestros bisoños que no acertaban a emplear los nuevos métodos. Los hacía callar y se ponía en su lugar a dar la lección. En el centro de un ruedo de miradas intensas de maestro y alumnos. La voz subía mezclada con la sierra del carpintero y el tintineo del martillo de la forja. Con greda de alfarero un muchacho le tiznaba el rostro a otro.

Pero, además del atareado maestro era el señor director general de Educación, el principal funcionario de los caminos, las minas y la economía. Tenía que recibir comisiones, firmar oficios, despachar con secretario.

Hubo de ver menos a Bolívar. A veces se acercaba al palacio y se codeaba con los graves señores del Gobierno. Aquellos hombres untuosos y fríos que lo miraban al través de un vidrio de desdén. Ministros, consejeros, veteranos buscones de las revueltas Cortes de Cádiz, serviles de Fernando en su hora. El antiguo coronel Infante, liberal de las Juntas, el abogado y ministro Calvo, el coronel

O'Connor, que no le hacía caso, aquel Jaimes entrometido y que pretendía saber de todo. Y el doctor Centeno, canónigo. Administrador general del Fondo de Conventos de Monjas y de la Casa de Huérfanos. Lo oía con una vaga sonrisa exasperante.

El ministro don José Velasco se permitía soltar sarcasmos sobre sus ensayos.

Sucre estaba copado de clérigos y abogados viejos. Los orondos doctores de la Universidad Real y Pontificia de San Francisco Javier. Sabía lo que llegaba de él a oídos del mariscal.

Había que presentar los planes, que demostrar las cuentas. «Eso no se puede». «La ley lo prohíbe». «Es contrario a la sana práctica». «En la Universidad lo hemos hecho siempre de otro modo».

Había que tragarse las ganas de replicar, revestirse de falsa paciencia y oír. «Sí, señor ministro». «Muy interesante, su reverencia».

¿Qué iba a pasar cuando se marchara Bolívar? Sentía temor. Solo entre aquellas gentes recelosas y extrañas. Un hombre con sus ideas y sus maneras no tenía ninguna posibilidad en aquel medio. «Yo sé lo que hubieran deseado como director». Con feroz ironía hacia la despiadada caricatura: «Un hombre de baja estatura, sin pescuezo, calvo hasta el cogote, con cuatro pelos torcidos en coleta; los muslos escondidos bajo la barriga, piernas cortas y delgadas terminadas por grandes pies envueltos en zapatos de paño, con hebillas de oro; caja de polvo, rosario en faltriquera, rezador, limosnero, gran citador de historia, engastando sus frases en versos clásicos y escupiendo latinajos a cada momento, saludando a gritos desde lejos y apretando ambas manos al llegar, riéndose de cuanto decía en presencia y en ausencia, de cuanto le habían dicho».

No era él eso, ni lo podría ser nunca. Cada vez que oía hablar de la próxima marcha del Libertador, lo atenazaba la angustia. «Me van a despedazar cuando me vean solo».

Estuvo varias veces a punto de decírselo. «No me deje aquí. Sin usted no podré hacer nada».

Vio partir al Libertador demasiado pronto. Lo acompañó con las autoridades un trecho. Cabizbajo y callado. «El mayor disparate que pude hacer», iba a repetírselo todo el resto de su vida. Lo abrazó y lo vio alejarse entre la nube de polvo por la desolada cuesta.

Regresó en soledad. Chuquisaca, con sus paredes grises y sus aleros encogidos parecía cerrársele.

«Chuquisaca diez de julio de 1826.

A su excelencia el Libertador presidente.

Mi general:

...Entretanto que mañana y pasado escribo a V. S. sobre negocios públicos lo haré hoy respecto de don Samuel. Siento tener que decir a V. S. cosas desagradables de persona que V. S. aprecia, y a quien solo por esta consideración he visto con un alto respeto. Don Samuel, como he dicho a V. S., se ha disgustado porque el Gobierno y el Congreso se mezclan en los negocios de educación y economía, porque dice que V. S. le ofreció que en esto él tendría una independencia absoluta de todos; de manera que el Gobierno sería nada aquí, puesto que él lo comprende todo dentro de sus atribuciones como director económico. Dije a V. S. que fue a Cochabamba a planificar los establecimientos públicos de educación y beneficencia; y porque hizo cien desatinos separándose arbitrariamente de los decretos del Gobierno y se le desaprobó su conducta, pidió su pasaporte. Le dije que no era eso motivo de irse, puesto que los decretos fueron revisados y casi redactados por él antes de publicarse; pero que publicados era el deber del Gobierno sostenerlos: contestó que no, que se quería ir. He mandado por tanto que le admitan la renuncia.

»Vino luego aquí, y porque de mi orden se había establecido una casa de mendigos se enojó, porque el Gobierno diz que no debía hacer ningún establecimiento

de beneficencia sin su consentimiento. En fin, ha hablado disparates que yo le he tolerado tranquilamente considerando que tiene la cabeza de un francés aturdido.

»Luego que se resistió a continuar su encargo le dije que entregara al coronel O'Connor lo que tenía bajo su dirección respecto a edificios, y por supuesto que no ha dado sino el colegio de San Juan en muy mal estado, después de seis meses que su reparación la tiene a su cargo, y el convento de San Agustín, que yo destiné a huérfanos, medio destruido. Ha hecho diferentes faltas con una suma grosería a O'Connor, que las ha aguantado por respeto a V. S. Sus francesadas llegan hasta haber negado a O'Connor venderle unos instrumentos que estaba vendiendo públicamente.

»Había yo encargado a Buenos Aires dos buenos capitanes de artillería y llegó uno francés: lo fue a visitar y le dijo que no admitiera tal plaza, porque de servir aquí un francés debía hacerlo con muy buen sueldo: que él había renunciado su plaza de Director de estudios y que la pidiera. La simpleza de este don Samuel ha llegado hasta hablar a Infante con medio insolencia porque al tal capitán francés se le haga director. Más todavía: a fuerza de diligencias mías he conseguido que vengan de Buenos Aires unos veinte artesanos franceses e ingleses que son carpinteros, herreros y albañiles para trabajar en los edificios del Gobierno en la nueva capital: de ellos están ya aquí cuatro, y don Samuel ha tenido la gracia de meterles tanto cuento y enredo en la cabeza que ya tratan de irse sin siquiera haber preguntado todavía los artesanos al Gobierno las propuestas que se les hacen. De esto deducirá V. S. que yo tengo mis buenas ganas de que Don Samuel se acabe de ir con Dios, sin embargo de que nos ha gastado unos doce a quince mil pesos, con la satisfacción de que se irá no sólo no habiendo hecho algo, sino dejándonos en peor estado todo, todo cuanto se puso a su cuidado. Yo lo siento por V. S. pues sé que lo aprecia y que esto le disgustará por cuanto V. S. lo nombró.

»Me ha dicho que debe dinero a varias personas de lo que le han suplido para los gastos en los muchachos, mujeres perdidas y holgazanes, que contra las órdenes más expresas mías, reunió en su casa y en la que ha invertido ya doce mil pesos en los seis meses pasados de este año, cuando mis órdenes fueron para solo reunir los huérfanos. Le contesté, sin embargo, que trajera su cuenta para que todo se pagara antes de irse, y aunque a mí no me ha respuesto, sé que exige que se pague a todo el que cobre por él, aunque no tenga cuenta ni documento. ¡Quiere V. S. ver una tal cabeza! En fin, hace doce días que está en eso y nada presenta; y me dicen que está pidiendo dinero prestado para librarlo contra V. S., porque él diz que no debe someterse a presentar cuentas al Gobierno.

»Al describir a V. S. todas las locuras de este caballero tendría que ser muy largo. V. S. pensará que yo estoy muy enfadado con él y no es así. Considero a don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por carácter y por sistema; pero lo considero también con una cabeza alborotada con ideas extravagantes, y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene bajo el plan que él dice y que yo no sé cuál es; porque diferentes veces le he pedido que me traiga por escrito el sistema que él quiere adoptar para que me sirva de regla y en ocho meses no me lo ha podido presentar...

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE».

«Chuquisaca, quince de julio de 1826.

Excmo. Señor Libertador Presidente, etc., etc., etc.

Amigo:

No he escrito a V. S. Primero: Porque esperaba que V. S. viniese para el Congreso. Segundo: Porque quiero dejarlo en libertad para que piense lo que le parezca sobre la renuncia que he hecho del encargo que me hizo.

»Las explicaciones tienen siempre el aire de chismes, sobre todo cuando se hacen de lejos. No sé si V. S. se acuerda que estando en París, siempre tenía yo la culpa de cuanto sucedía a Toro, a Montúfar, a V. S. y a todos sus amigos: pues así he seguido desde entonces: ya tengo el lomo duro y si he de decir lo que siento, me gusta tener la culpa, para evitarme el trabajo de justificarme: no hay cosa más pesada para mí.

»Mea culpa: el haberme encargado del hospicio de Bogotá. Mea culpa: el haber sido comisario bizcochero. Mea máxima culpa: el haberme metido a director en Charcas.

»Sáqueme V. S. de aquí, enviándome con qué irme: lo que había de haber guardado para mí, lo he gastado con los muchachos creyendo que hacía bien: no me quejo, porque creo que he hecho bien, y si V. S. cree lo contrario, será como siempre, mea culpa.

»Muriéndome estoy de fastidio aquí, porque no tengo qué hacer: lléveme V. S. a la costa y déjeme allí; por Dios ya V. S. sabe cómo he vivido ¿en qué emplearé mi tiempo?

»Aquí no hay un cuartillo: el carpintero francés que enganché en La Paz se ha entendido conmigo, y a mí no más ocurre: no tengo cosa de valor que vender, y le he dado una orden para que V. S. le haga pagar en Lima: por más que le he instado para que me espere, no quiere hacerlo, alegándome (con razón) que le hago perjuicio en su tiempo.

»Hasta la vista.

SIMÓN.

»El nombre del carpintero francés es *Brutus Simón*.

¡Qué casualidad…! ¡Tres Simones en un negocio! Así irá mi carta libranza.

»Señor Don Simón:

»Recomiendo a V. S. el maestro Simón.

SIMÓN.»

«Oruro, treinta de septiembre de 1827.

A Bolívar,

"Más vale tener un amigo ilustre que muchos ordinarios"(decía un filósofo), refiriéndose, tal vez, al valor del amigo, a la cantidad o calidad de protección que se podía esperar de él... Yo, de otro modo, no veo en la nombradla de un amigo sino una corroboración de las ideas que me decidieron a reconocerlo por tal.

»¡Muy sagrado es el nombre de la amistad!

»Los necios lo prostituyen, hasta el punto de reemplazar con él los tratamientos ordinarios.

»Señor»..., sin ser viejo.

»Caballero»..., sin ser noble *armado* ni *montado*, se dice en la calle a todos.

»*Amigo*..., reemplaza estos vocativos insignificantes, cuando hay familiaridad, confianza, cariño o desprecio que mostrar al llamado.

»La suma escrupulosidad con que examino el valor de los términos, no me permite confundirlos... *Amigo*, en mi concepto, es el que, simpatizando conmigo física, mental o moralmente, se me declara afecto. Tengo, por consiguiente, tres especies de amigos que llamo *simples*, cuando no me los atraigo sino por una sola cualidad y *compuestos* (dobles o triples) cuando coincidimos en dos o en las tres.

»En V. S. tengo un amigo *físico*, porque ambos somos inquietos, activos e infatigables. *Mental*, porque nos gobiernan las mismas ideas. *Moral*, porque nuestros humores, sentidos e ideas dirigen nuestras acciones al mismo fin... Que V. S. haya abrazado una profesión y yo otra, hace una diferencia de ejercido..., no de obra.

»Llenando para con V. S. los deberes de la amistad más consistente que pueda existir (que es la triple), he procedido en veintiún meses de ausencia, desde que V. S. me dejó en Chuquisaca, como procedí en veintiún años desde que V. S. me dejó en París, hasta que nos vimos en Lima... Siempre con consecuencia..., invariable como

mis principios, *nunca ha dejado Bolívar de ser a mis ojos el mismo*. La fortuna influye en la suerte de los hombres; pero no en su carácter: y los que dicen que *estados mudan costumbres*, por decir que los hombres varían, no advierten el error de su sentencia.

»No varía el hombre con el estado...

»El que afirma lo contrario, prueba que no lo observó bien en el estado anterior.

»Por satisfacer a V. S. y por satisfacerme a mí mismo, me separé de V. S. en Bolivia..., ¡qué mal hizo V. S. en dejarme...! ¡Y yo en no seguirlo! La obra que yo iba a, emprender exigía la presencia de V. S..., y V. S. para consumar la suya, necesitaba de mí.

»¡Jactancia..., estúpida presunción, tal vez, parecerá el decir que la emancipación del mediodía de América depende para *consolidarse* de un hombre tan oscuro como yo...! ¡Que el héroe que pudo solo trazar y ejecutar el plan de una independencia tan contestada por las armas, no puede solo establecer las bases de una libertad a que nadie parece oponerse...! Pero no es jactancia..., no es presunción. Sólo Bolívar puede dar a mis ideas su verdadero valor y hacer a mis pretensiones la justicia que merecen y como es a Bolívar a quien hablo, omito por inútil, alegar lo que, para convencer a otro, sería necesario.

»Dos ensayos llevo hechos en América y nadie ha traslucido el espíritu de mi plan. En Bogotá hice algo y apenas me entendieron: en Chuquisaca hice más y me entendieron menos; al verme recoger niños pobres, unos piensan que mi intención es hacerme llevar al cielo por los huérfanos..., y otros que conspiro a desmoralizarlos para que me acompañen al infierno. Sólo V. S. sabe, porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas, es menester gente nueva. Y que, de la que se llama decente lo más que se puede conseguir es el que no ofenda.

»Puede ser que la fortuna me ayude al fin..., (y V. S. ha de ser mi reina de España). De Cristóbal Colón se burlaron

porque prometió una nueva tierra: por deshacerse de él le dieron unos barcos viejos: después, los europeos se disputaron el honor del Descubrimiento; y ahora matan a los americanos por quitarles lo que antes llamaron sueños. ¿Quién sabe si, después que yo haya presentado a los Congresos de América los rumbos de una libertad que andan buscando en vano, no sale por ahí un Vespucio dando su nombre a mi Nuevo Mundo?

»Viéndome comprometido con V. S., conmigo mismo y con Bolivia en la obra que V. S. me confió..., procedí. Mis conocimientos se descubrieron en las primeras providencias que tomé. Mi actividad hizo aparecer en el corto espacio de cuatro meses el bosquejo de un plan ya ejecutado en sus primeros trazos —y mi prudencia vendó las dificultades que oponían, por una parte las gentes con quienes obraba, y por otra las que por sostener sus opiniones o por ejercitar su malignidad, se empleaban en desanimar, desaprobar, ridiculizar, etc. ...Llegó el atrevimiento de un clérigo a términos de insultarme groseramente en su casa. Todo lo soporté; pero no pude sufrir la desaprobación del Gobierno, y mucho menos el que me reprendiesen en público. ¡A mí desairarme…!, ¡reprenderme…!, ¡a mí…!, ni V. S...., y digo todo con esto: me retiré a mi casa y con la inacción y el silencio respondí: a un sargento que va a buscar forraje se le pone arrestado si en lugar de veinte quintales trae cuarenta..., a mí se me escribe, se me consulta, y si algo parece fuera de orden, se me dice privadamente, midiendo las expresiones, para no ofender mi delicadeza.

»Yo no era un empleadillo adocenado de los que obstruyen las antecámaras: yo era el brazo derecho del Gobierno: yo era el hombre que V. S. había honrado y recomendado en público repetidas veces: yo estaba encargado de dar ideas, no de recibirlas: yo me había ofrecido a concurrir con mis conocimientos y con mi persona a la creación de un Estado, no a someterme a formulillas, providencillas, ni decretillas —en fin, yo no

era ni secretario, ni amanuense, ni ministro, ni alguacil. Santander y Umaña me comprometieron con la gente de mostrador y de ruana en Bogotá, y porque los evité, dijeron que *yo lo había echado todo a rodar*. En Chuquisaca, Sucre me reprende como a un lacayo... No sé lo que habrá dicho, porque me salí de su palacio sin darle ni pedirle cuentas. Es muy regular que la satisfacción que haya dado a V. S. haya sido mi acusación; me ha tratado de *caprichoso*..., debo perdonárselo, porque no sabe o no quiere distinguir de sentimientos, ni de acciones: *caprichoso* es el necio..., *firme* es el hombre sensato..., el capricho se sostiene con la *terquedad* —la *firmeza* es propia de la razón.

«No he querido escribir a V. S., por no dar el menor indicio de que intentaba disculparme; a esta bajeza descienden los súbditos, no los amigos; veintiún meses he dado de plazo para que me inculpe y me acuse quien quiera, —a V. S. para que juzgue— y a mí para hacer una prueba que me interesa infinito..., la de la amistad de V. S. Si por casualidad un momento de olvido o de viveza ha podido deponerme del rango que tan dignamente he ocupado por tantos años en el concepto de V. S., los mismos veintiún meses le habrán sido bastantes para ocultar una debilidad; y que no sepa yo que Simón Bolívar pudo por un instante posponer mi mérito al mérito más relevante del mundo. El amor es muy delicado —la amistad lo es más aún y en el hombre sensible estos sentimientos son de una delicadeza extrema—, la menor sospecha es una mancha indeleble. Porque soy incapaz de perdonar una injuria, no quiero saber que me han ofendido; es cuanta generosidad puede esperar de mí una amante o un amigo.

»No por dar a V. S. nuevas pruebas de mi adhesión a su persona, sino por llenarlo de satisfacción, le diré que en honor de V. S. me he reducido a la última miseria. El sueldo que V. S. señaló a la empresa lo gasté en ella, no saqué de mi servicio otro provecho que el de comer con la gente que había recogido y el de vivir en la misma casa por algunos meses.

»Estando yo en Cochabamba para establecer las escuelas, un abogado indecente que hacía de Prefecto en Chuquisaca deshizo cuanto yo había hecho; a la vuelta me sitió una caterva de acreedores por deudas que el encargado del establecimiento durante mi ausencia había contraído para mantener la gente, —con consentimiento del general Sucre por boca de Infante. Di cuanto tenía, vendí mis libros, mi poca plata labrada y hasta ropa, y no me alcanzó para cubrir: quise trabajar y no pude por falta de capital. Infante me prestó trescientos pesos, Sucre quinientos; la mayor parte fue para pagar; me cogen las aguas en Chuquisaca y paso mil trabajos por falta de dinero: me presta un abogado doscientos pesos para irme a Lima, y al llegar a Oruro veo el mal estado de los negocios públicos en el Perú: el señor Vidaurre insultando a V. S. en los diarios, y persiguiendo a cuantos le son adictos. Me detengo en Oruro, se me acaba el dinero del viaje, el abogado me demanda por sus doscientos pesos, etc., etc., porque sería largo.

»En medio de estos conflictos recibo carta del coronel Althaus llamándome a Arequipa y ofreciéndome el empleo que quiera en servicio de la República. Ya antes me había llamado Gamarra al Cuzco, y para el viaje me había enviado quinientos pesos; a ambos he respondido que no quiero servir a ningún Gobierno; y que aunque desearía pasar al Perú para ocuparme en algún ramo de industria y subsistir mientras pueda irme a Colombia, no me atrevo a entrar en un país donde estoy seguro de tener disgustos y de acarrearme probablemente extorsiones, si no me incorporo en el gremio de los enemigos de V. S. Yo llevo por sistema el nunca desmentir mi carácter: cualesquiera que sean las circunstancias en que me halle, he de obrar según mis principios: evitaré el comprometerme y sobre todo el sacrificarme inútilmente; pero hacer yo o decir algo contra mis sentimientos por complacer..., no lo haré nunca. Tal vez por salvar mi persona me contradiría..., no quiero exponerme a tal deshonra.

»Me han propuesto llevarme a Méjico. ¿Qué voy a hacer yo en América sin V. S.? Mi viaje desde Londres fue por ver a V. S. y por ayudarlo, si podía: mis últimos años (que han de ser ya pocos) los quiero emplear en servir la causa de la libertad..., para esto tengo escrito yo mucho..., pero ha de ser con el apoyo de V. S...., si no..., me volveré a Europa, donde sé vivir y donde nada temo.

»Considere V. S. a un hombre de mis ideas y de mis intenciones paseándose en esta Palmira del Alto Perú —meditando sobre las tapias que han abandonado los mineros, sin poder pasar adelante ni volver atrás, sin tener en qué ocuparme, ni qué comer..., y bendiga V. S., si quiere, la suerte de los hombres de bien.

»Aquí soy un cero llenando un vacío: al lado de V. S. haría una función importante, porque V. S. valdría diez. Mientras V. S. conserve algún poder tendrá muchos amigos y, a centenares, quien le sirva por servirse a sí mismos: no sé si V. S. cayese en desgracia quién sería su Bertrand. Yo no busco en V. S. protección como poderoso, sino consuelo como amigo. Si V. S. continúa influyendo en los negocios públicos soy capaz de hacer y deshacer lo que ninguno (sea quien fuere) por el bien de la causa y por honor de V. S...., y si por desgracia de la América tuviese V. S. que retirarse a alguna Santa Elena, lo seguiría gustosísimo. Más honor habría en desterrarse con un héroe que no quiere ser rey, que con un hombre que por hacerse rey, dejó de ser héroe.

»Sucre y otros me han dicho muchas veces que reclame el sueldo por el tiempo que serví; y yo les he respondido que Ur. no me había traído consigo para darme títulos ni rentas: que por hacer un gran favor al país me había dejado dirigiendo su economía: que los seis mil pesos no se habían señalado para mi bolsa, sino para el empleo, que era muy dispendioso: no he querido tomar ni un real. Para pagar, como he dicho arriba, deudas que no eran mías y para mantenerme escasamente, me he adeudado:

»A Infante le debo.....	$ 300
A Sucre.....	500
A un pintor francés.....	800
Al general Gamarra.....	500
A un abogado por el precio corriente de unos billetes..... Pero éstos suben cada día.	200
Al carpintero francés que tomé en La Paz por orden de V. S. para maestro en el establecimiento y que el general Sucre dijo ser muy caro por cinco pesos diarios, cuando él mismo ha pagado despues tres pesos y medio a oficiales muy inferiores para refaccionar el colegio de Junín.....	900
	3.200

»No sé lo que deberé de aquí a la respuesta de V. S. para subsistir, ni lo que me costará el viaje por mar y tierra. Si V. S. me envía con qué pagar y viajar me iré; si no, me pondrán preso, me soltarán para que trabaje y pague, y la suerte hará el resto. En buenos trapos me veo, al fin de mi vida, por haberme metido a servir al público sin armas.

»El señor don Lucas de la Cotera se encarga de dirigir esta carta a V. S. y me ofrece darme aquí lo que V. S. le mande darme bajo su simple orden.

»Adiós,

SIMÓN RODRÍGUEZ».

✵

«Como Noé, en una balsa». En aquella maltrecha balsa que costeaba el Pacífico rumbo al sur llevaba todos los se-

res, benéficos y dañinos, de su mundo antes que el gran diluvio de la muerte se los llevara con él. Todos estaban allí en su evocación y en su angustia. Casi más de ochenta años de andanza y de reconocer gentes. No era una balsa, era un continente. Eran dos continentes. Osos y llamas, cóndores y becazas, lobos y coyotes, águilas y gallinazos, gorriones y colibríes. Así de variados y distintos eran los hombres. Y los escenarios. Cuántas veces había entrado y salido por la boca del Guayas. Desde aquel día de 1823 en que llegó con las tropas de Valero. Hasta ahora. Que era el fin.

Fue subir desde Lima hasta el Cuzco y hasta el Potosí. Hasta aquella entrada en Chuquisaca, hasta Cochabamba, hasta los despeñaderos de la otra vertiente de la otra cordillera. Y de allí como agua empezó a rodar.

Tuvo el presentimiento de todo lo que iba a ocurrir aquel día de enero, cuando Bolívar regresaba a Lima y a su destino trágico y él se quedaba en aquel reino extraño de la altiplanicie, con un frío de puna y de angustia en los huesos.

«Putas y ladrones. Eso era lo que decían, Camilo». El mozo no podía seguir el hilo suelto de aquellas evocaciones cortadas de palabrotas que le salían a cuajaradas de la boca torpe. Dónde estarán ahora el doctor Centeno y el ministro Calvo que habían hecho cerrar la escuela-modelo de Chuquisaca. Vinieron con guardias, echaron a la calle los muchachos, pusieron candados a las puertas. «Se acabó este escándalo». El mariscal Sucre les dio oídos. Él tampoco pudo comprender toda la significación del ensayo. Si hasta Bolívar no quiso seguirlo sosteniendo. «Que yo agotaba el tesoro para mantener putas y ladrones, en lugar de ocuparme en el lustre de la gente decente. Las putas y los ladrones eran los hijos de los dueños del país. Los hijos de los indios. Los cholitos y las cholitas que ruedan en las calles y que ahora serían más decentes que los hijos y las hijas del señor Calvo». Era imposible hacerlos comprender que en aquellos niños abandonados estaba todo el porvenir

que buscaban torpemente por otros rumbos. «No hay uno que ponga los ojos en los niños pobres. No obstante en estos está la industria que piden, la riqueza que desean, la milicia que necesitaban, en una palabra la ¡Patria!»

No hubo respuesta de Bolívar. Le dolía recordarlo. No pudo dejar de saber lo que le había ocurrido. Era un encargo demasiado importante el que le había confiado para que más nunca hubiera tratado de averiguar algo. No todas las cartas hubieron de perderse.

¿Dónde estaba Bolívar entonces? Caminaba los últimos pasos hacia la muerte. Desde lejos él había presenciado la continua desintegración de la obra gigantesca. Había visto lanzarse sobre su nombre y su obra aquellos mismos hombres que le debían todo. A quienes había hecho generales, magistrados, ciudadanos de una república, hombres libres. Todas las calumnias eran pocas para herirlo y ofenderlo.

Él lo vio llegar como un Dios a las viejas ciudades de la sierra. Lo vio adorar y venerar. Y ahora no había calificativo suficientemente denigratorio para arrojárselo encima. Ambicioso, zambo, ladrón, tirano.

«Eras un hombre demasiado grande, Simón, para tanto enano». Apenas había dado la espalda habían comenzado a levantar las cabezas iracundas y maldicientes. Los Riva Agüero, los Gamarra, los La Mar, los Luna. Podía seguir enhebrando nombres sin término.

Él les adivinaba, ya en Chuquisaca, lo que no se atrevían a decir todavía, lo que ocultaban, en el lenguaje mudo y cobarde de las actitudes, de los aspavientos, de las confidencias ambiguas. «No conocía el miedo. No comprendía el valor y el peso de las centenarias tradiciones de estos antiguos países. Podía tener buenas intenciones, pero hirió, sin necesidad, muchos intereses y muchos derechos. Los más vetustos, los más respetados, los que venían de siglos de grandes servicios». ¿Qué podía él contestarles y decirles? «Miente usted doctor Centeno, es

usted un mentecato ministro Calvo, es usted un intrigante de baja estofa señor Infante, ¿qué entiende usted de esto coronel O'Connor, que a lo sumo está bueno para darle cintarazos a un pobre indio?»

Pero Bolívar se había ido y todo se había cambiado y erizado contra él. «Eso no tiene sentido, don Samuel», era el mariscal Sucre atosigado de ira. Eran los prebendados: «Sabemos que Usía ha sido el ayo de su excelencia». Qué ayo, ni qué zarandajas. «Yo no estoy aquí por ayo de nadie. He venido a realizar una gran obra y ése es mi único título. No tengo padrinos, ni protectores, ni valedores. Vengo a echar las bases de una república verdadera. Que no han sabido hacerla hasta ahora». Levantaba la voz como si increpara las invisibles presencias. «Ni la van a poder hacer mañana. ¡No! Porque no empiezan por donde hay que comenzar».

Cocho y Camilo se inclinaban sobré él. «Qué le está pasando». No era a ellos a quienes hablaba. Nada tenía que decirles. Qué podía hacer el bueno de Camilo sino ayudarlo a bien morir. Y qué le importaba a Cocho.

Cuando lo oían hablar inglés o francés con los artesanos europeos, arrugaban la cara. Eran lenguas de herejes, secreteos de masones, conchabamientos de revoltosos. Así no se portaba un cristiano. Oían el ruido de los martillos, de los hierros, lo veían amasar la greda para los tornos de alfarería, en medio de los niños que miraban con arrobamiento lo que se podía hacer con el metal, con la madera, con el barro y con las manos, y se persignaban como si vieran al diablo. ¿Dónde estaban las lecturas en corro, dónde estaba el sonsonete del deletreo? Aquello no era escuela sino casa de locos, mozos y mozas, viejos y jóvenes. Dios sabe lo que se haría allí.

Y todo el dinero que costaba. Seis mil pesos. Se ponía morado el ministro Calvo. Nueve mil pesos. Se indignaba el Congreso. Trece mil pesos, perdía la compostura el gran mariscal de Ayacucho. Era un despilfarro intolerable.

¿Cuánto costaban aquellas legiones de ministriles, covachuelistas, corchetes, cagatintas? ¿Cuánto costaban los sueldos, los uniformes, los sables dorados, los penachos de pluma, los morriones de piel de tantos generales, coroneles, mayores y comandantes, que ahora tenían poco que hacer y se pasaban el día jugando a los dados o en los traspatios de los burdeles? O las levitas, las mulas y las chisteras de los doctores y letrados de los dos derechos y los infinitos tuertos.

Hubiera tenido que pasarse el día sacando cuentas de tablas, de harinas, de hierros, de salarios, de vituallas.

O ponerse a escribir un proyecto con capítulos, artículos y escobos para explicar lo que tenía que hacer a las tres de la tarde el profesor segundo de aritmética, con los alumnos de tercera de albañilería.

¿Y entre tanto? Entre tanto todo iba a seguir lo mismo. Los miserables miserables, los poderosos poderosos, los indios con el cogote doblado, los hacendados con el látigo en alto y el país sin ley, sin libertad, y la república prometida en el limbo, en la irrisión, en la mentira de todos los días.



Fue bajando lentamente, como si rodara por la cuesta dormida. Achicándose y encogiéndose poco a poco, reduciéndose a una presencia cada vez más borrosa e insignificante. Ahora no lo acompañaba sino aquella otra mujer que había hallado en Chuquisaca. Color de tierra, vestida de tela de baratillo, con trenzas tintas de paciencia y habla mansa. Manuela Gómez, voz de chola, manos hacendosas, ojos bajos, sombra de su sombra, entre los guisos, los remiendos, los quehaceres sin término, un poco madre, un poco hija, un mucho criada y hembra para algún relámpago momentáneo. Era también un modo de no hablar a solas, aunque Manuela, entre sus atareos y sus tarareos, llegaba a contestar con alguna palabra que

sonaba a eco. En su vientre había comenzado a crecer una semilla de vida. «Todavía..., vea usted».

El olvido, la pobreza y la vejez lo iban borrando. Gris en gris, ocre en ocre, tierra sobre tierra. Un vecino más de Oruro. De pieza de posada en patio de vecindad. Casi con la misma voz, el mismo traje, igual color, idéntico aspecto de vecino borroso. Paulatinamente se iba disolviendo en soledad. En conversación de esquina con gentes pasajeras, con holgazanes y pelados. Ya casi no quedaban minas en Oruro. Quedaban socavones abiertos, gente apaciguada y sometida y pasajeros de recua. ¿De qué hablaban? De las cosas que ocurrían en Lima o en Chuquisaca. De las conspiraciones que se urdían y los alzamientos que se anunciaban.

«¿Qué se sabe del Libertador?» Hacían gestos de despreocupación o de desprecio. Se había ido hacia el norte. Debía andar por Guayaquil, o por Pasto; a lo mejor habría llegado a Buenaventura o Panamá. Ahora se hablaba del cholo Gamarra, del general La Mar.

Nadie preguntaba por él. Don Samuel, don Simón, el loco. Nadie venía a buscarlo. Ni carta, ni mensajero. Todos se habían olvidado de él. Compró sebo en el matadero, álcali en la farmacia, dirigió a un carpintero para que le hiciera unos moldes y se metía en el fondo de la casa, con un gran caldero humeante y apestoso, a fabricar velas y jabones. A eso había venido a parar. Cuando terminaba la tarea se iba de puerta en puerta de pulpería a vender sus productos. «Para limpiar y para alumbrar, sabe usted, dos cosas muy importantes». Limpiar y alumbrar por fuera, por lo menos, ya que no podía hacerlo por dentro, que era donde debía hacerlo. Limpiar con buen jabón aquellas mentes llenas de todas las suciedades de la mentira y de la ignorancia. Encender luz. Ahora tan solo con unas velas flacas, para que, por lo menos, no vislumbraran aparecidos. Más tarde habría que meter la antorcha del conocimiento científico en aquellas mentes pringosas, cavernosas, comidas de

oscuridad y supersticiones. El pulpero le tomaba, después de oírle con asombro la cháchara ininteligible, algunos artículos. «Si quiere, me los paga en mercancía». Llevaba café, harina, panela dulce y una botellita de mala tinta, que dejaba apenas una sombra de letra en el papel áspero.

Pasaban los días iguales. Vagas promesas, cobros, amenazas. Mudanzas bruscas del cuarto de donde lo echaban al cuarto donde lo acogían. Cada vez más tugurio de cholos mostrencos. Palabras duras, desdén, menosprecio en las miradas.

Un buen día se fue con una recua hasta Arequipa. Bajaba por la cuesta. En cada aldea, frente a cada casa de alcalde, le venía el recuerdo de Bolívar. Era el desandar del camino de aquella prodigiosa ascensión en que lo había seguido hasta la cumbre del Potosí.

Ya no parecía la misma Arequipa de la primera entrada. Ni gentío, ni campanas al vuelo, ni pendones, ni tropas tendidas, ni aquel clamor resonante de las aclamaciones.

Volvió a ver algunos de los conocidos de entonces. Visitas de importuno, abreviadas y mal recibidas. «Vamos a ver qué se puede». «Las cosas no están bien». Eran los momentos de asomar posibles beneficios. Montar fábricas, organizar obrajes, establecer industrias, hasta desviar un río para irrigar sembradíos y, desde luego, establecer una escuela modelo.

Le dieron algunos modestos quehaceres. Hacendados que le pedían que les reparara un ingenio o gentes modestas que le confiaban un niño para que lo enseñara a leer.

Llegó a la gran casa de don Pío Tristán. Guardias, criados, lacayos, gente pedigüeña apelmazada en portones y aceras.

No le fue fácil verlo. Don Pío estaba recogido, o estaba ausente en una de sus grandes fincas o lo señalaban como el posible jefe de alguna revuelta o de un brusco cambio de gobierno. De todo había sido don Pío, militar, magistrado, hacendado, alcalde de vara, jefe de cofradías, padrino de innumerables ahijados, y hasta virrey del Perú, por horas,

después de Ayacucho. Y ahora se rumoreaba que iba a ser Presidente, en alguna azarienta combinación.

Al fin lo recibió. Pasó por antesalas de solicitantes, por salas con corros de señoras en inacabable tertulia, tendidas en estrados, hasta aquel despacho de arzobispo o de oidor donde don Pío le tendió la mano, no sabía si para estrecharla o besarle el anillo.

Hablaron largo. Don Pío se dejó atrapar por el torrente de recuerdos, de agudezas y de novedades, que le soltaba sin tregua el visitante estrafalario.

Ya lo había conocido durante el breve paso de Bolívar. Hablaron nuevamente del coronel Mariano Tristán y del tiempo lejano de París. «Mi pobre hermano», decía invariablemente don Pío. La expresión se le endurecía cuando se hacía referencia a Teresa Laisney y a su hija. «Usted sabe bien que no se casaron». Rodríguez trataba de explicarle lo que había sido el inmenso trastorno de la revolución. «Aquello fue caótico, don Pío». Le hablaba de los matrimonios civiles, de los curas constitucionales, de toda la inmensa confusión de situaciones e identidades. Teresa era una excelente compañera y ya Flora, la hija, debía ser una mujer: «Debe tener ya veintitrés o veinticuatro años». No mostraba don Pío muchos deseos de conocerla. «Mi pobre hermano fue una víctima de las circunstancias». Luego añadió, como en una recriminación póstuma: «Ha podido hacer como yo. Quedarse del buen lado y, a lo mejor, ahora estaría aquí conmigo».

«¿Y qué se propone hacer usted?» Le asomó algunos de sus proyectos. Don Pío ponía cara de incrédulo. «Eso no es fácil. Vamos a ver».

No fue más allá. Atravesó de nuevo los salones, las antesalas, los patios. Y se encontró de nuevo en la calle de Arequipa. Se dio cuenta entonces que casi no habían hablado del Libertador.

Ahora le hablaban poco de Bolívar, si no era para denigrarlo. Don Pío apenas se lo nombró. Todos parecían

estar contra él. Eran vagas y tardías las noticias que le llegaban de sus andanzas. Había vuelto a Bogotá. Se le atacaba en los periódicos y se conspiraba contra él. Había seguido a Venezuela. El general Páez había desconocido el gobierno de Bogotá y gobernaba por su cuenta con el apoyo de los antibolivarianos. Bolívar se lo había dicho muchas veces en sus conversaciones. Veía venir irremediablemente la anarquía. Todo se iba a despedazar en una pugna violenta de apetitos elementales.

Leía las gacetas y la indignación lo atragantaba. «Miserables, no le pueden perdonar todo lo que le deben».

A veces se enfrascaba en discusiones que terminaban en injurias y gritos destemplados. Semiletrados, rábulas, tinterillos, que habían revestido todas las casacas, alzaban la voz. Sacaban nombres del fondo de los ecos de su ignorancia. Citaban a Iturbide (de ése por lo menos sabían que lo habían fusilado), a Napoleón, de quien sabían menos, y de César, de quien no sabían nada. «Bolívar no es sino un ambicioso y un usurpador, igual a ellos. Lo que quiere es hacerse rey y mandarnos de por vida». Trataba de replicar y casi no lo oían o le respondían con desprecio. «Diga usted lo que quiera. A ver, diga usted, empiece usted. Veremos lo que usted dice contra lo que dice el doctor Fulano. Usted no ha de saber más que él. Lo que sé decir es que Bolívar es un ambicioso y de aquí no me saca nadie». Era inútil tratar de explicarles. Nada querían comprender. «Háblele usted de otra cosa, porque en eso no convendré jamás. Tengo mis razones y solo un insensato y apasionado puede resistir a ellas».

Les replicaba con frío desprecio: «Pues si no es usted sino el doctor Fulano quien lo dice, vaya a preguntarle lo que ha de responder cuando le arguyan, y vuelva con la respuesta».

Por malhumorada curiosidad se puso a hacer una lista de las injurias que en papeles y conversaciones se decían sobre el Libertador. «Monstruo..., ladrón..., serpiente..., bajo..., villano..., cobarde..., violento..., desvergonzado..., déspota...,

pedante..., vano..., ambicioso..., intrigante..., entrometido..., aventurero..., usurpador…, inmoral..., libertino..., impío..., ateo..., sanguinario..., verdugo..., hipócrita..., pérfido..., traidor…» Llegó a catalogar sesenta y siete. ¿Cómo se podía, al mismo tiempo, ser vano y orgulloso, cobarde y atrevido, hereje y ateo?

La indignación lo sacudía. «Más de setenta intérpretes han trabajado de acuerdo, sin conocerse, en descubrir el carácter y las intenciones de Bolívar y, como por inspiración, le han compuesto una Letanía de Dicterios más abundante que la del rezo. ¡Qué honor para la América…!, haber producido el malvado más ilustre y los más eminentes moralistas».

«De cada rincón del continente se levanta una voz, que resuena por los aires y atraviesa los mares para anunciar a la Europa la aparición de un monstruo nunca visto. Él solo vale por todos los malhechores que nos pintan los romances y la historia... ¡Qué prodigio de maldad! y al lado ¡Qué modelo de civilidad y de virtud en sus censores! En todo lleva el Nuevo Mundo ventajas al Viejo. Un Plutarco bastó allá para escribir muchas vidas, acá se han necesitado muchos plutarcos para escribir una: lo solo que hay que sentir es que los hechos estén aún dispersos en remitidos, en proclamas, en ensayos, en manifiestos, en memorias; pero la letanía que se ha recitado puede suplir entretanto».

Ya que otros, acaso más obligados, no lo hacían, él se pondría a refutar todas aquellas sandeces y mentiras. Lo que hubiera tenido que decir a tantos tontos engreídos lo iba a poner por escrito. En las horas que le dejaba el ganapán rutinario, entre una diligencia de logros y una lección monótona, en el cuartucho, tarde en la noche, a la luz de una de sus propias velas, se puso a redactar un libro. Se llamaría: *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*. Le añadió un epígrafe: «La causa del general Bolívar es la de los pueblos americanos, en ella se interesan los jefes de las nuevas Repúblicas. Instruyamos al pueblo con nuestros debates».

Cuando comenzó a escribirla, en Bolivia, no había imprenta suficiente para pensar en publicar la obra. Empezó a circular en copias manuscritas como los antiguos códices de los conventos de la Edad Media. No podía imprimirla en Chuquisaca y había peligro en hacerlo en Arequipa. «Para defender al rey, en la persona de Luis XVI, no faltó quien abrazase su causa en presencia de..., ¡un pueblo entero…!, ¡enfurecido y armado! Para, defender al HÉROE, en la persona de Simón Bolívar, no hay quien ose encararse con un partido de pocos hombres, resentidos o preocupados. Entre bayonetas, abogó un francés por su señor; ¡entre Plumas temen los americanos apersonarse por su libertador! ¿Será prudencia o cobardía?»

Ya no era un libro, a pesar de que se acumulaban por centenares los pliegos sobre su mesa, sino un diálogo iracundo con todos los que no querían oír ni entender. Iba a replicar punto por punto, los ataques, las mentiras, las tergiversaciones, las verdades a medias, las falsedades arteras. Iba a discutir con los cautos malandrines que habían aguardado a que Bolívar se fuera para cubrirlo de calumnias y dicterios. Les arrojaba a las caras cobardes sus convicciones; «El hombre de la América del Sur es Bolívar». Lo mira en la perspectiva de la más elevada grandeza. «Un paralelo entre Washington, Bonaparte y Bolívar, con designio de elevar a uno solo, sería impertinente. Difícil empresa sería, en tres revoluciones tan desemejantes, traer los hechos a una exacta correspondencia para establecer *rangos* entre los tres hombres del siglo».

De la turbia ágora solapada sobresalían voces y se identificaban nombres conocidos.

Eran los de aquellos señorones de oropel y servidumbre de los palacios de Lima. Los que decían en la tertulia, entre sorbos de chocolate y estornudos de rapé «ese zambo» al hablar de Bolívar. Era más señor, más caballero, más cortés y pulido que todos ellos. Pero había que repetir que «Bolívar era zambo y que cuando era niño se divertía en matar *negritos*».

Eran las zarandajas y disparates que a diario salían en aquellos mal escritos papeles que la gente comentaba con la complacencia de ver atacar al que hasta ayer había sido poderoso y temido. Todo lo que hace el gran hombre es codicia, maniobra, manejo. «¿Ha leído usted lo que dice hoy *El Sol, La Estrella, El Relámpago, El Telégrafo, El Duende, El Iris, El Fénix, El Cóndor, La Abeja, El Escarabajo*? ¡Qué bueno! ¡Qué bien! ¡Cómo lo pone!»

Él masculla, apretando la pluma sobre el papel: «Hablen, si es menester, todos los animales revueltos con los astros en congreso..., el Libertador será siempre tal cual es, en el concepto de los hombres de juicio».

Replica directamente a los más ensañados. Vidaurre lo saca de sus casillas con sus aires de incorruptible republicano que denuncia las intenciones de Bolívar de coronarse. Vidaurre le ha escrito a Santander desde Lima acusando a los consejeros de trabajar por la monarquía. No se atreve todavía a acusar directamente a Bolívar. Aún le teme. Qué decía el artero: «Bolívar había llegado a un punto tan elevado que Washington y Tell tuvieron que cederle el puesto. Él era más grande que los anteriores héroes inmortales: su gloria se transmitía a todas las Américas, y desde los primeros hombres hasta los más miserables montuvios se significaban participando en su mérito. Se le hizo creer que podía ser más y él no advirtió que no había otro punto donde ascender. Desde la altura donde se hallaba, si emprendía un nuevo vuelo, era la caída necesaria consecuencia».

Replica con desprecio: «Si Bolívar hubiese querido ser rey no necesitaba mendigar sufragios, ni ocurrir a intrigas para obtenerlos, ni confiar la suerte de su pretensión a cuatro sujetos sin caudal y sin preponderancia».

Pero no son solo periódicos aldeanos y cartas venenosas de correo de intrigas. Hay también el grueso, el pesado libro de don José de la Riva Agüero, expresidente de pega, general de opereta y hombre con más campanillas y atributos que santo milagroso.

Desde su seguro refugio de Europa, con un océano protector de por medio, recoge, en página tras página, todo el catálogo de los denuestos y las mentiras. Qué no se atreve a decir: «Hay tiempos en que para oprobio de la raza humana, aparecen en la escena de las revoluciones, ciertos hombres perversos que prevalidos de la confusión y del trastorno de la sociedad, alucinan a la incauta multitud con palabras halagüeñas, hasta consumar sus criminales aspiraciones de dominación.

Al margen se pone a anotar los insultos. «Oprobio, perverso, criminales aspiraciones, abominable, iniquidades, delitos, cadalsos, saqueo, robo, falacia, cadáveres, ceniza, tigre hambriento, loca y detestable ambición, tirano, depravado, hipocresía, sumas sustraídas y escondidas». Cuando llega a la cuenta de ochenta y un denuestos tira la pluma sobre el papel. Salen como cucarachas de los viejos barcos en el puerto.

Es la tarea de nunca acabar. Pasa días enteros replicando acusaciones, enderezando errores, demostrando falsedades, repitiendo la cartilla de los hechos conocidos.

A ratos siente que el esfuerzo es inútil y sin objeto. «Los americanos han pasado como en sueños del ESTUPOR de la esclavitud al DELIRIO republicano..., la ciega SUMISIÓN de Siervo, sin preguntar quién mandaba, ha degenerado en ARROGANCIA DE SEÑOR SIN SABER QUIÉN HA DE OBEDECER. Se quejaban antes de no ser bastante *Súbditos* y para estar más sujetos, mendigaban el HONOR DE SERVIR, ahora, confundiendo la justicia con la arbitrariedad, a nadie quieren someterse, a nadie quieren respetar. Tal vez no hay remedio. El mal de América es inveterado. Tres siglos de ignorancia y de abandono en el Pueblo y de indiferencia en el Gobierno».

A ratos volvía atrás e intercalaba hojas nuevas. Bajo el manto y en medio de la confidencia algunos amigos sacaban copias. ¿Iría Bolívar a leer alguna vez aquel libro? No lo esperaba. Cada día las noticias eran peores. No necesitaba oírlas, le bastaba con advertir la sonrisa de satisfacción en la cara de los nuevos adalides de la patria.

No llegaban informes sino de algaradas, manifestaciones de protesta, proclamaciones de autonomía. Hasta que llegó, un mes o dos meses después, aquella noticia, al principio susurrada y luego comentada y ampliada con gestos de aprobación.

«Estuvieron a punto de matarlo en Bogotá... De milagro pudo escapar y salvarse. Era de preverse. Hay mucho descontento. Ya la gente quiere otra cosa».

En el destartalado palacio de los virreyes en Bogotá. Había entrado en la noche con espadas y pistolas un grupo de conjurados. Embozos, cuchicheos, vaivén de candiles junto a la alcoba. Querían acabar con el monstruo.



«En esto han de pensar los americanos, no en pelear unos con otros». Fue lo que puso como epígrafe, en bastardilla muy menuda, debajo del título: *Sociedades Americanas en 1828*. En la imprenta de Arequipa vieron con malos ojos aquella tipografía caprichosa y aquella ortografía insurgente. En cada página varios tipos de letras, de todos los tamaños, ordenadas en ringleras de palabras, conectadas por llaves regidas por un solo verbo o un solo sustantivo puesto en el medio. «Escribir es pintar las ideas».

No había dinero sino para imprimir la introducción en un folleto flaco. Para poner lo esencial de lo que había venido diciendo, por tanto tiempo, a oídos sordos. Lo que no logró realizar en Bogotá, lo que Bolívar comprendía, lo que en Chuquisaca le deshicieron. Allí quedaría, en aquellas páginas. Alguien, algún día lo descubriría. Y puede que entonces comenzara a realizarse aquel proyecto de salvación. No importaba que no se acordaran de él. Ni siquiera puso el nombre del autor.

La sociedad y la escuela estaban estrechamente unidas. Una escuela tradicional perpetúa una sociedad tradicional.

Era un círculo vicioso. Para hacer república se necesitaban republicanos y tan sólo una escuela republicana podía hacerlos. Era así de simple y de evidente el problema.

Tanto lo había dicho y, sin embargo, parecía siempre nuevo y hasta casi hereje a aquellas cabezas duras atiborradas de prejuicios y resabios. Un libro podría ir más lejos que su palabra. Que aquel esfuerzo de repetir y repetir, ante rostros remolones y sonrisas de incredulidad, aquellas verdades. Ahora no era a Bolívar a quien se lo decía en la enfebrecida charla que desbordaba sobre el mapa de América y sobre los siglos futuros. No era ni siquiera a un señor regidor, obispo, curaca, sino al certero azar de un puñado de páginas escritas que iban a rodar por muchas manos. En alguna parte prendería la chispa. Alguien leería con interés y, después, con asombro: «No está tan loco este hombre como dicen». En Lima, en Santiago, en algún pueblón de la cordillera, aquello que dejaba en el papel iba a cobrar vida ante un lector apasionado. Hoy o mañana. No importa, pero algún día tendrían que hacerlo.

Solo, frente al papel, iba poniendo aquellas palabras que hubieran debido ser dichas ante la más alta e ilustrada asamblea del Nuevo Mundo. «El estado actual de la América pide serias reflexiones…» «En la América del Sur las repúblicas están *Establecidas* pero no *Fundadas*».

«El autor es republicano». Sonreía al escribirlo. ¿Qué otra cosa podía ser, qué otra cosa había sido toda su vida? Pero no republicano de proclama y de feria, sino hombre de reflexión empecinado en hallar la forma de crear y hacer funcionar una república verdadera. No bastaba con proclamarla y establecerla en un acto solemne, sino que había que fundarla. Además, tal vez, en aquella hora y por paradoja increíble era en aquellos pueblos recién libertados donde podría hacerse el ensayo. «Gobierno verdaderamente republicano. La América es (en el día) el único lugar donde sea permitido establecerlo».

No era nada escribir en el rincón del cuarto de pobre donde se acodaba por horas, abstraído de todo. Lo peor

era la disputa continua con el impresor. «¿Qué necesidad hay de poner tantos tipos distintos de letras de todos los tamaños? La gente se va a confundir». «No se preocupe usted. Ya aprenderán. Escribir es pintar ideas. Lo que yo trato es de pintarlas con más claridad. ¿Cómo sabe uno donde está lo importante en esas páginas grises y parejas de los libros ordinarios?»

Había que hacer comparaciones para facilitar el entendimiento. Entre la lengua y el Gobierno. «La lengua y el Gobierno de los Estados están en el mismo estado

necesitando reforma y pudiendo admitirla } por una parte

y por otra

los Reformadores { tentando de varios modos, sin dar con el verdadero».

«Se pierde mucho papel con este sistema, señor don Simón». «Sí, amigo impresor, pero se gana mucha claridad». Iba a emplear enumeraciones precisas y fáciles de retener. «Persuádanse los republicanos de cuatro cosas importantes en su causa».

Repetía las cosas más obvias. Se puede gobernar por la fuerza, es difícil distinguir entre la autoridad abstracta y legítima y el hombre que manda; la resistencia contra el despotismo no llega a la masa «de un pueblo que lo soporta sin sentirlo».

Nada se conseguirá si no se les hace sentir los efectos saludables de una mudanza.

Allí lo ponía en tres renglones como una ley sagrada en tabla de piedra.

«Educación *Popular*
Destinación a *Ejercicios útiles*
Aspiración *fundada* a la propiedad».

«Se ha obtenido ya en América, no la *Independencia* sino un *armisticio* en la guerra que ha de decidirla... El estado de la América no es el de la independencia, sino el de una *suspensión de armas*... ¡Cuánto trastorno! ¡Cuánta sangre…!, para conseguir tan poco..., y ¡cuán lastimoso no sería el perder tantos sacrificios!»

Llegaba el momento de decir las amargas verdades que los demagogos no podían admitir. «Por poco que se observe la dirección que van tomando los negocios públicos en América se advertirán muchas impropiedades que arguyen un principio de desorden».

«IMPROPIEDADES EN LA MASA».

«Ni el pueblo sabe lo que ha de hacer, ni sus directores lo que han de hacer con él…»

«... en varias partes de la América el pueblo va subiendo por grados al mando..., sin saber mandar; y los gobernantes bajando a obedecerle..., sin poderse someter... El pueblo con manos postizas *hace* la obra sagrada de su constitución y con sus propias manos la *rasga*...»

«El pueblo republicano en la América del Sur, no es el mayor número de hombres, como lo es en otras partes; sino un número muy corto, que asume (porque tiene medios pecuniarios o mentales) no solo la facultad de representar al pueblo en congreso, sino la de responder por él, no sólo la facultad de *mandar*, sino la de *obedecer* o *resistir* a nombre del pueblo».

Los serviles, los godos, los amos de los viejos privilegios, podían sacar provecho de aquellas palabras. No era para ellos ni para servirlos, sino para decir todas las verdades, sin atenuación y sin grados. Había que comenzar por reconocer las cosas como eran. Ya diría a los conchudos, los ultramontanos, los aventajados, ya lo había dicho muchas veces, todo lo que tenía que decirles. Arrebatarles el casacón de parada y dejarlos en su fea desnudez.

Había también las impropiedades de los jefes. La de los jefes militares que se creían dotados para gobernar

repúblicas, el corto y agitado tiempo de los gobiernos que impide la formación de estadistas verdaderos, el recurso, continuo, por falta de gente calificada, a «los desertores o de las Sacristías, o de las audiencias o de las oficinas reales, donde los sorprendió la revolución».

Y aquel parlamentarismo de pega, imitado de Francia y de Inglaterra, con cámaras altas y bajas.

Como en una lección de párvulos explica por qué no se puede volver a la Monarquía, las contradicciones de un sistema mixto, y las dificultades de establecer realmente la república.

«Ni los realistas,
ni los republicanos,
ni los mixtos
} tienen un camino abierto y seguro.»

Había que enumerar los medios adecuados para enderezar tantos males y yerros. Los enumeraría uno por uno, como en una cartilla elemental, para martillarla en la cabeza de aquellos mal oyentes y mal querientes: generales hirsutos y mandones, leguleyos vociferantes y enredadores, amos de tierras y de hombres, endurecidos y ensordecidos en sus privilegios y usos seculares, curas ignaros y gente desamparada.

La primera recomendación es la de no entrar en tratados y arreglos con los reyes. «Solicitar reconocimientos, es querer que los soberanos convengan lo que no les conviene».

«Conduzcámonos bien
Trabajemos en casa y...
Dejemos nacer la conveniencia».

Tampoco había que apresurarse a celebrar un concordato con el papa. «No importunen con propuestas ni con ruegos».

Ahora, en tercer lugar, iba a referirse a la libertad de cultos. No iba a halagar las imaginaciones encendidas de los bachilleres dantontainas y robesperrunos, que ladraban sus

estribillos revolucionarios, sin saber lo que era revolución, ni lo que era pueblo, ni lo que era sociedad. Se indignarían aún más y lo llamarían viejo retrógrado, papanatas, a él, que venía del mundo de las revoluciones verdaderas, de la de Francia, de la de Inglaterra, de la de los Estados Unidos y que conocía las nuevas ideas.

No era para ellos que escribía, sino para que las verdades que había llegado a conocer no murieran con él y quedaran escritas para alguien algún día.

No creía en la conveniencia de la libertad absoluta de cultos, a imitación europea. Pocos se atreverían a decir semejante cosa, pero él tenía que atreverse. De otro modo no tendría sentido escribir aquel testamento, aquella botella al agua.

«De todo entenderán los españoles poco o mucho; pero de *pluralidad de cultos*..., nada; porque nunca conocieron sino uno..., La pluralidad de cultos es incompatible con el estado político y religioso de las colonias españolas, y con el carácter de sus gentes. El remedio se ha de adaptar al mal; pero no se han de causar males, sólo por el gusto de aplicar remedios».

«No por proyecto sino por casualidad, se ha llenado la Europa de sectas religiosas; por espacio de siglos estuvieron estas persiguiéndose y matándose; hasta que cansadas de pretender, sin fruto, una dominación exclusiva, vieron que les convenía tolerarse: deben vivir juntas, luego es también que se entiendan».

«En los Estados Unidos no se crearon sectas..., hechas vinieron de Europa: está bien que se conserven, porque entre todas componen el Estado».

«Pero ¿qué sabe un indio, un negro, y de los blancos...? ¡Cuántos! lo que es ser judío. Mahometano, católico romano o protestante? ¿Qué necesidad hay de plantar en el jardín de Colón árboles que enseñen *la ciencia del bien y del mal*...? ¿Será, acaso, para que haya evas, adanes y serpientes a millares...? ¿Ganarían algo en representar este *auto sacra-*

mental..., unas gentes que no conocen otras etiquetas religiosas, que las de sus procesiones y novenas...?»

«PARA PONERNOS AL NIVEL DE LAS NACIONES CULTAS (dicen algunos americanos) y sobre todo para que la Inglaterra nos reconozca..., debemos admitir la libertad de cultos».

«¡¡¡Error…!!! *Libertad de conciencia* (querrán decir)».

Así como importan géneros y modas, importaban querellas ajenas. Para pelear a la inglesa, a la francesa o a la filadelfiana. «Por máxima fundamental..., los americanos deben abstenerse de todo procedimiento que pueda *desunirlos... Diversidad de sentimientos* religiosos no anuncia CONCORDIA. Respeten los principios de los Estados Unidos, en esta parte; pero no los adopten por ahora».

Pero no todo es política. Hay que mirar hacia el sustento y el trabajo. «Los indios y los negros no trabajarán siempre para satisfacer *escasamente* sus propias necesidades, y con *exceso* las muchas de sus amos».

Él había visto en Inglaterra y en Francia brotar de los campos y de los talleres la verdadera riqueza. Había leído a Adam Smith y estaba convencido de que el trabajo de una nación es el que le da todos los medios de subsistir. América estaba en barbecho, en conuco, en agricultura de la Edad de Piedra y en artesanía de la Edad Media.

El comercio se limitaba a las importaciones. La herencia del monopolio colonial pesaba en las mentes y en los hábitos.

Había que producir. «Vuelvan nuestros mercaderes los ojos hacia el interior del país y verán fuentes de riqueza a su superficie. Cuando tengan cambios comerciarán... Mucho traen los europeos a los puertos de América —los retornos no están en proporción. Si hubiera *circulación de capitales*, en todos los puntos donde se compra y vende, *el valor de los cambios* haría ver el déficit de las plazas. Los europeos calculan..., *sobre su industria* y los americanos..., sobre *comisiones contra sí mismos*».

Había que enseñarlos a producir. Formar artesanos, agricultores y comerciantes con otro sentido de la creación de

la riqueza. El contraste entre las grandes riquezas naturales del continente y la pobreza de sus habitantes no podía continuar.

Pero quién, sino él, conocía el remedio verdadero y eficaz. Institutos para enseñar todas las ciencias. Llevaba años en esa prédica. Lo había dicho y repetido en todas las formas imaginables. Ahora en Arequipa volvía, sin desmayo, a ponerlo de nuevo sobre el papel. «La ignorancia es la causa de todos los males que el hombre se hace y hace a otros».

Ha de haber un orden en el deber. «Está bien que los jóvenes se instruyan pero *en lo necesario primero*».

«¿Qué saben y qué tienen los jóvenes americanos?»

«Sabrán muchas cosas pero no *vivir en república*…»

«*Saber sus obligaciones sociales* es el primer deber de un republicano, y la primera de sus obligaciones es *vivir de una industria* que no le perjudique, ni perjudique a otro, directa ni indirectamente».

«Al que no sabe cualquiera lo engaña
Al que no tiene cualquiera lo compra
los directores de las Repúblicas…» } deben repetirse con frecuencia…

«Nada importa tanto como el *tener pueblo*: formarlo debe ser la única ocupación de los que se apersonan por la causa social».

«¡Pueblo soberano!..., está muy bien
¡Yo lo represento!..., ¿cómo?
¡Yo lo defiendo!..., ¿con qué?»
«¿Dónde está el soberano?»
«¡¿En las calles retozando cuando niño?!
¡¿Disipando todo el tiempo de su juventud en placeres?!
¡¿Calculando incertidumbres en su virilidad?!
¡¿Viviendo de una escasa renta o llorando su miseria cuando viejo?!...»

«Este soberano ni aprendió a mandar, ni manda..., y el que manda a su nombre lo gobierna..., lo domina..., lo esclaviza..., y lo inmola a sus caprichos cuando es menester». Lo había dicho

tantas veces, en tantas formas, que ya casi se le había convertido en una letanía de devoción. Lo primero era organizar una educación que formara ciudadanos, que preparara para vivir en república, que enseñara a trabajar para vivir, a ejercer sus derechos y a cumplir sus deberes. Sin eso no habría república, sino farsa de pronunciamientos y de proclamas, letra muerta de constituciones y miseria y atraso para todos.

Hay momentos en que alza la voz y parece impetrar a la invisible muchedumbre que no ha querido oírlo: «¡Entre tantos hombres de juicio..., de talento..., de algún caudal…, como cuenta la América!... ¡Entre tantos bien intencionados…!, entre tantos ¡patriotas…!, (tómese la palabra en su sentido recto) no hay uno que ponga los ojos en los niños pobres. No obstante, en estos está

«la industria que piden...
la riqueza que desean...
la milicia que necesitan...
en una palabra, la..., ¡Patria…!»

Muchas cosas tenían que quedarse fuera del pequeño volumen. Le dolía dejarlas. Al final de aquello, que no era sino una introducción al libro que acaso no publicaría nunca, puso, en su grafía llamativa, la cuestión fundamental. Acaso iban a decirle los bachilleres latinistas que no citaba autoridades antiguas ni modernas. Tenían la cabeza llena de doctrinas y citas, pero los ojos ciegos ante la realidad.

«En lugar de pensar { en medos / en persas / en egipcios } pensemos en los indios»

«La decadencia que experimentaron en su propio suelo { los griegos / y / los romanos } después de algunos siglos de dominación,

no nos importa tanto como...

la *decrepitud prematura* en que empiezan a caer.... (casi a su nacimiento)... las Repúblicas que han hecho los *Europeos* y los *Africanos* en el suelo de los *Indios*».

Salió el flaco volumen de la imprenta. Lo envió a la gente de pro de la ciudad. A los caballeros, a los hacendados, a los magistrados y los doctos. Iba de puerta en puerta dejando el corto paquete de hojas. Olorosas todavía a papel nuevo y a tinta fresca. Las envió también por encomienda a las ciudades de su tránsito. A Sucre en Chuquisaca, a Guayaquil, a Bogotá. Y un ejemplar a su amigo del destino, Simón Bolívar, donde esté o en la inmortalidad.

Ya no se perdería todo con su muerte, con su miseria, con su abandono. Allí quedaba aquel cuaderno de terribles conminaciones para todos los americanos. Algún día podrían descubrir, con asombro, que en esas páginas estaba el simple y eficaz secreto de hacer república.

«¿Qué sabes tú de república? ¿Dónde la has visto, Manuela Gómez? ¿Crees acaso que es un pájaro raro, lleno de colorines o una bestia extraña y nunca encontrada, como si te hablaran del unicornio, del hipogrifo y de la salamandra? Pero ni busca las doncellas puras, ni vive en el fuego, ni tiene alas y cola de dragón. Es una mejor manera de vivir para toda la gente. Para los señorones, para los pelados y para ti también, Manuela Gómez. Es la *Res Pública*, no el buey público, ni la vaca pública, sino la cosa de todos, el bien de todos, la sociedad realizada en toda su perfección».

Dos trenzas negras atadas en moño, una bata de chola, una cara mansa, las manos hacendosas con la aguja y con las cacerolas, Manuela Gómez lo oía sin responderle. Estaba ya habituada a aquellos monólogos, a aquellas tiradas vehementes, a aquel borbollón de pensamientos extraños y de palabras raras. «No tenemos República porque no la hemos heredado y no sabemos hacerla».

Afuera, indiferente, inalterable, intemporal, con las mismas gentes, las mismas palabras, los mismos sucesos, la

villa de Arequipa lo cercaba con sus calles y veredas como una inmensa araña letal.



El tiempo de Arequipa le pareció un intermedio. Estaba como en espera de algo. En ese estado de ánimo se había sentido desde que abandonó Chuquisaca. No se atrevía ni siquiera a formularse a sí mismo lo que pensaba. Un día Bolívar iba a volver, regresaría al Perú, se apretarían en un estrecho abrazo y comenzaría entonces, final y definitivamente, la gran empresa.

Todo lo que intentaba era ganar tiempo y distraer la espera.

A veces las noticias le alimentaban la esperanza secreta. Bolívar había salido de nuevo hacia el sur. Venía a someter a los rebeldes de Guayaquil. ¿Qué pasaría si seguía adelante hasta Lima?

En Arequipa veía con frecuencia al coronel Althaus. Ahora se ocupaba en planes de grandes obras. Se trataba de desviar las aguas del río Vincocaya para llevarlas al Zumbai. En los corrillos se hablaba de la magnitud y dificultad de la obra. Se haría una represa, con un vasto lago artificial y habría agua en abundancia. La mayoría de los tertuliantes no sabía mucho de lo que hablaban. Él se iba colando poco a poco en la discusión y terminaba por lanzar opiniones tajantes sobre los problemas técnicos de la obra. Impresionaba con la riqueza y precisión de sus conceptos. Citaba lo que habían hecho los holandeses, lo que había visto en San Petersburgo para proteger la ciudad de las aguas del golfo de Finlandia, las grandes obras de regadío que se habían hecho en Francia.

Lo llamaron los promotores. Se comprometió a preparar un estudio sobre la factibilidad de la empresa.

«¿Quién me manda a mí a meterme en nuevo lío?», le oyó murmurar Manuela Gómez. Ahora se marchaba con frecuen-

cia, a pie o a lomo de mula, con dos o tres compañeros, a los campos vecinos a hacer pruebas de suelos y mediciones. Recogía muestras de tierra y piedras. Medía los declives de la cuesta, calculaba el volumen del Vincocaya. Luego se encerraba en su habitación a sacar, por horas, largas cuentas de varas cúbicas, de ratas de evaporación, de velocidad de aguas, de presión hidráulica.

En aquellos altiplanos rasurados por la cuchilla del viento nada era más precioso que el agua. La vida de aquellas miserables gentes podía cambiar con canales de irrigación, represas y pantanos. «El Perú debe pensar menos en buscar *minas* que en buscar *aguas*, y en dar a estas la dirección que les falta para hacer HABITABLE en todos sus puntos, una región que parece estar, en gran parte, condenada por la naturaleza a ser eternamente desierta».

El cerro agujereado de Potosí parecía gritar por todas sus bocaminas abandonadas, lo transitorio y perecedero de la riqueza minera. ¿Dónde estaban ahora aquellos ricos azogueros legendarios que contaban la plata por arrobas y levantaban palacios delirantes en la desolación de la puna? ¿Que se hicieron las sedas de Francia, los paños de Flandes, los cascos y armaduras de Milán, las randas de perlas, el resplandor de los diamantes en pecheras y manos? Nada quedó. Quedaron leyendas, memorias descomunales de extravagancias, festejos, torneos, procesiones, demonios y santos. En cambio, con el agua y la tierra y el trabajo del hombre se había hecho la riqueza estable y creciente de los países ricos de Europa. No había minas en aquellos espesos campos de verdura de Holanda, de Francia, de Inglaterra. Pero había riqueza permanente.

Tal vez lo podrían nombrar director de las obras o contramaestre o asesor. Algunos lo llamaban simplemente entrometido o intrigante. «Entrometido está bien dicho. ¿Quién mete a Rodríguez en negocios ajenos?»

Hace levantamientos, analiza suelos y rocas, mide la velocidad del viento y luego se pone a escribir un largo

estudio. Por lo menos ha de servir para mostrar a tanto necio engreído cómo se puede y se debe estudiar un problema de esa índole. Va a probar que sabe más que un mero dómine repetidor de gangosas lecciones a muchachos obtusos. Va a dividir sus observaciones en cuatro especies: Fisionómicas, Fisiográficas, Fisiológicas y Económicas. Primero el aspecto físico del terreno, su inclinación, sus características, su situación. En segundo término, las peculiaridades de la obra propuesta hasta entonces, que era un dique que ya había comenzado a ser construido. La tercera observación era sobre la naturaleza geológica del terreno y, por último, sobre los materiales con que se piensa construir el dique, su resistencia, su duración y su costo.

No es partidario del dique. Considera que la evaporación es muy alta en esa zona de los Andes y que la obra de un dique sería demasiado costosa y exigiría una pericia y calidad de trabajo que no podría lograrse con los medios locales. Después de decenas de páginas de cálculos, argumentos, apreciaciones técnicas y ejemplos, abre una parte final que encabeza así: «Nuevo medio de conducción. CANAL. Propuesto por Simón Rodríguez». Largamente arguye en favor de su solución que resultará más pronta, más eficaz y más barata.

Discutía con los promotores. Lo recibían de mala gana. Destino de majadero insoportable. En septiembre logró hacer publicar, en la Imprenta del Gobierno, un volumen de casi cien páginas con sus valiosas observaciones.

No le hacían caso. Sabían más el coronel Althaus y el señor Rivero. Se haría dique, o no se haría nada, o se abandonaría lo hecho y los cóndores seguirían dibujando curvas de nivelación sobre el paisaje yermo.

Manuela Gómez lo veía regresar malhumorado, masculando injurias. «Tanto como podría yo ayudar y no quieren hacerme caso». Todo quedaba en promesas o en desdenes, pero ya había logrado en aquellos meses de Arequipa algo muy importante. Algo que lo resarcía y lo confortaba.

Había podido publicar tres obras, el corto pródromo de las *Sociedades Americanas en 1828*, la Defensa de Bolívar y las Observaciones sobre el aprovechamiento de las aguas del Vinccaya. Dejaba un testimonio. Podía quedar olvidado por años y hasta por generaciones pero, algún día, alguien toparía con los viejos impresos y lo haría resucitar en la plenitud de su pensamiento. Ya no se moriría por entero, ya no desaparecería para siempre su pensamiento. Había lanzado una semilla y algún día en algún rincón germinaría la planta.

Más tarde regresó hosco y cabizbajo. Tardó Manuela Gómez en hacerlo hablar. Habían asesinado a Antonio José de Sucre, el gran mariscal de Ayacucho. Había caído inerme, en el recodo de una vereda de montaña, en las selvas de Pasto, en una emboscada de matarifes a sueldo. Sucre contaba treinta y cinco años y era el jefe militar y político con más prestigio y autoridad moral en toda la región. Era el único que podía recoger la herencia de Bolívar. Era peor que matar a un héroe, era matar toda esperanza para América. ¿Qué maldición pesaba sobre los americanos? ¿Qué vieja culpa estaban pagando? ¿Qué los llevaba a aquellos extravíos de locura y de sangre? Mataban a los mejores. Triunfaban los malos. No podían saber aquellos infelices asesinos todo lo que habían matado con aquella cobarde descarga de emboscados.

Ya no había Sucre. Pronto no habría Bolívar. ¿Quién iba a quedar para poder realizar la obra grandiosa?

No había podido entenderse con Sucre. El mariscal se había dejado envolver por los camanduleros intrigantes y los letrados sin letras. Pero quién podía dudar de que era un hombre extraordinario. «Era el único que podía detener aquella avalancha de enanos voraces». Por eso lo mataron. No le era difícil nombrar a los beneficiarios del crimen. Obando y López, evidentemente. Pero detrás tenía que haber otros, más taimados y astutos, que querían guardar sus gobiernos y presidencias contra toda posibilidad de

supremacía del gran estado bolivariano que requería un gigante. Se entraba, sin remedio, en un horrible tiempo de miserias, pequeñeces y bribonadas.

No le iban a hacer caso para la canalización del Vincocaya. Ni como contramaestre, ni siquiera como entrometido.

Tampoco iba a quedar nadie para aquella otra inmensa empresa de la canalización del mundo americano hacia la República verdadera. Tierra yerma, sin provecho de torrentes perdidos.

Ya no había más que esperar en Arequipa. Hacía poco había nacido el hijo de Manuela. Un pedazo de carne amoratado que se ahogaba en llanto hasta que el pecho de la recién parida lo calmaba. Vaciló en escogerle el nombre. Acaso Cóndor o Huáscar o Simón. O José, como quería la madre, porque era el santo del día del parto. Se llamó José. Terminaría por llamarlo Cocho.

La lenta recua formada por la carga de los libros, la de los muebles y ropas, la de Manuela y el hijo, y la de él, mulas de alquiler mañosas y duras de boca, fueron bajando la cordillera hacia el mar para regresar a Lima.

Entró por El Callao. Ya no se oía aquel latir del cañón que anunciaba el sitio del fuerte seis años antes. Ahora todo estaba como detenido y apagado. No iba esta vez a encontrar a Bolívar. En el palacio de Gobierno estaba Gamarra, el cholo rebullidor y marrullero. Antes había estado La Mar y terminó en desastre. Lo último que hizo Sucre fue desbaratarlo en su intentona de invadir al Ecuador. Y antes había estado Santa Cruz.

Ahora no iba buscando sino refugio. Casucha de barrio pobre, vecindario de cholos, gente de menudos quehaceres y de desesperanza y novenario.

«Fue muy distinto hace seis años, Manuela Gómez». No podía saber ella, la mujer atareada en asear y cocinar el escaso alimento. Ya no tenía nada que buscar en la Magdalena Vieja. Ya no lo aguardaban el Libertador, los generales y los magistrados. Ya no había planes para

transformar la sociedad. Poca gente lo recordaba, había estado tan poco en Lima aquella vez.

Algunos que lo habían conocido en el Alto Perú repetían o recordaban las mismas hirientes patrañas. Era el «loco», el «inmoral» de Chuquisaca y Cochabamba. El que salió con cajas destempladas. El que no era bueno para nada sino para embrollar y escandalizar. «Dios nos libre de ignorantes y de tontos».

Algunos, sin embargo, le tendieron la mano. «Gracias al señor Cáceres podremos mal comer y vivir por ahora». Empezó a recibir algunos niños en pensión para enseñarlos en la casa. Para inculcarles virtudes, socialidad y respeto a la verdad. Se ocupaba también en menudos trabajos de encargo. A veces llegaba hasta la plaza de Armas o el Jirón. Allí revoloteaban, como gorriones, los chismes y las increíbles noticias.

Y allí fue que recibió el temido aviso. «El tirano ha muerto». Había satisfacción en repetirlo y en correrlo. Se quedó detenido y sin voz. Más tarde empezó a medir la horrible desgracia.

Simón había renunciado a todo. Se había marchado de Bogotá hacia la costa del Caribe. Iba perseguido por las calumnias y los insultos. Había envejecido velozmente. Los ojos hinchones, el rostro arrugado, el cabello emblanquecido. Agitado por la fiebre y sacudido por la tos. Pensaba todavía poder irse a Europa. Volver a Francia a terminar sus días en el olvido y el alejamiento. Pero no había tenido fuerzas para hacerlo. Había ido a morir, deshecho y agotado en la casa campestre de un español hidalgo. «Vámonos. Lleven mi equipaje a la fragata. Vámonos, que aquí no nos quieren», había murmurado antes de morir.

Estuvo sin salir varios días tragando su indignación y su dolor. Tomaba el libro de la *Defensa* y leía en alta voz, para Manuela Gómez, para los pupilos, para nadie, pedazos en imprecación y en ahogo.

«Tiranos Bolívar y Sucre. Tiranos estos dos hombres excepcionales que fueron los libertadores de la América

del Sur. ¿Quién de todos los que componían aquella muchedumbre indiferente no les debía algo o mucho? No se habían podido o querido dar cuenta de lo que fueron aquellos venezolanos, los hombres más guerreros, más liberales, más desinteresados, más magnánimos y más dignos de respeto de todos los hombres justos que haya en el mundo. ¿Dónde iba a hallar la América hombres semejantes?»

¿Qué iba a quedar ahora? Un hormiguero de intrigantes, un albur de apetitos, una triste feria de logreros pueblerinos.

En la noche, cuando Manuela Gómez encendía su lámpara de aceite ante la imagen de la Virgen, le dijo, mientras se alejaba hacia el patio a mirar las estrellas: «Reza tú por él. Yo no sabría hacerlo».

Se sintió viejo. Ya había cumplido los sesenta años. Hasta entonces había vivido indiferente a su edad. Lleno de impulsos, de osadías, de proyectos. Emparejado con hombres más jóvenes que él, discutiendo o trabajando con ellos. Cuando lo llamaban «viejo» por ofenderlo o descalificarlo reaccionaba instintivamente, en una actitud de negación y defensa. No se sentía viejo, miraba hacia el porvenir, la voluntad de hacer no le dejaba tregua. No era aquello que las gentes llaman un anciano, un vejete, carranclo, chocho, caduco, mascando el agua. Sentía más vigor intelectual y hasta físico que muchos mozos. Caminaba con agilidad y firmeza. «Y no me falla la cabeza». La rapidez mental, el hervor inagotable del pensamiento, la curiosidad despierta ante todas las cosas le decían que estaba más vivo que todos aquellos torpes, perezosos, adormilados, hueros, ignorantes y necios de solemnidad que topaba en todas partes.

Pero, ahora, algo había cambiado, o todo había cambiado. Ya no era el tiempo de Bolívar y de Sucre. Ya no lo

sería más nunca. Ahora eran los días miserables de las tretas y las zancadillas de los Gamarra, los Santa Cruz, los La Mar, los Obando, los Santander. Gente pequeña y sin alas. Recordaba poco a Venezuela. Se sentía cortado de ella por la distancia y por el tiempo. Por allá mandaban aquellos hombres que él no conocía, Paéz con su lanza, Soublette con su astucia, y aquel joven Guzmán tan fértil en intrigas. Más cerca se sentía de la Nueva Granada. Pero ya no era Colombia ni lo volvería a ser. Ahora era el tiempo de los antibolivarianos parroquiales, de los capataces lugareños. Gentes de las que nada podía esperar. Ni tampoco tenía nada que proponerles que pudiera ser comprendido por ellos.

«Escríbale usted al general Flores, es su paisano y es el hombre que manda en Quito y en Guayaquil» Aquello de paisano era vago y carecía de sentido para él. El joven general Flores no estaba para planes de educación sino para reclutamiento de tropas y golpes de fuerza. ¿Además, qué significaba aquello de paisano? Persona del mismo país, vecino del mismo lugarejo, participante de los chismes, las leyendas y las supersticiones locales. País, *pagus*, pequeño campo. En ese sentido no había sido nunca pagano. Se sentía mucho más cerca de los hombres cultos y liberales de las más remotas tierras que de todos los tontos que habían podido nacer en su parroquia. Lo uno era un azar del nacimiento, lo otro era una afinidad de la inteligencia y la sensibilidad. Nada le hubiera costado quedarse en Europa. Se sentía a gusto en medio de la gente de su mismo nivel intelectual. «Yo no he venido a América porque nací en ella», repetía, sino porque había la posibilidad de realizar un gran ensayo de renovación.

A veces se le acusaba, precisamente, de ser cosmopolita. Había recogido por escrito lo que tantas veces había dicho, a voces destempladas: «cosmopolita..., no egoísta..., como el vulgo interpreta la palabra, sino un hombre eminentemente Sociable, porque ve su patria donde se halla, y compatriotas en los que lo rodean, que en cualquier parte vive porque

no es vaca para tener comedero, que no hace lo que ve hacer a todos, porque no es mono para imitar sin crítica, ni veleta para volverse a todos los vientos, que a nadie ofende y hace el BIEN que puede, que sólo se desvela hablando y escribiendo para hacer ver la importancia de la Primera Escuela, y que si TODOS pensaran como ÉL, no habría Amos, porque no habría esclavos..., ni títeres, porque no habría quien los hiciera BAILAR, ni guerras, porque no habría a quien arrear al matadero».

El panorama había cambiado. La posibilidad de realizar el gran proyecto se había hecho casi nula. Ya no iba a poder poner una nación entera «en noviciado», ahora tendría que resignarse, él también, a hacer las cosas en pequeño. Lo que pudieran sus escritos, que podían poco. Buena parte de la edición del folleto de Arequipa sobre las Sociedades Americanas terminó en los mostradores de las pulperías sirviendo de papel de envolver. Pero, sin embargo, todavía se iluminaba de un rescoldo de esperanza cuando enviaba algún ejemplar al consejero de algún hombre poderoso del momento. Tal vez se animaría a leer, acaso la lectura tendría la virtud de avivarle la curiosidad, era hasta posible que lo llamara para encargarlo de iniciar algo.

Pero en la larga espera de los días iguales lo que había era la rutina de la enseñanza de los seis niños en la pobre casa, las difíciles cuentas de fin de mes y el tener que hacer oídos sordos ante la diaria ración de necesidades que le llegaba.

No abandonaba, a pesar de todo, sus iniciativas. Podía animar a algún rico a implantar una industria, o a algún hacendado a iniciar nuevos cultivos, a aprovechar alguna escasa corriente para el riego. Podía reemprender, en pequeño, la fabricación casera de jabones y velas. Pero la humareda y el acre olor hacía llorar a los niños y molestaba a los vecinos. Terminaba por encerrarse, en las horas de la noche, mientras dormían los pupilos y la casa se aquietaba, a completar su obra escrita. Todo lo que había publicado

hasta ahora era apresurado e incompleto. No eran sino fragmentos de lo que hubiera debido ser su *opus magnus*. Iba a ser una reflexión completa y nueva sobre la condición real de su América. Comenzaría por la descripción del suelo y sus habitantes. La geografía, los climas, el paisaje, los recursos naturales. Una visión global que iría más allá de Humboldt. Luego pasaría a describir la realidad histórica y social de la población. El estado económico, moral, civil y político de aquella masa de humanidad dispersa en el escenario geográfico de la América del Sur. De esa revisión total y profundizada brotaría espontáneamente la inaplazable necesidad de la gran reforma.

Se habían intentado reformas en todo el pasado. Desde los virreyes hasta Bolívar. Pero o habían sido incompletas o se habían frustrado. No se había sabido ir a la raíz.

Pasaría, entonces, a exponer detalladamente su plan, que constituiría la parte cuarta y final del gran libro. Allí enumeraría nuevamente los medios que venía preconizando desde el primer día de su vuelta. Una nueva escuela para hacer ciudadanos de república y hombres útiles a una sociedad libre. Describía minuciosamente los métodos y los sistemas de enseñanza y de organización social. El más lerdo podría ver con claridad la irrefutable verdad de aquel proyecto.

En el silencio de la noche, Manuela Gómez, terminada la fatiga del día, se ha ido a acostar. Hoja tras hoja, en letras grandes y menudas, en listas y ringleras unidas por corchetes y llaves, está pensado por los millones de hombres que no saben hacerlo. La vela se acaba antes que la tarea. En la soledad nocturna canta un gallo que todavía pertenece al mundo que hay que cambiar.

✵

Era una carta inesperada que le traían del remoto sur de Chile. La firmaba el señor Alemparte, Intendente de la

provincia de Concepción. El portador y la carta le hablaban tentadoramente. Le ofrecían un honorable cargo directivo en el Colegio de la lejana ciudad. Grandes esperanzas ponía el intendente en el instituto y en Rodríguez. Decía conocer su fama y sus obras. Se le esperaba con impaciencia y se le darían los medios para trasladarse.

No podía llegar más a tiempo la inesperada invitación. Las cosas en Lima marchaban de mal en peor. No había sosiego ni previsión posible. El país parecía descocido y sin espinazo. Mandaba Gamarra a su modo arbitrario y torpe. Se anunciaban alzamientos y asonadas. Todo el mundo regaba el secreto de alguna nueva conspiración. Al fin Orbegoso dio al traste con Gamarra, mientras otro se preparaba a dar al traste con él.

«Nos vamos, Manuela Gómez», le anunció a la mujer. Despacharía los pocos pupilos para sus casas, metería en un cajón los papeles y los libros y se iría. «¿Para dónde?» «Para Chile». El mundo de Manuela Gómez era la trocha en zigzag que bajaba de Oruro a Arequipa y por último a Lima. «Eso es lejos». Ahora, además, había el niño. «Cocho», José. Era el hijo de la vejez. Tanto andar y tanto dar tumbos para ver nacer aquel cachorro llorón, aullante y mocoso que Manuela amamantaba de sus gruesos pechos de chola.

«¿Y por qué tan lejos?», se atrevió a preguntar. «Porque me ofrecen algo que me interesa, porque ya aquí no tengo nada que esperar y, por último, porque me da lo mismo».

Tuvo poco eco su partida. A algunos de los escasos tertulianos de los mentideros de la plaza Mayor les comunicó la noticia. En Chile, tan lejos, había quienes creían en él y lo llamaban para encargarlo de un importante colegio.

Había aprovechado los largos días de las calmas en la goleta panzona para revisar sus apuntes, y esbozar los planes de estudio que iba a proponer al intendente.

Desfiló ante nuevas murallas de la cordillera andina, rebasó el Trópico de Capricornio, iba hacia las tierras de Valdivia y de Magallanes, con la misma prédica para la

misma gente. En aquel recodo del Mar del Sur recomenzaría la empresa que nunca había podido llevar a término.

Don José Antonio Alemparte, lo recibió con respeto y admiración. Le había llegado el folleto de Arequipa con aquellas ideas para hacer hombres y país. Concepción era una villa aislada entre el océano frío y la sierra pelada. Cercada por dos ríos torrentosos. El acento del habla era distinto al de Lima, pero lo que las gentes decían se parecía mucho.

Había terminado el tiempo agitado de los *pipiolos*, llenos de entusiasmo liberal, y ahora gobernaban, con firmeza y eficacia, los *pelucones*. Desde Santiago, al lado del general Prieto, Diego Portales cortaba con fría precisión el inveterado desorden y se proponía construir una república estable.

A poco de llegar advirtió la pugna sorda entre las dos tendencias. Él no podía ser ni *pipiolo*, ni *pelucón*, los unos le parecían demasiado ingenuos y palabreros y los otros lentos y sin imaginación. Para lo que él quería podían servir lo mismo unos y otros, si lo dejaban hacer.

Habló largo con Alemparte. Parecía entenderlo. Tal vez ahora, al fin, en aquel extremo de la tierra iba a poder realizar verdaderamente su obra.

Fue a visitar el maltrecho colegio lleno de todos los defectos que él abominaba. Aceptar aquel encargo le parecía que era meterse en un callejón sin salida. No se podía intentar una reforma fundamental de la educación al nivel de aquellos colegios de mala tradición, llenos de alumnos ya deformados en la primaria. Había que comenzar más abajo, con la primera escuela. La obra sería más larga pero más sólida y segura.

«Señor Intendente, don José Antonio de mi alma, vamos a perder el tiempo y el esfuerzo malamente en tratar de reparar el techo de una casa cuyos cimientos están malos. Vamos a empezar por los cimientos. Nunca es suficientemente temprano para reformar los hombres. Hay que comenzar por la escuela primaria».

No tenía remedio, pensaba cuando se quedaba a solas. Era él mismo quien se empeñaba en complicar las cosas. En lugar de encargarse de aquel colegio vetusto y hacerle todas las mejoras posibles, se empeñaba en complicar la cuestión y hacerla más enredada y larga. Empezar con la primaria, ya que no podía comenzar con la cuna, para ir formando, lenta y seguramente, unos hombres nuevos. «A mi edad. Si seré insensato».

El Intendente le oyó, lo dio algunos recursos y pudo abrir la escuela que no se iba a parecer a ninguna.

En la gran sala de la casa. Adentro estaban las habitaciones y la cocina donde vivía con Manuela y el niño y algunos pupilos encomendados. Puso en cuadro, como para un combate, los pupitres de los alumnos. De las paredes colgaban los cuatro cuadros sinópticos que él mismo había diseñado en que estaban las normas básicas del conocimiento. Nociones, clasificaciones de ciencias, reinos de la naturaleza, partes de la vida social, orden de los saberes.

Él se paseaba por en medio perorando, interrogando, dialogando. No quería que aprendieran en manuales, ni que retuvieran listas de nombres... A veces tomaba una planta y les iba mostrando sus partes y su funcionamiento. Cómo se alimenta, por dónde respira, por dónde y cómo se reproduce... «Encuadren sus ideas», les decía mirando hacia los cuadros sinópticos. «¿Cómo calza esto, que acabamos de descubrir juntos, dentro de esos esquemas generales?» Una planta era un ser vivo, pero distinto de un animal. Todos los fenómenos de la vida eran similares y los seres que los revelaban estaban estrechamente vinculados. Existía, en la inmensa variedad de la naturaleza, un orden oculto y había que descubrirlo. Eso era la ciencia. «¿Cuántas veces has repetido esto mismo, Simón?» Toda la vida, en tantas partes distintas. Pero cada vez lo decía con más convicción y firmeza.

«Las palabras pintan las cosas y nosotros en la escritura pintamos las palabras». Era todo un prodigioso arte que la

mayoría de las gentes ignoraban o destruían, al no conocer su lengua, ni saberla pronunciar, ni menos escribirla. Se ponía a hacer burla de las formas incorrectas y torpes con que las gentes más señaladas destrozaban aquel don prodigioso de la lengua. Inventaba diálogos, en los que se daba él mismo la réplica. Algunos vecinos asombrados se detenían en la ventana para ver aquel viejo que gesticulaba, saltaba y hablaba en los términos y formas más variados, ante la risa feliz de los niños. Imitaba al sacristán y al bodeguero, al gañán y al buhonero, la disputa de dos vecinas y la discusión de un *pipiolo* y un *pelucón*. Quién no sabe hablar no sabe pensar, quién no sabe pensar está por debajo del nivel de lo humano.

«Cuando les pregunten qué están aprendiendo ustedes aquí, responden que todo y nada. Almacenen ideas, aprendan a pensar. Lo demás vendrá por añadidura». «Más importa conocer y practicar la sociabilidad republicana y las virtudes que saber todas las reglas de la gramática».

A veces se pasaba la hora y los alumnos, embelesados, se olvidaban de marcharse.

Alguno de los que le eran más afectos se atrevió a darle a entender que en la ciudad lo tenían por extravagante. «Hasta llegan a decir que usted está loco». «Todo lo que yo digo y enseño es razonable y obedece a un pensamiento. Lo que pasa es que yo quiero formar ciudadanos para la República y ellos no. Los locos son ellos que, en sus propósitos, proceden contra la razón, ¿Cómo se puede cambiar un país sin cambiar sus hombres? ¿Y cómo se puede cambiar los hombres si no se comienza con los niños? No se podrá cambiar el país ni el mundo sin aislar, en una nueva educación, a una generación entera de la influencia corrompida y corruptora de la vieja sociedad. Es así de simple y al mismo tiempo de difícil el problema».

Había sonrisas despectivas en la gente importante que lo cruzaban en la calle. Corrían rumores que le llegaban por boca de estudiantes o de los escasos amigos. No enseñaba

el catecismo, se burlaba de la manera de hablar de los chilenos, nada aprendían los niños sino extravagancias y nociones inconexas.

En la forma misma en que, a veces, le preguntaban las autoridades sobre la marcha del plantel había duda y socarronería.

Era cuestión de persistir y él iba a persistir, tenazmente, por todo el tiempo que fuera menester.

Hasta aquella mañana, hacia el final de las clases, en plena luminosidad del verano, cuando se sintió el sordo estruendo de una especie de inmenso carromato que hacía trepidar toda la calle. Algunos niños corrieron disparados hacia el patio. «¡Temblor! ¡Temblor!», gritaban. Alaridos de pánico penetraban por las ventanas abiertas. El suelo se sacudió, batieron las puertas y comenzó a llover tierra, pedruscos y tejas de una grieta rápida que se abría en el techo. Cuando, detrás de los niños, él corrió hacia el patio, dio varios traspiés. Las paredes que daban a la calle habían caído y el techo, con sus rotas escamas de tejas, se arrugaba sobre los escombros. Se desnudó la calle desfigurada de ruinas. Paredes caídas sobre paredes. Sobre las ruinas corrían gentes enloquecidas llamando a otros a gritos. Por entre vigas y adobes pulverizados asomaban brazos, piernas y cabezas, pálidos, enharinados de polvo y tiznados de sangre. La tierra se seguía sacudiendo, se agrietaban y caían las tapias que todavía se habían mantenido en pie. «Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos», aullaban mujeres enloquecidas. Los niños lloraban apretujados los unos contra los otros en el patio. Manuela Gómez apretaba su pequeño en los brazos rollizos y mascullaba oraciones. Por los boquetes abiertos, sobre montones de derrumbes, entre la nube de polvo que oscurecía el aire y la tormenta de gritos y de voces, aparecían mujeres arrodilladas con los brazos en cruz.

¿Cuánto duró aquello? Mucho tiempo, todo el tiempo para que la ciudad quedara arrasada. Llegaban a la escuela

hombres y mujeres espantados, casi sin palabras, que buscaban sus hijos, se abrazaban con ellos y comenzaban a sollozar. Entre el griterío que rezaba y clamaba, se oyó la voz del maestro. «Ya todo ha pasado. Tengamos calma ahora». No lo oían, corrían sin sentido, de un lado a otro, llamando a parientes y allegados desaparecidos o formaban coros de oraciones que repetían y repetían las mismas palabras con los ojos vueltos hacia el cielo. «Castigo de Dios. Misericordia. Señor».

Cuando pasó el primer momento de terror y confusión, cuando los niños se fueron con sus parientes o se marcharon en busca de lo que podía quedar de sus casas, Simón Rodríguez salió a recorrer las calles cercanas. La vía era como un río coagulado de escombros. Vigas, tejas, montones de tierra, restos de muebles, platos rotos y hombres y mujeres que, con las manos o con instrumentos de azar, excavaban en busca de enterrados.

Caminaba con dificultad, trepando y resbalando sobre los montones de restos. Alzó la mirada hacia la cordillera. Allí estaba tranquila, silenciosa, indiferente, ante todo aquel hervor de ruina y de color que se extendía a sus pies. Es ella la que lo ha hecho, pensaba Rodríguez. Era una estructura volcánica que no se había acabado de asentar. Suelos y estratos mal ajustados y en actividad continua. Aquellos seres ignorantes vivían en una pestaña de las faldas del descomunal gigante que con su peso estaba empujando suelos, fuegos sordos y capas subterráneas de la tierra. Lo primero que deberían hacer para fundar una ciudad es estudiar los suelos y su formación. «¿Pero quién se ocupaba de eso?»

Algunos se le acercaban, alelados de horror, a pedirle consejo. «La culpa es de la cordillera y de los que vinieron a levantar casas a su pie... Ella misma nos lo dice... Véanla... La falda de la cordillera está cubierta desde hace centenares de siglos con sus propias ruinas y sus despojos, en peñascos, en desprendimientos y en arenas... Pero nadie ha querido darse cuenta».

No lo dejaban terminar. Se alejaban horrorizados como si hubieran topado con el diablo. «Debo oler a azufre». Todo parecía derruido. Las paredes tasajeadas en fragmentos, los techos arracimados sobre los muros, las torres desparramadas en torno a su base. Las iglesias de Santo Domingo, San Francisco y las Monjas, y hasta la Catedral, mostraban los pilares de las naves al través de los muros caídos. Algunas campanas volcadas sobre el suelo como copas vacías. La gente comenzaba a congregarse, desde afuera, para dirigir sus súplicas a las imágenes que permanecían erguidas entre el cascajo y los restos de techumbre.

Todo quedó caído y dañado. La escuela, el colegio, la casa de Gobierno, los templos, las habitaciones de los ricos y los pobres. Por días y semanas desfilaron entierros sin acompañantes. Campamentos improvisados se establecieron sobre las ruinas y en los alrededores. Se vivía en común, como en un aduar de nómades. Cada plaza, cada parque, cada prado, era una aldea de fortuna y azar donde se cocinaba al aire libre, se vivía en común y se esperaba con angustia.

Apenas un mes después el intendente Alemparte lo llamó a la improvisada casa de Gobierno. Había resuelto nombrarlo, con otras dos personas conocidas, para formar una comisión que estudiara los efectos del terremoto, hiciera planes para la reconstrucción del poblado, e incluso, propusiera un posible traslado de la ciudad futura a otro emplazamiento más seguro.

Era ya lo único que le quedaba por hacer en Concepción. Tomó a cuestas el encargo como si hubiera sido el único comisionado. Cinco meses trabajó, sin tregua, en estudiar suelos, corrientes de agua, declives, situación de la ciudad, costo de la limpieza de escombros y de la reconstrucción. Cuántos reales había que pagar por mover una vara cúbica de despojos en una carreta de bueyes. Luego estudió tres posibilidades para el futuro. Dos sitios nuevos, o recomenzar en el mismo. Presentaba las ventajas

e inconvenientes de cada solución pero no se pronunciaba abiertamente por ninguna. Terminó de redactar con su estilo inconfundible, lo hizo firmar por los otros dos comisionados que lo habían ayudado en excursiones, mediciones y cálculos y lo entregó al Intendente.

Esta vez no habían sido solo los hombres sino hasta la naturaleza la que se había ensañado en destruir su obra.

Mientras se preparaban a reconstruir a Concepción, según sus sabias recomendaciones, él salió, con su pequeña tropa, en busca de otro lugar donde recomenzar la tarea.

Entre pueblos altos, ríos torrentosos, hacendados y pulperos, dando tumbos, pasando estrecheces y rumiando desengaños va a pasar años duros. Entre Trilaleubu, Tucapel y Monteblanco. Planeando explotaciones, proponiendo empresas, ante hombres hoscos, contadores de centavos, desconfiados, que miraban con poca fe aquel viejo inquieto e imaginativo que proponía siembras, acequias, curtiembres, molinos y fábricas.

A veces lograba que alguno lo oyera. Que alguno incluso llegara a creerle y cobrarle algún afecto. O, acaso, era lástima y conmiseración. Hablaba convencido de todo lo que se podía hacer para canalizar aguas, mejorar molinos de trigo, organizar explotaciones de minerales, aserraderos de madera, curtiembres de pieles, manufacturas de loza, de velas, de cola. Todo lo que se necesitaría era un poco de capital. Calculaba las ventas y los réditos.

El hacendado Bernardino Segundo Pradel terminó por confiarle la refacción de un aserradero en los altos bosques.

Iba sin descanso por las veredas de la sierra, atravesando torrentes, trepando cuestas, durmiendo en tambos o al descampado. Tiritando de frío o de fiebre o de cansancio en las desamparadas noches.

Se contaba con pocos recursos materiales. Todo tenía que improvisarlo y diseñarlo. Intentar con madera lo que hubiera tenido que hacerse con hierro. Adelgazar a piedra la sierra demasiado espesa, improvisar el carro de acarreo de los troncos. Dar instrucciones a aquellos peones ignorantes para ver al final que las cosas quedaban mal hechas.

Venía, a veces, a visitar la obra algún inglés o alemán. Examinaba, desencajaba a patadas las piezas mal ajustadas y se iba donde el dueño a decirle que aquello no servía.

A él no le quedaba más que escribir para justificarse: «Dice usted que el molinero francés le ha dicho que la máquina no sirve para nada, ya el herrero inglés lo había dicho cien veces —lo han dicho varios chilenos sin haberla visto— falta que lo digan algunos alemanes y algunos griegos, para que lo hayan dicho cinco naciones —y la culpa ¿de quién será? Eso no se pregunta... ¡Mía!— El último mono es el que se ahoga: yo no he sido el sólo que ha mojado su deudo».

«Yo sé (y usted también lo sabe) que hay cosas malas en la máquina; pero no son las que yo he hecho, y si lo son también, mi intervención no puede contribuir ahora sino a empeorarlas. Los que dicen que la máquina no sirve, es porque la comparan con la del Intendente, con la de Luco y con la del francés Delauné, que están hechas a todo costo, la de usted se ha hecho ahorrando».

«Permítame acusar para defenderme. Excepto los dientes del carro, el movimiento de abrir y cerrar la compuerta, el de apretar la cadena, el tambor de la toma, el rastrillo del carro para detenerlo a cada tabla y el nuevo cajón de estanque, lo demás lo hicieron los ingleses o lo ha hecho don Carlos».

Bajo el cobertizo la pesada máquina mugía como un toro ensogado. Sonaban los flejes, las transmisiones, los carriles de madera. Saltaba agua de todas partes. De la represa, de la rueda del molino. No se podía estar cerca sin empaparse. Una tela encerada lo protegía de las

salpicaduras. Se hablaba a gritos. A los gañanes para que arrimaran los bueyes con los troncos, a los peones para que los colocaran sobre el carro de la sierra, a los que abrían y cerraban la transmisión del carro y el rotar de la sierra. Entre el estruendo del artefacto y las voces era difícil entenderse. «Tú, que abras». «¿Yo?» «No, el otro». Crujía y se atascaba la sierra. Trastabillaba el carro, saltaban los dientes de madera del engranaje. «Se han roto dos». «Don Carlos les dio de patadas el otro día y zafó dos».

Don Carlos, el inglés, le era hostil. La sierra comenzó a morder la madera, pero a poco se atascaba. Había que detenerla, enderezar el carro y recomenzar. Don Carlos soltaba tacos. «Esta máquina no sirve. Esto no va a funcionar nunca». Era inútil razonarle. Él había visto los aserradores del Vístula y los de Francia. Don Carlos termina por echarlo. Tendrá que regresar de Monteblanco a Trilaleubu. Cansado, ofendido y sin recursos.

Le escribe de nuevo al hacendado Pradel, que se ha regresado al pueblo. «En viajes para mudarme aquí se me ha ido la onza de oro que don Matías me dio por mi herramienta. ¿De dónde sacaré para gastos? Y si me coge un temporal en Monteblanco ¿cómo paso los ríos? ¿Cómo vuelvo a mi casa…? Don Carlos sabe trabajar..., bien—pronto, —barato, —durable y sobre todo *sencillo*. Se levanta temprano —no deja dormir los peones, ni conversa con ellos —trabaja más que todos y no pide salario».

Le había ofrecido a Pradel muchos proyectos. Los más no pasaron de eso. «Sin duda por la mucha desconfianza que inspiro para los negocios cuando me llegan a conocer bien. El que quiera quedarse por puertas, métase con don Simón (dice la voz pública). (A lo menos tengo la satisfacción de sonar en un refrán.) Ya usted lo sabe: yo no insto, ni apelo, ni emprendo justificarme: con paciencia lo compongo todo, y mi venganza es el silencio».

«Estoy tan escamado que cuando me preguntan ¿qué tiempo hace?, respondo..., no sé, aunque esté lloviendo

a chuzos». Para firmar puso con orgullo y resignación: «Después de todo esto no me queda qué decir a usted sino que soy el que y como he sido siempre».

Tenía deudas regadas en abastos, comercios, y préstamos recibidos. Hacía la lista de los acreedores y no terminaba. Siempre quedaba algún pico olvidado que había que recoger.

En el ensayo del aserradero pasó seis meses. Para nada. Antes no había tenido más éxito en las pocas empresas que había intentado en aquellos pueblos desconfiados y cerriles. No era inglés, ni alemán, para lograr que lo tomaran en serio.

También había caído enfermo. Inflamación y ardor en el estómago. Él mismo se recetaba, crémor tártaro en agua, para aquellas diarreas sin término que lo llevaban hasta el extremo de la debilidad. Había llegado a vivir en una choza somera. Paja, adobes, humareda por dentro. Tendido en un catre sin poderse mover. A lo mejor se iba a quedar allí para siempre. En un cementerio de aldea desconocida. A veces no estaba seguro de su propia edad. Pensaba que podía tener cerca de sesenta y ocho o setenta años. Después de todo, ya era tiempo de no seguir arrastrando en aquel viaje sin fin el pesado esqueleto. Tenía que pedir favores a los conocidos. «Continúeme su favor enviándome cuatro de azúcar y cuatro de arroz». «Si no me vuelve el dolor (como lo espero) mandaré hacer un estomaguito de plata (porque no alcanzan para más mis fuerzas) y lo iré a colgar a su puerta». Un exvoto peregrino de la más dolorida gratitud. «Dios me lo guarde y me lo conserve para consuelo de los infelices».

Poco duraban los víveres escasos. «Estoy varado: ni puedo irme porque no tengo *dónde*, ni puedo quedarme porque no tengo *qué*». «Póngame usted en estado de ganar sustento aunque sea de sacristán». Vuelve a implorar: «Azúcar, café, yerba, arroz y jamón, una manilla de papel fino y una botellita de tinta extranjera: tengo mucho que escribir y el papel es malo..., la tinta ya usted la ve: si

escribo con ella pensará el señor general que le llega correo del cielo, donde, como usted sabe, se despacha todo en blanco. Si no hay tinta que me envíen caparrosa y tara».

Los días más largos eran los de aquella espera sin esperanzas. Los de aguardar la carta que no llega, los avíos que tardan y sentirse rodeado de soledad e indiferencia por todos lados.

Tal vez sería mejor volver a alguna ciudad grande a recomenzar de nuevo. A Valparaíso o a Santiago. Con avíos de lástima y pasajes de miseria.

El viajero francés desembarcó en el somero muelle de Valparaíso. Había llegado, remontando desde Concepción, en la fragata que lo había traído al través del océano y del estrecho, a descubrir mundo. Había leído en Concepción aquel folleto extraño sobre las sociedades americanas que firmaba Simón Rodríguez. Una vez en tierra, preguntando, logró averiguar el paradero de aquel hombre. Atravesó la ciudad, subió a un carromato público, llegó a la cuesta de un cerro donde el barrio trepaba como una enredadera de miseria y al final se halló en la puerta de una mala casa de la que brotaba un gangoso vocerío de escolares en la lección. A la puerta había un letrero pintado en tabla con gruesos caracteres negros:

Luces y virtudes americanas.

«Esto es: velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo».

Llamó desde la puerta abierta. Salió a su encuentro aquel hombre recio y enteco, agrietado por los años, con un chaquetón descolgado que le llegaba a las rodillas, zapatones de chirriante pisada, los anteojos sobre la frente, y greñas blancas asomando por debajo del ancho sombrero puesto sobre el cogote.

Hablaron en francés desde el saludo. Se le traslució la alegría de la inesperada visita. «No siempre hay la oportunidad de hablar con un hombre como usted». «Lo mismo digo yo», le replicó el visitante.

Atravesaron el estrecho patio donde alborotaban los alumnos, pasaron frente a la cocina humosa y se metieron en una corta habitación desnuda, con una mesa y dos sillas por todo ajuar. «Aquí trabajo».

Hizo traer la infusión de yerba y se disparó, incontenible, a hablar de todo lo que le importaba. Vendel-Heyl, el viajero, lo oía interesado. Seguía con avidez aquel retablo de palabras por el que desfilaba, en figuras y escenas, la Europa y la América de los últimos cincuenta años. Saltaban de Robespierre a Napoleón, de Napoleón a Washington, a Humboldt y a Bolívar. «Nadie lo ha conocido mejor que yo». Se le atropellaban las anécdotas, los recuerdos. Por momentos callaba sobrecogido y repartía en un chisporroteo de sarcasmos sobre los hombres y los acontecimientos del continente americano. «Esto ha estado mal planteado, mal comprendido, mal realizado». El viajero lo cortaba a ratos con alguna pregunta precisa. O exclamaba, con sorpresa: «Eso que usted dice es extraordinariamente nuevo e importante». Aquella idea de transformar la sociedad por la escuela, de cortar el tiempo histórico creando por entero una nueva generación. «La nación entera en noviciado. Enseñar la vida, la república, el trabajo y la ciencia juntos».

A Vendel-Heyl le recordaba a Saint-Simon y a Fourier. Le lanzó una mirada de desagrado. «No he leído sus libros». El viajero trató de explicarle la teoría del sistema industrial de Saint-Simon y los planes sociales de Fourier. «Hay un parecido con lo que usted propone». Rodríguez negaba. «No es así». Conocía en parte ese pensamiento, había hablado en Francia con el padre Enfantin y con Olinde Rodríguez y, en el tiempo de Inglaterra, había tenido noticias de las innovaciones de Owen. «Lo mío es distinto». Era diferente porque aquellos reformadores querían comenzar por

reformar la sociedad, mientras que él hacía partir todo de la escuela.

Se ponía de pie y comenzaba a describir aquella escuela ideal que iba a formar a un hombre distinto. En el estrecho cuarto, con su casacón de pobre, maltratado de vejez, parecía transfigurarse. Describía cómo aquellos escolares, formados en la virtud y el trabajo, iban, sin esfuerzo ni violencia, a transformar la sociedad entera. No más esclavos, no más ignorantes, no más pobres. Cada quien produciendo para vivir.

Vendel-Heyl se despidió con emoción. «Este solo encuentro valía haber hecho el viaje hasta aquí». Se iba a embarcar de nuevo para seguir su travesía vagabunda al través de océanos y continentes, hasta regresar a Francia. «Es allí donde quisiera volver», le confiaba con melancolía el viejo, rápidamente más envejecido. Le habló de la excitante experiencia de París y de Londres, de sus años de rapiña intelectual. Las bibliotecas, los laboratorios, las gacetas, el contacto con hombres de talento y de sabiduría. «Aquí no puedo hacer nada».

Un rumor de la calle le trajo la noticia de que la fragata francesa había encallado al salir de Valparaíso. Se hundía aparatosamente a la vista del puerto. Bajó con los niños y con los curiosos hasta el muelle. De uno de los botes que traían los náufragos saltó a tierra Vendel-Heyl.

«El destino quiere que se quede aquí». Se rieron ambos. Volvieron a verse más tarde. El viajero varado le hizo entonces la tentadora proposición de asociarse con él para fundar un nuevo instituto de enseñanza. Le describía las posibilidades de éxito de aquel plantel que muy pronto debería adquirir gran prestigio. Rodríguez no parecía querer dejarse convencer. Se iba a sacrificar inútilmente su nuevo amigo con su generoso ofrecimiento. «No va a lograr usted que la gente me tome en serio. Voy a ser un lastre demasiado pesado que lo hará fracasar». Vendel-Heyl insistió inútilmente. El viejo empecinado no salía de su negativa.

Hubo una reacción exasperada del francés. No era posible que un hombre como aquel no tuviera el más mínimo concepto de su propia conveniencia, que no se percatara que para poder propagar sus ideas necesitaba alguna base material. «Si es usted materialista, ¿cómo es posible que desdeñe tan completamente los aspectos materiales de la vida? Eso está bien para los ascetas, para los místicos, para los espiritualistas extremos, pero ¿usted?»

No logró convencerlo. Ya al final le dijo tan solo, como para atenuar la terquedad de su rechazo: «Tiene usted razón, soy contradictorio. Yo que he querido hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí. Pero ¿qué quiere usted? La libertad me es más querida que el bienestar. Tengo todavía la posibilidad de conservar mi independencia y de seguir alumbrando a la América. Voy a fabricar velas. La profesión de velero es más noble de lo que a primera vista podría parecer. En el siglo de las luces ¿qué ocupación podría haber más honrosa que la de fabricarlas y venderlas?»

Terminaba la conversación. El francés se despidió pesaroso. Al bajar la cuesta del barrio miserable lo vio por última vez. Le decía adiós con la mano, enmarcado en la estrecha puerta dé la vivienda. ¿A quién se parecía? A un preso a la puerta de su estrecha celda, a un profeta solo en la soledad de su roca, a un perseguido en la cueva del último refugio.



El callejón subía pegado de la iglesia de las Mercedes, hacia el cerro. Del lado del naciente el costado del templo, cortado por un pequeño balcón vacío, se prolongaba en el alto muro del convento, perforado de ventanas sin vida. El pesado portón, clavetado y reforzado de herrajes, permanecía cerrado. De adentro salían ecos de vísperas

y de maitines y rumor de rezos y cantos hacia la calle dormida. Del lado del poniente se apretaba la fila de tasas, de una ventana o dos ventanas, zaguán estrecho, y arboleda en el patio.

Allí estaba la casa del padre Carreño. El sacerdote, las tres mujeres rezongonas y aquel otro niño, venido también del azar y del misterio, que era Cayetano. Le llamaba hermano. Hermano de albur y de arrimo. Al lado del nombre, como él, en las listas de escuela y de parroquia, aquella palabra: expósito. «Hijo de cura», algún grandullón del patio de la escuela lo había insultado. Regresaba a la casa en furia y preguntaba a las viejas. Nadie sabía otra cosa que aquel mismo cuento del abandono en la noche a la puerta de una casa. «Hijo de cura», repitió en alta voz. Cocho lo había oído y le preguntaba. ¿Qué iba a entender Cocho? A veces había escandalizado a la gente malévola que quería fastidiarlo: «Yo no conocí a mi padre, pero sí a un cura amigo de mi madre». Se agredía y se abofeteaba a sí mismo y a los otros. No había conocido padre. La murmuración venía de la calle y penetraba por las mujeres de la casa. No una vez sino muchas tuvo que oír aquella injuria entre puñetazos de salida de clases. Con el aturdimiento de la nariz rota.

Había otros casos en el rumor turbio. Los oficiales de la Inquisición recibían denuncias, los visitadores eclesiásticos aplicaban sanciones, el rumor señalaba a sacerdotes libertinos.

Detrás de las tapias del convento, en la fila de celdas estrechas, estaban encerrados cuarenta y cuatro hombres jóvenes. El padre Carreño era amigo de priores y visitadores. No tenía sino que atravesar la calle para participar en las fiestas de la congregación.

Allí estaba fray Cristóbal de Quesada. «Un gran latinista, Camilo». No podía seguir el mozo aquella conversación entre dientes del hombre tendido en la paneta de la balsa. «Gran latinista y también con su historia escandalosa». Contaba, a retazos, el viejo, sonriendo entre toses y muecas, fray Cristóbal había huido con una joven dama. Había

desaparecido sin dejar huellas. Toda la villa se sacudió con el escándalo. Años más tarde, uno de los secretarios del virrey de Bogotá le reveló al asombrado magnate su verdadera identidad. Era el padre Quesada y ya arrepentido quería regresar a Caracas y a su vida religiosa.

Era amigo de fray José Ambrosio López. «El tío de Bello, Cocho». Qué iba a saber Cocho quién era Bello. Vivía al lado de la casa del padre Carreño, cerca de la esquina de la Luneta, en la habitación de su abuelo el pintor Juan Pedro López. Una casa olorosa a cedro cepillado y a esmaltes, con dos grandes salas destinadas al trabajo del artista y un patio lleno de granados. Sobre el suelo, en las paredes, adosados a las sillas, se miraban cuadros de vírgenes y santos. La Crucifixión, la Virgen del Carmen, Nuestra Señora de las Mercedes con sus cautivos arrodillados y sus grillos rotos, la Santísima Trinidad, con su paloma tan blanca como las barbas de Dios Padre. Y aquel resplandor de oro de los marcos y los estofados de los retablos. El maestro López trabajaba con sus aprendices, los niños jugaban en el patio y hacia la habitación del fondo se oía a veces la flauta de Bartolomé Bello, casado con la hija del pintor, que ensayaba su parte de algún motete que iba a tocar en la Catedral.

No había jugado con Andrés nunca. La diferencia de edad era muy grande. «Fue serio y aburrido desde joven». Cuando ya él era maestro de la escuela de Primeras Letras veía al joven Bello atravesar la calle y entrar al convento para recibir su clase de latín y de castellano del padre Quesada.

Allí estará Bello en Chile. Acatado, poderoso, bien establecido, rodeado de comodidades y halagos. «Mientras que yo, aquí». Lo había dejado de ver cuando todavía era adolescente. Pero le llegaba la fama de su vida estudiosa y disciplinada. Con Bolívar discutió muchas veces, en París, sobre Bello. No dejaba de molestarlo que Simón mostrara tanta admiración por aquel mozo tieso y algo pacato.

Cuando lo vino a tratar verdaderamente fue en Londres. Ya Bello andaba por los cuarenta años y él era un

cincuentón. Discutieron mucho. A Bello le costaba trabajo aceptar aquellas novedades que él proponía a cada instante. El pasado era un tesoro que no había que perder, pensaba Bello. Creía en una continuidad más que en una ruptura. «Salve, fecunda zona». Recitaba ahora. Sin duda que sabía expresarse y versificaba con muchísima maestría. Pero estaba demasiado metido en sus latines medio eclesiásticos y en su Edad Media. «A veces me tenía una tarde entera para explicarme la importancia de leer «niña» o «nana» en un verso del *Cantar del Cid*». Había sido siempre hombre de casa, de biblioteca, de horario, aquel Andrés tan desemejante a él. Le divertía molestar y desconcertar a Bello. Reía como un niño de las barbaridades y disparates que él contaba.

Ahora estaría en su gran casa de Santiago, rodeado de discípulos, de ministros, de pelucones poderosos. «¿Y yo?» En aquella barca de mala muerte, entre gente ignara y extraña, tirado como un fardo, olvidado de todos ¿rumbo a dónde?

Había ido a verlo en Santiago. Buena casa de buen barrio. Grandes ventanas, ancho zaguán, salones y corredores de recibo, inmensa biblioteca, cuadros, macetas, vaivén de criadas. Y Bello, vestido como un *squire* inglés, bien peinado, con su redingote negro con vueltas de terciopelo, sentado en un gran sillón labrado y cubierto de damasco, recostado a una mesa de arrimo de caoba oscura con cubierta de mármol blanco. Fanal y candelabros. Y él de pie, con su vestimenta del barrio de Valparaíso. Costó trabajo que los criados lo dejaran entrar. No tenía una facha recomendable, ni se parecía a los visitantes normales de la casa. Pero, al final, el dueño supo que estaba allí y lo dejó pasar. Empezó a contarle, en torrente, todo lo que le había pasado y hasta lo que no le había ocurrido.

Hablaron de Bolívar. Con admiración y con afecto pero con criterios diferentes. Ambos lo habían conocido muy joven. «Qué destino tan extraordinario. ¿Quién hubiera

podido adivinar lo que iba a ser aquel muchacho?» Algo se le veía. Tenía mucha personalidad, mucho carácter. Recordaban anécdotas, incidentes pequeños, rasgos que ahora parecían antecedentes de su grandeza.

«¿Qué fue lo que le falló, finalmente?» Las explicaciones de los dos no eran iguales. Bello creía que había ido demasiado lejos, que había concebido en términos demasiado grandiosos, que no había tenido suficientemente en cuenta las duras limitaciones de la realidad. «Si no hubiera sido así, no habría sido Bolívar». Rodríguez creía que lo que le había fallado habían sido los hombres, en primer lugar, y luego, el no haber llevado hasta el fondo, hasta la escuela y el carácter, hasta el orden social y la vida ordinaria, aquella gran conmoción. «Se hizo la revolución política, pero no se hizo la revolución económica. Se decretaron repúblicas pero no se ocuparon de hacer republicanos».

Soltaba palabrotas y terminachos populares que desconcertaban a don Andrés. No iba a contarle una triste historia de fracasos y de frustraciones. Le describió con vehemencia sus pugnas en Bolivia. A cada personaje evocado seguía una caricatura, un calificativo grotesco, un recuerdo ridículo. Era como si los trajera a juicio sumario. Sucre era distinto. Era un militar que no entendía mucho de las otras cosas, pero era ciertamente un grande hombre. Iba a decir que merecía todo el respeto, pero antes tuvo que soltar una chirigota. De pie, con voz y gesto que mimaba las palabras y los ademanes de los personajes del relato, le refirió a Bello un imaginario banquete grotesco. El mariscal presidente, sus ministros, su Estado Mayor, los deanes, los alcaldes, los prebendados, los doctores de dos y cuatro borlas, los generales de batalla y los de antesala. Y él, el director de Instrucción Pública, que era el anfitrión. La sala plena de arañas encendidas, los criados en fila, la mesa cubierta de cristales y platería, y en cada puesto, en lugar de platos había un orinal nuevo de escandalosa blancura. «Una bacinilla en cada puesto, Andrés. Muy bonitas y todas

nuevas. Me las prestó el principal comerciante del lugar». Bello se ahogaba de risa. Se sacudía como en estertores. Asustados vinieron algunos discípulos a socorrerlo.

«¿Y qué haces tú?» No se lo iba a decir. Tampoco se lo diría ahora si lo tuviera por delante. No le iba a hablar de la escuelita de barrio, de la hechura de jabón y velas, de las humillaciones de las pulperías, de la burla de los ignorantes. «Cada uno escoge su lote, yo escogí el mío». Lo escogió y se lo escogieron. Él no había sabido administrarse, era cierto. Las cosas le salían mal. Tenía aquel maldito carácter que lo malponía con los demás, sobre todo con los tonos engreídos.

Bello se había apuntado con los pelucones, con la gente de orden y de haber. Y lo había hecho con éxito. Había llegado a senador, a alto funcionario del Estado, a rector de la Universidad de Chile, a hombre respetado y famoso. Con justicia sobrada. Mientras que él nunca había sabido o había querido hacer lo necesario para acomodarse.

Había que arreglarse con los pelucones. Pero él nunca había sabido acomodarse con nadie. Tampoco terminaban de gustarle los pipiolos con sus ingenuidades y su mala imitación de lo europeo. Chile había sido como una encrucijada. Gentes que había conocido en Londres y en París, españoles, criollos, franceses, llegaban a Santiago llenos de proyectos. Venían también los argentinos perseguidos por Rosas. Con el español Rivadeneira, que editaba *El Mercurio*, había colaborado. Le llevaba artículos para no dejar olvidar su pensamiento. Se hablaba mucho de Europa y poco de América. En *El Mercurio* apareció aquel artículo anónimo que armó tanto alboroto en la estrecha ciudad. «Un teniente de artillería de Chacabuco» lo firmaba. Era Sarmiento. No estaban hechos para entenderse. Cambiar los españoles por los franceses y los yanquis no era un programa para él. Había que hacer la América con su propia gente: con sus huasos, sus gauchos, sus indios, sus zambos, sus mestizos humillados. «Con todo esto o no

se hará nunca». Alzaba la voz desde la yacija y entreabría los ojos. Aquellos bogas, los mozos que lo sostenían, la gente que estaba allá lejos en la tierra apenas visible. Era con esos que había que hacer la América. No para imitar o copiar. Para ser originales. Para colonizar los países con sus propios habitantes. «Entender a un indio importa más que entender a Ovidio».

Bello y Sarmiento estaban de acuerdo sobre una reforma de la ortografía pero peleaban sobre el valor de la literatura y la lengua españolas. Nada de eso le importaba mucho. Más significaba hacer una nueva tipografía, pintar las ideas de un modo más llamativo y claro. Cada página como un cartel, como un panorama donde lo esencial se abarca de un golpe de vista.

Pero eran Bello y Sarmiento los que lograban triunfar. Con los pelucones, con los modelos franceses e ingleses.

«A mí nunca me quisieron dar una oportunidad verdadera». Tan sólo Bolívar. «Si Bolívar me viera. No sería difícil figurarse lo que me diría y lo que yo le diría».

Ya Rosas había caído, ya habían matado a Gamarra, y a Portales. Pero estaban surgiendo otros. No había quien intentara enseñarlos a ser de otra manera.

«Con esta brisa en dos días más». Le llegaba la voz del patrón. De pie junto al humo del fogón donde preparaban la sopa. Dos días más para llegar ¿adónde?



No había en Azángaro posada. El viento helado de la noche bajaba de los montes, calvos y aullaba en las calles vacías. Laurent Saint-Cricq, acompañado de su peón, y al paso lento de las mulas recorrió los empedrados rotos, atravesó la plaza oscura y no halló ni una luz. Venía de las largas leguas de la alta meseta, cerca del Titicaca, por peladeros y veredas sin un árbol ni un indio.

No iba a hallar donde acomodarse para la fatiga y el hambre de la fría noche. De una puerta caía un relente de luz al empedrado. Se detuvieron. Era una destartalada pulpería. Le ordenó al peón que se acercara a indagar.

Vino el pulpero a la puerta. Se excusó de la incomodidad y escasez de recursos y lo invitó a pasar. Junto al fogón, ante una olla, estaba una mujer de aspecto insignificante.

Con su deshilvanado español y sus erres arrastradas el francés daba las gracias. «Veo que es usted francés y hasta me atrevería a asegurar que del sur de Francia». Se lo dijo en un alarde de francés culto.

Quedó asombrado el viajero. Ahora lo observaba con desconcertada curiosidad. Era viejo, fuerte, la piel daba un contraste oscuro sobre el cabello de estallante blancura que le rodeaba, como un halo, la ancha cabeza calva. Era un rostro inteligente, risueño, expresivo, donde las muecas hacían otro lenguaje. En el entarimado resonaban los clavos de sus zapatones, por el poncho de bayeta amarilla y la camisa usada le asomaba la pelambre del pecho. «¿Usted también es francés?» «Lo mismo que inglés, alemán, italiano o portugués, que todas estas lenguas hablo, sin olvidar el español».

No se borraba el asombro del rostro del viajero. ¿Quién podría ser aquel hombre extraordinario convertido en pulpero de la sierra? Se le veía al viejo que la visita inesperada lo había animado. Parecía gozar en asombrar y confundir más al visitante. Mezcló un poco de aguardiente con agua y se lo ofreció mientras se instalaban en un banco junto a la desnuda mesa. La mujer trajo la comida. La luz de una vela de sebo los mantenía en una penumbra imprecisa que los hacía irreales.

«Veo que usted me estudia como un bajo relieve asirio, sin poder entender nada de mi historia, pero yo voy a sacarlo muy pronto del apuro. Me llamo Simón Rodríguez».

Quien descifra un bajo relieve antiguo, ante un ignorante, puede permitirse fantasías. No era un toro alado con cabeza de rey, ni una esfinge. Era, o podía ser, lo que

el visitante quisiera adivinar o imaginar. Podía ser español, un andaluz de Cádiz. Sería más novelesco. Cuando entraron a hablar de Francia se atropelló a nombrar sitios, sucesos y personajes. ¿Quién era aquel diablo de hombre? Hablaba con detalles de la intriga política bajo el Directorio y el Imperio. Había conocido grandes hombres del poder y de la ciencia. De referirle una conversación con Humboldt saltaba a una descripción de San Petersburgo o a una anécdota del papa Pío VII en Roma. De los ingleses podía decirle muchas cosas. Pero sobre todo de Bolívar. Lo había conocido tanto. Lo había acompañado largo tiempo. Había sido su amigo y su consejero. «No parece creerlo usted».

Tampoco nadie le creería al francés si se pusiera a contar aquel increíble encuentro en Azángaro. Hablaron, también, de aquellos pueblos americanos en revuelta continua. «Ahora ha tomado el poder en el Perú Vivanco. ¿Cree usted que va a lograr mantenerse?» «Ni más ni menos que los otros. Que La Mar o Gamarra o Santa Cruz». Allí entró largamente a explicar por qué no habían podido estabilizarse las instituciones republicanas. «No han hecho pueblo, y por lo tanto no pueden hacer gobierno popular». Se lanzaba con fruición a explicarle el problema del orden social. Con ejemplos de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos «¿Ve usted?»

«¿Y por qué está usted aquí y ha llegado a esto?» «Tal vez porque no me interesa otra cosa. O no sirvo realmente para otra cosa». Ser pulpero y fabricante de velas de sebo no era un oficio menos digno que ser congresante rebuznón, o magistrado intonso, o doctor huero. «No me lo negará usted». Le contaba las cosas que había visto en Bolivia, en el Perú, en Chile. La plétora de necios, de fatuos, de ignorantes, que pretendían dirigir a unos pueblos impreparados para la vida política. «El ciego que conduce a otro ciego».

Ahora descubría que también era químico, agrimensor, naturalista y mineralogista. «Cuando volví al Perú de regreso de Chile, no quise quedarme en Lima, o no pude». En

la alta sierra desolada, cerca del Titicaca, había aquellos cerros repletos de plata, de hierro, de carbón, de mercurio. Aquellas gentes perecían de miseria pisando tesoros. Él podía montar ingenios para labrar las rocas metalíferas. No era difícil aprovechar el mercurio para las aleaciones de la plata. Con un poco de capital y un poco de saber se podía crear un emporio de riquezas. «Pero yo no tengo el capital y estos estúpidos no me creen. Voy de puerta en puerta ofreciéndoles fortuna fabulosa y no me hacen caso». Ahora era pulpero y fabricante de velas. No era que aspiraba a ser rico. Quería recursos para publicar sus libros. «Tengo cajones y cajones llenos de manuscritos. Otro tesoro perdido». Para publicar sus pensamientos y para hacer en grande y de manera definitiva el ensayo y la prueba irrefutable de su sistema de educación.

Era tarde, la vela de sebo daba más humo que luz a pesar de que el viejo la despabilaba a ratos con sus gruesos dedos.

«¿Sabe a quién se parece usted mucho? Al gran poeta Beranger». Hablaron de las canciones tan populares del cantar sentimental y cívico. Rodríguez conocía su obra y había visto algún grabado con su efigie. «La misma cara redonda, los mismos ojos, la misma frente alta y despejada. Hasta los gestos». El viajero admiraba al poeta agitador que había sufrido persecuciones y que había ayudado a revivir el culto de Napoleón en Francia. Saint-Cricq le canturreó algunas tonadas de Beranger. «¿Ha oído usted la *Sainte Alliance des Peubles*? Es magnífica. ¿Y *Monsieur Judas*? La evocación del emperador era la que más reaparecía en los fragmentos del francés. Alzaba la voz conmovido y repetía el refrán de la canción: «Háblanos de él, abuela, háblanos de él». «Ese es el destino de los grandes hombres, convertirse en leyendas vivientes y seguir actuando». «Eso va a pasar y ya está pasando con Bolívar. Lo que ocurre es que no hemos tenido un Beranger».

«Es extraordinario el parecido», insistió el visitante. Podía decirle que, en otras ocasiones, le habían hallado

otros parecidos. Los españoles emigrados de Londres le decían que era el vivo trasunto de Goya. «La misma cara mofletuda y calva del sordo». Y en Roma, allá por los años en que estuvo con Bolívar, le habían encontrado una gran semejanza con el busto del emperador Vespasiano que estaba en las Termas. El poeta, el pintor o el emperador, todo es lo mismo. «Por lo visto es sobre mí que esta cara ha corrido con la peor suerte».

Manuela había tendido sobre el entarimado un poncho y una manta de lana. Era hora de acostarse. «No se imagina usted lo grato e inolvidable que me ha resultado este encuentro. Cuando escriba el libro de mis viajes pondré una descripción de este episodio maravilloso. No saldrá con mi nombre porque publico con el seudónimo de Paul Marcoy. Pero ya lo verá usted».

El viejo y la mujer se retiraron a la otra habitación. Se había apagado la vela humosa. Algunas brasas palpitaban en la sombra del fogón. El viento del altiplano mugía en el pueblo dormido.

✵

Oscuros, con las velas arrolladas a los mástiles, panzones y cabeceantes, los grandes balleneros del Pacífico soñoleaban en la bahía de Paita. Polvo, casuchas y desamparo en torno del puerto.

Poco después de desembarcar marchó a la casa de Manuela. Todos en el pueblo la conocían. Era aquella ruinosa construcción de madera, con viejas puertas desvencijadas batidas por el viento y una lepra descolorida de viejas pinturas. Había que subir tres escalones crujientes, atravesar el corredor abierto y asomarse a la sala. Fofa, abotagada, con las pequeñas manos revoloteando al extremo de los gruesos brazos, inflada de carnes y de trapos planchados, recostada en su hamaca, estaba Manuela Sáenz.

No la veía ¿desde cuándo? Desde hacía casi veinte años en Lima y en Chuquisaca. Hizo el gesto de incorporarse al reconocerlo y le tendió los brazos. «Don Samuel».

Era de los pocos que todavía lo llamaban don Samuel. Le tomó las manos y se inclinó para besárselas. Le quedaba la viveza de los ojos y la movilidad de la expresión.

Una esclava negra le acercó una silla. Ya no estaban Jonatán y Natán. Para hablar con él había puesto al lado el bastidor de bordar.

«A esta miseria estoy reducida». Al contar sus desventuras pasadas parecía rejuvenecer. «Ahora estoy inválida, pero si pudiera siquiera moverme me habría defendido».

Había tratado de volver a Quito a recobrar sus bienes. El general Flores no había querido ayudarla. «Le escribí una carta y le dije todo lo que pensaba de él». «Con esta cosecha de traidores y mal agradecidos que brotó después de la muerte del Libertador, no me han dado respiro».

«Pero, cuénteme de usted». Era un diálogo cortado y disvariante. «No se imagina usted las que me hicieron en Bogotá, después del año Treinta». Él rememoraba su peregrinación sin término. «No pude quedarme en Bolivia». Ahora que evocaba su propia vida le parecía más desolada y dura. «Lleva las granjerías, Juana Rosa, al puerto. Anoche llegaron barcos.» Vio salir a la esclava con una gran bandeja de golosinas en pequeñas pirámides de colores. «De eso vivo y de bordar y de torcer tabaco».

Contaba que no le querían devolver ninguna de sus propiedades. Su marido, el inglés, tenía mujer rica y ni siquiera le devolvía el monto de su dote.

Empezaron a entrar perros. Un grueso gato barcino saltó asustado al poyo de la ventana. Eran canes viejos, despaciosos, que se acercaron a husmear a Rodríguez.

«No les tenga miedo que son viejos conocidos suyos». «Quieto, Santander. Tranquilo, Páez. Fuera, La Mar!» «Mírelos bien y se dará cuenta de que son la viva encarnación de sus tocayos. Son ellos mismos». «A veces pelean». «Tranquilo,

Gamarra». «¿Y no lo habían matado en la derrota que le dieron en Ingaví?» «No, aquí lo tengo en su verdadero ser. Ha visto usted bicho más malo y embrollón». «Aquel gordo, que siempre está echado cerca del plato es Riva Agüero. Vea usted que facha de aristócrata se gasta». Rodríguez reía. «No esperaba esto. Este congresillo de Paita, que usted ha reunido aquí». «Así los tuvo el Libertador y así debió tenerlos siempre. No se pueden soltar».

Los resentimientos contra Flores no tenían término. «Yo lo conocí cuando era un oficialete recién llegado de Venezuela. Ahora no se imagina usted lo que es. Es el amo del país, el hacendado más rico, el militar más temido. Presidente y jefe desde hace doce años y ahora va para la tercera vez. Se ha casado con mujer de la aristocracia y no se quiere acordar de que fue barbero y soldado».

Cambió el tono de la voz. «Vamos a hablar de él».

Le contó, agitada de angustia y furia, el atentado de septiembre en Bogotá. «La gente que usted menos hubiera podido imaginar estaba metida hasta el cuello en la conspiración». «Venían a matarlo y tenían miedo. Nunca he visto gente más pálida. Yo les salí al encuentro con una espada en la mano. Bolívar ha debido aprovecharse de aquello para exterminarlos a todos. Pero usted sabe cómo era él. Se olvidaba pronto y pensaba en otra cosa».

Cuando volvió al día siguiente la encontró en su silla de ruedas, con dos niñas negras que la atendían. «Las tengo casi como hijas». Le contó cómo había caído y se había malogrado el cuadril. «Era lo único que me faltaba».

Hubiera querido ayudarla pero tenía pocos recursos. Le compró una pieza de tela blanca inglesa en el puerto y se la llevó. «Ya no son los tiempos de La Magdalena, Manuela». Recordaban juntos con regocijo de niños las fiestas y los desfiles de Lima en el tiempo que siguió a Ayacucho. «¿Quién le hubiera dicho al Libertador y a nosotros mismos que todo iba a acabar tan pronto y de esta manera?»

«Yo no estoy tan seguro de que todo acabó, Manuela». Algún día, pensaba, aquella gente torpe se iba a dar cuenta

de que el único camino era el que Bolívar había trazado y emprendido. «Y volverán a él». «Volverán a él pero ya nosotros no lo veremos».

Duraba poco en ella el aire triste. Recordaba sucesos y escenas y volvía a reír. «¿Sabe usted lo que le contesté a mi inglés, cuando me insistió en que abandonara al Libertador y me volviera a unir con él?» «No, no, no y mil veces no». Hacía aspavientos y gestos y a ratos estallaba en risa. «¿No quería usted volver a ser la honorable señora de Thorne?» «No». Se lo había dicho, se lo había escrito. Después de ser por siete años la mujer de Bolívar no lo iba a dejar por Thorne, ni por la Santísima Trinidad. Reía también el viejo. «Le dije, déjeme usted mi querido inglés. Hagamos otra cosa, en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual, pues como hombre usted es pesado. Allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás quiénes más hábiles para el comercio y la marina)».

Rodríguez acentuaba con placer la caricatura risible de los ingleses que esbozaba Manuela. «Son aburridos, yo los conozco». «Le dije más todavía: el amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminar despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa». «Está pintando a Bolívar, por contraste», pensaba Rodríguez y reveía al caraqueño impulsivo, ocurrente, vital. «Estas son formalidades divinas, proseguía entre risas la mujer, pero yo, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de otras seriedades inglesas, que mal me iría en el cielo. Tan mal como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla».

«Con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, le dije, no me juntaré más con usted. Usted anglicano y yo atea es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte».

Cortaba el reír y volvía al caso de su miserable condición. «No me han dejado nada, don Samuel. Todo me lo

han negado. Lo que me pertenecía por mi madre, el monto de mi dote, mi pensión de la Orden del Sol, todo. Y Flores (el perro homónimo se movió) no quiere hacer nada en mi favor.

«Tal vez Thorne no puede», decía Rodríguez. «Sí puede, está nadando en dinero». Le contaba como su antiguo esposo vivía maritalmente con la rica viuda del general Orué. «Tiene haciendas de caña, tierras, casas, gran renta. Pero no le devuelve a esta pobre mujer lo que le pertenece y le ha quitado».

Alguna tarde se acercaba a la casucha el cónsul de los Estados Unidos en Paita, Alexander Ruden. La conversación cambiaba de tono y de lengua. Hablaban en inglés los tres. De la política local, de la expansión de los Estados Unidos. Se agravaba la situación entre el nuevo país y México por los territorios del Oeste. «Se van a comer todo eso inevitablemente, decía Rodríguez. Se lo van a tragar como un pastelito». «Mientras no aprendamos a organizamos ése será nuestro destino».

Se quejaba Ruden del constante trabajo que le daban los balleneros que arribaban al puerto, a avituallarse antes de irse a la aventura de la pesca en la inmensidad del Pacífico. Hasta la población penetraba el fétido olor de grasa podrida y matadero que se desprendía de las naves ancladas.

«Doña Manuela, me ayuda en las traducciones para los expedientes». «Pero ninguno como el caso del motín del *Acushnet*».

Manuela recordaba la conmoción de la pequeña villa con el desembarco de la marinería revuelta, que protestaba de los malos tratos del capitán del ballenero. Recordaba particularmente a un joven de mirada intensa y ojos de profundo gris, tuvo largas conversaciones con ella sobre su experiencia en el ballenero y sobre la pesca del gran cetáceo, tan extraño y misterioso. «A veces son terribles. La más temible de todas es la ballena blanca, una bestia infernal que rara vez aparece».

«Cómo se llamaba el joven. Usted debe acordarse Ruden». «Claro, a mí también me impresionó: Herman Melville».

La ronda de los recuerdos viejos se fue agotando. Había que proseguir. Cada vez, en las visitas, se hacía más melancólica la conversación. «¿Se acuerda usted?» Eran sombras del pasado que desfilaban en la breve evocación. «Todos han ido desapareciendo». «Afortunadamente que nuestros enemigos también». Santander había muerto, un día recaló un barco en Paita. Traía los restos de La Mar. Así irían desapareciendo todos. Así desaparecerían ellos también.

«Dos soledades no se hacen compañía, Manuela». Era la hora de despedirse.

Los lentos derroteros de mar, las cansadas trochas de mula, los mismos puertos, los mismos pueblos, hasta las mismas gentes. Como si siempre tuviera que recomenzar. Pero cada vez con más dificultad. Cocho crecía, Manuela Gómez se hacía más lenta y gorda y él era un anciano. Un viejo muy viejo. A veces se ponía a sacar la cuenta, que no era nunca muy exacta ¿cuándo presentan un expósito para el bautizo?, ¿quién quiere recordar semejante fecha?, andaba por los setenta. Pero se sentía el mismo hombre de Caracas o de París o de la llegada a Cartagena. Debía estar hecho como esos animales que no se acaban nunca, perezas, tortugas, caimanes.

Pero ahora, cada lugar al que llegaba podía ser el último. El de cerrar los ojos y quedarse para siempre. Eso, mismo lo hacía observar con intensidad angustiosa los aspectos y los detalles. La calle, la casa, los montes, los vecinos. Los estaba viendo por última vez y no quería perder ningún rasgo, ni olvidar nada. No se había dado cuenta, le parecía, que la luz de Lima era así, tan tamizada y pálida. No se había percatado en las anteriores ocasiones. Y el color del

mar del Callao. Se acercó hasta La Magdalena, pero no se atrevió a entrar. Tal vez no lo hubieran dejado pasar. Le pareció ahora más pequeña y baja.

De Lima siguió a Quito. El general Flores se preparaba para su tercera presidencia. Después de todo era su paisano y podía valerle. Entre sus oficiales y secretarios había otros venezolanos.

La rencilla contra Bolívar se había ido apagando. Frente al general Flores volvió a sacar su vieja mercancía de feriante. La reforma de las escuelas, la enseñanza de los oficios, y las industrias que podían establecerse. Era lo mismo que le había ofrecido a Sucre y a Pío Tristán y a Alemparte y que, ahora, sugería a aquel hombre tan poderoso y tan amenazado. El presidente Flores lo recibió con simpatía. Hablaron de Bolívar, como era inevitable. «Ahora, al fin, después de doce años llevan sus restos a Caracas». Flores decía que era un acto de justicia que ha debido realizarse antes. «No lo han hecho por eso, sino porque los franceses resolvieron llevar a París las cenizas de Napoleón. Por espíritu de imitación y vanagloria».

Lo que quedaba de Bolívar no eran esos huesos que llevaban a la tierra de Caracas. «Lo que queda es lo que no quieren reconocer. Su gran proyecto americano. Pero de eso no quieren acordarse». «Por haber querido hacer en América lo que todos no entendían hizo de sus émulos rivales y de sus rivales enemigos, la historia de Napoleón dio el pretexto, sus paisanos lo proscribieron y ya con el pie en el barco lo reclamó Santa Marta, pero fue para enterrarlo». «Venezuela al cabo de doce años se acuerda de los restos de Bolívar. ¿Cuál habrá sido la causa del olvido en tanto tiempo? ¿Y cuál será la del recuerdo ahora?» «¿Esperaban que los huesos estuviesen secos? ¿O que lo acabasen de olvidar?» Le rebotaba la vieja amargura. «Napoleón tenía y tiene más amigos en Francia que Bolívar en América. Si la lengua de Bolívar se conservará seca, se movería para regraciar a Venezuela, por el alto honor que se digna hacer a sus pobres huesos».

No era ese el tema de que quería hablar el general Flores. Le habló más bien de una mina de sal que poseía. Rodríguez se apoderó del tema y le describió con precisa prolijidad los distintos tipos de minas de sal y las más modernas técnicas para su explotación. Máquinas, nuevos sistemas de perforación y extracción. Los procedimientos de purificación que se usaban en Europa. Los subproductos químicos que podían extraerse.

De allí salió para las minas a dirigir los trabajos. Era un mal momento. La situación política se deterioraba rápidamente en el Ecuador. Los enemigos de Flores iniciaban la guerra civil contra su pretensión de reformar la Constitución y reelegirse. En pasquines y corrillos se hablaba contra el venezolano encaramado en el poder. No era la mejor ocasión para iniciar una aventura industrial. No le hacían caso los mayordomos, el presidente no respondía a sus mensajes. No había dinero para adelantar las obras. Se llevaban la peonada para la guerra. Había habido combates sangrientos. Flores parecía poder vencer militarmente, pero la desafección al régimen era muy grande. «Y yo aquí en este rincón de monte sin poder hacer nada, sin recursos, esperando..., ¿esperando qué?»

Regresó a Quito. Fue entonces cuando le propusieron, al través de su amigo el presbítero Torres, una cátedra en el colegio de San Vicente en Latacunga, al sur de Quito.

La pequeña caravana volvió a tomar el camino. Recua hirsuta, cajones bamboleantes, maldiciones de arriero, hasta el pequeño valle alto y verde de la agazapada villa. Lo acogieron con curiosidad y respeto. Iba a encargarse de la cátedra de agricultura y de botánica. A volver a explicar todo lo que se podía hacer con aquellos campos yermos y prados baldíos. Lo que había visto entre los granjeros de Inglaterra y de Francia. Los sistemas de arar y abonar, la selección de semillas, la rotación de cosechas, la producción de animales mejores y cada vez de más precio, la aducción de agua, la composición de los suelos. Si solamente

hubiera sido dueño de un pedazo de tantas tierras mal aprovechadas, que daban cosechas pobres para gentes condenadas a la pobreza. El presbítero rector lo llevó a vivir en una población vecina. Manuela, el hijo, el sacerdote, sus amigos y un señor Marquezio que los apabullaba todo el día con sus disparatados elogios de Napoleón. Se enfrascaba en discusiones agrias. No sabía Marquezio lo que decía. Tenía una visión infantil de Bonaparte y de sus campañas. No sospechaba siquiera toda la trama política que estaba por debajo. «Cómo va usted a comprender, señor Marquezio, lo que ha pasado en otro mundo, a miles de leguas de aquí, cuando los de aquí no han logrado comprender lo que pasó con la independencia».

Apenas duró dos meses la experiencia de la cátedra. La guerra agitaba y empobrecía al país. No se cumplieron las promesas de pagarle el pequeño sueldo.

Aceptó la oferta de establecerse en una hacienda del vecindario a ayudar en las labores agrícolas y a enseñar algunos jóvenes.

Había caído el general Flores. Con su duro orgullo maltrecho, firmó un acuerdo con los liberales y se marchó a Europa. Había surgido una oleada de repulsa contra todo lo que lo recordara, su nombre, su grupo social, su partido y sus allegados venezolanos. «Esto era lo que me faltaba».

Se va a emprender otra vez la reorganización de la República. ¿De qué república? Le escribe a su amigo Roberto Azcázubi, que había pasado por Latacunga sin encontrarlo. «Hasta que los pensadores del país no adviertan que no es la persona que manda, sino el sistema de gobierno que lo pone a mandar, no darán con lo que desean. Será otro el presidente, pero tendrá las mismas facultades para hacer lo que le parezca. La farsa de los tres poderes es tan sosa, tan sin gracia, que ni la burla merece; es una parodia de la constitución inglesa y un mal remedo de la modificación que han hecho los Estados Unidos. Al rey no volvemos, ni a la república llegamos..., ¿qué haremos…?, pensar en

lugar de imitar. ¡Así tuviera yo con que pagar la impresión de mis pensamientos! Pero ni para comprar pan tengo, porque no hallo en qué emplearme. Quiero enseñar y no hay quien pague por aprender, quiero emprender un ramo de industria y nadie quiere gastar en empresas, quiero irme y la familia, aunque compuesta de dos, me sujeta. Yo no quiero que me den sino que me ocupen: tengo fuerzas y aptitudes y tanto me valen como si no las tuviera».

Estaba allí atado, atenazado, silenciado, en aquel pegujal. Todo el país en hervor y lanzado de nuevo a los viejos errores, creyendo en los insulsos mitos y asustado por los mismos fantasmas. Mientras él, que sabía como nadie lo que hay que hacer, no encuentra quien lo quiera oír. Se podría ir de nuevo a Quito, con cuarenta pesos que le mandaran para el traslado, meterse en una casa de gente baja, que es con la que se entiende mejor y con alguna corta ayuda ponerse a publicar en hojas sueltas aquellas urgentes verdades, aquellos pensamientos salvadores, aquellas ideas que todavía podían rescatar a la América perdida. Diagramarlos con gruesos tipos, con espacios blancos y palabras estallantes, con llaves, y corchetes que pintaran la idea en la página. Y salir a venderlos por calles, plazas y pulperías como un pan nunca visto. Estaba seguro de que de esa venta podría obtener lo necesario para sostenerse, mientras la opinión se formaba y surgía una nueva conciencia.

Pero lo que Azcázubi le proponía era un cargo público. Ensayador de metales de la moneda de Quito con seiscientos pesos de remuneración. «En respuesta a su carta del seis del corriente, debo darle las gracias por la oferta que me hace de la plaza de ensayador de la moneda en Quito. Usted piensa en mi bienestar y yo en el mal que me resultaría de admitir un empleo que otros deben envidiarme. Los seiscientos pesos de renta me harían seiscientos enemigos, sobre todo en un tiempo en que se trata de excluir de los empleos lucrativos a todo extranjero. Por máxima de buen vivir nunca he sido empleado, excepto en la enseñanza,

porque el que aspire al magisterio que yo ejerza no puede impedir a los que aprenden la elección del maestro que más les guste, aunque enseñe menos o enseñe mal: es lo mismo que la niña que quiere a un feo, a pesar de muchos buenos mozos».

Resistió todavía seis meses en soledad y desamparo, cultivando la tierra con campesinos lerdos y repitiendo lecciones de escuela primaria.

Hasta que supo que había llegado a la presidencia de la Nueva Granada el general Tomás Cipriano de Mosquera. A Manuela Gómez le confió su esperanza. Mosquera había sido un leal amigo de Bolívar y querría ayudarlo. Volvería a Bogotá, se acercaría a Venezuela. Quizás...

Le escribió a su viejo amigo José Ignacio París. Una larga carta en que le hacía el recuento de sus andanzas desde que llegó a Cartagena el año veintitrés. Hacían ya otros veintitrés años. El recuento era desolador. Los fracasos, las incomprensiones, la dificultad para publicar sus pensamientos. «Tengo mi obra clásica sobre las Sociedades Americanas que no puedo hacer imprimir aquí, porque cada letra cuesta un sentido y después no hay quien lea. En Bogotá hay impresores, y lectores en la Nueva Granada y puede hacerse distribución a otras partes. Usted puede ser mecenas sin perder dinero».

Había sacado la cuenta a ocho reales por legua. «Cuente usted las leguas que hay de Quito hasta Bogotá, añádales veinte, que hay desde el lugar donde estoy hasta Quito y añada unos reales más por algunos accidentes que puedan retardar la marcha y vendrán a hacer las partidas la suma de trescientos pesos, poco más. Trescientos, y tal vez trescientos mil años (según esté el cambio) tendrá usted menos que estar en el purgatorio».

«¡Todo se vuelve colonizaciones! ¡Riquezas! ¡Preponderancias! Nadie piensa en la futura suerte de los pueblos. Haga usted por mí lo que le pido y realizará los deseos que Bolívar se llevó al sepulcro».

Entregó la carta al posta y sacó mentalmente la cuenta de días, semanas y meses para llegar hasta Bogotá, sin contar con retenes de tropa, asaltos de bandoleros o pérdidas. Y luego el tiempo para que llegara la contestación.

A los cinco meses le llegó la respuesta de Pepe París. Le mandaba una libranza de trescientos pesos y un salvoconducto firmado por el presidente Mosquera.

Mostró los papeles a Manuela Gómez, a Cocho, al hacendado, a los vecinos. «Nos vamos».



«¿Todavía me tiene usted por loco?» Antonio José de Irisara negó con azoramiento y vehemencia. «No se excuse usted que yo tampoco lo tengo por menos». «Es nuestro terrible privilegio, rodeados de intonsos, de estólidos, de hombres sin sombra de ideas. Viva, pues, nuestra locura».

«Se ha fijado usted que entre nosotros es como si estuviéramos siempre en la misma conversación. Cambia el sitio y la situación, nos ponemos más viejos, pero no cambia la cuestión.

Irisarri había venido a verlo en la modesta casa de campo donde estaba en espera. «Ya que no me dejan cultivar cabezas cultivo batatas y arracachas».

Todo el adorno de la pequeña estancia eran dos grabados ajados sobre el muro: Bolívar y Sucre.

«Vea usted, amigo, no han dejado nada de ellos. Ya yo no sé quiénes son peores, si los godos curtidos, con sus costras de privilegios o estos liberales que nos han brotado de todas partes y que no paran de invocar la libertad y la república para tiranizar, matar y robar».

Irisarri convenía en que eran una mala plaga todos aquellos ignaros y asaltantes que se proclamaban liberales. «¿Saben ellos siquiera lo que significa esa palabra?» Se

contaban mutuamente las cosas que habían visto en las revueltas del Perú, de Bolivia y del Ecuador.

«Pero ahora sucede que los tiranos fueron solo estos dos». Señalaba los grabados en la pared. «Tiranos para los godos y tiranos para estos liberales tragones».

«Antes me indignaba con esas sandeces. Ahora las oigo con más resignación». Cabecillas de montoneras, bachilleres de proclama y discurso, componedores de asaltos y remendadores de voluntades, tracaleros de politiquerías, que hablaban con la misma voz de los doctores del Virreinato, de la santa libertad, de los sagrados principios, del arca de la alianza de la República, instalados en los palacios del mando, escoltados por una turba recién uniformada.

«Compare usted lo que hizo Bolívar y lo que hizo Sucre, con lo que están haciendo los generales de hoy. Es comparar granos de arena con montañas. Pero no ven o no quieren ver.

«Esto no está para escribir historia, don Antonio José, sino más bien para hacer una novela picaresca increíble. Todos los rinconetes, los lazarillos, los guzmanes, los pablos, se quedarían chiquitos. Hágala usted».

«Se podría hacer la historia de uno de estos logreros surgidos con la independencia. Cualquiera que escogiéramos al azar serviría para el caso. Uno de tantos hombres sin formación, sin principios, sin ideas. Usted y yo los hemos conocido por centenares, bastaría con acercarse a la casa de gobierno de la más modesta capital para topárselos en su faena. Algunos han tenido valor personal, otros ni siquiera eso. Simple atrevimiento para trepar y arrebatar, ayudados por su propia ignorancia. Pero son liberales, ¿qué quiere usted? Son los campeones de la democracia y de la igualdad».

«No es que yo piense que la política es una ciencia. Lejos de mí. A estas alturas de mi existencia y con todo lo que he visto por el mundo no puedo creer semejante dislate. Es a lo sumo un arte, y hasta quizás no más que un

juego de envite, en el que hay fulleros muy hábiles. Pero de ciencia no tiene nada».

Después añadía, dubitativamente: «Pero si usted piensa lo contrario no seré yo quien se lo va a discutir. Podríamos debatir sobre matemáticas o sobre química, que son ciencias verdaderas, pero no sobre política. Usted puede pensar de un modo y yo de otro, y cada uno tiene sus buenas razones. No se puede pasar de allí.

«Ya no me hago ilusiones sobre ningún gobierno, don Antonio José, mientras más he vivido y visto cosas menos puedo hacérmelas. Tal vez usted se las hace todavía. Desengáñese, no hay en el mundo gobierno bueno».

En la casucha resonaban con desolada desmesura aquellas palabras. ¿Para quién las hablaba? «Tal vez el único gobierno aceptable y sensato fue el de los patriarcas, donde todo se arreglaba directa y simplemente sin necesidad de tribunales, cámaras legislativas, y toda esa peste de escribanos, procuradores, fiscales, abogados, códigos, que no sirven sino para entorpecer la justicia».

Parecía reforzar su convicción en aquel cuadro de pobreza. No había necesidad de más.

Irisarri, condolido, le asomó la posibilidad de obtener un cargo público con el Gobierno. «El que sirve a un gobierno se hace el esclavo de un esclavo. No tuve nada contra mi paisano el general Flores. He tenido que defenderlo muchas veces de los disparates de los señores liberales». Le narró algunas de esas disputas con los liberales de Quito. Lo que buscaban era salir de Flores para ponerse ellos. «Salen a alborotar y engatusar en nombre de la libertad, que ni conocen, ni practican. Reúnen gente y hacen un alboroto, una asonada, un bochinche, un molote, un plan, una poblada, un pronunciamiento que son los diversos nombres que se dan a la revolución en las diferentes repúblicas americanas, para lo cual se cuenta de antemano con una parte de la fuerza armada dispuesta a rebelarse contra el gobierno. Habrá otros que no estén de acuerdo, pero por el momento

la prudencia les aconseja callar, mientras logran hacer otro pronunciamiento, pero entre tanto los triunfadores logran lo que se han propuesto, que es repartirse los empleos de la República, porque en el amor a estos empleos está cifrado el amor a la patria. Nadie quiere a esta pobre patria para sacrificarse por ella, sino para sacrificarla en obsequio de sus amantes hijos. Y lo peor es que los resultados de este amor patrio son tan evidentemente favorables a los amantísimos hijos de la madre común, que animan a todos los hermanos a seguir tan provechoso ejemplo». Regresaba el hijo hirsuto y sudoroso de correr por los sembrados. Sandalias de indio, una vara fresca en la mano, detenido con timidez ante el extraño.

«Es Cocho, mi hijo. Usted lo vio más niño en Guayaquil». «¿Cómo dijo que se llamaba?» «Cocho, o Choclo, o José; ¿qué más da? Por qué ha de ser mejor un nombre judío que un nombre vegetal. Ya a algunas mujeres las llamamos Rosa, ¿por qué no podríamos llamarlas Zanahoria o Palta? Si tuviera una hija la llamaría Zanahoria. Más que a bautizo de párroco sonaría a *Geórgica*». Ahora se dirigía al zagal: «Entra y dile a tu madre, que tenemos un ilustre visitante y que prepare algo de comer. No se preocupe usted, don Antonio José, la tierra da».

Irisarri se había quedado contemplando el grabado de Sucre, «El general más valiente, más hábil, más generoso, más humano. No lo llegué a conocer personalmente».

«Pues yo sí, y no con buen resultado para mí». Don Simón le contó su fracaso de Chuquisaca. «Los peores hipócritas lograron torcerle la voluntad».

Irisarri hablaba de la fatalidad que había hecho que aquellos hombres extraordinarios no hubieran podido realizar su propósito. «La chusma vociferante de los demagogos y de los zancadilleros pudo más que ellos. ¿Quién hubiera creído que un hijo de América hubiera podido querer asesinar a Sucre?» Para Irisarri no había habido crimen más horrible y execrable en toda la historia del mundo. Por aquellas trochas que subían hacia el norte hasta Popayán,

habían preparado el golpe. Él sabía quiénes lo habían dado, quiénes habían disparado las armas y quiénes habían hecho la emboscada. Salteadores y bandoleros redomados, hombres de engaño y abyección, degolladores y ladrones. Erazo y Sarría, por los atajos de los montes de Pasto para aguardar desde sitio seguro el paso del mariscal. Los dos asesinos y el hombre resplandeciente de gloria. Solo, inerme, acompañado por dos sargentos. «Tenía treinta y cinco años y era el único que podía salvar a estos pueblos del caos que los amenaza». «Por eso lo mataron». Él sabía quiénes habían sido. «Algún día escribiré un libro para denunciarlos». Ahora eran grandes figuras militares y políticas, generales, gobernadores, aspirantes a la presidencia. Un periódico de Bogotá se había atrevido a publicar, sin ningún recato, una frase espantosa y acusadora: «Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar y por lo cual el Gobierno está tildado de débil y nosotros todos y el Gobierno mismo, carecemos de seguridad».

Irisarri se exaltaba: «El vencedor en Pichincha, en Ayacucho y en Tarqui, aquel a quien respetaron tantas veces las balas enemigas, aquel que inmortalizó su nombre defendiendo la independencia de la América del Sur y dando libertad a la patria de tantos ingratos, aquel generoso y magnánimo guerrero que jamás abusó de la victoria y que nunca desenvainó su espada sino contra los enemigos de su patria, debía ser la víctima de la alevosía, la envidia y la malevolencia de los hombres que estaban más obligados a mirarle con amor, con veneración y con respeto».

«No diga usted más que nos pondremos a llorar. Tal vez fue lo mejor para Sucre morir inmolado de esa manera horrible. ¿Qué lo aguardaba? Pobres pueblos estos. A nombre de Dios los subyugaban los reyes de España, hoy un puñado de hombres, que están muy lejos de serles afectos, persigue y destruye a sus verdaderos defensores y los persigue en nombre del pueblo. Que un soldado se invalide en el servicio no es extraño, el enemigo tuvo

derecho para herirlo, pero que un hombre pierda su comodidad, sus esperanzas y, lo que es más, su estimación, entre los mismos que ha servido, que lo abandonen, que lo supriman, que lo persigan, que lo destruyan, es el colmo de la injusticia».



En cada alto de aldea, en cada venta de fin de jornada, le entraba el deseo de quedarse. Desmontaba en la posada, miraba la habitación rústica, vigilaba el pesebre de las mulas, se asomaba a la calle y llegaba hasta la plaza. Caminando torpemente, con las piernas entumecidas por la montura. Entraba en conversación con algún muchacho. ¿De quién era la casa grande? ¿Cómo se llamaba el alcalde? ¿A cómo se vendía la carga de panela y la de café?

Eran parecidos todos aquellos pueblos. Metidos en el hueco de un valle o trepados al lomo de una colina. Semejante torre cuadrada de la iglesia, iguales repiques, los mismos hombres enruanados que regresaban por la tarde de los campos o salían en el alba oscura. Trepar cuestas, bajar desfiladeros, cruzar ríos y quebradas, encogerse en el poncho para aguantar los chaparrones que caían como cataratas del cielo o soportar el sol sobre los hombros como una carga cada vez más pesada. A peso la legua, a cuatro pesos por día. Cambiando de monturas y arrieros en cada trecho.

¿Cómo se llama el pueblo? ¿Qué siembran por aquí? ¿Hay escuela? Generalmente no la había. En alguna sala triste una vieja reseca cantaleteaba su lectura deletreada. Allí podría quedarse y ponerse a enseñar. Claro que de otra manera muy distinta.

Pero al día siguiente ya se le había quitado el cansancio. Amanecía preguntando por la próxima jornada. «¿Seis leguas? ¡Es mucho!» Más cerca había una venta donde se podía parar.

Ya debía haber entrado en la Nueva Granada. No había marca precisa, ni puerta. Era un mismo país que cambiaba apenas. Gentes que podían estar de un lado o de otro. La única diferencia era si estaban arriba o si estaban abajo. Gente de tierra fría o de tierra caliente. De ruana o de pechuga abierta. Y tanto que se había peleado por poner la raya más allá o más acá. Como si con eso fueran a cambiar en algo. Habían peleado por el rey o por Bolívar. Con sus machetes y sus trabucos en las emboscadas de los desfiladeros. Por Flores o por Obando. En las pulperías de las aldeas se les veía en pequeños grupos al borde del mostrador. Callaban cuando entraba el forastero. Miraban de reojo por debajo del ala del sombrerón torcido. El cuchillo a la cintura. Mascaban tabaco en rolla y lanzaban escupitajos negros que estallaban en la tierra pisada. Era inútil preguntarles si eran del Ecuador o del Nuevo Reino, quiteños o reinosos. No lo entendían bien. Eran gente de un jefe local, del general tal que dependía del general cual, que seguía las disposiciones de un caudillo, que alguna vez dio una pelea cerca o lejos. Y era con eso que querían hacer repúblicas los leguleyos de Quito y de Bogotá.

¿Cuánto faltaba para llegar a Santa Fe? Todo el sur, todo Pasto, el Cauca, Neiva, nudos y nudos de montañas cada vez más altas, trochas culebreadas que iban y venían con su raya seca por las cuestas barrancosas. Atajos del chasqui, de la guerrilla y del bandolero. Del encarbonado y del aparecido. Cada cruz de palo, erguida sobre un montón de piedras, marcaba la agonía de una mala muerte. Los asesinos habían salido de la montaña y se habían vuelto a perder en ella. En las pulperías todos sabían todo y nadie sabía nada. Cada pasajero se persignaba y lanzaba su pedruzco.

Cuando llegó a Túquerres ya llevaba semanas de viaje. Faltaban otras tantas para Bogotá. Sería bueno tomar un tiempo para descansar. Manuela Gómez venía quejumbrosa de fatiga y males.

Algunos supieron quien había llegado. Vinieron de visita a la posada. ¿Qué iba a hacer a Bogotá? Formar hombres, poner escuela, trabajar. El gobernador, el coronel Anselmo Pineda, se hizo asiduo visitante. ¿Por qué no se quedaba un tiempo allí y dejaba organizada la enseñanza? «Aquí hace más falta un hombre como usted, don Simón, que en Bogotá». Le ofrecían una casa, asignación, alumnos. Esperaban de él milagros. Sonreía entre escéptico y complacido. Lo veían como santo de procesión, que pasa un momento y a quien se aprovecha de pedir lo imposible. La lluvia, la salud, el saber, el progreso. Lo único es que la inerte imagen de las andas no reflexiona y él sí. ¿Cómo decir que no a tanta suplica, a tanta esperanza desatada puesta en él?

Le escribió, al fin, a Pepe París que lo aguardaba en Santa Fe. Así también tendría tiempo de que Manuela se repusiera. «Amigo: en mi última del ocho de diciembre del año próximo pasado prometí a usted estar en Santa Fe a principios de marzo de este año, pero el hombre propone y Dios dispone, porque no se cae la hoja del árbol sin su voluntad: diciendo esto estamos, y pretendiendo que se haga la nuestra. Rogamos, suplicamos, nos valemos de empeños, porque no podemos mandar, y cuando queremos, porque podemos, hacer algo, decimos: «hágase la voluntad de Dios».

Pepe París, iría a pensar que se había metido ahora a predicador de Cuaresma. Cambió de tono y de tema.

«Señor (dice la madre, cuando se ve a solas con un crucifijo): ya ves a esta pobre niña: veinte años tiene y no se le presenta marido, muchacha, inocente, no mal parecida. Don Juan parece hombre de bien, pero el diablo no duerme. ¡Jesús! Señor: llévatela más bien. No sea que...! ¡Ave María purísima! Le suceda lo que a mí me sucedió, que por descuido de mi madre, que en paz descanse..., me abrieron los ojos antes de tiempo, me echaron al mundo y me perdieron, etc! (Es de advertir que para ir a

misa esperó a que llegara don Juan y que al salir le dijo: "Acompáñeme a la Juanita, mientras vuelvo que ya dejan"). Así me ha sucedido, a poco más o menos, amigo. Yo pasaba inocentemente por Túquerres, pensando en usted, fui a ver al señor Pineda y el maldito hombre me echó el ojo; yo, blando de corazón, se lo eché también y el diablo metió el rabo. "No se vaya, quédese aquí, espéreme que ya vuelvo". Yo que no necesitaba de muchos ruegos, me quedé..., como se quedan las niñas detrás de las tapias, pensando, a cada ruido, que era él. Espera y más espera. A veces me enfadaba, me daba una palmada en el empeine (como hacen las niñas) y decía: «pues me voy, para otra vez no he de ser tan tonto, cuando él quiera no querré yo, pero, ya viene». ¡Maldito sea el hombre! En lugar de venir solo, como yo quería, trae una recua de jóvenes. No sería malo; pero por ahora, con cuatro o cinco me bastaba para empezar. Después, aunque vinieran ciento. Apliquemos el cuento».

El coronel Pineda había recorrido su gobernación llevando la noticia de que don Simón había llegado y estaba dispuesto a regentar una escuela. Siquiera por unos meses. Regresó con trescientos pesos para muebles y con la promesa firme de que vendrían hasta treinta jóvenes a Túquerres a aprender por los nuevos métodos, algunos eran ya maestros de escuela. Venía también un clérigo coadjutor de un curato, que dejaba la mitad de su sueldo a otro para venir a aprender.

Lo conmovía aquella fe ciega en lo que él podría enseñarles. «Recuérdese usted de Santa Fe antes de la independencia, le escribía a París, imagínese lo que debe ser un país como este y vea la importancia de un hombre de ideas, puesto entre los que carecen de ellas».

En la soledad desamparada de aquellas provincias en olvido y sin recursos se veía como el tambor que llama a los reclutas «para que el sargento los instruya». El remoto recuerdo le devolvía las imágenes del catecismo que aprendió de los frailes de las Mercedes. Podía ser también

como el buen pastor que iba por el campo a recoger las ovejas descarriadas para traerlas al aprisco y salvarlas.

No pensaba hacer sino un alto. El tiempo necesario para preparar aquellos jóvenes en sus métodos de enseñanza. Sin embargo, sería bueno que Pepe París, que tanta influencia tenía en el gobierno lograra que aquellas dos provincias perdidas de Túquerres y Barbacoas se transformaran en cantones de Pasto y que el Congreso, por fin convirtiera en ley su vieja idea de una contribución de un real por habitante para sufragar el gasto de la enseñanza. Pineda iba a marchar a Bogotá con un memorial sobre estos asuntos.

«En ninguno de los dos encargos se descubre un interés que me toque. Ambos son puramente sociales. No pretendo la gobernación de Túquerres ni la de Barbacoas, ni ser maestro de ninguna escuela. Ni enseñar privadamente quiero, aunque he pasado mi vida enseñando».

«Ya estoy cansado de verme despreciar por mis paisanos. Abogaré, sí, por la primera enseñanza, como lo he hecho siempre, porque mi patria es el mundo y todos los hombres mis compañeros de infortunio».

«No soy vaca para tener querencia, ni nativo para tener compatriotas. Nada me importa el rincón donde me parió mi madre, ni me acuerdo de los muchachos con quienes jugué al trompo. Adiós amigo. Salud y paciencia». Agregó después de firmar: «Memorias a Gual, a Umaña y a O'Leary. Muy afectuosamente».



La casa en que vino a comenzar la escuela no era la que le habían prometido. Un mal carpintero hacía malamente los pocos muebles, bajo la dirección suya. Los alumnos estólidos parecían oírlo sin comprenderlo. Tan cojas como las patas de las sillas estaban las mentes. El dinero que habían prometido recoger nunca llegaba.

El coronel Pineda se había marchado a Bogotá. Dos semanas de mula para llegar una carta. De Pasto, a Juanambú, a Popayán, a Cali, a Neiva, a Purificación para asomarse, al fin, a la neblina de la sabana de Santa Fe.

El día se le iba de un lado a otro para tratar de remediar tantas fallas. El viejo majadero, con el sombrero sobre la nuca, rezongando y maldiciendo a ratos, gesticulando y hablando solo, iba y venía sin parar. Todo quedaba en promesas, en excusas, en esperas. Un día, frente a los aprendices de maestro, («son ustedes los que me van a reemplazar»), azorados camperusos de Túquerres y Barbacoas, vecinos fisgones y algún corchete de la Gobernación, estalló: «Señores: aquí no se hace nada. El trabajo del coronel Pineda y el mío se han perdido. Nada se logra. No hay voluntad para ayudar ni para nada. No vale la pena, de que yo siga haciendo este esfuerzo aquí. Vámonos para Barbacoas. Allí hay dinero y voluntad. Si aquí faltan el uno y el otro no es razón para que yo pierda mi tiempo. Si esto va a fracasar dentro de unos meses, cuando yo me vaya, mejor es que fracase ahora de una vez».

Todos protestaron con vehemencia. Las ayudas y las promesas se apresuraron. Volvería a recomenzar.

Cuando estuvo solo cayó en una desolada congoja. ¿Para dónde iba a ir? A Santa Fe, a reemprender lo mismo. Algunos le habían asomado que podría volver a Caracas. Sería horrible. Después de cincuenta años de ausencia a quién iba a encontrar. Ruinas de terremoto, descalabros de guerra, memorias de cementerio. Llegarse hasta Pasto. O regresar a Quito.

Hubiera sido una pesadilla volver a Caracas. No conocer a nadie. Todos aquellos hombres, cuyos nombres le llegaban en atenuado eco, le eran desconocidos. A lo sumo hijos o nietos o resobrinos de alguien a quien trató en aquella Caracas de antes del terremoto, de antes de la guerra. ¿Quién lo iba a recordar y a reconocer? Lo peor de la vejez era aquel irse quedando solo. Cambia continuamente el decorado y los actores del drama y ya

uno no sabe qué papel desempeña, ni a quién dirigirse, ni qué responder. Los compañeros del juego de la vida van siendo substituidos por otros desconocidos con los que no se sabe cómo entenderse. No iba a encontrar sino extraños, desde el arzobispo hasta el pulpero.

Se había enredado en Túquerres. Era su sino enredarse en cada lugar. Con la escuela que no funciona, el protector que no cumple, el negocio nunca concluido, las resmas de papel escritas sin hallar impresor.

Si se volviera a Europa. ¿Con qué y cómo? Por lo menos no le afectaría tanto el desconocimiento. Iba a ser otra vez un extranjero entre gente extranjera. Pero ahora cargaba a cuestas a Cocho y a Manuela.

Para colmo, Manuela había caído enferma de gravedad. Apenas se levantaba del catre, envuelta en trapos, cubierta de emplastos y ahogada en sahumerios, rodeada de imágenes de santos y de velas encendidas. Cocho, que ya era un zagaletón, la acompañaba mientras él iba a sus clases. Ya no era solamente enseñar cosas elementales a algunos ignaros, sino, enseñar a enseñar. «No es enseñar a deletrear. Es enseñar a vivir, a trabajar, a practicar la sociabilidad». Eso Ies costaba mucho trabajo comprenderlo: ¿Qué era la sociabilidad? Había que hacerles explicaciones simples con ejemplos y consejas. Hablar de las abejas y las hormigas. Describirles el mecanismo del orden social. Algunos bostezaban. Otros comentaban con desgano: «Se pierde mucho tiempo. ¿Qué es lo que estamos aprendiendo aquí?»

Pasó un naturalista suizo, que venía de exploración tropical. Salía a herborizar a los alrededores. Él lo acompañó algunas veces. Pasaban horas discutiendo la clasificación de una planta, examinando los estambres y los pétalos de una flor. Todavía no se conocía aquella naturaleza. Se había pasado en medio de ella siglos enteros sin conocerla. ¿Cuántas cocas, cuántas quinas milagrosas, cuántos palos brasil llenos de virtudes curativas, podrían hallarse? Frente a la selva tupida y sus tesoros estaba también la tupida ignorancia.

El suizo visitó a Manuela. Le tomó el pulso, le palpó el vientre inflamado, le miró el blanco de los ojos. Le comunicaba en francés sus impresiones para que la enferma no se enterara. La encontraba delicada. Le mandó purgantes y pociones. Gotas blancas que había que contar lentamente sobre el vaso de agua.

Pronto se marchó a seguir su exploración, pero Manuela siguió mal. La fiebre le subía y pasaba las horas entre quejido y sueño. Regresaba a la infancia. A los nombres y las cosas de su niñez en la alta meseta andina, antes de conocerlo a él y enredarse en aquella vida extraña. «¿Me iré a alentar?»

El correo de Bogotá le trajo un periódico roto y maltratado de intemperie. *El Neogranadino*. Allí estaba, en apretada letra de imprenta, bajo su nombre, el *Extracto sucinto de mi Obra sobre la educación republicana*. El periódico lo acompañaba con una nota: «Damos a la luz el extracto de una rara e interesante obra de educación hecha por su autor Simón Rodríguez, hombre extraordinario que obtuvo la merecida fortuna de ser maestro del Libertador Simón Bolívar, y que vive, anciano y retirado, en una de nuestras provincias, consagrando el resto de sus días a la enseñanza de los niños. Reproducimos en lo impreso el modo particular de distribuir las cláusulas que distingue los escritos del señor Rodríguez, cuyo singular talento veneramos y cuya suma pobreza es la prueba más visible del desprendimiento y constante beneficencia de aquel patriarca de Colombia».

Patriarca risible, sin seguidores y sin pueblo. Sin rebaños ni tienda. Si acaso Job. Pero siquiera con Job venían a hablar los ángeles.

Allí estaba otra vez volviendo a decir la nunca oída lección. Con sarcasmo, con cansancio, con la nunca perdida esperanza de que al fin alguien querría oír. «Hace veinticuatro años que estoy hablando y escribiendo, pública y privadamente, sobre el sistema republicano, y por todo

fruto de mis buenos oficios he conseguido que me traten de loco».

Era eso. El único que tenía razón entre los innumerables que no tenían razón. El loco, el majadero, el extravagante, el viejo insufrible y lleno de disparates.

«Los niños y los locos dicen las verdades».

¿Quiénes eran aquellos que no habían querido oírlo en todo el tiempo de la larga, prédica insistente? «La potestad paterna influyendo en la educación y en la elección de estado o profesión..., y las leyes concediendo y protegiendo la facultad de testar, son dos inconvenientes para emprender la obra de la República».

Muchedumbres de intonsos, esclavizados y ciegos en los más estúpidos hábitos, eran los que decidían del destino de las nuevas generaciones. ¿Quién puede pedir peras al olmo? La ignorancia engendrará ignorantes, el conformismo conformistas, la superstición supersticiosos, la pereza mental perezosos, por los siglos de los siglos. «Toda mujer, que pare y todo marido porque su mujer parió..., son maestros natos de cuanto el hombre debe saber para entrar en sociedad.

«Haber criado un niño hasta cierta edad...,

es un derecho
- para impedirle que tome el estado o profesión
  - que le conviene
  - o le agrada
- o para forzarlo a tomar (sin decir por qué)
  - que no le conviene o le repugna».

«Moribundo que tiene algo, por poco que sea, es legislador y los vivos lo han de obedecer: si es grande el caudal, dispone que su heredero viva ocioso y manda que se le aguanten todas sus impertinencias por todo el tiempo que sea o que lo crean rico».

Era cansino tener que repetir y repetir aquello mismo. «Un gobierno sensato, encargado por los congresos de promover el bien común ¿qué obra buena hará con materiales inservibles, con instrumentos gastados, y en taller ajeno?»

Con aquella gente que tropezaba en la calle y en la escuela, con aquellas cerrazones impenetrables, con aquellas estupideces petrificadas, con aquellas que traían el sahumerio para Manuela y que oían con angustia el canto de la pavita en la noche anunciando muerte. Lo que estaba muerto eran las mentes de ellos mismos y no había cómo resucitarlas.

Los comerciantes y los hacendados peleaban, los pulperos y los regidores, los liberales y los conservadores, los partidarios de Mosquera y los de López. Si López llegaba a la Presidencia de la Nueva Granada terminaría toda posibilidad de que hicieran algo por él. Le iba a cobrar la vieja cuenta de su lealtad a Bolívar. Para qué podría desear llegar a Santa Fe aquel testigo, aquella antigualla estorbosa e imprudente, aquel defensor de Sucre y del Libertador. Y, además, estaban los clericales y los anticlericales. No había fines sociales, ni espíritu de asociación. Montoneras, facciones, recuas, pobladas, pero no asociación.

No se daban cuenta de que su «sociedad no es más que un conjunto por agregación». Lo volvía a decir en aquel extracto escrito para el periódico bogotano. «Carecen de la idea fundamental de la asociación, que es: «pensar cada uno en todos, para que todos piensen en él». Los hombres sin esta idea viven en pequeños grupos..., o en grandes..., haciéndose una guerra simulada, bajo el nombre de CONVENIENCIA. Las profesiones son como cuerpos de un mismo ejército, que tiran unos contra otros por falta de enemigo que combatir: al sublime precepto de «ver en los intereses del prójimo los suyos propios», se substituye la máxima más perversa que pueda haber inventado el egoísmo: «cada uno para sí y Dios para todos».

La base única estaba en educar, pero no en aquella escuela de repeticiones y vaciedades, de sonsonete y memoria vana, de latines y dómines. «Educar es crear voluntades».

Allá en Bogotá, adonde no iba desde hacía veinticinco años, estarían leyendo aquellas machaconas verdades. ¿Quién las iba a recibir y a entender? ¿Quién querría ponerlas en práctica antes de que desapareciera y con él toda esperanza?

Con orgullo irreductible lo repetía en las frases finales. «Descargue el Gobierno sus cuidados, cometiendo la instrucción pública a personas que merezcan su confianza. Al leer esto creerán, los que no me conocen, que quiero ser de la confianza del Gobierno,

«que predico por mi parroquia,
que me hago la cama,
que para el buen entendedor pocas palabras…
NO»

Un no grande, retumbante en estallantes mayúsculas en medio de la página.

«Ni campanero quiero ser en la América española, porque dirían que las campanas no sonaban, o que me había robado la torre. Tengo el defecto de ser americano y no se diga que quien desprecia comprar quiere, porque en vida de Bolívar pude ser lo que hubiera querido, sin salir de la esfera de mis aptitudes. Lo único que le pedí fue que se me entregaran de los cholos más pobres, los más despreciados, para irme con ellos a los desiertos del Alto Perú, con el loco intento de probar que los hombres pueden vivir como Dios les manda que vivan, porque Dios antes de hacerlos sabía,

que habían de ser frágiles,
que habían de tener pasiones,
que serían de carne y hueso,
que estarían vestidos de mala carne,
que el demonio les había de tentar.

«El Redentor pedía párvulos para enseñarlos, porque quiso hacer ver al mundo que de judíos viejos, poco o nada bueno se podía esperar, y para probarlo les encargó que lo martirizaran. Los muchachos no lo habrían hecho».

No todo había caído en silencio. Pocos días después le llegó otro periódico. Contenía una carta, sin firma, dirigida al redactor. «Yo tenía ya noticias detalladas del talento, civismo, amor a la humanidad y a la democracia que conserva, aun en su vejez, y en medio de tantas penalidades y miserias el señor Rodríguez, patriarca de Colombia como lo llama usted con sobrada justicia».

El corresponsal anónimo insinuaba que el Congreso fijara una pensión a Rodríguez. No era eso lo que él deseaba. «No me dejaré llevar a cuestas sino después de muerto».

No resultó nada. La escuela no pudo sostenerse tampoco. Se marchó a Pasto con Manuela sin reponerse. Ya el presidente no era Mosquera. Ahora venía a gobernar José Hilario López, compañero de Obando, enemigo de Bolívar y de Sucre. Toda posibilidad del lado de Bogotá quedaba cerrada.

Manuela volvió a recaer. No se iba a salvar la pobre mujer sumisa y atareada. Poca gente lo acompañó al entierro. Sus dos mujeres había entregado a la tierra de la Nueva Granada. La primera cuando salía de Santa Fe lleno de esperanza en busca del Libertador. La otra, ahora, en aquel largo y duro camino del regreso. No le quedaba sino Cocho. Distraído, alejado, indiferente.

En Bogotá el coronel Pineda había lanzado la iniciativa de una colecta para favorecerlo. Debía sonrojarse o enorgullecerse de lo que decía aquel papel. Ya ninguna humillación podía alcanzarlo. Era a los otros, a los endurecidos, a quienes aquella afrenta debería arder algún día sin remisión.

Decía la circular del coronel Pineda: «Muy señor mío: un sentimiento de patriotismo y gratitud nacional me compele a ocupar la atención de usted con el negocio siguiente: el

señor Simón Rodríguez, maestro del ilustre Libertador de Colombia, se halla actualmente en Pasto en la situación más penosa». Seguían los detalles del fracaso de la escuela y del estado miserable en que se hallaba. «Con el fin de proporcionarle lo necesario se ha abierto en esta ciudad una suscripción, que recauda el presbítero doctor Pedro A. Torres, obispo nombrado de Cartagena».

Como un relámpago inesperado, a renglón seguido, aparecían aquellas otras palabras iluminadas: «¡Oh mi maestro! ¡Oh mi amigo! ¡Oh mi Róbinson!» De nuevo estaba recibiendo la carta de Bolívar.

Tal vez solo por esas invocaciones de conjuro lo irían a recordar. ¿Quién se iba a acordar de lo demás? De lo que quedaba en aquellos cajones de carga de recuas.

¿Quién lo llamaba? ¿Quién lo esperaba? ¿Dónde? Con el dinero de la limosna, maltratados pesos, calderilla tuerta, cobre verdoso, y unas cuantas piezas de oro con la efigie borrosa de reyes de otros días, emprendió el camino. De nuevo hacia el sur. Ipiales, Ibarra. Largas paradas en las posadas. Lento vagabundeo por caminos solitarios sin querer llegar. Hacia Quito.

Volvió a Latacunga. Más viejo, más solo. Ya había pasado los ochenta pero todavía podía servir. Tornó al Colegio de San Vicente. Había otro rector, el doctor Rafael Quevedo.

Traía una nueva propuesta. Si le daban un local adecuado, un peso diario y los útiles necesarios, se comprometía a enseñar sus métodos a dos jóvenes maestros. Tendrían como campo de experiencia un grupo de diez escolares.

Le dieron una casa más o menos apropiada, le reunieron los diez niños y le presentaron el primer aspirante. El joven

Camilo Gallegos sabía su pequeño latín, su escolástica elemental y conocía algo de Plutarco. Era de los que en mitad de la discusión hacía una pausa solemne y decía: «distingo».

En pocos días se convenció de que no podría entenderse con él. Vino en su lugar otro mozo. Mariano Armendáriz ya había tenido alguna experiencia de dómine y palmeta. Pretendía que le mostraran pronta y escuetamente las nuevas maneras de enseñar. No eran recetas las que el viejo se proponía enseñar, ni trucos, ni técnicas mágicas de memorizar. Había que comenzar por tener una idea nueva de lo que era el hombre, la sociedad y la educación. «Lo que nos proponemos no es enseñar a leer sino hacer republicanos». «Piensen los padres y los maestros y los niños pensarán».

Sacaba sus impresos y sus manuscritos amarillosos y los leía al embobado aprendiz. Cortaba la lectura de *Sociedades Americanas* para ampliar, con nuevos ejemplos y argumentos, lo que allí había escrito. Entre tanto los niños abandonaban el salón de clases y se iban a alborotar al corral.

A los cinco meses lo llamaron de nuevo el rector y el Consejo. Armendáriz, confundido y malhumorado, se quejaba de que no había sistema en la enseñanza. Todo el tiempo se iba en divagaciones y discusiones, lecturas y comentarios. Armendáriz esperaba una cartilla simple y fácil. Él había tratado de abrirle la mente y eso era casi imposible.

Hubo una discusión agria y lamentable. No se lo decían pero debían estar pensando lo que tantas veces le habían dicho todos los que no lo comprendían. Que era un loco. «De locos así debería hacerse cría». Lo peor fue que el aprendiz lelo declaró que ya lo que tenía que aprender lo había adquirido y no hacía falta proseguir.

Volvió a dar clases privadas. Vinieron las hijas de una señora Viteri. Las recibió con cortesía exagerada y les contó como era la vida de las niñas en París y en Londres. Empezó a venir a la casa un amigo de Cocho. Se llamaba

Camilo Gómez. Pasaba con él largas horas en un diálogo divagante en que le hablaba de la historia, de la política, de las plantas, de la vida de los animales. A veces Cocho insistía en llevárselo a la calle pero el muchacho le decía: «espera», para seguir oyendo al viejo Rodríguez. Reverdecía hablando con Camilo. Lo que no había podido hacer con Cocho. Todo el tiempo estaban reanudando la charla. Así había sido la enseñanza griega. De todo el tiempo, en un diálogo sin límites aparentes. «Me llamaban el Sócrates de Caracas, Camilo». ¿Y quién era Sócrates? Por allí penetraba en una evocación deshilvanada de la ciudad griega. Se interrumpía cuando comprendía que el mozo no podía entenderlo. «¿Qué era lo que ellos llamaban el logos?»

No dejaba de escribir canas a conocidos de Quito, de Guayaquil, de Lambayeque y hasta de Lima. Gentes que podían interesarse en alguna idea de negocio posible. Una explotación de salinas, un molino de madera, una producción de nitrato para la agricultura. Las respuestas, a veces, dejaban asomar alguna esperanza.

«Todavía estás en esto, Simón, ¿hasta cuándo?» Quién otro se lo podía decir sino él mismo. Siempre empezando, ya que tardaba tanto el fin. Metido, entrometido, en todo. «Soy miembro nato del Congreso Universal sin más elección que la de mi voluntad». No por quiteño, ni por peruano, ni por neogranadino, ni por caraqueño, sino por hombre.

Con el rector Quevedo hablaba sobre el Colegio. Lo que había que hacer y lo que no había que hacer. Tenía la posibilidad de transformar aquel instituto en el mejor del país, en el mejor de América. No solamente eso sino, sobre todo, transformar el Ecuador y América toda por medio del instituto.

«¿Por qué no me hace un plan o un reglamento?» No se podía negar. Volver a poner por escrito lo que tantas veces, en tan variadas maneras había dicho y propuesto. Seguir majando en hierro frío, seguir golpeando para ver si un día el metal se ablandaba y tomaba nueva forma.

No tenía sino que dejar correr la pluma para decir de nuevo todo aquello que estaba tan consubstanciado con él como su propio nombre: «Señor, usted me pide un reglamento para que rija la Primera Escuela. Le daré ideas para que las combine con las suyas y lo forme. No haga usted imprimir mi manuscrito, ni lo muestre sino a personas de talento e instrucción. Si los tontos lo ven impreso tendrán con que reír para muchos días y si usted les da lectura, pensarán que los consulta; los más dormirán en lugar de oír».

Entregó el breve cuaderno lleno de ideas. Tal vez Quevedo se atrevería a ensayarlas. O no se atrevería y todo lo que quedaría sería otro montón de hojas muertas con palabras calladas. ¿Quién las iba a resucitar?

Ya no tenía más que hacer allí. ¿Dónde tenía que hacer? Por ir a alguna parte emprendió el largo viaje sierra abajo hacia Guayaquil. Lo acompañaban Cocho y Camilo. Más Camilo que Cocho.

En la larga trocha era el viejo amojamado al que los arrieros ayudaban a sostenerse en las cuestas. Como un fardo más. Otra vez el camino. El mismo camino de tantos y tantos años que nunca terminaba.

Llegaron al sopor sudoroso de la selva y al Guayas color de carne de palta, Llegaron en una balsa a Guayaquil. Otra vez Guayaquil. Tantas veces, desde aquel día en que desembarcó de la nave del general Valero. «Yo fui comisario bizcochero, Camilo».

Recomenzar el torpe juego. Hallar alojamiento, buscar qué hacer. Visitar algún viejo conocido. Hacer propuestas. Las mismas propuestas de siempre ante iguales oídos sordos.

Hasta que encontró al señor Zegarra y pudo convencerlo de que con poco dinero se podía establecer una próspera refinación de esperma para hacer velas. Luces y virtudes. Fueron contados los pesos que le facilitó Zegarra. Había sacado cuentas sin término sobre los inmensos proventos que debería darle aquella mísera industria.

No hubo los beneficios esperados. La resistencia de las cosas le volvía a salir al paso. El fogón no ardía bien, los calderos no eran de cobre, la materia prima resultaba llena de impurezas, los oficiales eran torpes y hacían mal lo que se les explicaba.

El señor Zegarra se impacientaba. Iban a recomenzar las escenas que tantas veces había sufrido. «Usted es un embustero. Me ha engañado miserablemente. ¿Qué ha hecho de mi dinero?» Solo que ahora le daba una inmensa pereza responder. Oía impasible las injurias del dueño de los pesos. «No se preocupe. Yo le reembolsaré su plata». Zegarra se indignaba más aún. «Con qué me va a poder pagar usted. ¿Con su sucio pellejo viejo? Cómo se me ocurrió a mí confiarle mi dinero. Debía saber que usted no ha sido toda su vida sino un embrollón». Dejaba a Zegarra vociferando en el taller vacío y se iba al alojamiento a tenderse en la cama. Se le había recrudecido aquella vieja dolencia del vientre. Un dolor sordo entre las tripas como de un gran maltrato.

Un francés le había contestado desde Lambayeque. Le había propuesto varias posibilidades de negocio. «Cuando me vea se va a asustar». Le había crecido la barba blanca y el vientre se le había puesto enorme.

«Nos vamos a Lambayeque», le anunció a los dos mozos. «Camilo, averíguate cuál es la primera embarcación que sale».

Ahora por lo menos sabía de seguro que no se quedaría en Guayaquil. A lo mejor terminaría tirado al agua en plena mar. Pasajero del Pacífico por la eternidad.

Camilo regresó de la ribera con la noticia de que una balsa de cabotaje saldría para Sechuras dentro de dos o tres días.

«En esa nos iremos». Reunió los escasos pesos que le quedaban y se los envió al patrón.

Se arrastró hasta la mesa y se puso a escribir una carta para su viejo conocido el general José Trinidad Morán. «¿Qué día es hoy?» La criada le contestó: «Hoy es veintiséis

de noviembre». Reflexionó un momento. Veintiséis de noviembre de 1853. Hacía treinta años que había regresado a América.

«Amigo:

»¿Cuántos años hace que no nos vemos?

»Un francés me saca de aquí para llevarme a Lambayeque. Mañana salgo embarcado como Noé en una balsa.

»Escríbame a Lambayeque y si puede mándeme un socorro porque estoy como las putas en cuaresma, con capital y sin réditos.

»Preguntando por usted unos me dicen que está en Lima y otros en Chile. El dador de esta es el señor Landarou, persona de mi confianza.

»¡Adiós amigo!

»Deseo a usted como para mí
salud para que no sienta que vive
distracción para que no piense en lo que es
y muerte repentina
para que no tenga el dolor
de despedirse de lo que ama
y de sí mismo para siempre.

SIMÓN RODRÍGUEZ».



La balsa recaló en Cabo Blanco. Una caleta de pescadores con pocos ranchos despeinados y grandes ristras de pescados en salazón, impregnando el aire. A don Simón le tuvieron que bajar cargado. Casi no podía moverse y se quejaba continuamente del dolor en el vientre.

Lo metieron en un rancho. Lo tendieron en el piso, en unas mantas. «¿Dónde están los cajones de los papeles?» Estaban allí, casi a la intemperie, entre salazones y cordeles.

Cocho desapareció. Tal vez habría ido hacia la Brea o Paita. A alertar gente conocida. Acaso llegaría hasta donde Manuela Sáenz. A darle la nueva del desamparo y la gravedad de don Simón.

Casi no se alimentaba y estaba todo el tiempo amodorrado y delirante. Nombraba personajes y lugares que ni Camilo ni los pescadores conocían.

«¿No será la peste?» Ya no se atrevían a acercársele por miedo al contagio. Camilo logró que alguno de ellos lo acompañara hasta el cercano pueblo de Amotape.

«He oído hablar de él y no siempre bien», le dijo el cura del pueblo en forma desabrida. «Es un señor muy importante que tiene amigos poderosos. Usted verá que muy pronto vendrán socorros».

El cura, al fin, le facilitó diez pesos y logró que le prestaran dos caballos para traer al moribundo.

Paso a paso de los desvencijados jamelgos recorrieron el trecho polvoriento, faldeando los cerros, cerca del mar, desde Cabo Blanco hasta Amotape. El viejo doblado, con la cabeza descolgada sobre el pecho, envuelto en una pelada manta y con un gran sombrero de paja que le cubría cabeza y cara. El mozo con el atado de ropas y los dos cajones sobre el otro caballo. Poco hablaron en todo el trayecto. ¿Dónde iría a poder detenerse al fin?

Llegaron al atardecer a Amotape. A la entrada del poblado se les acercaron unos vecinos. No se iban a alojar en el pueblo mismo sino en una casa de campo que quedaba cerca.

Era una casucha ruinosa con un corredor desamparado y la boca oscura de un cuarto. Tomó tiempo desmontarlo. A cada movimiento se quejaba. Cargado lo metieron al cuarto en sombras. Una silla en medio y un poyo de barro que servía de cama. Se tendió entre los viejos trapos y cerró los ojos.

¿Quién iba a venir ahora? El señor Humboldt, que tanto se había interesado por la quina. Y por aquellas

anguilas eléctricas que había en los ríos de la llanura venezolana. La naturaleza había inventado la pila eléctrica mucho antes que el señor Volta. ¿Qué va a ser de todo esto? Esta inmensidad de tierra, de leyenda y de misterio. Inusitada, inverosímil, extraña para todos. Como indio para blanco, como blanco para negro. Se tocaban, se veían y no se conocían. Todo era imaginable. Todo posible. ¿Dónde termina la realidad y comienza la fantasía? Alguien vio las Amazonas o las creyó ver. Y los Dorados y las montañas de plata y el jardín de oro del Coricancha. Atahuaipa en sus andas de oro, Moctezuma en su torre de sangre, las piedras de Sacsahuamán, el manto de la Virgen de Guadalupe. Todo había sido o era dable y acaecedero. Lo que quiso Bolívar. Un Nuevo Mundo. La Utopía de los jesuitas. La Colombia de Miranda, las Nuevas Castillas, los viejos Cuzcos. Indios o sobrevivientes de las tribus perdidas de Israel. ¿Por qué no podía ser santo Tomás la Serpiente Emplumada, como decía fray Servando? La república verdadera y original, nueva en todo, en gentes, en pensamiento, en bondad. La Parusía y el Milenario realizados al fin, allí, según la profecía de fray Francisco de la Cruz, el hereje. Aquello era fin o comienzo de mundo. Todo el pasado y todo el futuro de los hombres, blancos, indios, negros se encontraban y mezclaban en aquel gigantesco nudo, tan grande como los brazos y los pliegues de la cordillera. De allí brotaban aquellos ríos inmensos y sin orillas que parecían desaguar el planeta entero. ¿Qué iba a pasar ahora? Ya él se iba. Se había ido Bolívar. Se habían ido los virreyes, los curacas indios y los jefes de cumbes negros. Don Pío Tristán, allá en Arequipa, ¿cuántos años hacía? Había sido el último virrey. Ni tiempo tuvo de ponerse el traje de ceremonia. Pero había sido. Había sido tantas cosas don Pío. Tan distinto a don Mariano. Tan diferente de Flora. ¿De quién era hija Flora Tristán? Cuántas veces reprendió al joven Bolívar sobre su conducta imprudente con la mujer de don Mariano. Se van a dar cuenta y va a haber un escándalo. La cuenta se podía sacar. Cuando Bolívar fue de Bilbao a

París. Y aquella manera tan apasionada que tenía de ver a la niña. Y el modo como Teresa le hablaba de la hija. «Yo estoy disgustado con usted, Simón. ¿Por qué me dejó en Bolivia? ¿Por qué no contestó mis cartas y mis súplicas?» Debía estar muy enojado. «Yo sé que como siempre la culpa ha sido mía, Simón».

«Mi amigo. Eso es lo que somos, y eso no me lo va a quitar nadie más nunca. Desde niño. Nadie lo conoció mejor que yo». Ahora estaba en Caracas. En aquella pequeña capilla de la Trinidad en la Catedral. Junto a los huesos de sus abuelos y de sus choznos. Polvo viejo de pobladores, de encomenderos y de hacendados. Mucha carta escribió él bajo el dictado de don Feliciano Palacios a la Corte, para reclamar aquel embrollado título de Marqués. No sabía don Feliciano que el título verdaderamente importante y único iba a ser otro. Otro que él nunca había podido oír. Libertador.

«Cuando me levante». ¿Se iba a levantar alguna vez de aquel montón de trapos, en aquel rincón con la presencia de Camilo por toda compañía? ¿Qué podía esperar ahora? «Cuando nada se espera de la vida algo debe esperarse de la muerte».

Helechos más bonitos que ese que se descolgaba del tiesto vio en París. «En París Camilo. ¿Te das cuenta? Helechos hermosísimos traídos del Trópico». Las estufas frías del jardín de la Malmaison. Grandes como salones, con palmeras, helechos y flores exóticas. Lo había llevado Bonpland y le había presentado a la emperatriz Josefina. Lo invitó a entrar al palacio y le obsequió agua con malvasía. ¡Qué destino de mujer extraordinario! Todos habían sido destinos extraordinarios en aquel tiempo. No ahora. Ahora no había sino logreros, trapisondistas, perros amaestrados, gaznápiros, flacos de alma.

«¿Hereje? ¡Dijo que yo era hereje!» El cura lo había dicho en Amotape y por eso la gente no se atrevía a venir a verlo. «¿De qué clase de herejía y contra cuál verdad?» Arriano, sociniano, monofisista, priscilianista, cátaro, libelático, mile-

narista, luterano, ¿condenado en cuál Concilio?, ¿en cuál bula? En Nicea, en Trento, en Basilea, seguidor de Arnoldo de Brescia, de Joaquín de Flora, de Arrio, de Martín Lutero. Aquel era un terreno muy delicado y sutil para un cura de misa y olla. «Es la olla lo que más necesito ahora».

Servando se hubiera reído de aquello. No era hereje el bueno de Servando, pero el cura se habría quedado bizco si Servando le explica que santo Tomás era la serpiente emplumada. Hereje sí era Blanco White. Allá en Londres trató de predicarle muchas veces, mientras caminaban por las arboledas del parque, la doctrina de los unitarios. De clérigo de la Catedral de Sevilla a pastor unitario era un salto considerable.

Hereje. «Qué sabe él lo que soy yo». Cara de hereje como la necesidad. Cara de necesitado, de menesteroso, de gallofero.

Volvía del pueblo Camilo con atoles, papillas y sopas que le mandaban unas buenas mujeres compasivas. Tomaba con esfuerzo un bocado y volvía a tenderse. «No tengo ganas, cómetelo tú».

¿Quién llevaba la cuenta de los días? Lunes o jueves, tres de febrero, diez de febrero. Víspera de Carnaval. Ya estaba disfrazado de todo lo más irreconocible. Mojiganga, cabezudo, comparsa de alborotar niños.

Desde la Brea había llegado una visita. Trató de disuadir a Camilo. No quería recibir a nadie. ¿Quiénes eran? Tres señoras conocidas y dos padres jesuitas. «¿Por qué no me dejan quieto?» Penetraron avizores en la habitación. Oía confusamente la garrulería de las mujeres. Varios tonos de falsete. «Queremos traerle los auxilios». «Sabemos que usted es buen cristiano». Uno de los teatinos comenzó a hablarle con una voz gruesa y estoposa. Una voz de contrabandista del Pirineo, de tratante de yeguarizos. Se volvió hacia la pared sin responderles.

Cada día estaba más amodorrado y ausente. Pero, a veces, levantaba la voz del delirio y parecía dirigirse a

alguien que no estaba allí. «Me derrotó usted, ilustrísimo doctor Centeno. Con sus marrullerías y sus latines. Era usted el dueño de las almas y de los cuerpos y hasta de las piedras de Chuquisaca. Yo estaba condenado al fracaso». «Óigame, por favor, señor Mariscal Presidente. Lo que tengo que hablarle es más importante que todo lo que le vienen a tratar estos cortesanos podridos».

Paseaba a ratos la mirada perdida por la habitación como en busca de alguna presencia. Murmuraba frases en voz baja que el mozo no lograba entender. Miraba con angustia aquel rostro sudoroso y los ojos de sopor. No había visto nunca morir a nadie. Era así de simple, tal vez.

«Búscame a alguien». ¿A quién podía buscar? «¿Quiere que llame al Padre?» Le pareció que había asentido con un débil movimiento de la cabeza.

Salió sin ruido y corrió hacia el poblado con la angustia de llegar demasiado tarde. El cura no parecía dispuesto a venir. «¿Se va a confesar?» Le aseguró que sí. Pero le pareció que tardaba demasiado en prepararse a salir. «Hay que ir de prisa. Está muy malo».

Revistió los ornamentos, tomó el copón con la hostia y montó en la mula.

Cuando llegaron Camilo penetró adelante en la habitación. Se oía el mismo estertor tenue. Tuvo que alzar la voz para que lo advirtiera. El padre había entrado detrás de él en silencio. «Aquí está el señor cura». Con lentitud levantó la cabeza, miró vacíamente y con gran esfuerzo se arrastró hasta el borde de la cama. El clérigo se sentó en la única silla.

«Esto se acaba». Se le había aclarado la voz. «Antes que usted me haga preguntas yo trataré de decirle lo que soy. Siempre ha costado trabajo para que la gente me entienda. Y, sin embargo, en el fondo todo es muy sencillo. Ha sido una vida muy larga, con muchas experiencias y con incontables alternativas. Una vida en la que busqué mucho, aprendí continuamente y sufrí muchos cambios.

No fui nunca ni como una piedra, ni como un árbol. ¿Me comprende? No es fácil que le pueda decir ahora lo que soy y lo que creo. Tendría que contarle toda mi existencia y no hay tiempo. Nada ha sido fácil».

Camilo lo oía en aquel débil bisbiseo. Había creído en muchas cosas naturales y sobrenaturales. «He tenido la curiosidad de alcanzar el porqué y el cómo de las cosas. Tal vez eso es malo y vale más quedarse con la fe del carbonero. Vea usted como ya caemos en un tema de herejía. Creer en la salvación por las obras o en la salvación por la fe. Más me preocuparon las cosas inmediatas del destino del ser humano. Cómo librarlo de tantas esclavitudes que pesan sobre él». Guardó silencio un rato y luego añadió, con más lentitud: «Aquello que juré con Bolívar en Roma fue para mí como una religión». Con mártires, con confesores, con apóstatas. Creía que América debía y podía ser muy distinta de lo que habían hecho de ella tres siglos de ignorancia y superstición. La voz se le hacía más fatigosa y el sacerdote trataba de calmarlo.

Camilo oía de pie, tenso y conmovido. El religioso le hizo seña de salir. Con los brazos cruzados y la cabeza gacha salió a aguardar al corredor.

Fue larga la espera. Cuando salió el sacerdote no hubo ningún comentario. Montó en su cabalgadura y tomó el camino del pueblo.

Toda esa noche y el día siguiente los pasó en vigilia junto al lecho, adormitado por el ronquido. A ratos se cortaba y entonces miraba con sobresalto al moribundo. Volvía a reanudarse la respiración. De tiempo en tiempo pedía agua. Le acercaba el vaso a los labios resecos. Apenas tomaba un sorbo.

Lo oía murmurar palabras entre dientes. Acercaba el oído. Lo que repetía más era aquel quejido ahogado: «Ay, mi alma».

Intentó hablarle algunas veces, pero ya no parecía oírlo ni reconocerlo. El día aclaraba y oscurecía en reflejo

dentro de la alcoba, medido por aquel estertor sin tregua. Hacia la mitad de la noche lo despertó un brusco silencio. No se oía el estertor. Se acercó con sobresalto al lecho. Estaba inmóvil, sin respiración, con los ojos abiertos. Lo llamó y lo sacudió. Estaba inerte. Se dejó caer en la silla y rompió a llorar desconsoladamente.

Róbinson había dejado la isla.